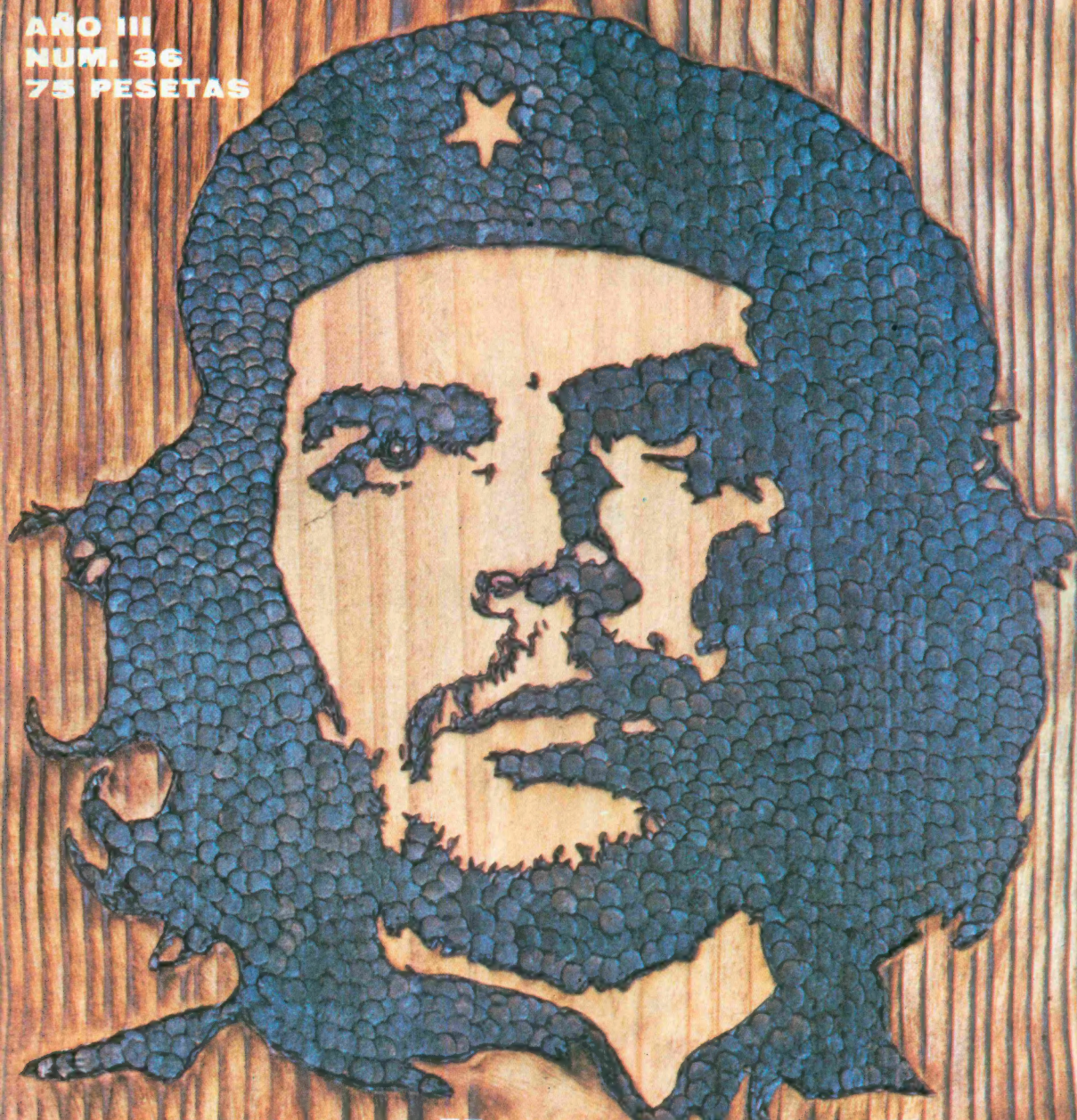
TIEMPO de HISTORIA

AÑO III
NUM. 36
75 PESETAS

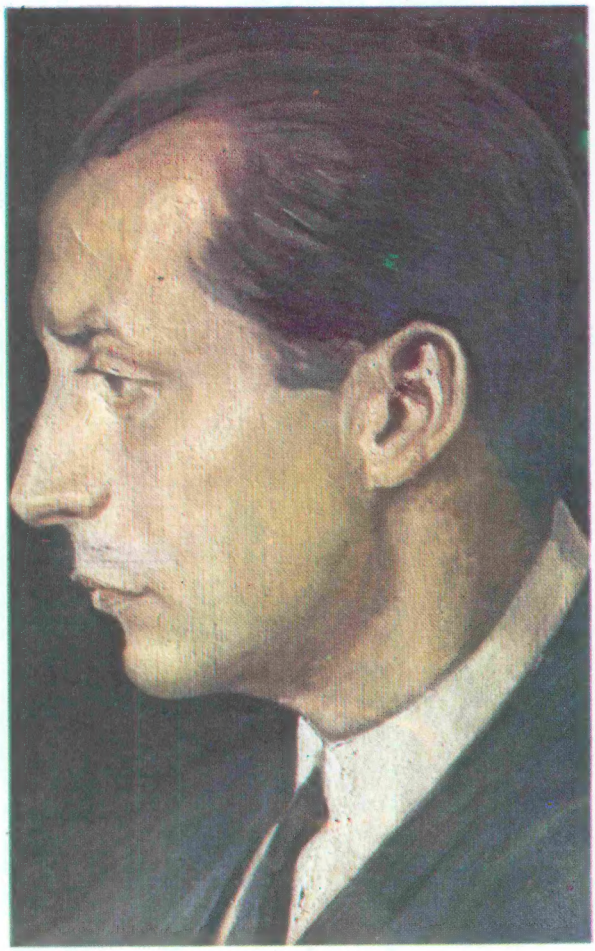


EL "CHE" GUEVARA

EN EL PROXIMO NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA

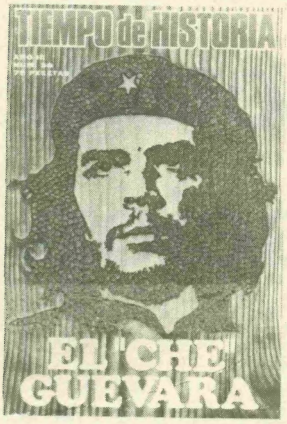
El "testamento" de José Antonio



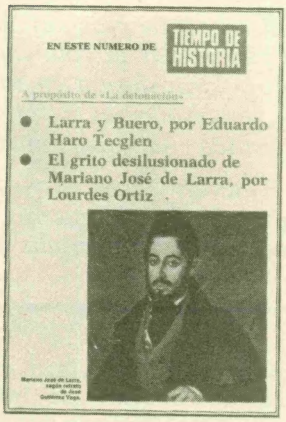
«La figura de José Antonio Primo de Rivera no puede ser reducida, de ninguna manera, a la imagen que de él hizo la España oficial de la posguerra», escribe José Manuel Gutiérrez Inclán al inicio de un sorprendente artículo que publicará el próximo número de TIEMPO DE HISTORIA. En él, se revelan aspectos inéditos o muy escasamente conocidos de los últimos manuscritos del fundador de Falange Española.

SUMARIO

AÑO III • NUM. 36 • NOVIEMBRE 1977 • 75 PESETAS



PORTADA: «Che» Guevara (pirograbado de Angel García Gancedo).



CONTRAPORTADA: Mariano José de Larra, según retrato que se conserva en el Museo Romántico.

COPYRIGHT BY TIEMPO DE HISTORIA 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia. TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

	Págs.
A LOS DIEZ AÑOS DE SU ASESINATO. **«CHE» GUEVARA: TEORIA Y PRACTICA DE LA REVOLUCION, por Teófilo Ruiz Fernández**	4-21
TRES DOCUMENTOS DE LA GUERRA CIVIL. **COMO SE INICIO LA INTERVENCION MARITIMA ITALO-ALEMANA, por Juan García Durán**	22-27
FUNDADOR DE LA ESCUELA MODERNA. **FERRER GUARDIA, «MALDITO HISTORICO», por Bel Carrasco**	28-37
A PROPOSITO DE «LA DETONACION». **LARRA Y BUERO: UN AMOR SIN LIMITES A LA LIBERTAD, por Eduardo Haro Tecglen**	38-42
EL GRITO DESILUSIONADO DE MARIANO JOSE DE LARRA, por Lourdes Ortiz	43-48
GRECIA Y ROMA LO CONSAGRARON. **EL SUICIDIO, ENTRE LA NORMA Y EL HORROR, por Eduardo Tijeras**	49-59
LA NOVELA SOCIAL DURANTE LA II REPUBLICA, por Fulgencio Castañar	60-69
TESTIMONIO Y REFLEJO DE UNA SOCIEDAD EN CRISIS. **CHAPLIN: HISTORIA DEL PEQUEÑO BURGUES, por Juan Antonio Hormigón**	70-77
¿ESTUVO NIXON IMPLICADO? **LOS ASESINATOS DE JOHN Y ROBERT KENNEDY: NUEVAS HIPOTESIS, por Eduardo de Guzmán**	78-89
MEXICO, EN EL RECUERDO DEL EXILIO, por Carlos Sampelayo	90-105
ESPAÑA 1947. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara	106-119
LA TRAGEDIA DE GUINEA, por Juan Manuel de la Torre	120-121
LIBROS: **La salvación del tesoro artístico; España, una Historia sin bonanza; La aventura de los pioneros españoles; Un nuevo modo de enseñar la Historia.** REVISTAS: **«El Cárabo»: La dictadura del proletariado**	122-124
TEATRO: **«La Tierra es redonda», de Armand Salacrou: SAVONAROLA ESTA AQUI, por E. H. T.**	125-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE REDACCION: **FERNANDO LARA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133-1974.

A los diez años de su asesinato

"Che" Guevara Teoría y práctica de la revolución

Teófilo Ruiz Fernández

Bolivia, octubre de 1967. Las fuerzas guerrilleras del Ejército de Liberación Nacional, al mando del «Che» Guevara, tratan de escapar del cerco de los «rangers». Guevara es hecho prisionero y, posteriormente, asesinado.

A partir de aquí empieza la leyenda; la imagen del guerrillero cobra proporciones míticas. Biografías deformantes se encargan de manipular el contenido revolucionario de la obra del «Che»; la sociedad de consumo lo transforma en uno de sus muchos fetiches sublimantes; los detentadores de la «ortodoxia» respiran aliviados y elaboran discursos funerarios no exentos de crítica malintencionada.

Han pasado diez años desde la muerte del comandante Guevara; hora es ya de apartar la hojarasca que cubre su ejemplo revolucionario, ese «hacha de guerra» a empuñar por los pueblos subdesarrollados contra el imperialismo.

1. LOS PRIMEROS PASOS

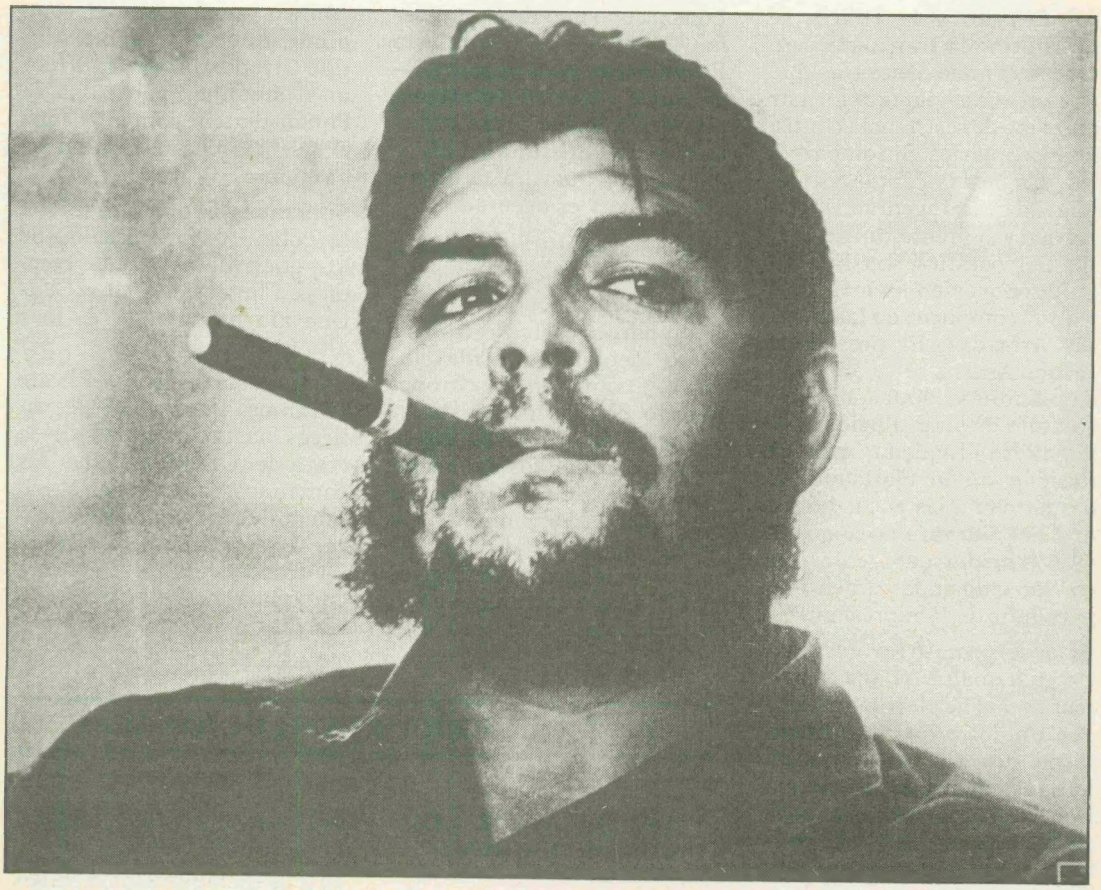
El 14 de junio de 1928 nace Ernesto Guevara en la ciudad argentina de Rosario, en el seno de una familia burguesa. Los primeros ataques de asma aparecen pronto, pero no le impiden la práctica de deportes violentos.

Una obsesión apremia al joven estudiante de medicina de la Universidad de Buenos Aires: conocer América. Después de varios viajes, en diciembre de 1951 emprende su larga marcha por Latinoamérica. La realidad social del subcontinente (miseria y explotación) influye de forma definitiva en Guevara.

La primera aventura se inicia en Chile: en compañía de su amigo Alberto Granados recorre la zona austral del continente. Perú es la siguiente escala. Los restos de las antiguas civilizaciones forman un fuerte contraste con la pobreza de los indios incas y aymarás. Por el Machu-Picchu e Iquitos, los viajeros llegan al hospital de leprosos de San Pablo, en las proximidades del Amazonas. La actividad médica de Guevara se interrumpe para pasar a Colombia. Pero la guerra civil, que enfrenta a liberales y conservadores, obliga a buscar otras tierras. Pasan a Venezuela y repiten la experiencia médica en el sanatorio de Cabo Blanco. Poco tiempo después, Guevara se ve obligado a regresar a Buenos Aires para terminar sus estudios de medicina.

a) GUATEMALA

Finalizados los estudios, con una tesis sobre la alergia, en 1953 Guevara reemprende su



Domingo, 8 de octubre de 1967: Ernesto «Che» Guevara es hecho prisionero y, posteriormente, asesinado por los «rangers» bolivianos. Finalizaba así la trayectoria vital de un revolucionario que había consagrado su existencia a la liberación de los oprimidos. Y, desde ese mismo momento, la imagen del guerrillero argentino cobró dimensiones míticas.

andadura por las tierrras americanas.

Desde Ecuador, y en compañía de Ricardo Rojo, viaja a Guatemala, atraído por el proceso revolucionario que encabeza Jacobo Arbenz.

A esta Guatemala semirrevolucionaria acude buena parte de la juventud radical latinoamericana. Guevara encuentra aquí a «apristas» peruanos y exiliados cubanos del Movimiento «26 de julio», que se habían levantado contra la dictadura de Batista.

Guatemala, penetrada por el neocolonialismo yanki desde los tiempos del presidente Estrada Cabrera, trataba de defender su soberanía nacional frente al poder de la United Fruit Co. La Reforma Agraria de febrero de 1953, que expropiaba parte de las tierras de los bananeros yankis, suscitó las iras de los Estados Unidos. Inmediatamente empezaron a lanzar la acusación de «comunista» contra Arbenz. Sin embargo, la fuerza del comunismo en Guatemala era escasa. El Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista), de José Manuel Fortuny, era una organización con más peso burocrático que entidad real.

Pero la intolerancia yanki va a cortar de raíz el experimento de Arbenz. En 1954 se reunía en Caracas la OEA, para tratar sobre las denuncias presentadas por USA contra el gobierno de Guatemala. La resolución de la OEA rechazaba la actividad comunista en el continente, como una amenaza para la paz, y se pedía una adopción de medidas para evitar el peligro. Atrás quedaban las Declaraciones de Montevideo (1933) y Buenos Aires (1936) sobre la «no intervención».

En los últimos días del mes de junio de 1954 tropas mercenarias reclutadas en Honduras, al mando del coronel Castillo Armas, penetraban en Guatemala. La débil resistencia

del Ejército y la Policía se transformó en traición. Es entonces cuando Guevara, que ya es el «Che», intenta formar un grupo de resistencia contra los mercenarios. Sin embargo, las Brigadas Populares, la Alianza de la Juventud Democrática y el Frente Universitario Democrático son incapaces de oponerse a los invasores y a sus cómplices en las Fuerzas Armadas. El presidente Jacobo Arbenz se ve obligado a presentar su dimisión; la estructura de la revolución guatemalteca, fundada más en ilusiones que en realidades, se desmorona a las pocas horas. A «Che» Guevara no le queda más remedio que refugiarse en la embajada argentina, para huir de la represión.

El fin del proceso revolucionario guatemalteco daba la primera señal de alerta: los Estados Unidos no se mostraban dispuestos a consentir cambios estructurales de cierta importancia en los países de la zona. Para impedirlo se contaba con la fuerza propia y la de los «aliados». Por otra parte, instaurar el socialismo, dejando en manos de la oligarquía dependiente toda la fuerza represiva del Estado, resultaba imposible.

b) MEXICO

Dos meses después de la caída de Arbenz, «Che» Guevara marcha hacia la ciudad de México en compañía de la «aprista» Hilda Gadea, su primera mujer. Durante el trayecto surge la amistad con el militante del PGT Julio Roberto Cáceres, el «Patojo». Juntos recorrerán las calles de la capital azteca en busca de trabajo, desempeñando múltiples oficios para sobrevivir.

El encuentro con los líderes del asalto al fuerte de Moncada (julio de 1953) tiene lugar por intermedio de Ñico López, conocido de Guatemala. Así, el «Che» llega hasta Raúl Castro. Poco después Fidel viene a México para reemprender la lucha contra la dictadura de Batista. Al conocer los planes, Guevara se ofrece voluntario y es aceptado.

El grupo guerrillero empieza a formarse con exiliados y veteranos del Moncada. Esta vez la preparación, tanto militar como ideológica, es más intensa y completa. El coronel Alberto Bayo, especialista en la guerra de guerrillas, dirige los entrenamientos del grupo en una finca de las cercanías de la capital. Sin embargo, los problemas son continuos. Al acoso de los agentes de Batista y la Policía mexicana se unen las dificultades de tipo económico creadas por el rompimiento de Fidel con el Partido Ortodoxo. Para enturbiar más este difícil panorama, la Policía detiene a Fidel y ocupa el arsenal y el campo de entrenamiento.

Superadas las dificultades con la Policía, la preparación de los guerrilleros queda completa a finales de 1956; «Che» Guevara ha obtenido la más alta calificación.

Ya todo está dispuesto. El yate «Granma» llevará a los guerrilleros hasta un punto de la costa del Oriente cubano; los comandos urbanos del Movimiento «26 de julio» se lanzarán a la lucha en las ciudades. La caída de Batista aparece como una meta posible de alcanzar.

2. LA GUERRA REVOLUCIONARIA

a) DEL DESASTRE A LA CONSOLIDACION

El 25 de noviembre de 1956, aprovechando la oscuridad de la noche, el yate «Granma», con ochenta y dos revolucionarios a bordo, emprendía la navegación hacia Cuba.

Dada la urgencia de la empresa, la embarcación no había sido reparada y ofrecía pocas seguridades. Para colmo, el mal estado de la mar retrasó bastante la llegada, que se quería hacer coincidir con los ataques de los comandos urbanos del Movimiento «26 de julio» a instalaciones militares en Santiago de Cuba y Holguin, al mismo tiempo que el grupo de Fidel debía atacar a Manzanillo. Los grupos urbanos, al mando de Frank País, llevaron a cabo sus acciones, pero fracasaron. La coordinación entre el campo y la ciudad se había roto, poniendo en peligro la existencia del grupo guerrillero y todo el plan insurreccional.

El 2 de diciembre los rebeldes llegaban a la Playa de las Coloradas. Las tropas de Batista, rápidamente alertadas, empezaron la persecución y el bombardeo de la zona.

5 de diciembre. El cansado grupo guerrillero es sorprendido en «Alegría de Pío». La inexperiencia, la sorpresa y el miedo hacen estragos. El grupo de Juan Manuel Márquez, lugarteniente de Fidel, es aniquilado al rendirse a las tropas de la dictadura. «Che» Guevara es uno de los pocos guerrilleros que no cae muerto o prisionero. Inmediatamente se emprende la marcha hacia la Sierra Maestra.

Primera prueba para los guerrilleros: la falta de alimentos y de equipo; la resistencia física va a jugar un papel fundamental.

La reunificación tiene lugar

pocos días después en la finca de Mongo Pérez. Al reemprender la marcha, camino de la Sierra Maestra, sólo hay doce supervivientes del «Granma». No obstante, un factor inédito, de gran importancia, ha quedado al descubierto para los guerrilleros: el papel decisivo, en este tipo de lucha, que significa la colaboración de los campesinos.

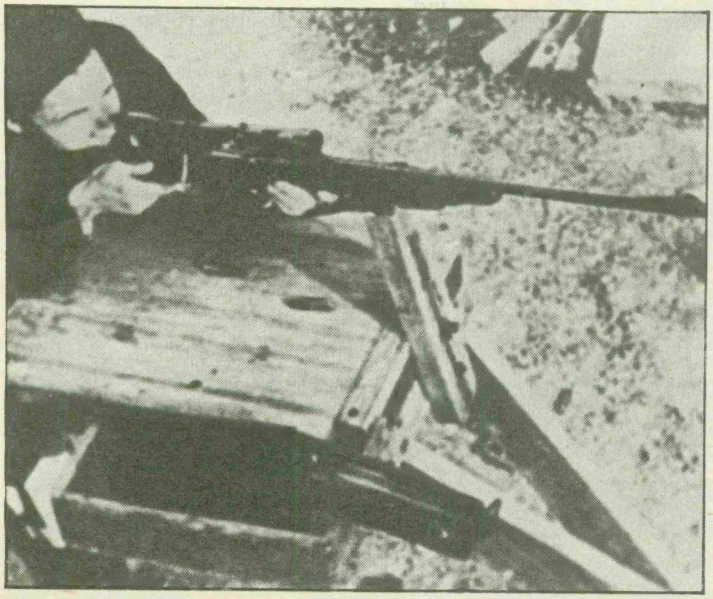
El 17 de enero de 1957 el foco guerrillero, embrión del Ejército Rebelde, obtiene su primera victoria, al caer en sus manos el puesto de La Plata. A los pocos días tiene lugar el combate de Arroyo del Infierno. Nuevamente los guerrilleros se imponen al poco combativo Ejército. Estas victorias hacen que los campesinos, que se ven explotados por los latifundistas, presten su apoyo incondicional al grupo rebelde. Poco a poco se van produciendo las incorporaciones de los campesinos. Al mismo tiempo, se empieza a disponer de una segura red de enlaces y abastecimientos que va a unir al campo con la ciudad, para canalizar adecuadamente los refuerzos, las armas y el equipo necesario para combatir desde posiciones cada vez más favorables.

A partir de estos momentos el foco guerrillero se ha consolidado y crea la infraestructura necesaria para convertirse en Ejército Popular. Asimismo, el enfrentamiento con la realidad social del campesino se fundirá con el radicalismo ideológico de los combatientes para avanzar hacia posiciones cada vez más clarificadas y revolucionarias.

Sin embargo, la espontaneidad y la efervescencia revolucionaria vuelven a fracasar en la ciudad. Los miembros del Directorio Revolucionario que atacan el Palacio Presidencial el 13 de marzo, con la intención de matar a Batista, son aniquilados.

Por su parte, los combatientes de la Sierra Maestra van extendiendo su radio de acción y mejorando su eficacia. En el amanecer del 28 de mayo cae el Uvero, instalación militar de cierta importancia. El foco guerrillero ha superado su fase de consolidación y ya puede decirse que tiene la fuerza necesaria para convertirse en el Ejército Rebelde. Al mismo tiempo, se había logrado una zona «liberada», una base segura para los revolucionarios.

«Che» Guevara empieza a realizar, aparte de sus misiones de combatiente y de médico, la preparación de las pequeñas industrias que han de servir de abastecimiento al Ejército Rebelde. En junio Guevara es nombrado comandante. El 12 de julio Fidel Castro firma el «Manifiesto de la Sierra Maestra», que supone un profundo avance revolucionario y la identificación definitiva de los guerrilleros con el campesino, al proclamarse la necesidad ineludible de una reforma agraria.



Al conocer los planes para derrocar la dictadura que Fulgencio Batista mantenía en Cuba, Ernesto Guevara, se ofrece voluntario como miembro de la guerrilla revolucionaria. Los preparativos concluirían en México a finales de 1956. (Sobre estas líneas, el futuro «Che» hace prácticas de tiro).

b) HACIA LA HABANA

A pesar de la represión de las fuerzas de Batista en el campo y la ciudad (1), el Ejército Rebelde seguía cosechando triunfos. Al mismo tiempo que el foco guerrillero inicial se ha transformado en ejército del pueblo y se ha fragmentado en varias columnas, nuevos frentes de combate se abren y los hombres del Directorio se incorporan a la lucha guerrillera.

Ante el desarrollo de la guerra revolucionaria y la aparente debilidad de la dictadura, la Dirección Nacional del 26 de julio y su Frente Obrero logran convencer a la Comandancia del Ejército Rebelde

(1) En esta fase de la lucha, los comandos urbanos sufrieron una persecución implacable. A los asesinatos de Pelayo Cuervo, militante ortodoxo, y de los estudiantes José A. Echevarría y Menelao Mora, siguió el de Frank País, responsable de las organizaciones del «26 de julio» en las ciudades.

para emprender la huelga general que acabe con Batista. Sin embargo, todos han sobrestimado sus fuerzas y en el momento decisivo el fracaso es el saldo de tanta precipitación.

El 3 de mayo, en la Sierra Maestra, se reunían los principales responsables de la fracasada huelga general. A esta reunión asistió el «Che», a pesar de no formar parte de la Dirección Nacional. Fidel Castro quedó nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas del «26 de julio» y Secretario General de la organización. Fueron relevados de sus puestos Faustino Pérez y David Salvador, por su política aventurera e irresponsable.

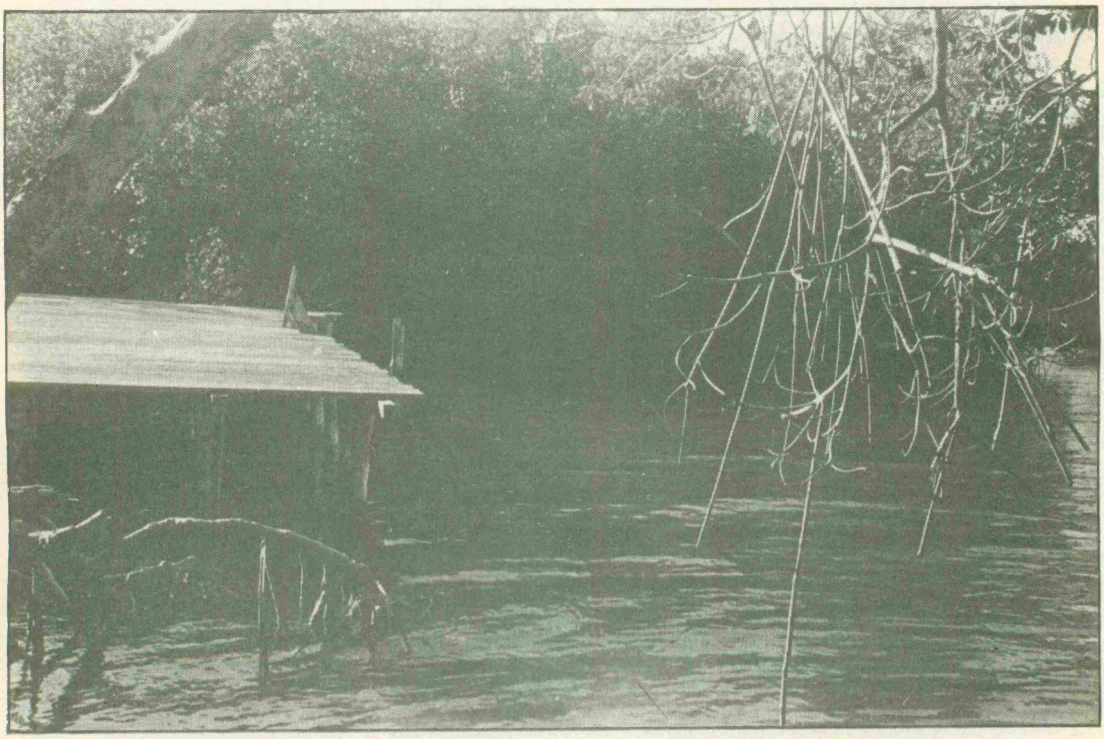
Comprendiendo que era su última oportunidad, Batista desencadenó una fuerte ofensiva contra las posiciones del Ejército Rebelde. El 25 de mayo las tropas de la dictadura atacan las posiciones avanzadas de los guerrilleros. El 20 de agosto, tras varios combates de gran dureza, las tropas de Batista son detenidas.

De inmediato se produce la reacción del Ejército Rebelde. Los comandantes Guevara y Cienfuegos se reúnen con Fidel en La Plata para ultimar los planes de invasión de Las Villas.

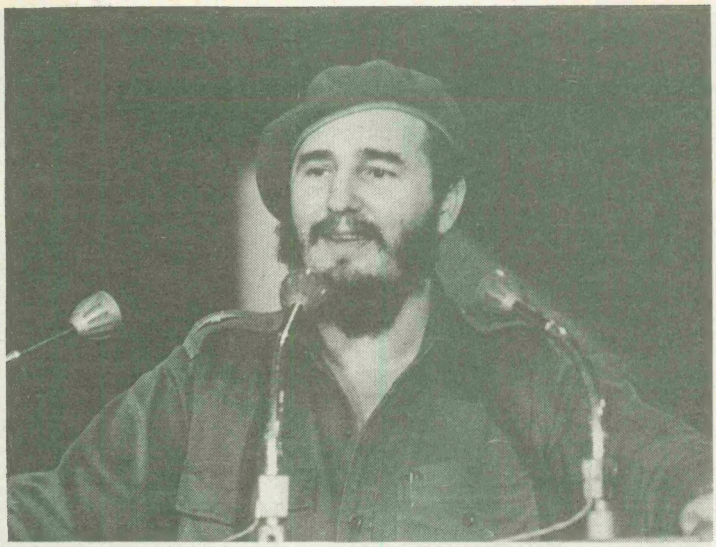
En los primeros días de noviembre de 1958, Fidel avanza sobre Guisa. Su objetivo final es la fortaleza de Moncada, en Santiago de Cuba. Por su parte, Guevara y Cienfuegos aprietan el cerco sobre Santa Clara y Pinar del Río.

A últimos de diciembre las fuerzas de Guevara ponen cerco a Santa Clara, capital de Las Villas y centro de comunicaciones fundamental para el país. A pesar de la ayuda de las tropas del Directorio Revolucionario, la potencia de fuego de los sitiadores es débil, frente al armamento pesado de las tropas de Batista. Sin embargo, los hombres del «Che» conquistan palmo a palmo la ciudad. Un tren blindado que viene en auxilio de los sitiados es detenido y desalojado con cócteles «molotov». El 31 de diciembre se rinden las últimas posiciones de la dictadura en Santa Clara. Al mismo tiempo se sabe que Batista ha huido de la Isla. Es el triunfo del Ejército Rebelde.

Para abortar la formación de una posible Junta Militar, Fidel ordena a Camilo Cienfuegos y a «Che» Guevara que ocupen el Campamento Columbia y la fortaleza de La Cabaña. La primera etapa de la Revolución había concluido.



He aquí el punto exacto donde se produciría el desembarco del yate «Granma», con ochenta y dos revolucionarios a bordo, Ernesto Guevara entre ellos. Era el 2 de diciembre de 1956, y el lugar de llegada se denomina Playa de las Coloradas. Los combates empezarían inmediatamente.



A lo largo de la lucha guerrillera contra el Ejército de Batista, Fidel Castro —en la foto— iría confiando cada vez más en el sentido estratégico y la práctica revolucionaria del «Che» Guevara. Ambos se configuraron como los verdaderos líderes de la insurrección cubana.

3. LA EXPERIENCIA CUBANA

El conocimiento directo del fracaso del peronismo, la guerra civil colombiana, la frustración revolucionaria boliviana de 1953, la caída de Arbenz y la participación en la guerra revolucionaria de Cuba fueron unas experiencias fundamentales en la formación ideológica del «Che». A esta práctica directa de la revolución había que unir sus contactos permanentes con la teoría, a través de Marx, Lenin, Mariategui, Ponce, Martí y Mao.

Después del triunfo guerrillero, Guevara es, junto con Raúl Castro, el dirigente revolucionario que más se ha aproximado a la ideología socialista. Ya en octubre de 1960, en sus «Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana», sitúa el hecho cubano: frente al enunciado de Lenin de que «sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario», Guevara señala que «*la revolución puede hacerse si se interpretan correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aun sin conocer la teoría*». La idea mitificadora (falsa) del grupo de guerrilleros derribando, con un golpe de suerte, a la dictadura es sustituida por la necesidad de luchar junto al pueblo, de hacerse portador de sus intereses.

Sus actividades como militar y economista, así como la presión ejercida por el imperialismo yanki sobre la revolución verde olivo, llevan a Guevara a elaborar un pensamiento cada vez más coherente, forjado en el estudio y en el trabajo de todos los días. De aquí surgen sus teorías «militares», «económicas» y «políticas».

a) LA GUERRA DE GUERRILLAS

En 1960 «Che» Guevara escribe «La guerra de guerrillas», primera contribución a este tipo de lucha revolucionaria del que el «Che» será el principal teórico.

Para el comandante Guevara, las tres aportaciones fundamentales de la guerra revolucionaria cubana fueron:

1.ª—Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.

2.ª— No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.

3.ª— En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo (2).

En las circunstancias sociales de Latinoamérica la lucha revolucionaria encuentra su más honda expresión en la guerra de guerrillas. La observación de Marx sobre la necesidad de la transformación del mundo, porque no basta con interpretarlo, encuentra en este método de lucha su expresión más correcta, para esta zona del subdesarrollo. La experiencia cubana demuestra que la vanguardia de la revolución (el foco guerrillero) debe desencadenar la lucha en el lugar más desguarnecido y convertirse en el ejército popular. Las contradicciones sociales servirán para decantar las posiciones y, al final, el pueblo armado debe enfrentarse contra sus explotadores y vencerlos.

Después de la experiencia cubana, la colaboración con la burguesía se revela imposible. En realidad, la burguesía latinoamericana tuvo su 1789, en la lucha por la independencia, pero fracasó estrepitosamente, quedando a merced de las potencias imperialistas (Gran Bretaña y USA) y atenazada por el miedo a enfrentarse con

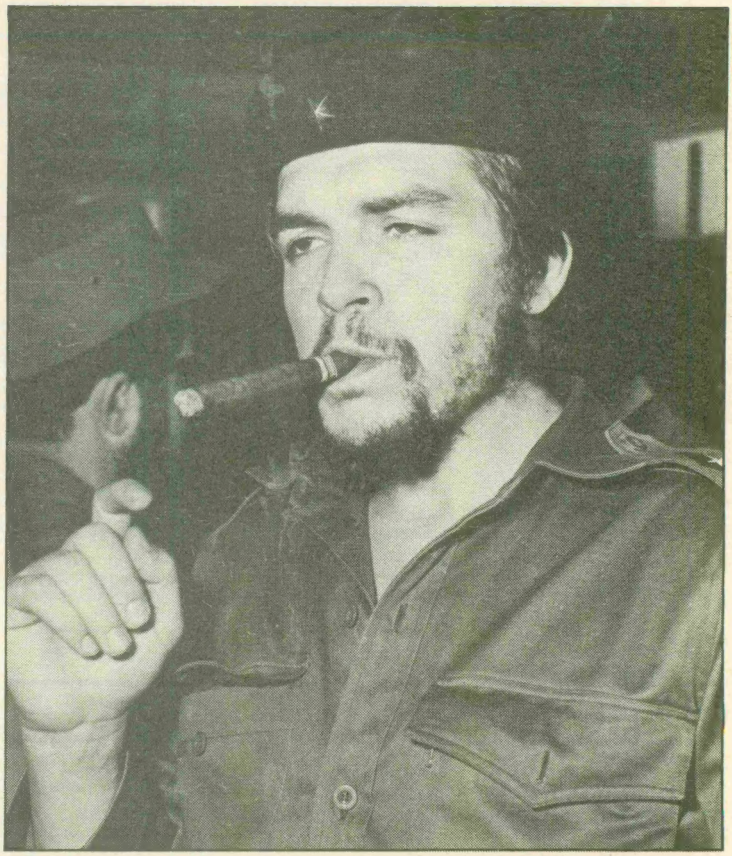
(2) *Ernesto «Che» Guevara:* **«La guerra de guerrillas».**

sus amos y por el terror a la revolución popular.

Ante la explotación a que son sometidos los pueblos de América Latina, Guevara, al igual que Lenin, se pregunta «¿qué hacer?». La respuesta es coincidente: para acabar con la explotación es necesario recurrir a la guerra. Pero *«la violencia debe desatarse en el momento preciso en que los conductores del pueblo hayan encontrado las circunstancias más favorables»* (3).

Esta guerra revolucionaria debe desarrollarse de acuerdo con las condiciones específicas de cada país. Los elementos que intervengan en ella, sobre todo al principio, deben ser seleccionados con extremo rigor; la organización, el armamento y el sistema de información deben ser cuidados al máximo. La actitud del grupo guerrillero tiene que ser un ejemplo para los campesinos y los obreros, que poco a poco se incorporarán a la lucha para constituir las fuerzas armadas populares. Finalmente, los movimientos de masas (huelgas) pueden ser utilizados en el momento oportuno para acabar con el poder de los explotadores.

Sin embargo, el ejemplo cubano no ha prosperado. Después de más de quince años insistiendo en la lucha, para repetir el caso cubano, la guerra de guerrillas en América Latina ha fracasado. Esto ha hecho que se señale a Cuba como un caso excepcional. El «Che» ya se planteaba este problema en 1961 y señalaba que *«la posibilidad de triunfo de las masas populares de América Latina está claramente expresada por el camino de la lucha guerrillera, basada en el ejército campesino, en la derrota del ejército en lucha frontal, en la toma de la ciudad desde el campo, en la disolución del ejército como primera etapa de la ruptura total de la superestructura del mundo colonialista anterior»* (4).



El escenario donde el «Che» Guevara enciende este puro, puede hoy resultarnos sorprendente: se trata del aeropuerto de Barajas, punto de llegada del viaje que efectuó a nuestro país en junio de 1959. Seis meses antes, la revolución había triunfado en Cuba.

Indudablemente, el imperialismo reaccionó de forma rápida contra este tipo de lucha, pero el fracaso, entre otras razones también graves, se ha debido a las limitaciones propias de los que desencadenaban los focos guerrilleros; a la escasa maduración revolucionaria de la mayoría de los combatientes y a los errores tácticos cometidos. Quizá haya sido el brasileño Francisco Juliao, creador de las «Ligas campesinas» de 1962, quien señalara mejor el carácter ideológico de buena parte de los revolucionarios latinoamericanos: al final de su fracaso guerrillero declaró que «el único título que deseamos conquistar es el de simple agitador social, si lo merecemos» (5).

b) LA CONSTRUCCION DEL SOCIALISMO

Nada más querer llevar a la práctica las promesas de Reforma Agraria y un reparto más justo de la riqueza, empe-

(3) *Ernesto «Che» Guevara:* **«La guerra de guerrillas: un método».**

(4) *Ernesto «Che» Guevara:* **«Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia de la lucha anticolonialista?».**

(5) *Régis Debray:* **«El castrismo: la larga marcha de América Latina»** *(nota N.º 15).*

zaron los problemas para la revolución cubana. La oligarquía feudal y latifundista se vio inmediatamente eliminada, por su complicidad con la dictadura. La burguesía quiso adueñarse de la situación, pero carecía del instrumento que siempre había utilizado para mantenerse en el poder: las Fuerzas Armadas. En esta ocasión, el Ejército estaba con el pueblo y dirigido por la vanguardia de la Revolución, el sector más consciente y radicalizado.

La transformación de la sociedad cubana, cada vez más inclinada al socialismo, provocó la ruptura de relaciones con los Estados Unidos y la intervención de los anticastristas en Bahía Cochinos (Playa Girón). No obstante, y a pesar de las dificultades, Cuba siguió avanzando por el camino que sus líderes y su pueblo se marcaban.

En esta nueva meta, el «Che» desempeñó infinidad de funciones, especialmente de tipo económico. Después de ocupar la jefatura de la fortaleza militar de La Cabaña, pasó a dirigir la Banca Nacional. Es el momento en que la Revolución tiene que improvisar dirigentes, ante la escasez de cuadros cualificados y la deserción masiva de las clases sociales más preparadas.

El 1 de mayo de 1961 el líder de la Revolución declara que Cuba es un país socialista. Es un reto al cerco económico de los imperialistas yankis y una consecuencia lógica de la evolución social de la Isla. Con anterioridad, 23 de febrero, el comandante Guevara es nombrado ministro de Industria. La orientación económica del país va a cobrar nuevas direcciones, para sacar a Cuba del

Despues del triunfo guerrillero. Guevara es entonces —junto con Raul Castro— el dirigente revolucionario que mas se ha aproximado a la ideologia socialista. Vemos aqui al «Che» pronunciando un discurso en el acto conmemorativo del II Aniversario de la Integracion del Movimiento Juvenil cubano.

subdesarrollo y del monocultivo. La agricultura pasa a segundo plano y las consecuencias son graves para la economía cubana. En 1963 se vuelve a la prioridad de la agricultura, con la Segunda Ley de Reforma Agraria; pero el proceso industrializador, a pesar de no responder a todas las previsiones (demasiado optimistas) ha potenciado la minería y ha posibilitado la aparición de las industrias necesarias para un desarrollo más intensivo de la agricultura.

Es a partir de estos momentos cuando surgen los distintos puntos de vista sobre la forma de realizar la fase de transición hacia el socialismo. Esta discusión es conocida como **«El debate cubano»** y constituye una de las más importantes contribuciones a la teoría marxista. El peso de este debate correspondió a «Che» Guevara, Alberto Mora, Charles Bettelheim y Ernest Mandel.

La situación de la economía cubana y la construcción del socialismo planteaban diversos problemas en la orientación. «Che» Guevara se inclinaba por una centralización no burocrática —dada la carencia de cuadros— de la planificación económica, la supresión progresiva de las relaciones mercantiles entre las empresas controladas por el plan económico y una mayor preponderancia de los estímulos morales sobre los materiales. Sus oponentes, Mora y Bettelheim, se apoyaban en cierta medida en la reforma económica de la URSS, que se refería a la autonomía de las empresas, a los estímulos materiales y al control de los resultados económicos.

«Che» Guevara había tratado de orientar las empresas situadas bajo el control del Ministerio de Industria hacia el sistema presupuestario de financiamiento, en donde la Ley del Valor (entendida como relación entre los recursos y las necesidades), mecanismo típico del capitalismo, desaparece y así el paso de productos de una empresa a otra no constituye un acto mercantil, al ser las empresas de propiedad estatal.

El comandante Mora, ministro de Comercio Exterior, y Charles Bettelheim sostenían que la Ley del Valor sigue funcionando como regulador económico de la sociedad socialista, aunque no sea con carácter exclusivo. Esto es debido al desfase existente entre el bajo desarrollo de las fuerzas productivas y los medios de producción. Esta argumentación no es nueva y corresponde a Stalin (6).

(6) *J. Stalin:* **«Los problemas económicos del socialismo en la URSS».**

A pesar de todos los obstaculos (entre los que el bloqueo y la agresividad de Estados Unidos ocuparon primerísimo lugar), Cube no cejó en la transformación de su sociedad. Y Guevara explicó este empeño en la ONU, donde le contemplamos hablando con la delegación de la URSS.

Considerar que es el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas el que determina la naturaleza de las formas de producción es, cuando menos, un planteamiento mecanicista; es olvidar que el socialismo se ha construido, precisamente (URSS, China, Cuba), allí donde mayor era el subdesarrollo de las fuerzas productivas.

«Che» Guevara, sin negar la posible operatividad inicial del Valor y de las categorías mercantiles, define la planificación como la esencia de la economía socialista, el método más apropiado para obtener la liberación del individuo. Esto, en realidad, significa que la Ley del Valor no es compatible con el socialismo (7), en el ámbito de una economía con las características de la cubana. Si en una sociedad atrasada se quiere construir el socialismo y no se suprimen las relaciones típicas de la sociedad capitalista, se suprimirá la explotación, pero no se logrará una auténtica conciencia socialista. Para el «Che» la construcción del socialismo no es una simple operación de aplicar correctamente las teorías económicas, sino una acción consciente del individuo, al superar su alienación. En definitiva, según el «Che», *«la planificación es precisamente la vía que lleva a la sociedad socialista al reino de la libertad»* (8).

La planificación postulada por el comandante Guevara se distingue de forma radical del burocratismo político-económico (9) y de la permanencia —a largo plazo— de la Ley del Valor y las categorías mercantiles. Se defiende la satisfacción de las necesidades fundamentales del individuo, frente a los conceptos puramente económicos y pragmáticos. Asimismo, en una sociedad atrasada, en la que se construye el socialismo, si la orientación económica se deja guiar por los conceptos de «rentabilidad» y «valor», se obtiene que la agricultura prevalecerá sobre la pequeña industria y ésta sobre la industria pesada y la importación de bienes industriales frenará la fabricación propia. Esto supone que «dejar guiar las inversiones por la Ley del Valor, sería conservar en lo esencial la estructura económica desequilibrada, heredada del capitalismo» (10).

El «Che» fue nombrado ministro de Industria de Cuba el 23 de febrero de 1961. La orientación económica del país va a cobrar entonces nuevas direcciones, para sacar a Cuba del subdesarrollo y del monocultivo. El proceso industrializador potenciaría la minería y la transformación de los productos agrícolas.

El problema, que enfrentaba pacíficamente a los defensores del sistema presupuestario de financiamiento (Ministerio de Industria) y a los que propugnaban la utilización del cálculo económico (Agricultura y Comercio Exterior) (11), era debido a la carencia de formulaciones marxistas-leninistas sobre la construcción del socialismo en una economía atrasada (12). Asimismo, situaba dos formas de entender la construcción del socialismo: una postura revoluciona-

---

(7) El Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias Soviéticas considera que la Ley del Valor, que en el sistema capitalista actúa como una «fuerza ciega y espontánea que se impone a los hombres», en el marco del socialismo «se tiene conciencia de la ley del valor y el Estado la tiene en cuenta y la utiliza en la práctica de la dirección planificada de la economía».

(8) Michael Lowy: **«La pensée de "Che" Guevara».**

(9) El burocratismo, tanto político como económico, fue uno de los puntos más criticados por el «Che» desde el comienzo de la Revolución (**«Contra el burocratismo»**, *febrero de 1963).*

(10) Ernest Mandel: **«Las categorías mercantiles en el período de transición».**

(11) Fueron varios los participantes en el debate, defendiendo las dos posturas. Sin embargo, Carlos R. Rodríguez, responsable de la Agricultura, como director del INRA, no intervino directamente en la discusión, aunque señaló lo equivocado del «centralismo burocrático».

(12) Según Guevara, Marx y Engels «no previeron que la etapa de transición pudiera iniciarse en países económicamente atrasados y, por ende, no estudiaron ni meditaron sobre las características económicas de aquel momento» *(«Che»:* **«Sobre la concepción del valor»).** *Lenin, por su parte, ya se planteó este problema en sus estudios sobre el imperialismo, aunque no dispuso del tiempo necesario para definir más este período.*

Camino de Argel en misión oficial, el comandante Guevara se detiene en París. Allí está tomada la fotografía adjunta, donde acompañan al «Che» la folklorista cubana Marta Blanco, la bailarina haitiana Matilde Bauvoir y Claude Panson, director del Teatro de las Naciones.

ria y antidogmática y una posición decididamente pragmática.

Finalmente, la orientación seguida por el gobierno cubano se limitó a una posición intermedia: centralización flexible, autonomía financiera y financiamiento presupuestario, desarrollo de la agricultura y la industria en base a la experiencia. Sin embargo, esta posición intermedia ha quedado rota. En su informe al primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (diciembre de 1975) Fidel señalaba, refiriéndose al nuevo planteamiento económico, que «el sistema que se propone tiene muy en cuenta la presencia de las leyes económicas que rigen en el período de construcción del socialismo, y que existen independientemente de nuestra voluntad y nuestros deseos. Entre estas leyes está la ley del valor, la necesidad de que entre todas las empresas, incluyendo las estatales, haya relaciones de cobros y pagos, y que en estas relaciones y en general en las diversas relaciones que se producen en la economía, funcionan el dinero, los precios, las finanzas, el presupuesto, los impuestos, los créditos, los intereses y demás categorías mercantiles, como instrumentos indispensables para poder medir el uso que hacemos de nuestros recursos productivos...». El nuevo Sistema de Dirección y Planificación de la Economía (SPDE) «va a permitirles al Partido, al Estado y a los propios trabajadores, el tener un conocimiento mucho más cabal de la efectividad con que se están usando los recursos productivos, va a permitir a todos los funcionarios y a todos los cuadros del Partido y del Estado tener una mayor conciencia económica y prepararse mejor para dirigir la economía, y va a representar una verdadera escuela de economía».

La adopción del SPDE va a ser gradual y será a partir de 1978 cuando se generalice. Los resultados que se obtengan serán los encargados de decirnos qué postura del debate económico es la más correcta.

c) LOS ESTIMULOS Y EL «HOMBRE NUEVO»

Otro punto del debate se centraba en los estímulos. Partiendo de sus concepciones, Guevara desemboca en la primacía de los estímulos morales frente a los incentivos materiales, a las primas de producción. El problema, por tanto, es de gran importancia y define la orientación a seguir por la futura sociedad: mantenimiento de los estímulos propios del anterior sistema, o conceptos diferentes para una sociedad distinta.

Siguiendo la formulación materialista de que el hombre es producto de las circunstancias y que cambia cuando se alteran esas circunstancias, llegamos a los defensores de los estímulos materiales. El comportamiento del hombre no viene definido por su conciencia, sino por el proceso de producción en el que se haya insertado. Esto conduce, finalmente, a considerar que el comportamiento no se altera si no varía el desarrollo de las fuerzas productivas (13).

Frente a esta postura ultramaterialista y mecanicista, «Che» Guevara utiliza a Marx, cuando éste señala que «la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y atenderse racionalmente como práctica revolucionaria» (14), y en «El socialismo y el hombre en Cuba» el «Che» dice que «*para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo*». Así, el proceso de cambio del hombre marcha parejo con el del sistema económico. Serán las masas, con su praxis revolucionaria, las que propiciarán la aparición de la sociedad socialista. En unas circunstancias determinadas, «Che» Guevara no niega «*la necesidad objetiva del estímulo material*», pero hay que tener en cuenta que este tipo de estímulo «*impone su propia fuerza en las relaciones entre los hombres. No hay que olvidarse que viene del capitalismo y está destinado a morir en el socialismo*» (15).

Sin embargo, en la fase de construcción del socialismo el hombre nuevo no está completo, su desarrollo marcha conjuntamente a las nuevas formas de producción. Pero, el hombre, en esta nueva sociedad socialista, *a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor*» (16).

Es a partir de su formulación del hombre nuevo desde donde Guevara rescata el humanismo marxista de su largo silencio. Frente a las formulaciones de «socialismo democrático» o «socialismo con rostro humano», el «Che» opone el pleno concepto de socialismo. Parte del Marx joven, de los Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844 y «El Capital».

Es una idea plenamente aceptada el planteamiento netamente científico de la obra de Marx. Sin embargo, «*el peso de este monumento de la inteligencia humana es tal que nos ha hecho olvidar frecuentemente el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes*» (17). El antihumanismo que se atribuye a «El Capital» no es cierto porque «*ignora que una*

(13) Pero se dan casos de formas de producción socialista más avanzadas (la comuna china frente al «koljose» ruso) con un nivel más bajo de las fuerzas productivas.

(14) Karl Marx: **«Tesis sobre Feuerbach».**

(15) Ernesto «Che» Guevara: **«Sobre el sistema presupuestario de financiamiento».**

(16) Ernesto «Che» Guevara: **«El socialismo y el hombre en Cuba».**

(17) «Che» Guevara: **«Sobre el sistema presupuestario de financiamiento».**

Después de una gira por Asia y Africa —con escala en Europa, a la que pertenece esta imagen—, el «Che» regresa a Cuba y desaparece de la escena política. El 3 de octubre de 1965, Fidel Castro leería públicamente, ante el Comité Central del PCC, su carta de despedida.

denuncia de la deshumanización del capitalismo —y la posibilidad de ser sobrepasado por una sociedad donde los hombres controlen racionalmente las cosas— es uno de los temas cruciales de la obra principal de Marx, tema que no contradice su carácter científico, sino que, por el contrario, se encuentra dialécticamente ligado a ella» (18).

En definitiva, el hombre que surge del socialismo es un hombre distinto: más libre, más solidario, más pleno.

---

(18) Michael Lowy: Obra citada.

4. EL «CHE» EN BOLIVIA. LA LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO

Después de una gira por diversos países de Asia y Africa, «Che» Guevara regresa a Cuba y desaparece de la escena política. El 3 de octubre de 1965 Fidel da lectura a la carta de despedida del «Che», en la presentación del Comité Central del PC de Cuba.

Las conjeturas señalan posibles desavenencias con varios dirigentes cubanos como la causa principal de la marcha de Guevara. Sin embargo, la repuesta más sencilla: de nuevo surge el «¿qué hacer?» frente al imperialismo. Como ya señalara en abril de 1961, *«una vez iniciada la lucha antiimperialista, es necesario ser consecuente»*. Muchos revolucionarios latinoamericanos trataron de seguir el ejemplo de Cuba y la mayoría cayeron en el intento (Jiménez Moya, Larotta, Arango, Manolo Tavares, Turcios Lima, Luis de la Puente, Camilo Torres, etc.). El imperialismo había reaccionado rápidamente ante este peligro, abortando todos los intentos revolucionarios.

La vía armada había fracasado hasta esos momentos. ¿Qué habían hecho los partidarios de la lucha pacífica? Absolutamente nada positivo. Con algunas excepciones, la izquierda clásica de Latinoamérica sigue pensando en la posibilidad de construir el socialismo por etapas, con la creencia de que para expulsar al imperialismo yanki hay que contar con la colaboración de la burguesía. Por su parte, el «Che» considera que el enfrentamiento es inevitable, aunque el proceso puede ser de gran duración. En lugar de sentarse a ver pasar el cadáver del imperialismo, se decide a combatirlo. En un mensaje a la Tricontinental (mayo de 1967), señala que *«es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por esto es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse de forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de esta interrogante; podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir»*. De aquí su decisión de volver a la lucha armada.

a) ¿POR QUE BOLIVIA?

Indudablemente, Bolivia era en 1966 uno de los eslabones más débiles de la cadena de dominio del imperialismo yanki: desaprovechamiento de los recursos naturales, grandes desajustes sociales y escasa operatividad de sus Fuerzas Armadas. Por otra parte, presentaba la ventaja de un proletariado (el minero) altamente combativo y que ya había derrotado al Ejército en la guerra civil de 1952. Sin embargo, esta victoria quedó malograda por la traición de los partidos burgueses, encabezados por Víctor Paz Entenssoro, y la falta de una ideología clara en las fuerzas obreras.

En mayo de 1964, Paz Entenssoro resulta reelegido, pero las Fuerzas Armadas, ya recuperadas del desastre de la guerra civil, le han obligado a aceptar la presencia del general Barrientos. El 4 de noviembre se produce el esperado «cuartelazo» que termina con Entenssoro y su equívoco Movimiento Nacional Revolucionario.

Acto seguido, Barrientos corta las reivindicaciones salariales de los mineros mediante la provocación: al detener al dirigente sindical Juan Lechín, los mineros se declaran en huelga general indefinida y el Ejército interviene para poner orden.

Como tantas veces, y con los mismos resultados, se repiten las situaciones. El sectarismo ideológico impide a los mineros extender la lucha a todo el país. Su actitud se reduce a defenderse en las zonas de los yacimientos. Pero las condiciones del Altiplano (4.000 metros de altura, ausencia de vegetación y clima extremo) reducen todo tipo de resistencia. Por otro lado, el Ejército controla todas las vías de acceso y la ayuda se hace imposible. El desenlace no es difícil adivinar y se debe principalmente a la falta de una ideología política clara y a la ausencia de una organización que aglutine a todos, para obtener mayor fruto de tanto sacrificio.

Sin embargo, era lícito pensar que la colaboración con los grupos políticos populares y los mineros ofrecía un cierto margen de victoria, a pesar de

Bajo el falso nombre de Adolfo Mena, el «Che» entra en Bolivia para dirigir las operaciones guerrilleras del Ejército de Liberación Nacional e intentar la creación de un nuevo Vietnam que debilitase al imperialismo norteamericano. Estas tres instantáneas dan testimonio de su lucha boliviana.

la vigilancia permanente del imperialismo.

b) COMIENZA LA LUCHA

Bajo el falso nombre de Adolfo Mena, el «Che» entra en Bolivia para dirigir las operaciones guerrilleras del Ejército de Liberación Nacional e intentar la creación de un nuevo Vietnam que debilite al imperialismo.

La infraestructura de la organización urbana era mínima, pero los contactos que se mantenían con el Partido Comunista de Bolivia permitían la esperanza de poder contar con una importante red de apoyo y reclutamiento.

El 7 de noviembre de 1966 empieza su Diario. De inmediato quedan reflejadas las dificultades que va a tener con el Partido Comunista de Bolivia (19); varios componentes del grupo se reservan la incorporación definitiva, a la espera de lo que decida el Partido. Pero en diciembre queda clarificada la postura del PCB: no comprometer el nombre del partido en la lucha (la colaboración se hará a nivel de militantes); control de las relaciones con otras formaciones políticas y control de la dirección político-militar. Las dos primeras condiciones las podía aceptar el «Che», aunque no estaba de acuerdo; la tercera era inadmisible y más parece un pretexto para romper las relaciones que un deseo verdadero de Monje, Secretario del Partido, de encabezar la lucha. Sin embargo, la ambigüedad quedó despejada y, a finales de enero de

(19) La inhibición de los comunistas bolivianos respondía a una actitud generalizada en todos los partidos comunistas de América Latina, al considerar la lucha armada como inviable y someterse a los deseos de la URSS, para mantener el statu quo con USA. Esta postura fue definitiva a partir de la Conferencia Tricontinental de La Habana.

1967, el «Che» escribía: *«Como lo esperaba, la actitud de Monje fue evasiva en el primer momento y traidora después. Ya el partido está haciendo armas contra nosotros y no sé dónde llegará, pero eso no nos frenará y quizá, a la larga, sea beneficioso».*

Rebasada la base de entrenamiento y contacto con el terreno, el Ejército de Liberación Nacional decide pasar a la acción. Pero las condiciones con que se aborda esta segunda etapa son muy desfavorables: debilísima red de apoyo en las ciudades y ausencia de solidaridad de las formaciones políticas.

Para aumentar la gravedad de estos problemas, la captación de la población campesina es nula. El elemento fundamental para la supervivencia y desarrollo de un grupo guerrillero falla desde el principio, colocando a Guevara y a sus hombres en una posición de aislamiento peligrosísimo.

23 de marzo. Nuevamente, la superioridad de la guerrilla se pone de manifiesto. En un mismo día, el Ejército boliviano sufre dos emboscadas con graves pérdidas. No obstante, el apoyo campesino, que debería ser el fruto de estas victorias, no se produce. Por el contrario, el ELN sufre la importante baja del cubano Rolando, compañero del «Che» en los primeros tiempos y destinado a ocupar la jefatura de un posible segundo frente.

La captura de Régis Debray es otro punto negativo en el desarrollo de la lucha. Llegado para una posible incorporación a la guerrilla, pronto mostró su deseo de marcharse y obligó al grupo del «Che» a maniobrar arriesgadamente para efectuar su evacuación. El escándalo montado en torno a su persona, con el consejo de guerra celebrado en Camiri, sirvió para desprestigiar al gobierno boliviano, pero no le excusa de lo inadecuado de su proceder (20).

Más complicaciones. La necesidad de víveres y la obligada exploración del terreno imponen la división del grupo guerrillero. «Che» Guevara marcha con el grueso de las fuerzas mientras Joaquín, jefe de la retaguardia, se queda con sus hombres en la zona de seguridad de Ñacahuazu, con instrucciones de no buscar el enfrentamiento con el Ejército.

(20) Es incomprensible que Debray, conocedor como pocos de la problemática de la guerra de guerrillas, tratara de incorporarse al grupo del «Che», sobre todo después de su experiencia en Venezuela **(«Quince días en las guerrillas venezolanas»)** *y afirmar, con toda razón, que «un estudiante de la pequeña burguesía urbana, acostumbrado al confort mínimo de la ciudad, no podrá, salvo cualidades físicas excepcionales, aguantar más de una semana el régimen de la guerrilla»* **(«El castrismo: la larga marcha de América Latina»).**

Durante su etapa guerrillera en Bolivia, Guevara tuvo como compañera habitual a Tania, quien aquí juega a fotografiar al fotógrafo. Tras una de sus habituales misiones como enlace con los centros urbanos, Tania caería abatida en una emboscada poco más de un mes antes de la muerte del «Che».

c) LA REACCION

Dada la eficacia del grupo guerrillero y conocida la identidad de su comandante, la estrategia del gobierno de Barrientos cambió de forma radical, procurando que las mejores unidades del Ejército cercasen a la guerrilla, al mismo tiempo que los campesinos eran sometidos al terror policial y convertidos en delatores en potencia. Por su parte, los servicios de información de los Estados Unidos y las secciones especiales de lucha antiguerrilla fueron empleados para ayudar a las tropas bolivianas. El planteamiento de las operaciones empezó a ser mucho más eficaz, con el consiguiente aumento de la peligrosidad del, hasta ese momento, inoperante Ejército. La CIA y el Pentágono valoraron muy alto la peligrosidad del ELN, provocando varias reuniones del Consejo de Seguridad de los Estados Unidos, con la decisión final de disponer toda la ayuda necesaria para que las Fuerzas Armadas de Bolivia terminaran con el «Che» y su grupo.

Sin embargo, la acción decisiva, la que cortó toda posibilidad de que la lucha contra el imperialismo y sus representantes adquiriera proporciones incontenibles, no se llevó a cabo contra la guerrilla, sino contra los yacimientos mineros. La versión oficial señalaba que las tropas se habían defendido de un ataque de los mineros, pero la realidad era muy otra: en la noche del 24 de

junio, fuerzas especiales penetraron en la mina «Siglo XX». Rápidamente se organiza la resistencia y se declara la huelga general, pero no se puede evitar la represión. En solidaridad con las víctimas producidas por el Ejército, los estudiantes de las universidades de San Andrés (La Paz) y Santa Cruz se manifiestan contra Barrientos, pero la Guardia Nacional y la policía política logran acabar con estos focos de resistencia.

En estos momentos, los partidos de izquierda optan por la táctica del avestruz y esconden su incapacidad bajo diferentes excusas, permitiendo a Barrientos sostenerse en el poder cuando una acción mínimamente coordinada hubiese acabado con el dictador y su camarilla.

Espoleado por la pasividad de los partidos de izquierda y las críticas de los grupos políticos de derechas, que ya le buscaban un sustituto, Barrientos pone en marcha la «Operación Cintya».

Fuerzas de la Cuarta División, al mando del coronel Reque Terán, unidades «rangers» de los regimientos Viacha y Manchego y soldados del Centro de Instrucción para Operaciones en la Selva (CIOS) son movilizados en un intento de estrechar el cerco sobre el Ejército de Liberación Nacional. El resultado de la primera fase de la «Operación Cintya» es únicamente el descubrimiento de varias cuevas de aprovisionamiento en la zona de Ñacahuazu.

Ante el fracaso de las tropas dirigidas por Reque Terán, es solicitada la colaboración de la Octava División, bajo el mando de Zenteno Anaya. Sin embargo, los rebeldes atacan el puesto de Samaipata, a 200 kms. de donde los situaban los especialistas del Ejército.

Los exitos del grupo guerrillero dirigido por el «Che» (sentado —el penultimo de la derecha— junto a siete de sus compañeros en la imagen adjunta) frente al Ejercito de Barrientos, no obtuvieron el respaldo que se esperaba por parte de los campesinos bolivianos, lo que debilitó a la guerrilla.

Al fracaso militar, se le une el fracaso político: varias de las formaciones integrantes del Frente de la Revolución Boliviana retiran su apoyo a Barrientos. Es entonces cuando el comandante Guevara anota en su Diario: «*El Gobierno se desintegra rápidamente. Lástima no tener 100 hombres más en este momento*». Pero la ayuda necesaria no llega. Los partidos políticos han pasado de una actitud reservada a una decidida oposición a la guerrilla y la crisis por la que atraviesa el gobierno de Barrientos no es aprovechada.

Mientras tanto, y a pesar de sus éxitos frente al Ejército, el grupo guerrillero no consigue la confianza de los campesinos y no se produce ninguna incorporación. Muy al contrario, la hostilidad y la delación son la nota del comportamiento de los campesinos frente a los hombres del ELN. Por otra parte, las pérdidas, con ser escasas, son de importancia transcendental. Asimismo, el Ejército descubre las cuevas de abastecimiento, hecho gravísimo ante la desaparición de la red de apoyo en las ciudades. Esta falta de apoyo se agravó con la traición de la población campesina. El grupo de Joaquín caía víctima de la emboscada tendida por el Ejército, en complicidad con un campesino que había colaborado anteriormente con la guerrilla. El 31 de agosto, en el lugar conocido como Vado del Yeso, las fuerzas guerrilleras sufren un duro golpe (aniquilación de la retaguardia) y las tropas de Barrientos, por primera vez, obtienen una victoria.

d) LA MUERTE DEL «CHE»

Perdida la esperanza de conectar con Joaquín y confirmada, posteriormente, la aniquilación de la retaguardia, el «Che» decide salir de la zona de operaciones para tratar de buscar otra región más favorable.

Después de ascender hasta Alto Seco, los restos del Ejército de Liberación Nacional se dirigen hacia Higueras, para tratar de escapar por una vía rápida al cerco de las tropas

El combate final protagonizado por el «Che» transcurriría en la Quebrada del Yuro, cuando el grupo comandado por Guevara se encontró de forma imprevista con un número muy superior de «rangers». Herido en una pierna, el revolucionario argentino fue trasladado a la escuela de Higueras, donde —después de recibirse la orden de La Paz— moriría ametrallado. He aquí su cadáver.

de Barrientos, que cada día se muestran más efectivas.

Al llegar a Higueras, «Coco» Peredo marcha con su grupo a establecer las posiciones de la vanguardia. A pesar de estar advertidos sobre la presencia de las tropas, caen en una emboscada en la que el grupo es exterminado.

Dada la situación, para el «Che» *«la tarea más importante es zafar y buscar zonas más propicias»*. La salida de Higueras, y del cerco, es la Quebrada del Yuro.

La vía de escape elegida no es la más idónea, pero la gravedad de la situación la señalan como la más aconsejable, por su rapidez.

Domingo, 8 de octubre de 1967. El combate final. La guerrilla avanza por la Quebrada del Yuro. Pasa la vanguardia. Sin embargo, los «rangers» de la compañía A, al mando del capitán Gary Prado, son alertados por un campesino y emprenden la persecución. El centro de la guerrilla, en el que se encuentra el «Che», choca de forma imprevista contra los «rangers». En el intercambio de disparos el comandante Guevara es herido en una pierna y su M-1 queda inutilizado. El guerrillero «Willi» trata de ayudarle, pero los dos caen en manos de los soldados, que no acaban de creerse que han captuardo al «Che».

En las instalaciones de la escuela de Higueras el «Che» es interrogado por los altos mandos de las Fuerzas Armadas. No obstante, la suerte está echada; la orden de asesinato viene de La Paz y nadie se ha molestado en ponerla en clave.

Una ráfaga de fusil ametrallador acaba con la vida del «Che». El cadáver es conducido en helicóptero hasta el hospital de Vallegrande. La noticia recorre el mundo, provocando un gran número de especulaciones. Las versiones de los altos jefes militares de Bolivia son contradictorias, dado que, en su torpeza, no se han puesto de acuerdo para encubrir el asesinato del líder guerrillero.

En definitiva, el ELN queda destrozado y sólo un pequeño grupo de supervivientes, entre ellos «Inti» Peredo que volvería a la lucha y sería asesinado en 1969, logra cruzar la frontera chilena. La ocasión de crear un nuevo Vietnam, para combatir al imperialismo yanki, se había perdido y uno de los principales líderes revolucionarios del presente siglo había dejado su vida en esta empresa.

5. CONCLUSION

Dejando a un lado el mito y la leyenda, la vida de Guevara se nos ofrece como una experiencia revolucionaria de gran intensidad; pocas veces la teoría y la práctica han marchado tan coherentemente juntas.

La renovación que para el marxismo supone la aportación teórica del «Che» es de una importancia extraordinaria, a pesar de que se encontraba en un estadio *«un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primero o segundo día de la creación»* (Carta a Bettelheim).

Pero ha sido sobre el desenlace de la guerrilla bolviana —la parte de su experiencia revolucionaria más aireada— donde se centra la polémica: ¿fracaso?, ¿superación de la guerra de guerrillas? El «Che», al igual que Marx (después de la Comuna de París) y Lenin (con la Revolución rusa), se plantea la forma de destrozar el aparato represivo de los explotadores. Las respuestas, diferentes en la forma, se corresponden en el fondo: el enfrentamiento armado. En el caso de los países subdesarrollados, sometidos por el imperialismo, la respuesta es la guerra de guerrillas, que luego se transforma en guerra popular. Los ejemplos de Cuba, Vietnam o Angola son bien elocuentes.

Al reemprender la guerra contra el imperialismo, Guevara no pensaba en un triunfo fácil ni rápido. Es necesario añadir que lo hacía en un momento y en unas condiciones totalmente desfavorables, dado que el imperialismo había reaccionado de forma contundente contra la guerra de guerrillas. Pero la revolución, que siempre es una excepción en el transcurso de la Historia, no viene por sí sola. Es necesario forzarla. La experiencia demuestra que se produce donde menos se espera, aunque siempre hay unas condiciones mínimas desde las que se debe partir. Estas condiciones se daban en Bolivia. Si el triunfo no llegó no fue por culpa de los hombres del ELN y de su comandante. Fueron los partidos políticos de izquierda, los que argumentaban el «demasiado pronto» o el «ya no», los que imposibilitaron, por oposición u omisión, que en Bolivia se creasen las condiciones necesarias para desarrollar un nuevo Vietnam. Los acontecimientos posteriores —muerte de Barrientos y «cuartelazos» de Ovando, Torres y Banzer— demostraron que para llegar al poder en Bolivia bastaba con un mínimo de fuerza. Sin embargo, la pasividad de los partidos obreros bolivianos ha alcanzado cotas de verdadero estupor (21).

Pero la guerra de guerrillas, como todo método de lucha, puede ser mejorado, adquirir nuevos planteamientos acordes con las circunstancias de cada lugar. Apoyando la vía armada, la experiencia concreta de América Latina ha demostrado que al imperialismo, y a sus lacayos nacionales, no se le desaloja nada más que por la fuerza. Los que predicaron en 1967 la pasividad y practicaron la espera, ahora tienen una cadena de dictaduras militares mucho más difíciles de vencer que hace diez años. Ahora es cuando, objetivamente y a medio plazo, la lucha armada o la lucha parlamentaria están negadas. Por esto, podemos afirmar que la liberación de Latinoamérica quedó aplazada sine die con la muerte del comandante Guevara.

El «Che», en definitiva, consideró que *«el deber de todo revolucionario es hacer la revolución»*. Dio su vida en el empeño, pero *«qué importan los peligros o los sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad»* ■ **T. R. F.**

(21) Un intento de golpe de Estado por el ala más derechista de las Fuerzas Armadas, en 1970, provoca la reacción de la escasa izquierda militar que encabezada por el general Juan José Torres, y apoyándose en obreros, campesinos y estudiantes llega al poder. Sin embargo, la Confederación Obrera Boliviana (COB), dominada por los trotskistas del Partido Obrero Revolucionario, rechaza entrar en el Gobierno, cuando se le ofrecían ocho carteras ministeriales. Esta falta de apoyo se tradujo en la caída de Torres y la implantación de la dictadura de Hugo Banzer.

La vida del «Che» Guevara se nos ofrece hoy como una experiencia revolucionaria de gran intensidad. Pocas veces la teoría y la práctica han marchado tan coherentemente unidas, por lo que su ejemplo de combatiente se difundiría por caminos y tierras de Latinoamérica.

Desde el punto de vista logístico y por ser España una península, la mar jugó un gran papel en el desarrollo de la guerra civil. Por ello resulta sorprendente que no exista un solo libro dedicado a estudiar globalmente las intervenciones marítimas extranjeras en nuestra contienda. (Sobre estas líneas, el «Oviedo» y el «Badajoz» —al fondo—, de la Marina franquista.)

Cómo se inició la intervención marítima italo-alemana

Juan García Durán

AL analizar la bibliografía de la guerra civil española, nada sorprende más que el no encontrar un solo libro dedicado a las intervenciones extranjeras en la mar (1).

Sí, se puede encontrar uno sobre los marinos rusos que ac-

(1) *El único estudio es mi tesis doctoral, en la Sorbona, bajo el título* **«Guerre Civile Espagnole, 1936-1939. Interventions étrangères sur mer».**

tuaron en la Flota republicana; uno, y una tesis, sobre la intervención de la Marina alemana; y dos sobre la italiana; pero ni uno solo sobre el conjunto, ni sobre la Marina mercante extranjera.

¿Por qué esta falta de interés? Es evidente que los historiadores debieron considerar que una investigación sobre el tema no cambiaría las concepciones y conclusiones históricas aceptadas. Sin embargo, desde el punto de vista logístico y por ser España, con Portugal, una península, la mar jugó un gran papel. Baste con mencionar que, durante la guerra, el tráfico marítimo entre la zona franquista y el exterior se elevó a 24.774.826 toneladas; de las cuales 16.231.058 fueron exportaciones y 8.543.768 importaciones. Además, se transportaron por mar 316.051 hombres (2).

Es también curioso constatar que a pesar de las centenas de veces que se han citado los submarinos italianos, ningún autor llegó a mencionar una decena; sin embargo, el total fue de 56. La carencia de investigación es manifiesta, si se tiene en cuenta que la fuente donde se encuentran los nombres, operaciones y horas de mar de estos submarinos existe desde 1963, fecha en que el Estado Mayor de la Marina italiana publicó, en Roma, **«I sommergibili italiani»** (3). Los documentos que aparecen a continuación (4) tampoco son muy conocidos, a pesar de que hace más de veinte años que el historiador podía haberlos encontrado en los archivos del Almirantazgo, Londres, o, copias microfilm, en el Archivo Nacional de Wáshington, bajo: **German Naval Records: T-426-B, PG 80773 // T-98A, PG 33308 // T-98-A, PG 33308b.** Los tres documentos que traducimos están escritos originalmente en alemán:

(2) Luis Carrero Blanco: **«Ideas básicas sobre la guerra marítima»**. *Madrid, Escuela Naval, 1941, pág. 175.*

(3) Damos esta información en **«De Spaanse burgeroorlog en zijn gevolgen»**. *Publicado por la Universidad de Leiden, en 1973, pág. 31.*

(4) Fueron presentados por primera vez, en inglés, en el libro **«De Spaanse...»**, *ya mencionado.*

(Traducción)

«Roma, 17-11-1936

En una reunión con el Estado Mayor que tuvo lugar hoy, 17 de noviembre de 1936, en la cual participaron las personas siguientes: Almirante Vladimiro Pini y contra-almirante Oscar Gianberardino en representación de la Armada italiana, y el capitán de fragata Lange y capitán Heye, representando el Reich alemán, se llegó a un acuerdo sobre la cooperación entre las dos armadas, con referencia a la actividad submarina a lo largo de las costas del Mediterráneo español, en los puntos siguientes:

1. *Los submarinos italianos y alemanes se relevarán entre sí, en la guarda de dichas costas. Las unidades italianas permanecerán en sus posiciones hasta el 29 de noviembre de este año. Luego, partirán para el Este.*

Las unidades alemanas llegarán al norte del Cabo de Gata en la mañana del 30 de noviembre y permanecerán allí hasta el 11 de diciembre. Durante la noche en que dejen sus posiciones, se retirarán a una distancia aproximada de 40 millas de la costa, distancia que debe ser mantenida durante su retirada. A la mañana siguiente serán reemplazados por italianos, y durante la noche del cambio, ningún submarino deberá ser apresado o atacado.

2. *Las unidades italianas, cuyas órdenes entrarán en efecto inmediatamente, tienen permiso para atacar destructores y submarinos, pero de acuerdo con el criterio italiano y la intención de un comandante dado, se sobreentiende que los ataques han de ser dirigidos a los barcos mayores. Se ha dado permiso para atacar barcos rusos y españoles cargados, si se aproximan a las aguas territoriales españolas.*

El almirante Moreno, jefe de la Marina nacionalista. Presidiría la Delegación española asistente a la Conferencia de Cádiz, celebrada el 29 de diciembre de 1936. El almirante Fishel y el contralmirante Iachino encabezaron, respectivamente, las Delegaciones alemana e italiana presentes en la reunión.

3. *También se confirma por la parte italiana, como completamente correcto, el no dar en absoluto información alguna a los blancos españoles*

acerca de la acción que los submarinos alemanes e italianos desplieguen o desplegarán.

4. *Además, para simplificar el servicio de información a lo largo de la costa italiana, hay un acuerdo en el sentido de que la información que sea obtenida por las unidades alemanas e italianas que vigilan varios puertos españoles, será reunida por los almirantes de ambas potencias que se encuentren en aguas españolas. Luego, tratarán de comunicar esta información, o hacer su entrega, a los ministros de Marina en Roma y Berlín, quienes, dada su posición, decidirán acerca de la notificación apropiada de los submarinos en acción.*

5. *Es unánimemente considerado conveniente que los comandantes de cada barco de superficie, así como los almirantes, sean informados en lo que concierne a la presencia de submarinos a lo largo de la costa española, para evitar más fácilmente problemas y, en cuanto a los comandantes mencionados, recibir directrices de acción en cualquier situación que pudiera presentarse.*

6. *En caso de avería en la mar, con heridos graves a bordo, o para hacer provisiones, los submarinos alemanes están autorizados a cambiar de rumbo hacia el puerto italiano de Maddalena, navegando hacia el Cabo Caccio, y luego continuar a lo largo de la costa de Cerdeña para entrar en la bahía de Bonifacio. Al navegar en esta dirección, deben izar una bandera italiana.*

7. *En cuanto a la posibilidad de una investigación que pudiera ser dirigida a los Gobiernos alemán o italiano por otro Gobierno, después de un torpedeamiento con éxito, siempre sería expeditivo el expresar ignorancia y la mayor sorpresa.*

Firmado:
Pini, Gianberardino, Lange, Heye».

«Para ser presentado al Comandante en Jefe

11 de diciembre de 1936

I) Completo: *El supuesto operativo naval, por el comando italiano en el Mediterráneo, resultó en un nuevo arreglo de los servicios de las fuerzas militares en España, en conformidad con la proposición siguiente, para lo cual A. pide conformidad.*

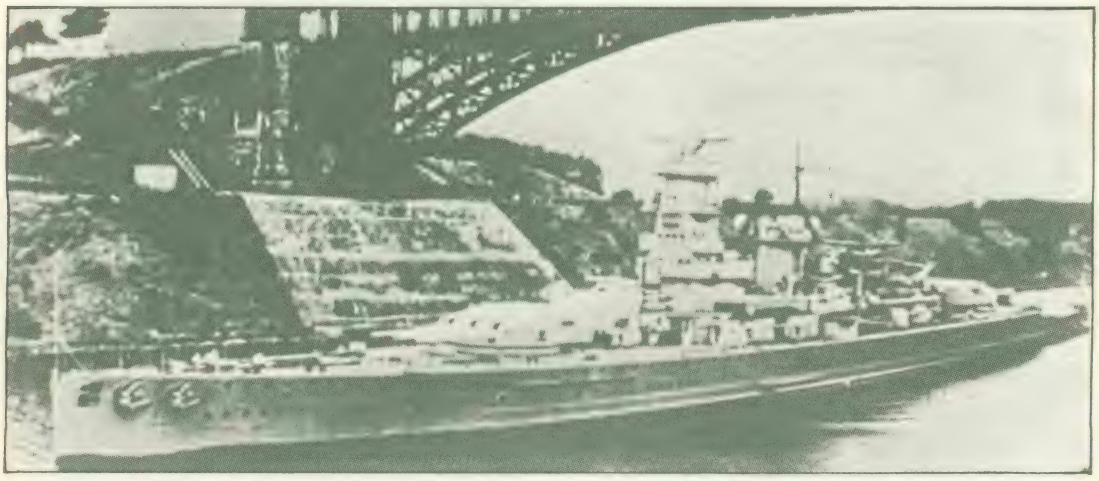
1) La carta siguiente será entregada al Estado Mayor de la Armada por el agregado naval alemán y lo que sigue será expuesto:

Debido al supuesto del comando de las operaciones navales de guerra, a lo largo de la costa del Mediterráneo, por la Armada real italiana, es necesaria una nueva delineación de actividades de las Armadas italiana y alemana.

Antes de partir W. A. (L.)

Puesto que, de acuerdo con las discusiones en Roma, la Armada italiana se hace cargo del apoyo a la Armada española a lo largo del Mediterráneo español, tomando a su cargo con esto la parte más importante del área de operaciones para la prosecución de la guerra naval, el Estado Mayor de la Armada alemana presume que bajo el supuesto de este servicio (por la Armada real italiana) la vigilancia y colaboración con la Armada y Fuerza Aérea españolas será también efectuada por la Armada italiana solamente, y que, si el apoyo alemán es necesario (relacionado con la vigilancia costera), la Armada alemana será confinada a la costa norte de España y al área marítima del oeste de Gibraltar.

Por consiguiente, el Estado Mayor de la Armada alemana tiene la intención de disminuir las



Los documentos que reproduce el trabajo de J. G. Duran demuestran que Italia y Alemania iniciaron la intervención marítima en la guerra civil española por cuenta propia. En el grabado adjunto vemos al acorazado alemán «Deutschland», bombardeado por error en aguas de Ibiza, lo que serviría como pretexto para la agresión contra Almería.

Salida de una Comision franquista hacia Italia, con el fin de asistir a diversos actos «amistosos» e intentar una intensificación de la ayuda proporcionada por Mussolini. Parte de esa ayuda fueron los 56 submarinos italianos que torpedearon numerosos barcos republicanos.

fuerzas navales alemanas en España a dos barcos, cuya misión será el asegurar el transporte de refuerzos alemanes a los puertos del Atlántico español y proteger la navegación comercial alemana a los puertos del Marruecos español, sobre todo Melilla.

El Almirantazgo alemán, además, ordena que, aparte del deber primario de continuar comunicando información, como en el pasado, a la Armada real italiana y a la Armada española desde el área donde permanezcan los barcos alemanes, el control de la influencia en la dirección de la guerra naval española será dejado en todos sus otros aspectos a la Armada real italiana, ya que es opinión del alto mando de la Armada alemana que, en el interés de una estrategia unificada, la responsabilidad de consulta en la estrategia naval en la España blanca debe ser comunicada por una sola autoridad, y esta misión sería asumida de la manera más apropiada por la Armada real italiana.

Estas reglas serían aplicadas no solamente al oficial en comando de las fuerzas navales alemanas, sino que también tendrían su correspondiente efecto sobre los consejeros del Cuartel General naval alemán en Salamanca, cuya función, a partir de ahora, sería limitada a recibir los partes procedentes de las fuerzas navales y tener la responsabilidad de presentar esta información, tal y como sea recibida, al consejero naval italiano en el cuartel general de Salamanca y al comando naval español respectivamente y, además, de acuerdo con la defensa naval italiana, proteger el transporte adicional de material, que se está haciendo necesario.

El Alto Mando de la Flota alemana aprovecha esta oportunidad para expresar que, en la opinión del Alto Mando alemán, la Flota ha llevado a cabo con éxito los deberes relacionados con el intercambio de comunicaciones, existentes desde el 16 de noviembre, y en el proceso de este desempeño de servicios mutuos en el pasado se ha establecido la base para una mayor colaboración entre las dos Flotas.

En vista de la creación de una nueva distribución de las fuerzas navales, las instrucciones diarias en la extensión que hasta ahora han existido, no son consideradas por más tiempo necesarias por el Alto Mando de la Flota alemana; pero, en la opinión del Alto Mando, es evidente por sí mismo que el intercambio de comunicaciones concerniente a acontecimientos que pudieran tener una influencia operativa en la situación española, debería continuar de la misma forma que hasta aquí.

El Comandante en Jefe de la Flota alemana, general-almirante Dr. H. C. Raeder, aprovecha esta oportunidad para expresar al subsecretario de la Marina real italiana y al jefe del Estado Mayor naval sus saludos personales y les da las

Con carteles como éste trataba el Gobierno de la República de contrarrestar propagandísticamente el impacto de la ayuda marítima alemana a la Flota franquista. En el cuadro se recoge una estadística de los barcos españoles hundidos por submarinos de nacionalidad alemana durante la guerra del 14.

gracias por la cooperación que ha venido existiendo.

Por orden de:

El agregado naval».

«Roma, 15 de diciembre de 1936

B. Nr. 455 g. Kds.

Al Alto Mando de la Marina de Guerra:

Esta tarde, en el ministerio de Marina, me ha sido dada la contestación siguiente a mi mensaje de ayer:

El jefe del Gobierno italiano, en una entrevista en el Palazzo Venezia, me explicó que piensa autorizar a los submarinos italianos a que operen a lo largo de la costa española del Mediterráneo, ya que entiende perfectamente las dificultades que encontrarían los submarinos alemanes si hubieran de realizar estas operaciones, dada la gran distancia de sus bases y la ausencia de fuertes bases de apoyo en el Mediterráneo y el Atlántico. Además, se propone asignar submarinos para operar enfrente de los puertos españoles. Con todo, de ninguna forma tiene la intención de que cese enteramente, en la mar y en el aire, la cooperación entre Italia y Alemania, ni tampoco en el Cuartel General de Salamanca.

Por consiguiente, dadas las razones antes mencionadas, se considera esencial el continuar la cooperación, todavía más estrecha, por parte de los barcos de superficie en el Mediterráneo. Más aún, se sugiere que el número de barcos de ninguna forma deberá ser reducido y que, además, deberían continuar operando en el Mediterráneo, en el curso de lo cual debe tomarse en consideración que, para las operaciones al Este del Cabo de Gata, se requeriría una previa notificación (de los italianos) de forma que precauciones apropiadas pudieran ser tomadas.

En cuanto al intercambio de información, los italianos nos están muy reconocidos por el intercambio que hasta ahora ha venido realizándose. Y vale la pena, para ellos, el continuar recibiéndola, puesto que no tienen barcos en el área que será vigilada por las unidades alemanas.

Con referencia a las señales de radio para la guía de aviones, nos fue comunicado que una estación emisora está siendo instalada en Palma, pero que desgraciadamente no sería disponible para Melilla.

Los almirantes Cavagnari y Pini envían al almirante Raeder sus saludos y mejores votos.

A medida que la conversación avanzaba, de nuevo dije que, actualmente, sólo teníamos dos barcos en España.

Pregunté también cuándo estaría terminada la estación de radio de Palma y, ante una respuesta no satisfactoria, dije que entonces, presumiblemente, tendríamos que servirnos de un barco italiano.

Nuestro agregado naval me informará tan pronto como los materiales necesarios lleguen. Por otra parte, él personalmente cree que con sólo una radio sería suficiente.

Se me ha dicho, con referencia al intercambio de comunicaciones, que por su parte los italianos estarían preparados a pasarnos la información, como han venido haciendo hasta ahora. Si nosotros no deseáramos recibirla, podríamos notificárselo.

Luego, planteé la situación de los consejeros navales en Salamanca. Sobre esto se me dijo que preferirían preservarla como hasta la fecha; es decir, posiciones iguales para los consejeros alemanes e italianos.

En total, aparte la misión de los submarinos, el deseo es que refrenemos en otros aspectos que lleven a una retirada considerable.

Prometí que enviaría mi comunicación escrita a Berlín el 16 de diciembre

s/Lange».

Estos documentos demuestran, sin lugar a dudas, que Italia y Alemania iniciaron la intervención marítima por cuenta propia, *«sin dar, en absoluto, información alguna a los blancos»*. Y el primer resultado fue el torpedeamiento del crucero «Miguel de Cervantes», el 22 de noviembre (cinco días después de ultimar los primeros planes), por el submarino italiano «Torricelli». En la misma operación, otro submarino, el «Fieramosca», tiró sobre el «Méndez Núñez», pero sin alcanzarlo.

Veamos cómo, para la historia del conflicto bélico, reseña el hecho en sus «Memorias de Guerra», pág. 60, el almirante Juan Cervera, jefe del Estado Mayor de la Marina franquista: «La campaña que, como legionarios, ofrecieron en la Conferencia de Cádiz, se pudo organizar con sigilo... Uno de ellos tuvo la fortuna de encontrar la escuadra enemiga en el fondeadero de Escombreras, sin abrigo ni vigilancia, y torpedeó el "Miguel de Cervantes" la mañana del 22 de noviembre, y erraron el "Méndez Núñez"».

Esta fecha, como la de la Conferencia de Cádiz (5), el 29 de diciembre de 1936, es exacta, pero lo que no es exacto es que el torpedeamiento fuera el resultado de los «submarinos que ofrecieron en la Conferencia de Cádiz», ya que ésta tuvo lugar 38 días después del ataque.

Un error de fechas es siempre posible; pero no una confusión de los hechos, puesto que cuando esta Conferencia tuvo lugar, él sabía muy bien que hacía tiempo que había sido torpedeado el «Miguel de Cervantes». Luego, ¿por qué da esta versión? Sin duda, para demostrar que esta operación fue realizada de acuerdo con los planes franquistas, cuando la verdad es que se produjo con arreglo a los acuerdos del 17 de noviembre en Roma.

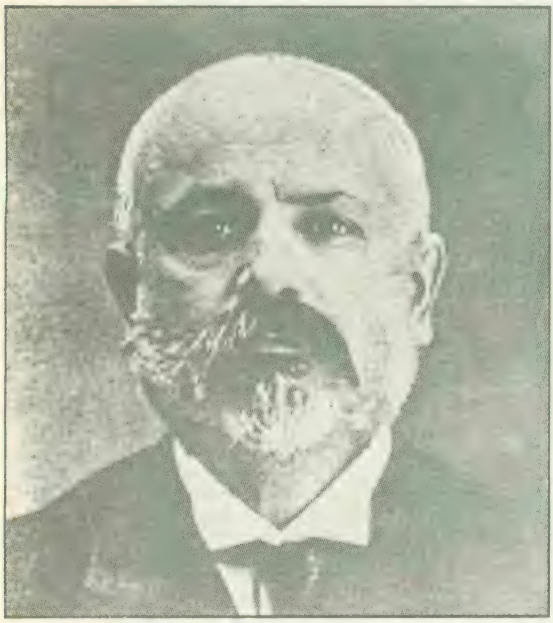
Que los «nacionalistas», como siempre se han llamado, acepten que un submarino extranjero torpedee un crucero español, aunque éste sea republicano, me parece muy poco «nacionalista»; pero resulta francamente degradante si este hecho se produjo sin que ellos tuvieran conocimiento previo. Sin embargo, por decreto del 14 de julio de 1939, el Gobierno franquista condecoró con la «Medalla Militar Individual» al capitán de corbeta Giuseppe Zapellón, comandante del submarino italiano «Torricelli», por el torpedeamiento del «Miguel de Cervantes». La misma condecoración, y por el mismo decreto, fue concedida al capitán de corbeta italiano Silvio Garino, que torpedeó al destructor republicano «Churruca» ■

J. G. D.

---

(5) Conferencia italo-germano-española, cuyas Delegaciones fueron encabezadas por el almirante Fishel, alemán; contralmirante A. Iachino, italiano; y contralmirante Moreno, español.

Despedida en Cádiz de los combatientes italianos que habían venido a España para luchar al lado de Franco. Por tierra pero también, de forma muy destacada, por mar, los hombres de Mussolini cooperaron notablemente a la derrota del Ejército y la Armada republicanos.



Ferrer Guardia, "maldito histórico"

Francisco Ferrer Guardia (1859-1909), fundador de la Escuela Moderna, que sería fusilado como «responsable» de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Hoy día, pese al tiempo transcurrido, las propuestas pedagógicas de Ferrer Guardia continúan siendo revolucionarias.

Bel Carrasco

FRANCISCO Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna, anarquista inconfeso fusilado como «responsable» de los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, es una figura polémica que ha suscitado las más diversas y contradictorias interpretaciones.

Su proceso y condena por el Gobierno conservador de Maura tuvo repercusión en todos los países del mundo occidental y, ya muerto, se convirtió en un símbolo ambivalente. Para sus correligionarios, mártir de la libertad, víctima de la represión ejercida por el autoritarismo; para quienes le condenaron, personificación de las fuerzas disolventes que amenazan la estabilidad social. En España, la Historia oficial anatemizó al maestro de Alella y redujo al silencio su vida y su obra.

Recientemente se ha iniciado la rehabilitación de Ferrer Guardia, «maldito histórico», gracias al proceso de recuperación de la memoria de los pueblos que se abrió con la desaparición de la dictadura. En este último año se han publicado tres ediciones de su obra póstuma, **«La Escuela Moderna»**, *y han aparecido trabajos en la Prensa especializada y varios libros que tratan sobre la controvertida personalidad de Ferrer y su aportación a la pedagogía racionalista.*

Las propuestas pedagógicas de Ferrer Guardia siguen siendo revolucionarias a pesar del tiempo transcurrido, y los sectores más progresivos de enseñantes han centrado un debate sobre ellas con vistas a actualizar los hallazgos más notables del sistema educativo ferreriano.

FORMACION, PRIMERAS EXPERIENCIAS Y VOCACION DE UN ANARQUISTA

Francisco Ferrer Guardia nace el Alella (Barcelona) el 10 de enero de 1859, en el seno de una familia de campesinos. Es el séptimo de once hijos. En la escuela de Alella recibe su primera educación: catecismo, historia sagrada y los golpes y castigos que eran el método pedagógico de la época. «*Educar equivale a domar, adiestrar, domesticar*», diría recordando esta experiencia. «*Para hacer las bases de la Escuela Moderna no tengo más que tomar lo contrario de lo que viví en mi infancia*».

Poco después pasa a la escuela de Teiá, donde tuvo la suerte de encontrar un maestro laico algo más liberal que el párroco que dirigía la escuela de su pueblo. Gracias a un cura que le enseñaba francés y le dejaba libros, consigue en esos años una beca para estudiar con los jesuitas, única posibilidad de hacer carrera para un joven de origen modesto, pero la influencia de algunos parientes anticlericales furiosos frustra el proyecto.

Tiene trece años cuando muere su padre y debe ponerse a trabajar en los viñedos familiares. Pero la vida de campesino no es para él y pronto emigra a Barcelona, donde trabaja de aprendiz en un comercio. En 1879 consigue un empleo de revisor en la empresa ferroviaria MZA, en la que actúa como enlace del líder republicano Ruiz Zorrilla.

Desde varios años antes, el joven Ferrer Guardia da muestras de su vocación libertaria; frecuenta la lectura de autores revolucionarios que le llevan a la firme convicción, que no abandonará nunca, de que la Iglesia es el enemigo número uno del pueblo. Al mismo tiempo, perfecciona su francés, estudia inglés por la noche y se inicia en la Masonería, en la que ingresa en 1844.

Ese año Ferrer organiza una biblioteca ambulante entre los obreros de MZA —iniciativa insólita hasta la fecha—, a raíz de lo cual comienza a tener problemas con la empresa, agravados por su relación con Ruiz Zorrilla y el papel activo que desempeña en una de las entonces tan frecuentes huelgas ferroviarias.

Tras su participación en la intentona republicana del general-brigadier Villacampa, en 1886, Ferrer Guardia se exilia a París con su familia; diez años antes se había casado con Teresa Sanmartín, de la que tuvo tres hijas. Una vez allí, se ve obligado a trabajar como representante de vinos y fondista para subsistir, hasta que, por fin, se pone a dar clases de español en el Círculo de Enseñanza Laica, en la Asociación Politécnica, en el Liceo Condorcet y en la Logia del Gran Oriente. Producto de la experiencia que adquiere en estos centros es su libro «Tratado de español clásico», el primer manual para la enseñanza de idiomas que sustituye los farragosos textos clásicos por frases de uso ordinario.

A la muerte de Ruiz Zorrilla, Ferrer Guardia, que había mantenido estrecha relación con él durante su exilio, decide romper con los republicanos, en quienes advierte el único propósito de suplantar a los monárquicos en el poder. Conecta entonces con sectores anarquistas —conoce a Malaro, Grave, Robin—, a los que estará vinculado hasta su muerte.

La última vez que Ferrer interviene en la mecánica política de los partidos es en el Congreso Socialista Internacional, que se celebró en Londres el año 1896, y al que asiste como delegado del Partido Socialista Francés por el distrito IV de París.

«La enseñanza racionalista puede y debe discutirlo todo, situando previamente a los niños en la vía simple y directa de la investigación personal»: Fragmento de una carta de Ferrer Guardia —escrita el 24 de enero de 1907— recogido en el monumento a él dedicado en la capital belga, Bruselas.

Uno de los episodios de la vida sentimental de Ferrer Guardia —al parecer, bastante animada— hizo posible la creación de la Escuela Moderna, al recibir la herencia de Jeanne-Ernestine Meunier. Junto a estas líneas, el pedagogo pasea con otra de sus compañeras: Soledad Villafranca.

UN LEGADO DE AMOR: NACE LA ESCUELA MODERNA

Uno de los episodios de la vida sentimental de Ferrer —al parecer, bastante animada— hizo posible que éste llevara a la práctica sus teorías pedagógicas: el legado de su discípula Jeanne-Ernestine Meunier, que sintió hacia él un profundo sentimiento próximo al amor, le permite fundar la Escuela Moderna.

«Ingenua, simpática y poco menos que sin consideración alguna a antecedentes accesorios y consecuencias, exponía sin reserva lo absoluto de su criterio y muchas veces tuve ocasión de hacerle observar sus erróneos juicios». Así describe Ferrer el carácter de su enamorada benefactora.

Sin embargo, sus relaciones se mantienen en un terreno estrictamente intelectual. *«Formó de mí tan excelente juicio* —escribe Ferrer— *que, a falta de afectos íntimos por su aislamiento, me otorgó su amistad y profunda confianza»*.

Acompañado de la señorita Meunier y Léopoldine Bonnard, su amante por aquellas fechas —ambas mujeres eran amigas—, Ferrer realiza un viaje por Europa, que va a tener gran trascendencia en su vocación educadora, pues le permite conocer a gente de ideología similar —Elisée Reclús, Pestalozzi— y visitar los centros donde se imparten las más avanzadas técnicas pedagógicas.

Poco después, en abril de 1901, muere precozmente Jeanne-Ernestine y Ferrer recibe un millón de francos oro y, aunque Lerroux trata de convencerle para que utilice esa importante cantidad en fines electorales, la destina íntegra a la realización del gran proyecto de su vida.

Seis meses más tarde, la Escuela Moderna abre sus puertas. Situada en un antiguo convento de la calle de Bailén, cuenta con un total de treinta alumnos: doce niñas y dieciocho niños. La coeducación de sexos, así como de clases, son principios que rigen la Escuela desde un primer momento. El curso siguiente son ya 70 los alumnos, y 126 en 1904. Tres años después funcionan filiales en varias ciudades españolas —Madrid, Sevilla, Málaga, Valencia, Cádiz, Córdoba— y extranjeras —Sao Paulo, Amsterdam, Lausana—. Sólo en Barcelona capital existen diez escuelas, con unos mil alumnos.

Pero esta extraordinaria expansión es bruscamente frenada. En 1906, el Gobierno cierra

la escuela madre y Ferrer es detenido, acusado de instigar el atentado frustrado que sufrió Alfonso XIII el día de su boda (1 de mayo). El hombre que arrojó la bomba contra el coche real, Mateo Morral, era bibliotecario de la Escuela Moderna.

Absuelto de sus cargos, Ferrer abandona la cárcel del brazo de su compañera de entonces, Soledad Villafranca, en junio de 1907. La Escuela sigue definitivamente cerrada, pero Ferrer no permanece inactivo. Promueve la creación de una revista —«L'Ecole Renouvée»— y funda la «Liga internacional para la Educación de la Infancia», en la que colaboran, entre otras personalidades, Bernard Shaw, Berthelot y Gorki.

UN PROCESO RESONANTE

Muy pronto la pesadilla vuelve a empezar: las autoridades emplazan a Ferrer para que declare sobre su presunta participación en los sucesos de la Semana Trágica. El 1 de septiembre de 1909, cuando se dirige a la estación de Montgat —*«para coger el tren y presentarme a declarar»*, explicará en el juicio—, es detenido. Juzgado en Consejo de Guerra, el 9 de octubre es condenado a muerte como **«autor y jefe de la rebelión»**. Cuatro días más tarde, es fusilado en el foso de Santa Eulalia. Antes de caer acribillado grita: **«¡Viva la Escuela Moderna!»**

La ejecución de Ferrer Guardia provocó una enorme reacción a nivel internacional, sobre todo en los países de América Latina. Desde Budapest a Lisboa se producen manifestaciones y mítines populares en defensa de Ferrer Guardia y contra sus verdugos. Las muchedumbres asaltan la Embajada española en París y protestan en Trafalgar Square. En Bruselas se levanta un monumento dedicado a la víctima de la represión maurista.

Estos incidentes precipitan la caída del Gabinete de Maura. En 1912, el Rey llama a los liberales del Conde de Romanones al poder. La revolución, fácilmente contenida en las calles, había triunfado en las Cortes a causa de la campaña internacional contra la ejecución de Ferrer, comentó Maura, amargado por la decisión real.

Dentro de España, la muerte de Ferrer suscitó comentarios de la más diversa índole: «Se fu-

En 1906, el Gobierno cierra la Escuela Moderna central y Ferrer Guardia es detenido, acusado de instigar el atentado frustrado que sufrió Alfonso XIII el día de su boda (1 de mayo) en la madrileña calle Mayor, y que queda recogido en el grabado adjunto.

siló al mamarracho de Ferrer, mezcla de loco, tonto y criminal cobarde», dijo Unamuno (cita de Josep Benet en «Maragall y la Semana Trágica»); «...En España sólo ha habido un revolucionario: Ferrer«, escribió Baroja en «Juventud y Egolatría»; «Todos los ciudadanos de Barcelona hemos fusilado a Ferrer no pidiendo su indulto», señaló Cambó cuando ya era demasiado tarde para lamentaciones.

Según W. Arche expone en su libro «The life, trial and death of Francisco Ferrer», en el juicio de Ferrer no se autorizó la presentación de testigos de descargo y la defensa fue confusa y contradictoria. Las principales acusaciones partían de sus antiguos camaradas políticos, los republicanos radicales, enemistados con Ferrer a raíz de su «anarquización».

El ideario político y social de Ferrer Guardia —en la imagen— se encuentra fielmente inscrito en su sistema pedagógico, definido por estos caracteres: laicismo, cientificismo, antiautoritarismo, antiestatismo, igualitarismo y respeto a la personalidad del alumno.

EL PENSAMIENTO DE FERRER GUARDIA: LINEAS MAESTRAS

Una de las líneas generatrices del pensamiento de Ferrer Guardia es el anticlericalismo, profundamente arraigado en los sectores populares y pequeño-burgueses de los que procedía. Para Ferrer, la Iglesia es, además de un enemigo del pueblo, aliada a las clases más conservadoras, un freno a cualquier avance crítico y científico, sobre todo en la enseñanza, campo que monopoliza contra el interés de la propia burguesía en instaurar una pedagogía racional apoyada en el positivismo.

Frente al obscurantismo religioso, Ferrer propugna la divulgación de un nuevo concepto de la naturaleza basado en las teorías evolucionistas de Darwin y en las ideas del científico francés, combatiente de la Comuna de París, Elisée Reclús. Según éste, la ciencia, liberada de su carga ideológica, se convierte en elemento básico del progreso. Pero Ferrer no llega a sacralizar la ciencia, sino que mantiene más bien una actitud pragmática al respecto: desconfía de las conquistas técnicas realizadas bajo el poder de las clases dominantes y sólo las considera válidas cuando se ofrecen como instrumento de emancipación.

Otro aspecto importante del pensamiento de Ferrer Guardia es su antimilitarismo, en oposición al papel preponderante que iba tomando el Ejército en España tras la pérdida de las colonias. Ferrer denuncia la función real del Ejército en ese momento: salvaguardar la oligarquía bajo la cobertura patriótica de la guerra de Marruecos, cuyas terribles consecuencias sufre el pueblo.

Al rechazar las instituciones sociales existentes —Iglesia, Ejército, Escuela—, Ferrer adopta la táctica gradualista del movimiento obrero de la época que, falto de instrumentos para un proyecto político global, recurre a la acción crítica y revulsiva como medio de conseguir una alternativa autónoma para la clase trabajadora.

EL PROGRAMA PEDAGOGICO DE LA ESCUELA MODERNA

El ideario político y social de Ferrer Guardia se encuentra fielmente reflejado en su sistema pedagógico, definido por los siguientes caracteres: **laicismo, cientificismo, antiautorita-**

La pesadilla que se había cernido cuando el atentado a Alfonso XIII, vuelve a empezar: las autoridades emplazan a Ferrer Guardia para que declare sobre su presunta participación en la Semana Trágica barcelonesa de 1909, uno de cuyos aspectos muestra la foto.

rismo, antiestatismo, igualitarismo y respeto a la personalidad del alumno.

En el programa de la Escuela Moderna, que Ferrer expone en su obra póstuma —llamada también «La Escuela Moderna»—, deja bien claro que la educación es y debe ser tratada como problema político: «*Los Gobiernos se han cuidado siempre de dirigir la educación del pueblo* —escribe— *y saben que su poder está basado en la escuela y por eso la monopolizan. Pero pasó el tiempo en que los gobiernos se oponían a la difusión de la instrucción (...). Los progresos de la ciencia y los multiplicados descubrimientos han revolucionado las condiciones del trabajo y de la producción; ya no es posible que el pueblo permanezca ignorante; se le necesita instruido para que la situación económica de un país se conserve y progrese*».

Pero la educación que incluso los gobiernos más reaccionarios han decidido proporcionar al pueblo, no tiene influencia alguna sobre la emancipación humana; se trata únicamente de un medio para capacitar la mano de obra y aumentar el rendimiento de la producción.

Cuando Ferrer se refiere a la enseñanza científica y racional, puntualiza que tal enseñanza deberá estar al servicio de las verdaderas necesidades de los hombres, y no al servicio del capital o de la burguesía. Este punto central del ideario de Ferrer es el que singulariza el ferrerismo con respecto a otras alternativas pedagógicas liberadoras, la escuela de Summerhill, por ejemplo, que plantean una escapatoria individual al margen de cualquier cambió estructural de la sociedad.

COEDUCACION DE SEXOS Y DE CLASES

Ante el dilema de fundar una escuela para pobres o una escuela para ricos, Ferrer opta por una solución intermedia —la coeducación de las clases sociales—, y no lo hace como fórmula conciliatoria, sino por convicción. En su libro explica: «*Una escuela para niños pobres no hubiera podido ser una escuela racional porque si no se les enseñase la credulidad y la sumisión, hubiéraseles inclinado a la rebeldía, hubieran surgido sentimientos de odio (...). Pero la Escuela Moderna obra sobre los niños a quienes por la educación y la instrucción prepara a ser hombres y no anticipa amores ni odios (...). Aprendan los niños a ser hombres y cuando lo sean declararse en buena hora en rebeldía*».

También por convencimiento de que la mujer y el hombre se complementan recíprocamente y ambos deben colaborar en el trabajo humano, impone Ferrer la coeducación mixta en la Escuela Moderna. En estos años la coeducación era desconocida en España y, aunque se tenía noticia de su existencia en otros países, nadie pensaba en adoptarla.

Conociendo el estado de la opinión, Ferrer evitó propagar públicamente su propósito de

Juicio contra Ferrer Guardia, celebrado en la prision celular de Barcelona. El 9 de octubre de 1909, el pedagogo era condenado a muerte como «autor y jefe de la rebelión» de la Semana Trágica. Fue éste un Consejo de Guerra lleno de irregularidades y sin ninguna prueba concluyente.

introducir esta innovación, que muchos hubieran considerado descabellada, y trató la cuestión privada e individualmente: *«A toda persona que solicitaba la inscripción de un alumno le pedía alumnas si tenía niñas en su familia»*.

La coeducación es para Ferrer de importancia capital, una condición indispensable para la realización de su ideal de enseñanza racionalista. El objetivo que persigue con ella es *«que la humanidad femenina y masculina se compenetren, desde la infancia, llegando a ser la mujer, no de nombre, sino de verdad la compañera del hombre»*.

En aras de la educación racional, Ferrer aboga por las típicas reivindicaciones feministas:

«La mujer no debe estar recluida en el hogar. Su radio de acción ha de dilatarse fuera de las paredes de la casa: debería ese radio concluir donde llega y acaba la sociedad. Los conocimientos que le son permitidos deberían ser en cantidad y en calidad los mismos que el hombre proporciona». «La ciencia al penetrar en el cerebro de la mujer —arguye también Ferrer— *alumbraría el rico venero de sentimiento, nota característica de su vida (...). La Humanidad mejoraría con más aceleración y centuplicaría su bienestar, poniendo a contribución del sentimiento de la mujer las ideas que conquista la ciencia»*.

AULAS SIN MUROS

En el terreno estrictamente pedagógico, la Escuela Moderna fue centro de experimentación de sistemas auténticamente renovadores que todavía hoy parecen casi impracticables. **La ruptura de la rígida separación entre el aula y el mundo exterior, la eliminación del distanciamiento entre alumnos y profesores, la ausencia de premios y castigos, la supresión de exámenes y concursos,** son algunas de las pautas más significativas que regulan el funcionamiento de la Escuela.

En la Escuela Moderna el alumno es libre, libre incluso de dejar la escuela. Goza de una

amplia libertad de movimientos: va a la pizarra, consulta libros, se enfrasca en sus pensamientos y, si le apetece hacerlo, puede abandonar el aula. Ferrer estimula a los alumnos a que se dediquen a los trabajos manuales, a la jardinería, a los trabajos domésticos, como medio de situar ambos sexos al mismo nivel y armonizar la actividad intelectual con el ejercicio físico.

El juego, la creatividad espontánea, entra a formar parte del proceso educativo. Ferrer tiene muy en cuenta lo que él llama *«el hermoso instinto del cumplimiento»* —el trabajo no alienador—, que se encuentra en los hombres cuyas voluntades no han sido falseadas.

Trata de secundar el desarrollo de las facultades del niño, dejarle buscar por sí mismo la satisfacción de sus necesidades físicas, intelectuales y morales, y no imponerle pensamientos y hechos que se avengan a la conservación de las instituciones, convirtiéndole en un individuo perfectamente adaptado al mecanismo social sin capacidad de crítica o de rebeldía.

REALIZACIONES DE FERRER GUARDIA. SUS SEGUIDORES

Junto a la fundación de la Escuela Moderna, la realización más importante de Ferrer Guardia fue la editorial de libros de texto que sobrevivió a su muerte y a la clausura de la Escuela. Al crear esta editorial —la Editorial de la Escuela Moderna—, Ferrer intentó suplir la carencia de material de enseñanza y suministrar a sus alumnos unos instrumentos culturales alternativos a los utilizados tradicionalmente por la burguesía. Los libros editados pretendían aproximar al niño a la vida real, aportar elementos de crítica social y recoger los principales avances en el campo de las prácticas

Cuatro días más tarde de ser condenado a muerte, Ferrer Guardia moría fusilado en el foso de Santa Eulalia (Montjuic, Barcelona). Sus últimas palabras, antes de ser acribillado por las balas, serían «¡Viva la Escuela Moderna!». La tumba que contemplamos acogió sus restos.

El foso donde Ferrer Guardia fue fusilado, se convirtió en lugar de peregrinación para sus amigos, seguidores y compañeros. He aquí a un grupo de los que acudieron a dicho foso en el primer aniversario de su ejecución, entre los que se encuentra —marcado con una X— su hermano José.

escolares. Pero lo más destacable es que todas las materias que se tratan, se desarrollan desde una perspectiva de clase, al margen y en contra de la ideología de las clases dominantes.

En los manuales de Historia de España, por ejemplo, la evolución histórica se explica en función de los movimientos sociales y la lucha de clases, y no como una sucesión de héroes y batallas. En los libros de Aritmética, en vez de las formulaciones tradicionales de operaciones bancarias se utilizan como ejemplos problemas relativos a los salarios o los precios.

Impulsadas por Ferrer, se organizaron en torno a la Escuela Moderna una serie de actividades, como cursos de idiomas —francés, inglés y alemán—, de taquigrafía y contabilidad, conferencias, publicación de un boletín de la Escuela, etcétera.

La muerte de Ferrer Guardia no representó la desaparición del movimiento que había iniciado. La mayor parte de sus propuestas pedagógicas fueron recogidas por los ideólogos y maestros libertarios racionalistas. Anselmo Lorenzo, el líder anarquista amigo de Ferrer, y otros propagandistas defendieron apasionadamente la enseñanza racionalista —sinónimo de pedagogía ferrerista—, «sin la cual la acción sindical revolucionaria no sería suficientemente eficaz».

En la segunda década del siglo, diversos maestros vinculados a los sindicatos en Cataluña, Valencia y Andalucía llevaron a cabo experiencias pedagógicas racionalistas inspiradas en las doctrinas de Ferrer Guardia. Joan Puig Elías, director de la Escuela Natural del Sindicato Textil Fabril, sita en el Clot (Barcelona), es sin duda el más prestigioso de sus seguidores. ■ **B. C.**

El proceso de Ferrer Guardia provocó una enorme reacción a nivel internacional. Desde Budapest a Lisboa se produjeron manifestaciones y mítines populares en defensa del pedagogo anarquista y contra sus verdugos. Una vez consumado el fusilamiento, Bruselas dedicó a Ferrer Guardia este monumento como «homenaje a un mártir de la libertad de conciencia».

A propósito de «La detonación»

Larra y Buero: Un amor sin límites a la libertad

Eduardo Haro Tecglen

Mariano José de Larra —en el grabado, dentro del que figura también una frase de su obra teatral «Macías»— forma parte de la conciencia de todo escritor y, al mismo tiempo, es parte de una actitud pública que está tratando de definirse como profesión a la que responde en un sentido de vocación, sentimiento y declaración de fe.

Larra forma parte de la conciencia de todo escritor y, al mismo tiempo, es parte de una actitud pública que está tratando de definirse un poco torpemente como profesión a la que responde más en un sentido de vocación, sentimiento, declaración de fe que al de reglamentos, estatutos, títulos, obligaciones o prohibiciones en que se está encerrando. El Larra que presenta Antonio Buero Vallejo en su más reciente obra teatral («La detonación», Teatro Bellas Artes, de Madrid) es una emanación de su conciencia de escritor público. Quizá Antonio Buero Vallejo, circunspecto, medido, introvertido y distante, tenga pocos aspectos externos que le identifiquen con el «dandy» romántico, excesivo, hablador y social que fue Larra en el complejo siglo XIX. Pero en lo básico está la misma postura: un amor sin límites a la libertad —a la libertad propia pero, indiscutiblemente, a la libertad de los otros—, el dolor de España, el desprecio a la mezquindad y a una serie de cargas históricas, que son las mismas en los tiempos de Larra y en los nuestros: la pesadumbre de una sociedad iletrada, el peso del fanatismo, la imposibilidad del humanismo.

El Larra que presenta Antonio Buero Vallejo —junto a estas líneas— en su más reciente obra teatral, «La detonación», es una emanación de su conciencia de escritor público. Buero y Larra coinciden en una misma postura básica, que se caracteriza por un amor sin límites a la libertad, al dolor de España y el desprecio a la mezquinidad social.

HAY un curioso puente que parece unirles: Larra fue a dar su impacto directamente a la generación del 98, saltándose en su adelanto a las tendencias intermedias; y Buero es curiosamente —a pesar de su edad, a pesar de sus circunstancias y de los elementos de su aprendizaje— como un último escritor del 98, bastante ajeno en lo posible a las generaciones intermedias. La modernización que incluye Buero en su teatro con respecto a los autores válidos de la etapa con la que entronca más o menos —Galdós, Gaspar, Benavente— nos parece más una forma de amueblar la escena, de carácter episódico y circunstancial, que una forma de llegar a la profundidad. Máscaras, apariciones, voces, luces —elementos que hacen que el autor califique su obra de fantasía— son un revestimiento exterior que podrían tener muy poca importancia, aunque sin duda en el trabajo del autor hayan supuesto mucha, y no sólo desde el punto de vista de lo que se llama la teatralidad, sino en el del simbolismo que les aplica.

Todo ello forma parte de un barroquismo de Buero Vallejo, que ha ido aumentando desde sus primeras obras, que se acentúa en las más recientes. Como si quisiera luchar contra lo que podría parecerle a él —y no lo es— peyorativo: un carácter rectilíneo, un vocabulario ajustado, una tendencia al esquema y a la austeridad. Como si hubiese recibido demasiados consejos de los «autores» —las comillas indican una deformación profesional propia de los valores que estaban en alza en la época en que Antonio Buero Vallejo apareció por primera vez como escritor de teatro— en el sentido de este amueblamiento de la escena con rasgos de ternura, humor o poesía. Hay, o se nos figura que hay, en toda obra de Buero como una superposición de estos elementos: una arquitectura, una geometría implacable de fondo, una rectitud de vocabulario en sus grandes escenas y una abundancia de materiales externos, de formas blandas, de añadidos ornamentales. A veces los dos grupos casan, a veces no. A veces todo este ornato barroco se hace ingenuo, infantil. El infantilismo es el mal de nuestro teatro desde hace siglos: se ha acentuado en los últimos cuarenta años y probablemente Antonio Buero lo utiliza para llegar mejor a lo que en realidad es una sociedad infantilizada, de menores de edad. Si sirve para hacer llegar sus ideas, si es un vehículo necesario, habrá que considerar como superfluos los posibles reparos estéticos que puedan hacerse.

Formando parte de este barroquismo, pero también de la necesidad informativa de Antonio Buero Vallejo, está probablemente la abundancia de personajes y el juego de espejos en el que éstos se reflejan. Buero ha querido hacer una crónica de un fragmento agitado y confuso del siglo XIX español como fondo o friso para que viva en él la figura de Larra. Un mismo actor representando al poder, un mismo actor representando la censura —algo más allá que la censura: una opresión, una cerrazón—, una misma actriz para representar las dos mujeres que llevaron a la muerte a Larra; y unos escritores, una sociedad que

En «La detonación» (de la que vemos un instante, con el actor Juan Diego —a la derecha— interpretando a Larra). Buero ha querido hacer una crónica de un fragmento del siglo XIX español como fondo o friso para que viva en el la figura siempre actual de Larra.

La sociedad que rodea a Larra es presentada en «La detonación» de la manera que recoge la imagen: como un conjunto de seres no individualizados, que encarnan ante todo una función determinada, frente a la cual el escritor se estrellará una y mil veces.

también le llevaba a la muerte. Esceso de minuciosidad, exceso de honestidad, probablemente. O exceso de teatralidad. A veces se consigue el propósito del autor de señalar, como en la tragedia griega, los dos planos, el del héroe —y el clásico amigo del héroe que siempre está presente en la tragedia griega, en este caso el poeta y periodista Espronceda— y el del coro de la sociedad. A veces se confunden, y Larra forma parte del mismo montón. Puede ser un efecto deseado, el de esta lucha del héroe para ser individuo, aun sabiendo que ésa es su perdición como en los personajes de Ibsen —«cuando los dioses quieren castigar a alguien, le hacen individuo», decía Ibsen— y la de fundirse y descansar en los demás.

Pero todo ello cambia de perspectiva con la aparición del verdadero antagonista: el del criado. Es la mejor invención de la obra. El criado está tomado de un personaje ya inventado por Larra cuando lo introduce en su artículo «La Nochebuena de 1836», que subtítula «Yo y mi criado». «Miré a mi criado —escribe Larra— y dije para mí: 'Esta noche me dirás la verdad'». Buero ha desarrollado hasta el máximo posible dentro de sus propósitos a este personaje que dice la verdad a Larra. Pero no hay que olvidar, para seguir esta acción fundamental de la obra, que el personaje está en la mente de Larra y no sólo en la de Buero. Podría interpretarse esta acción, como ya lo ha hecho algún crítico, como una forma de discusión entre el intelectual que busca la verdad y el pueblo que la tiene: entre el intelectual, que resuelve sus contradicciones por la figura definitiva que es el suicidio (aunque el suicidio de Larra, en esta obra, esté dentro de una tradición histórica, la del asesinato por la sociedad, lo cual equivale a lo mismo si consideramos que todo suicidio es un asesinato perpetrado por los demás, o también una forma de asesinar a absolutamente todos los demás dentro del propio suicida), y el pueblo, que aguanta siempre y decide aguantar, y seguir adelante. Esta interpretación es muy verosímil, pero puede optarse por otra: el de un desdoblamiento de la personalidad del propio Larra, interpretación abonada tanto por la existencia previa del personaje «criado» en la obra del propio Larra (artículo citado), en la que lo utiliza como una manera de autocrítica, como por la forma de ficción que ha elegido Antonio Buero Vallejo: todo lo que sucede en el escenario está sucediendo, en realidad, en la mente de Larra, en el espacio de segundos ampliados —incluso recalcado, al principio, por uno de los elementos del barroquismo de Buero y de la infantilización del teatro: las voces lentas y espaciadas de los demás, como si estuvieran simultaneándose dos tiempos— que van entre el momento en que se aplica a su sien la pistola y el momento inmediato en que aprieta el gatillo. Si repetimos la comparación con la tragedia griega, encontraremos que protagonista y antagonista —o figura y contrafigura— llegan a ser uno mismo (Buero no es impermeable a ese juego: puede encontrarse en algunas de sus obras, y primordialmente en «En la ardiente oscuridad» y el retrato escénico de Larra se completa con el de este supletorio.

Yo hubiese preferido ver la obra desnuda de barroquismo, simbolismo y fantasía convertida en un diálogo entre Larra y el Criado: y

El fragmento de la historia de España que se recoge en «La detonación» —otra de cuyas escenas reproducimos— y las evoluciones de sus personajes nos plantean, como ha de hacerlo toda obra de teatro seria, ante un fenómeno de repetición de circunstancias.

creo que sería el mejor Buero —el humanista, el pensador, el ideólogo, incluso el metafísico que tiene siempre dentro— el que hubiera brotado de esta obra. La teatralidad no huebiese desaparecido, sino que hubiese sido otra. Como la que puede encontrarse en otra obra que se representa estos días en Madrid, «Emigrados», de Mrozek, en la que se puede encontrar, en este sentido, bastante paralelo: la dialéctica entre un intelectual y un elemento, el pueblo, situados ante una situación de opresión social idéntica, y con la que puede llegarse a la misma conclusión de la identidad entre protagonista y antagonista hasta confundirlos en un mismo personaje contradictorio. Subrayo el «yo hubiese preferido» para quitar valor a este juicio: lo que un espectador —aun con su parcela de conciencia de Larra; o, sobre todo, por tenerla— hubiese preferido ante una obra de teatro carece de importancia. Lo importante es la obra en sí.

El poder cambiante y siempre igual, la utilización del pueblo, la pesadumbre del intelectual, las formas de lo posible y lo imposible, son los elementos que están presentes en la obra de Buero Vallejo (al que vemos de nuevo en la imagen adjunta), pero no sólo en «La detonación», sino en todo su teatro.

Y esta obra, en sí, es importante. El fragmento de la historia de España que se recoge en ella y las evoluciones de sus personajes nos plantean, como ha de hacerlo toda obra de teatro seria, ante un fenómeno de repetición de circunstancias. No nos sitúa ya ante el personaje apisódico Larra y todas sus ramificaciones, sino ante unas constantes de la sociedad española. Unas constantes negativas frente a las que se lucha —y Buero Vallejo es un luchador continuo— desde hace siglos. El poder cambiante y siempre igual, la utilización del pueblo, la pesadumbre del intelectual, las formas de lo posible y lo imposible, son los elementos que están presentes en la obra de Buero: y no en ésta, sino en todas las que ha escrito y estrenado, con mayores o menores dificultades, con mayores o menores posibilidades de expresión. Sólo por ello merecería la pena olvidar y obviar reparos de poca monta y recomendar vivamente la asistencia a la función.

■ **E. H. T.** *(Fotos de «La detonación»: Manuel Martínez Muñoz).*

El grito desilusionado de Mariano José de Larra

A Gustavo Fabra
In Memoriam

Lourdes Ortiz

Si hubiera que definir el espíritu romántico al modo y manera a que nos ha habituado la jerga psicológica, nosotros propondríamos la inclusión, entre los muchos que ya contienen los manuales, de un nuevo complejo, el complejo de Hiperión. Todo complejo se caracteriza por unos específicos rasgos y los del que proponemos están dados de una vez por todas en un personaje de Hölderlin, ese Hiperión (1) eternamente insatisfecho, que ama y cree en la libertad, que sueña nuevos mundos idílicos y se refugia en el arte, el amor y la amistad cuando el bello sueño que creyó poder realizar en hermosa comunidad de los hombres sobre la tierra se desmorona y ante él sólo queda la rapiña sin límites de los que creía sus correligionarios, la esclavitud y la sumisión vivida como forma de existencia y la pazguatería ramplona de un rebaño que se compone de «artesanos pero no de hombres, de pensadores pero no de hombres, de jóvenes y adultos pero no de hombres». Ese Hiperión al que Diotima escribiría: «La impotencia sin límites de tus contemporáneos te habrá costado la vida». Complejo de Hiperión o mal de siglo, como se llamó entonces, que aquejaría a toda una generación a la que se denominó romántica y que vuelve a afectar a tantos y tantas jóvenes de nuestros días, tan cercanos en su desencanto a los Byron, los Hölderlin, los Herzen, los Espronceda y los Larra.

(1) Elegir la figura de Hiperión como representativa del movimiento romántico no es un gesto gratuito. Se ha hablado muchas veces de la influencia de obras como el **Werther** *en los románticos y en su concepción del amor. Lo sorprendente del «Hiperión» de Hölderlin es que siendo una obra escrita en el año 1795, es decir, mucho antes de la aparición pública de las primeras obras propiamente románticas, preludia no sólo los sentimientos sino incluso las actitudes de toda una generación. Hasta el hecho de elegir la causa griega como campo de lucha revolucionaria anuncia gestos como el de Byron y un sentimiento general que se propagaría en Europa hacia 1820.*

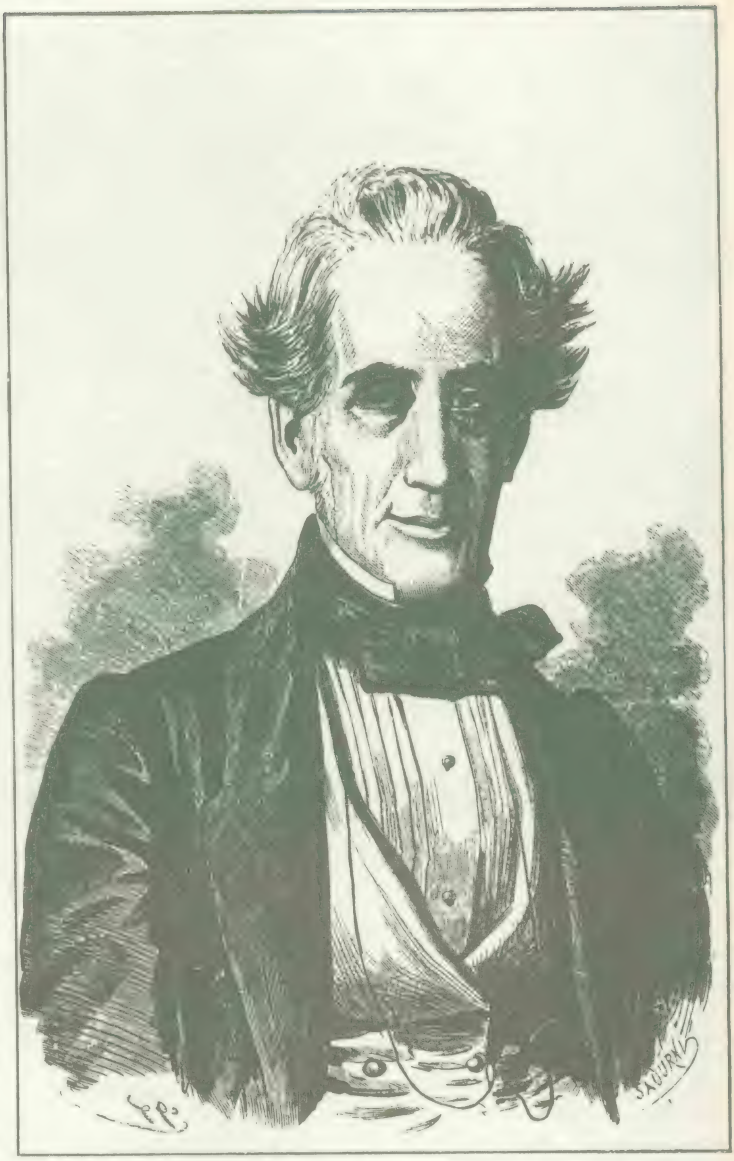
Larra se quitó la vida porque la sociedad que le rodeaba, el mundo en que vivía, era lo bastante sórdido como para ahogar toda esperanza. Sobre ese mundo, sobre esa sociedad, surge el grito desilusionado de Mariano José de Larra, cuyos trazos físicos nos vienen dados por esta litografía de J. Gutiérrez.

PORQUE el Romanticismo fue un movimiento europeo, como también fue europeo en aquel momento el desaliento de una generación que nacía precisamente cuando el ideal de libertad que había imaginado e intentado construir la generación anterior se vino abajo. La Francia de la Revolución, aquel sueño de fraternidad que había movilizado tantos impulsos, se había convertido en la Francia apergaminada de la Restauración, mientras en el resto de Europa, la Santa Alianza y el absolutismo seguían imponiendo el bozal de la tiranía sobre millares de bocas que habían aprendido a callar y conspirar. Las fallidas intentonas revolucionarias de 1830 y 1848 supusieron, por un lado, el renacer de la esperanza y la movilización para la lucha e, inmediatamente después, la renovada decepción ante el ascenso al poder de una clase tan egoísta y tan dispuesta a mantenerse en el mismo como la antigua nobleza desterrada.

Byron moriría en Missolonghi combatiendo por la causa griega en vez de derramar lágrimas de sangre como Hiperión ante el Eurotas cuando vio traicionados sus ideales por sus mismos compañeros, pero el ideal de rebeldía que les azuzó a la lucha era el mismo. Larra no tendría una muerte tan gloriosa, pero sus lágrimas ante la España de su época se parecían mucho a las que, casi al mismo tiempo, derramaban en París y Londres tantos jóvenes polacos, rusos, griegos, que habían huido de sus países para escapar de la opresión secular y se encontraban ante la imagen de una Francia burguesa y acomodaticia que había traicionado los ideales de la Revolución del ochenta y nueve. Por eso también el grito de Larra y el de todos aquellos afectados por lo que hemos designado como complejo de Hiperión, se parece al grito desilusionado de una juventud que ya en el siglo XX creyó y luchó por otro sueño revolucionario, llegando en el último tercio del mismo a la constatación desmoralizadora de que las cosas van demasiado despacio, las revoluciones no parecen tarea de un día y, la mayoría de las veces, lo que se había tomado por liberador se convierte en una forma distinta de opresión recubierta de nuevos ropajes. El suicidio de Larra, como la impaciencia revolu-

Vivio con tanta intensidad Larra la alegría de los tres años de la intentona liberal, como el triste regreso de Fernando VII al absolutismo y a las practicas oscurantistas. (El pintor Blanch reflejó así el traslado del «Deseado» desde Madrid a Sevilla el 20 de marzo de 1823).

cionaria de Herzen o de Byron, nos son tan próximos porque también hoy podríamos decir con frase de Larra: *«La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y palabras; de suerte es imposible... Me inclino a creer que el hombre variará de necesidades y se colocará en una escala más alta o más baja; porque en cuanto a su felicidad nada habrá adelantado»*, frase desalentadora producto de su implacable lucidez, de su hábito de concebir la sociedad como un espectáculo, como un drama donde cada individuo, oculto tras una gruesa máscara, representa con más o menos habilidad un papel. El pesimismo radical de Larra, su desconfianza absoluta en la naturaleza humana, le llevaron a afirmar la imposibilidad del progreso: *«Fígaro no hizo al mundo como es, ni a variar el corazón humano alcanzarán todas las reformas del mundo»*. Pero la esperanza se renueva y, por encima de todas las decepciones y desalientos, en las propuestas más radicales contemporáneas, en la denuncia que se hace hoy de la sociedad del espectáculo, se percibe como posible y como meta una sociedad sin máscaras, una sociedad donde el hombre alcance al fin esa felicidad que la sociedad montada sobre la explotación y la tramoya le arrebata.



La visión crítica de Larra pronto le llevaría a comprender que los Martínez de la Rosa —en la imagen—, los Mendizábal y los Calatrava, aquellos doceañistas de antaño que volvían del destierro, no eran sino la reproducción del sistema de gobernar ya conocido y sufrido.

Larra creyó también, en una primera etapa, en esa sociedad armónica; los vaivenes de la política de su tiempo y su creencia en la posibilidad de que se produjeran cambios reales en corto plazo, le desengañaron. Pero el desánimo no tenía por qué ser la salida obligada: Hiperión, tras las heridas recibidas en la batalla, descubrió la importancia fundamental de la naturaleza en la que se integraba y, tras la vida sin vida de sus contemporáneos, supo captar la transcendencia de una libertad irrenunciable y de un goce indestructible en la fusión con el todo. Larra no fue capaz de dar ese paso. La pérdida de su Diotima, su Dolores Armijo, le despojó de las últimas agarraderas.

Se ha discutido mucho la influencia que tuvo el fracaso amoroso en el suicidio de Larra. La versión trivial, acuñada en el siglo XIX, que pretendía reducir la causa a la decepción amorosa, ha sido ya suficientemente descartada. La reciente obra de Buero Vallejo, tan minuciosa en la cronología y en la visión histórica, no hace sino incidir en una tesis ya muchas veces repetida: Larra se quitó la vida porque la sociedad que le rodeaba, el mundo en que vivía, era lo bastante sórdido como para ahogar toda esperanza.

«Me inclino a creer que el hombre variará de necesidades y se colocará en una escala más alta o más baja: porque en cuanto a su felicidad nada habrá adelantado», escribió Larra. La somnolienta sociedad en que le tocó vivir, bien puede quedar simbolizada en este grabado de la época

El anhelo de libertad romántico (anhelo que se ha interpretado muchas veces erróneamente como ruptura bohemia con las formas de vida tradicionales, como postura elitista y literaria) tenía que chocar con las formas opresivas de un sistema social basado en la explotación y en la ignorancia, en la tortura y en la más ofensiva desigualdad. Por un mundo diferente y fraterno lucharon los románticos. La disputa entre liberales y serviles era, en el corazón de hombres como Larra y el indómito Espronceda, la apuesta por una sociedad diferente —no alienada, diríamos hoy— donde el hombre fuera al fin libre y recuperase su autonomía. Por eso Larra, que había visto arrastrar por las calles de Madrid el cadáver de Riego, tras haber cantado con exaltación las estrofas de su himno:

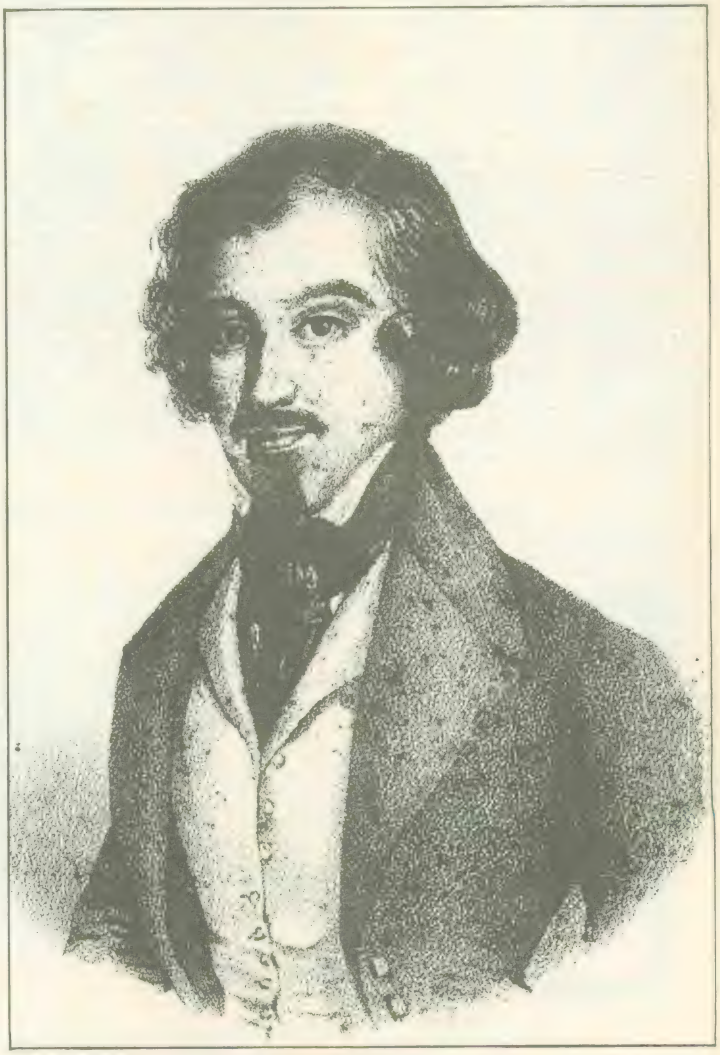
«Honor al caudillo,
honor al primero
que el cívico acero
osó fulminar.
La Patria afligida
oyó sus acentos
y vio sus tormentos
en gozo tornar...»,

Larra, que vivió la alegría de los tres brevísimos años de la intentona liberal y que sufrió después el regreso de Fernando VII y el absolutismo; Larra, que tuvo que aprender a callar y a escribir de forma que sus lectores pudieran entender entre líneas, se convierte en crítico de la sociedad de su época. **El Duende satírico del día, El Pobrecito Hablador, Fígaro** —seudónimos bajo los que se refugió en su vida de periodista— fueron incansables vigías que cumplieron la única función lúcida que ha de cumplir un revolucionario en una sociedad que no le gusta: la función crítica, la crítica negativa, como diríamos hoy recogiendo el concepto propuesto por la Escuela de Franckfurt.

Las tiranías descaradas, las dictaduras, al dejar demasiado al descubierto sus lacras y desmanes, permiten, de algún modo, que en el corazón del crítico y del revolucionario germine la esperanza de que todo concluya al producirse un cambio. Por eso, de nuevo, la experiencia de Larra es tan próxima a la nuestra. El absolutismo sin freno de Fernando VII, la estulticia brutal de Calomarde, tan evocadoras para nosotros de otros absolutismos y otras estúlticias, hicieron creer a Larra que se

produciría una modificación de la situación de su país cuando fueran sustituidos los que detentaban el poder y los liberales reemplazaran a los serviles. Pero pronto su visión crítica le lleva a comprender que los Martínez de la Rosa, los Mendizábal y los Calatrava, aquellos liberales de antaño, doceañistas de pro, que regresaban con la aureola de la persecución sufrida y con la corona de martirio que su prolongado destierro les había deparado, no eran sino la reproducción de lo ya conocido: la sociedad española volvía a ser una triste representación en la que los nuevos detentadores del poder con modos más modernos, más europeos, a la manera del rey burgués francés, perpetuaban la explotación y el control del resto del cuerpo social. Es entonces cuando Larra se derrumba. A lo largo de los tres años que siguieron a la muerte de Fernando VII, Larra en sus artículos se debate entre la esperanza y el desánimo, desánimo más definitivo porque la vida política seguía mostrando el juego de un poder egoísta y arbitrario y ¡ya no había enfrente dictador a quien culpar y con cuya muerte soñar! Por eso decíamos al comienzo que la decepción de Larra es muy similar a la de Herzen y otros revolucionarios ante el fracaso sucesivo de las revoluciones del 30 y del 48. Historiadores y sociólogos nos han dicho después reiteradamente que ambas fueron revoluciones progresivas porque suponían un avance de la nueva clase revolucionaria, la burguesía. Pero la sociedad de libertad por la que los románticos luchaban no se parecía en nada a esa sociedad surgida del movimiento revolucionario. Luis Felipe y los que le rodeaban no eran ya el zar y la nobleza, pero su dominio y su control seguían siendo tan despreciables como los del Antiguo Régimen.

Es entonces cuando, a veces, como le pasó a Larra, el crítico social se desmorona, cuando reniega de la sociedad y busca en el otro, en el amor, el refugio para su soledad, ante la presencia agobiante de un corazón «*ebrio de deseos y de impotencia*» que se ha convertido en un sepulcro: «*¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!*». «Del incendio he salvado, como una divinidad doméstica, tu imagen con su sentido celeste», le escribía Hiperión a Diotima, pero la Diotima de Larra no acudió a la llamada. El rechazo de Dolores Armijo no fue así, como se ha dicho tantas veces, la gota que colmó el vaso de agua. En aquel momento, Dolores era para Larra todo el agua del mundo. La muerte de Diotima no podía destruir a Hiperión porque, al salvarse de la batalla en que buscara la muerte, comprendió la importancia de



La disputa entre liberales y civiles era, en el corazón de hombres como Larra o el indómito Espronceda —al que vemos—, la apuesta por una sociedad diferente, donde el hombre fuera por fin libre y recuperase su autonomía, su verdadera entidad como ser humano.

existir, de ser uno con la naturaleza, de ser libre con una libertad irrenunciable y única que ningún gobierno ni tiranía podría arrebatarle. Las balas que la propia mano dirige contra la sien son siempre más certeras que las balas del enemigo, y Larra no pudo escapar a la muerte buscada como escapó Hiperión. Quizá, si hubiera fallado hubiera podido escribir como él: «¡Oh alma, alma! ¡Belleza indestructible! ... Tú existes... ¡Todo nace del deseo y acaba en la paz!». Hölderlin, en cualquier caso, terminó volviéndose loco. A Nietzshe le ocurriría lo mismo. Larra poco antes de morir había escrito: «*Inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia, ¡política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad y amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices*», grito que podemos resumir con lo que escribió el propio Larra para referirse al Antony de Víctor Hugo: «... *Es el grito que lanza la humanidad que nos lleva la delantera, grito de desesperación al encontrar el caos y la nada al final del viaje*». Pero ignoraba que no hay viaje, ni final. Ignoraba, cosa que aprendió el propio Víctor Hugo, que su fuerza radica en él mismo. Su lucha denodada contra todo aquello que perpetúa el reinado de muerte sobre la tierra, su sarcasmo ante cada nuevo montaje y cada nueva mentira, debieron haberle bastado para seguir adelante.

No es cómoda la posición del crítico social en la sociedad del espectáculo, pero el mismo Larra con su pluma indomable había entendido cuál podía ser el camino: «*El escritor público que una vez echó sobre sus hombros la responsabilidad de ilustrar a sus conciudadanos, debe insistir y remitir a la censura tres artículos nuevos por cada uno que le prohíban; debe apelar, debe protestar, no debe perdonar medio, ni fatiga para hacerse oír; en último caso debe aprender de coro sus doctrinas y, convertido en imprenta de sí mismo, propagarlas de viva voz; sufrir en fin la persecución, la cárcel, el patíbulo si es preciso*».

Por eso, su deserción final y su decisión de abrir la caja amarilla que contenía las pistolas, no aparece ante nosotros como una claudicación. Su suicidio fue su espaldarazo crítico, su último **no me gusta**, su último artículo en blanco ante la parodia y ante la indiferencia de los batuecos. Podríamos reprocharle el no haber sido consecuente con unas palabras escritas poco antes de ese 13 de febrero en que se quitó la vida: «... *Y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que felizmente rige y gobierna el señor Calatrava, q.D.g. (como oro en paño) y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (q.D.h.) si algo le queda por haber*». Porque la función revolucionaria del crítico social es continuar siendo, cuando todo parece oponérsele, la conciencia vigilante, aquella que no calla por muchas amenazas o bombas que se le enfrenten. Larra murió, pero nos quedan sus escritos y ellos cumplen aún esa función de crítica revolucionaria. ■ **L. O.**

El suicidio de Larra significó su último «no me gusta», su último artículo en blanco ante la parodia y la indiferencia de sus contemporáneos. El gran periodista (aquí en un dibujo de J. L. Pellicer tomado de «La ilustración Española y Americana») acabó desertando de una lucha imposible.

Grecia y Roma lo consagraron

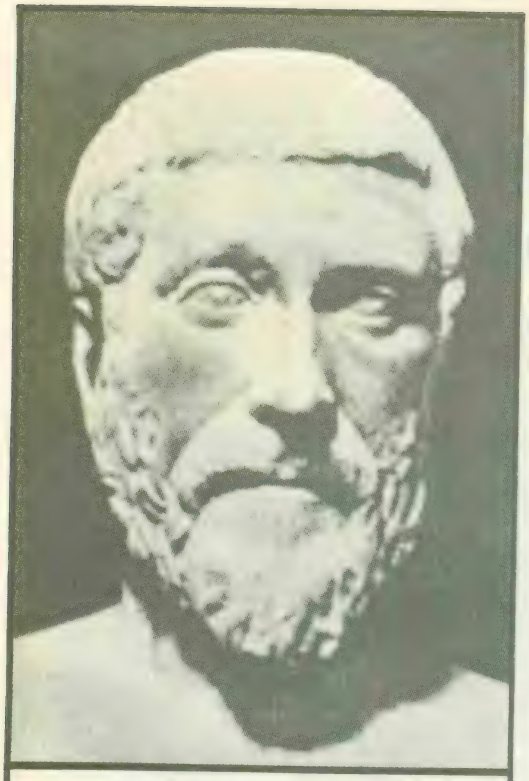
El suicidio, entre la norma y el horror

Eduardo Tijeras

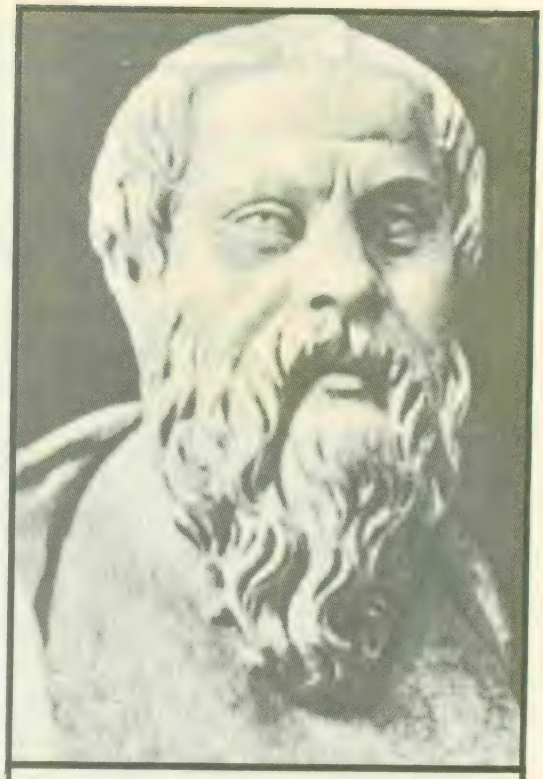
Dentro de los pensadores y poetas de la antigüedad, el suicidio se presenta como un castigo que apela a la ética del propio individuo con objeto de dejar a salvo la dignidad y una serie de convenciones de clase y casta. Sobre estas lineas, momento en que el más famoso suicida griego, Sócrates, decide poner fin a su vida.

LAS noticias y la tónica del suicidio en los pensadores, filósofos, oradores, poetas y poetas-guerreros de la antigüedad, como parece lógico, abundan en contradicciones y, sobre todo, se confunden, más que con el verdadero suicidio en su acepción moderna, con normas sociales y políticas represivas en las que el suicidio se presenta como un castigo que apela a la ética del propio individuo con objeto de dejar a salvo su dignidad y una serie de convenciones de clase y casta. Especie de pena de muerte disfrazada, y práctica tan corriente como catastrófica, única salida al honor mancillado, a la derrota, la humillación, la enfermedad y la vejez.

Ser un poco valetudinario y estar, por ejemplo, enfermo del riñón —el mal de piedra— eran razones suficientes para ingerir el contenido de una buena taza de veneno —cicuta, adormidera— y quitarse limpiamente de en medio. Estas bárbaras y drásticas concepciones han progresado hasta el extremo de que en la actualidad nadie ve con ojos de familiaridad y lógica la práctica del suicidio, entre otras cosas, por un relajamiento de las costumbres y una moral más laxa, pero también más hipócrita y huidiza, porque, sin duda, el tal progreso no ha servido para que desciendan las tasas del suicidio. Hoy el suicidio es un horror. Antiguamente, una norma. Entre la norma y el horror, el **gesto** *no ha sufrido grandes alteraciones. Luego lo que realmente podría haber progresado es la manera de juzgar, no el hecho en sí.*



PITAGORAS



SOCRATES

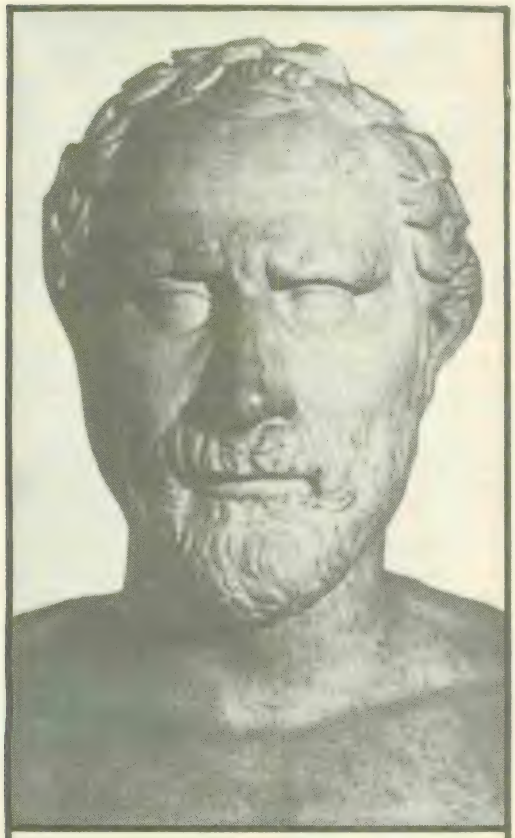
La historia nos ha legado algunas referencias. Descartada la sugerente Safo de Lesbos, cuya leyenda de suicidio por amor (el salto desde el peñón de Léucade, desdeñada por el marino Faón) se atribuye ahora a una cortesana de igual nombre, prosiguen las dudas en torno a Pitágoras: su clase de muerte no es estrictamente suicidio, aunque le anda muy cerca. Diógenes Laercio recoge por lo menos tres versiones. La más célebre narra que el gran filósofo y matemático consiguió escapar del incendio de su casa de Crotona, provocado por una conjura política, y que al llegar a un campo de habas se paró y dijo: «Mejor es ser cogido que pisar estas habas», o «Mejor es ser muerto que hablar». Acto seguido tendió la garganta a sus perseguidores. Otros —Dicearco, Heráclides— dicen que murió privándose de la comida durante cuarenta días. De todas maneras, murió octogenario. Entre tanta longevidad y las dudas que suscita la voluntariedad de su muerte, parece aconsejable no insistir en el tema o, en cualquier caso, estaría claro que la senectud y la grave emergencia —alzamiento popular— impulsaron a Pitágoras a dejarse matar o a morir de hambre.

Sócrates bebió en prisión la cicuta que lo llevaría a la tumba. Estaba condenado a muerte por el tribunal de los pretorianos, y la cicuta no desempeñó otra misión que la de ejecutar la sentencia, según se desprende del **Fedón** platoniano. Ni siquiera él o sus queridos amigos se procuraron el veneno subrepticiamente a fin de anticiparse a la ejecución de la sentencia. La cicuta le fue suministrada por un guardián o funcionario de la cárcel, quien al mismo tiempo le recomendó al filósofo lo que debía hacer después de tomar la pócima: sólo pasear hasta sentir que se debilitaban sus piernas. «Y entonces te acuestas en tu cama». Uno de los discípulos preguntó serenamente si él podía hacer una libación con el mismo brebaje. Le respondieron que únicamente disolvían «lo que precisamente se ha de beber». Tras lo cual Sócrates alzó con dignidad la copa, bebió y empezó a quedarse frío por los pies, en medio del llanto de sus amigos y recomendándole a Critón hiciera un sacrificio a Asclepio, el dios de la medicina que lo libraba por muerte de todos los males de la vida.

Sin embargo, pese a estas evidencias, la muerte de Sócrates se relaciona estrecha-

mente con el suicidio, ya que primero provocó con su irónico orgullo la condena y después se negó a aprovechar las posibilidades de huida que le brindaban sus seguidores. Acusado de quebrantar las leyes negando la existencia de los dioses y de corromper a la juventud, Sócrates pudo haber revocado la sentencia a poco que se esforzase. No quiso, no se rebajó. Simplemente era culpable de ir contra la mediocridad y la estulticia de las costumbres establecidas. Lo suyo fue un problema de integridad personal y fidelidad a la idea de verdad, un problema ético.

Precisamente Sócrates, uno de los primeros «interioristas», propagador de la sentencia délfica sobre la necesidad de conocerse a sí mismo —necesidad que todavía la psicología moderna no ha resuelto— y consciente de que **sólo sabía que no sabía nada** —apotegma humilde—, tuvo que dar a los irritados jueces una lección de soberbia con el ejemplo de su casi elegida muerte. Si lo pensamos bien, toda muerte que no venga impuesta por enfermedad, vejez o accidente es un suicidio.



DEMOSTENES

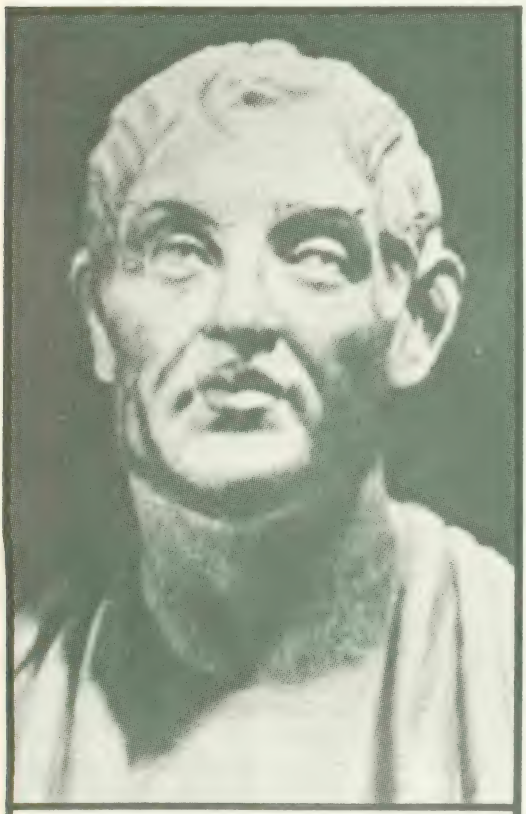
Sócrates bebe la cicuta que le causaría la muerte. Acusado de quebrantar las leyes negando la existencia de los dioses y de corromper a la juventud, el filósofo helénico prefirió el suicidio a la humillación. (Inicial miniada de un códice del siglo XV).

Hijo de un armero, naturaleza enfermiza, tartamudo y un tanto histriónico, Demóstenes fue el gran orador político que alentó la resistencia de los griegos contra el naciente poder mecedónico acaudillado por Filipo. No tuvo condiciones de orador nato. Dominó sus defectos físicos, como se conoce popularmente, introduciéndose guijos en la boca y pronunciando parlamentos mientras caminaba por terrenos empinados. Desdeñó la oratoria que no hubiese escrito previamente. Parece que su resistencia al soborno y la fidelidad a las causas que defendía no eran ejemplares, ni su valor en acciones de cierto riesgo, por lo que sufrió destierro y otros reveses de la fortuna, si bien tampoco le faltaron oportunas reivindicaciones.

Incansable instigador de la guerra entre griegos y macedonios, Demóstenes y los de su partido huyeron de Atenas en cuanto se tuvo noticia de que venía el triunfador y cruel Antipatro, sucesor de Filipo y Alejandro. El pueblo los condenó a muerte por deserción. Demóstenes se refugió en la isla de Calauria (Calabria). Allí fue a buscarlo un emisario de Antipatro con la promesa de que no se le haría ningún daño. «Aguardarás un poco —dijo Demóstenes— mientras escribo unas letras a los de casa». Tomó asiento para escribir y, al poco rato, se cubrió la cabeza y la reclinó. Los guardias se burlaron de él, tachándole de afeminado y cobarde. Pero lo que realmente hizo Demóstenes fue envenenarse en el breve tránsito. Por lo visto llevaba el veneno consigo desde hacía algún tiempo, como «amuleto o preservativo». Alzó la cabeza, convulso, y aún pronunció algunas invocaciones. «Al mover el pie para pasar del ara cayó al suelo y, lanzando un sollozo, expiró» (1).

(1) *Plutarco:* **Vidas paralelas.**

Esta situación —autodestruirse para no caer en las garras de un vencedor y borrar de esa manera la vergüenza y los trastornos de la derrota— se repetirá a lo largo de la historia del suicidio, como constante levemente matizada por la entidad de los perseguidores y la clase de fracaso que, al correr del tiempo, adoptarán significaciones cada vez más retorcidas e inaprehensibles. En la circunstancia de Demóstenes, quien fundó la incisiva sabiduría de sus **Filípicas** en la rebelión contra los macedonios, basando aquí toda su invectiva política, así como sus mejores discursos (entre ellos, el **Discurso de la corona**) procedían de rivalidades de poder, no es de extrañar que dada la dimensión heroica de la época —año 322 a. de C.—, el mito de la honorabilidad, la arcana influencia de los dioses, las inconsecuencias de Demóstenes para manejarse entre la acción política intelectualizada y la acción pura y, por último, el triunfo incontrastable del caudillo heredero de toda la genealogía enemiga, no es de extrañar, repito, que el orador considerara el suicidio como la única salida.



ARISTOTELES

Afirmar que Aristóteles se suicidó es absolutamente aventurado y deberíamos pasarlo por alto. Eduard Zeller, uno de los especialistas en filosofía griega antigua, declara que Aristóteles murió de una enfermedad del estómago. Indro Montanelli, autor de una **Historia de los griegos** amena y desmitificadora, consigna que Aristóteles «murió repentinamente, no se sabe si de una dolencia de estómago o, como Sócrates, por ingerir cicuta».

Aristóteles, el filósofo más sistemático y analítico de aquellos tiempos, también fue condenado a muerte, aunque en vez de autoejecutar la pena prefirió refugiarse en casa de sus parientes maternos, en Cálcida, territorio ajeno a la órbita ateniense. Sin embargo, Diógenes Laercio estuvo convencido de que murió «habiendo bebido el acónito, como dice Eumelo en el libro V de sus **Historias,** a los setenta años de edad», y en este sentido compuso Laercio su epigrama: **De impiedad acusaba Euridemonte,/sacerdote de Ceres,/a Aristóteles, y éste el riesgo evita acónito bebiendo. Esto era realmente lo más fácil para burlar a un sicofanta injusto.**

El acónito es planta medicinal y, en su madurez, venenosa. Por tanto, pudieron ocurrir las dos cosas a la vez: que Aristóteles, como dice Zeller, estuviera enfermo del estómago y sobrecargara la dosis medicinal, según es tan frecuente en la actualidad con los barbitúricos, que pocas veces llega a saberse si el exceso mortal proviene de un error de medida o de un propósito concreto (por lo demás, el «error de medida» es difícil admitirlo en quien está considerado como el fundador de la botánica científica).

Si Aristóteles verdaderamente se suicidó, y no hay razones definitivas para afirmarlo, salvo mejor consideración de Eumelo, su caso es equiparable al de Sócrates: la acusación de impiedad frente a los dioses y los valores tradicionales, la condena a muerte, la cárcel o el destierro. Un resultado —el probable suicidio— coherente con su concepción ética que hace coincidir el sentido de toda actividad humana con la idea de felicidad, con la belleza y perfección del ser humano en cuanto tal (eudemonía) mediante la virtud. Es decir, coherente en la medida en que las condiciones finales de la vida propia no se corresponden con los universos arbitrados por la razón y el ideal.

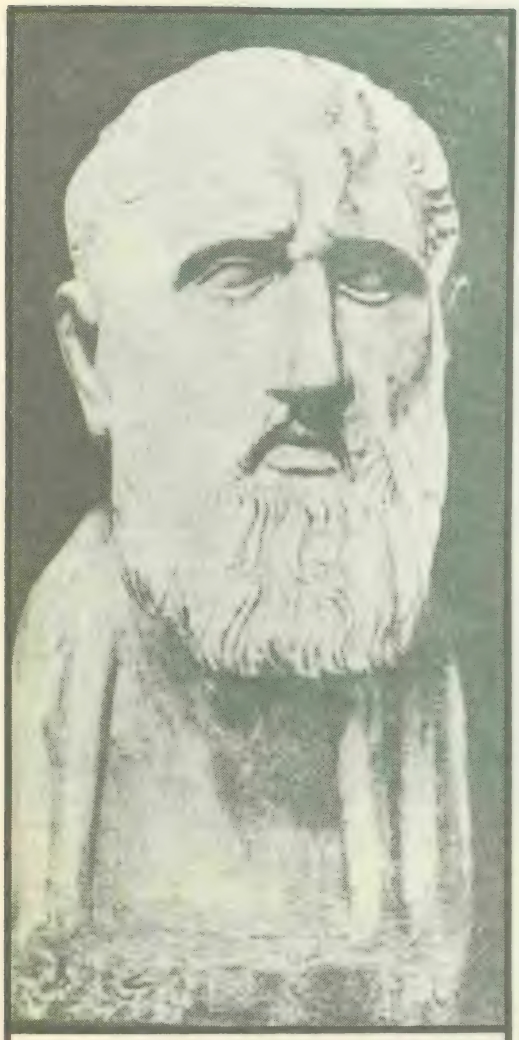
Aristóteles, amigo de los macedonios, y Demóstenes, enemigo, nacieron y murieron a la par, 384-322 años a. de C. Militaron en campos distintos y en partidos antagónicos con igual resultado airado. Anotamos el dato como una ironía del destino.

Afirmar que Aristóteles —que el grabado representa (a la derecha) en una clase a Alejandro— se suicidó, es absolutamente aventurado. Según varios de sus biógrafos, el autor del «Organon» falleció de una enfermedad del estómago o por beber un exceso de acónito.

EMPEDOCLES

Existen varias versiones de la muerte de Empédocles, el médico, poeta y filósofo de Agrigento caracterizado por el afán dualista de fundir el intelecto y la mística, nato conductor espiritual de pueblos que, pese a sus teorías sobre la trasmigración, las reencarnaciones y la bienaventuranza de los espíritus, tiene enorme importancia como antecesor de concepciones científicas modernas. Zeller, por ejemplo, estima que Empédocles es el fundafor de la química moderna y el primero que vislumbró lo que luego habría de convertirse en la evolución de las especies teorizada por Darwin. Atribuye a su filosofía un valor de transición entre el cambio eterno de Heráclito y la eterna invariabilidad de Parménides. Esto mismo, curiosamente, Jean Wahl se lo adjudica a Platón, nacido medio siglo después. Pero nuestro trabajo no consiste, ahora, en apreciar la génesis de las ideas filosóficas, sino en recoger la sospecha de suicidio que ronda legendariamente la figura de Empédocles.

De las versiones citadas, la más rica supone que una extraña inquietud de raíz mística le impulsó a arrojarse al cráter del Etna, tras haber curado a una mujer agrigentina que estaba prácticamente difunta. Entre Hermipo, Heráclides e Hipoboto se forja esta leyenda, según la recensión de Laercio. Empédocles obedeció en la noche la llamada de una gran voz, bajo luces celestes y luminarias de tea. Se arrojó al volcán para dejar fama de haberse convertido en un dios, pero a lo que parece luego fue descubierta la impostura de la divinidad al expulsar «las llamas una de las sandalias (de Empédocles), que eran de bronce». Empédocles curó a los selinuncios de un contagio de peste y fue adorado como un dios. No quiso decepcionar a los selinuncios, se dice, y acabó en el volcán a título confirmatorio de su divinidad. Otros niegan este final y aseguran que Empédocles se retiró al lejano Peloponeso y allí murió de muerte desconocida. Es la opinión que suscribe Laercio y a ella cabe remitirse, pues se basa en los cuerdos testimonios de Timeo y Pausanias. Este último estuvo cerca de Empédocles y alzó una estatua a su memoria. Extraña que no aludiera al episodio del volcán.



ZENON CITIEO

No debe confundirse a Zenón de Elea —el famoso de Aquiles y la tortuga y la flecha que vuela «quieta»— con Zenón Citieo, uno de los fundadores del movimiento estoico. Zenón Citieo se suicidó, pero a una edad tan avanzada que casi puede considerarse el hecho como una práctica terapéutica, atendiendo, por supuesto, la mentalidad de la época y, sobre todo, uno de los principales dogmas del estoicismo, enunciado por Crisipo y citado por Laercio: «Que con mucha razón el sabio se privará a sí mismo de la vida por la patria y por los amigos, y aun cuando padeciere algún dolor, mutilación o mal incurable». Se cuenta que, al salir Zenón de la escuela, tropezó y se lastimó un dedo. Dio un golpe en tierra con la mano y exclamó: «He aquí que vengo ya. ¿Por qué me llamas?». Seguidamente se ahogó con sus propias manos, aunque otros quieren que murió de viejo o de hambre. Los de la **Stoa poikile** o pórtico en el ágora, los estoicos, fueron los primeros en afirmar que el fin del hombre es vivir conforme a la naturaleza, de acuerdo con la virtud que necesariamente ha de proceder de esta identidad.

Más filósofos estoicos suicidas: Cleantes de Asso, Antípater de Tarso, Dionisio el Desertor, Crisipo y Eratóstenes. No agotan la nómina. Cleantes fue púgil antes que filósofo. Representa una de las figuras en la que se funde por primera vez el «proletario» con el intelectual. Se ganó la vida sacando agua por la noche para riego y en las tahonas. Más laborioso que brillante, soportó burlas y llevó una vida de arduo trabajo y desinterés económico. Ya viejo, se le entumecieron las encías y estuvo dos días sin comer por recomendación de los médicos, al cabo de los cuales sanó y se le permitió comer, pero Cleantes ya no quiso comer más. Dijo que así «tenía mucho camino andado». Se dejó morir de hambre, como aprovechando la oportunidad que le brindaron las encías malas.

A Dionisio le llamaron el Desertor por abandonar a Zenón y adscribirse a los cirenaicos. Consideró que el fin del hombre y de la filosofía era el deleite, por oposición a la idea estoica de que el dolor debe resultar indiferente. También murió de hambre en la vejez, queriéndolo.

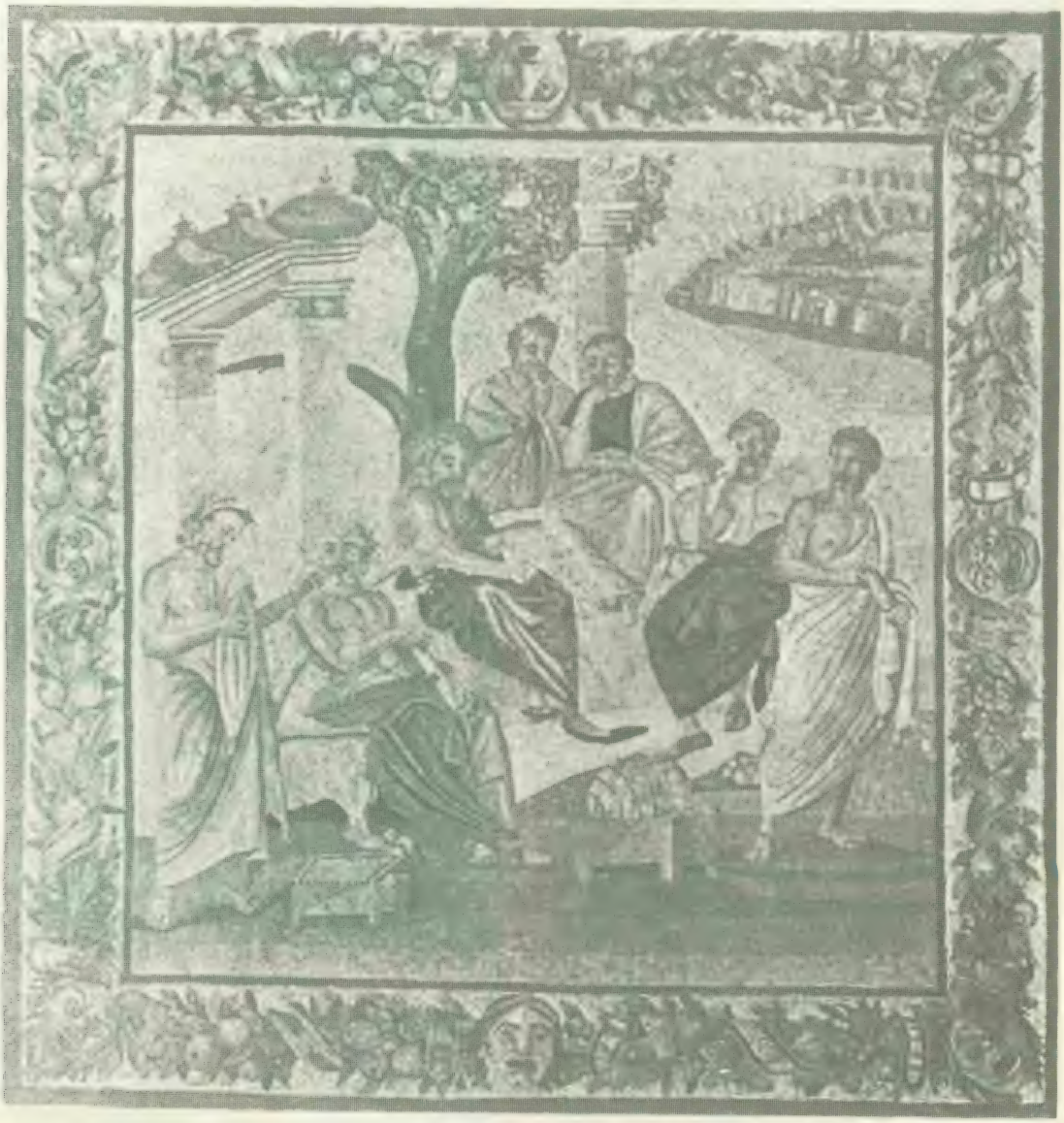
Antípater de Tarso escribió sobre los sueños, la moral y la divinidad. Crisipo, según Hermipo, «estando filosofando en el Odeo lo llamaron sus discípulos al sacrificio, y habiendo bebido mucho vino dulce y dándole vahídos de cabeza, murió al quinto día, a los setenta y tres años de edad». Otra versión lo describe muriendo de risa. Pero si es cierto que murió —no hay elementos de comprobación— conscientemente bebiendo vino durante cinco días, Crisipo brinda el primer suicidio por alcohol —adicción drogadicta—, cuyo muestrario moderno es infinito.

En lo personal, Crisipo se mostró agudo, soberbio y obsceno. Antepuso la compañía de su madre a otros honores de relación social. E incluso llegó a recomendar el incesto y la ingestión de la carne de los difuntos. Su credo más interesante consistió en el desprecio del lujo y otros haberes, basándose en el argumento de que si tales medios eran para vivir, el vivir era indiferente; si para el deleite, también éste era indiferente; si para la virtud, ella le bastaba para la felicidad. Por tanto, los lujos y haberes son ridículos, pues si procedían del

rey comportaban humillación y, si de la sabiduría, comportaban un don necesario.

Eratóstenes de Alejandría, anticipado matemático, geógrafo y astrónomo, director de la famosa biblioteca de Alejandría, se dice que perdió la vista y, no pudiendo leer, se suicidó. Compuso, entre otras obras, un poema astronómico llamado **Hermes**, del que se han conservado algunos fragmentos. Menos en el suicidio, hay que señalar el paralelismo de Eratóstenes, griego muerto en 194 a. de C., y Jorge Luis Borges. Los dos ciegos y directores de bibliotecas, Alejandría y Buenos Aires. Borges no ha sido totalmente ajeno al problema del suicidio y entre sus poemas de más reciente factura se encuentra uno muy personal elogiando la muerte voluntaria.

Escribió Zeller que para asegurar la autonomía del hombre en cada caso, los estoicos admitían el suicidio, «no sólo como refugio en la extrema necesidad, sino porque veían en ello la confirmación definitiva de la libertad moral». Es el paso mediante el cual —añade Zeller— el hombre prueba que incluye la vida también junto a las cosas indiferentes y que está justificado en tomarla tan pronto como



Entre los filósofos estoicos se dio abundantemente el suicidio: Cleantes de Asso, Antipater de Tarso, Dionisio el Desertor, Crisipo y Eratóstenes, más varios otros. Algunos de ellos habían sido discípulos de Platón, cuya Academia aparece representada en este mosaico.

las circunstancias externas señalan que se halla más en armonía con la naturaleza dejar la vida terrena que permanecer más tiempo en ella. Planteadas así las cosas, parece que hay una delicada contradicción en los términos, a saber: si hablamos de que el suicidio para los estoicos es la confirmación definitiva de la libertad moral y, al mismo tiempo, se ponen en regla con las exigencias de la naturaleza mediante el gesto autodestructivo, como respetando y secundando una cierta armonía panteísta preestablecida, claramente se desprende que la segunda premisa entra en contradicción con la primera y que no se puede hablar, pues, de confirmación de la libertad moral, sino de obediencia y fidelidad a un determinismo y de una práctica conformista para estar de acuerdo con la fatalidad. Así es que la actividad suicidal estoica se define más por su deseo doctrinal de establecer la virtud en formas de vida conforme a la naturaleza que en el afán de afirmar una problemática libertad minimizada desde el momento en que se origina en una senectud amenazada por la inexorabilidad de la muerte y otros avatares que, en la mentalidad de la época y quizá en la mentalidad de siempre, restaban interés y gracia al período de tiempo restante por vivir.

Espeusipo, discípulo de Platón, fue el primero en investigar las causas comunes que había en las matemáticas. Irascible y glotón, refiere Plutarco que murió «de piojos», pero Laercio —cuya tarea de recopilación de filósofos antiguos es inapreciable— dijo que, enfermo Espeusipo de perlesía, dejó voluntariamente de vivir a edad avanzada. A consecuencia de sus temblores, Espeusipo se hacía transportar en litera o «silla volante». Encontró a Diógenes y le dijo: «Salud, Diógenes». «No te la deseo yo a ti —respondió Diógenes—, pues que sufres el vivir viéndote en tal estado». En la traducción de Laercio por la que cito (2) se cuenta la anécdota, que recogiera Montaigne, del modo siguiente: «Salve, Diógenes». Y éste responde: «Yo no te lo digo a ti, que siendo quien erés, todavía vives».

Estilpón de Megara, discípulo de Euclides, buen orador, elegante y agudo, negó las especies de las cosas sofísticamente y la divinidad de los dioses. Bebió vino en la vejez para apresurar su muerte, como Crisipo. Menedemo de Eretria, al no conseguir que Antígono liberara a su patria, se privó de alimento durante siete días y murió. Metrocles se sofocó. En otro lugar se dice que estuvo a punto de matarse por una ventosidad. Menipo, de Fenicia, con fama de usurero, se ahorcó al perder su fortuna. Y otro tanto ocurrió con Timón: irritado por la ingratitud de la gente, entre la que había dilapidado su fortuna, cogió tal aborrecimiento de los hombres que mereció el sobrenombre de «misántropo» y acabó colgándose de una higuera, según la leyenda, no sin que antes recomendara fervientemente a todo el mundo la higuera como solución a sus conflictos. Luciano hizo a Timón el Misántropo protagonista de uno de sus diálogos, y Shakespeare, en la línea de Luciano pero con mayor genialidad, compuso el drama **Timón de Atenas**, donde este personaje se erige en símbolo del odio y del rencor neurótico.

SENECA

En cierta medida, la muerte impuesta-suicidio de Séneca, el gran filósofo nacido en Córdoba aproximadamente el año 4 a. de C., sigue la misma trayectoria de Sócrates. Séneca fue llevado de niño a Roma por una tía

(2) *Ortiz y Sanz.*

materna. La elocuencia forense y otras actividades públicas le proporcionaron éxitos. También le proporcionaron la aversión del emperador Calígula, que no lo condenó a muerte por estimar que la vida del cordobés, enfermiza, duraría poco. Acusado de adulterio con Julia Livila, hermana de Calígula, fue desterrado a Córcega por Claudio, pero la esposa de éste, Agripina, lo hizo volver y le confió la educación de su hijo adoptivo, Nerón. En los primeros años del reinado de Nerón, Séneca fue poderoso y gobernó de hecho, sabiamente, el imperio, en unión de Burro, hasta que malos consejeros socavaron la confianza del monarca. Séneca —acusado de haber acumulado grandes riquezas— cayó en desgracia y ciertamente, la naturaleza de su integridad ética ofreció serias dudas. Séneca abandonó el lujo y se retiró monacalmente a sus estudios filosóficos, pero Nerón, con base en una sospecha de conspiración, le ordenó se diera muerte. Paulina, la segunda esposa de Séneca, solicitó morir con él.

Séneca dijo que legaba a sus amigos el ejemplo de su vida, exhortándolos a vencer el dolor que les causara su muerte. Los esposos se abrieron las venas al mismo tiempo. La muerte no vino presto, con lo cual dio tiempo a que Nerón, para mitigar el odio gestado a su alrededor, enviara soldados, que sólo pudieron salvar la vida de Paulina. Después Séneca, ya con el propósito decidido de morir, bebió cicuta, sin el efecto apetecido por las condiciones de su organismo. Se hizo llevar seguidamente a un baño caliente. Roció con el agua a los esclavos y dijo: «Consagro este licor a Júpiter liberador». Por último, lo llevaron a un baño de vapor y allí expiró, año 65 (3).

Sócrates, Séneca y tantos otros filósofos de la antigüedad sufrieron definitiva condena a muerte, jurídica o legal según los cánones del momento y las concepciones morales de relación política y social, pena de muerte autoejecutada, pero —contemplando otra vertiente del problema— cuando un viejo anónimo de nuestro siglo XX se arroja por propia voluntad a las vías del tren y, suponiendo que el informe forense consigne la tragedia como suicidio, ¿no cabe también la posibilidad de pensar que este gesto irreversible y desesperado es la respuesta a otra condena a muerte, eso sí, menos definida, concreta y legal, que no dimana de un emperador cruel o caprichoso, de un campo de batalla adverso, sino de la sociedad considerada en términos generales (soledad, penuria, enfermedad, depresión psicótica)? Esto nos conduce al peligroso relativismo que autorizaría, de una parte, a pensar que cada suicidio oculta previamente una condena a muerte —ejercida por los jueces como castigo de un delito definido por las leyes o ejercida por la succión marginadora de la sociedad, el dolor insufrible, el abandono brutal—. No es ilícito llegar a la conclusión de que todos los suicidios, en mayor o menor medida, son condenas a muerte, justas o injustas, vagas o concretas —no entramos en esa discriminación—, con la única diferencia de que la ejecuta el propio condenado y hace de la cicuta, la suspensión, la vía férrea. la ventana y los barbitúricos su particular patíbulo.

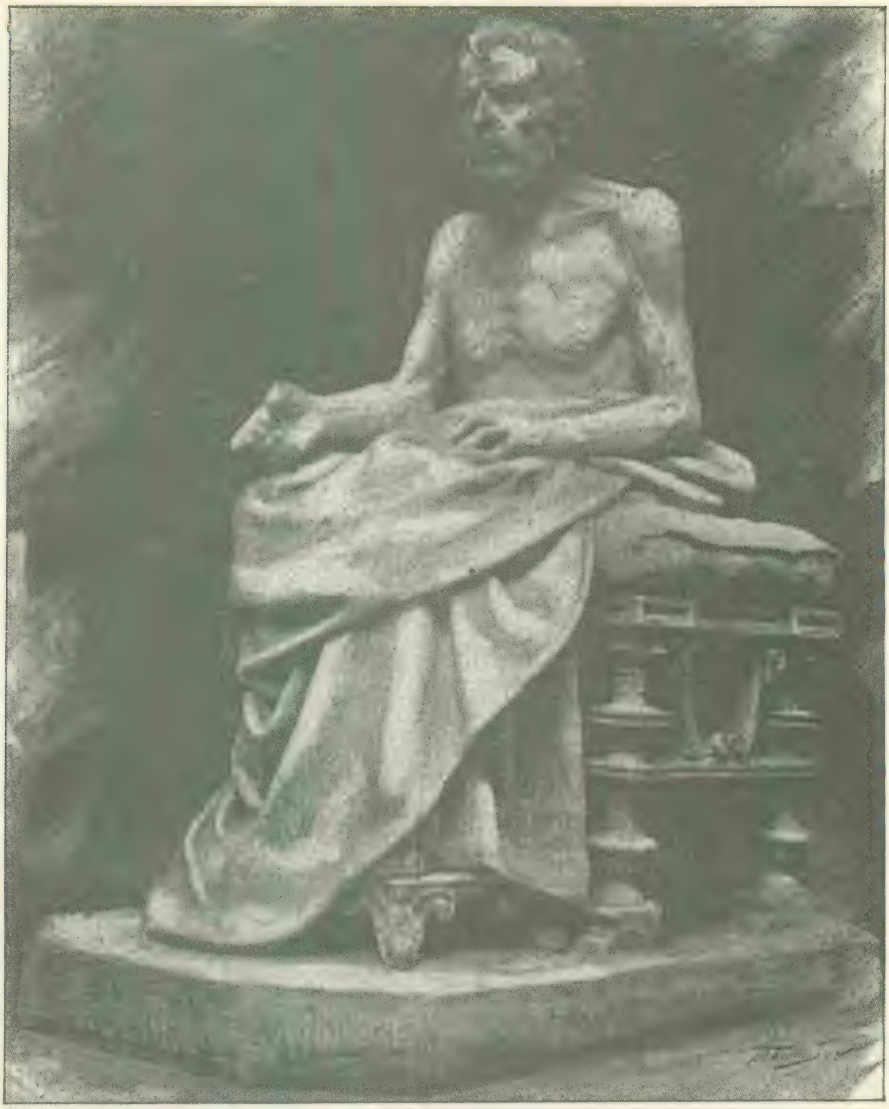
Condenas a muerte singulares porque la víctima no tiene clara conciencia del delito cometido, de los jueces que la sentencian ni tampoco del proceso que la conduce a la cárcel de sí misma.

El pensamiento de Séneca, heredero parcial del estoicismo, no demasiado sistemático en sus formulaciones filosóficas, representa un estoicismo ecléctico ribeteado de anticipadas nociones «cristianas». Es suya la idea de que el sabio, precisamente por su condición de sabio, no puede recibir injuria. En su obra más importante, las **Epístolas morales a Lucilio**, desarrolla pensamientos elevados y a menudo, audaces para su época: sentir el amor por todos los hombres como un deber, condenar severamente el trato inhumano a los esclavos y gladiadores, proclamar la igualdad de los sexos, la fidelidad conyugal, el amor a la naturaleza (4). Vivió obsesionado por la fugacidad de la vida y la inminencia de la muerte. Este desgarro le incitó a pregonar lo irrisorio del odio y de las ambiciones materiales. Los pensamientos de Séneca, encaminados a moderar el amor a la vida y vencer el miedo a la muerte son familiares dentro de la tradición estoica y también enjugan las ideas de Epicuro y Heráclito. («Si deseáis vivir, pensad que todo acaba; pero nada perece, pues todo renace.»)

El gran valor de sus concepciones reside en el sentimiento amargo de la universal debilidad humana y en la necesidad de más amor y piedad. Como señaló Levi, la doctrina del amor esbozada por Séneca alcanza «el punto en que el espíritu antiguo se halla más próximo a la palabra del Evangelio». Sin embargo, entre las prédicas de Séneca, plenas de espiritualidad, elevación y desprendimiento, y su vida práctica y real se han suscitado contradicciones numerosas. Montanelli llega a decir que supo morir mejor de como había vivido. En el momento de conocer su sentencia de muerte, parece que éste en otras ocasiones llamado «toreador de la virtud» no mostró absoluta

(3) *A. Levi:* **Historia de la filosofía romana.**

(4) *A. Levi, obr. cit.*



Séneca (aquí, en escultura de Mateo Inurria) dijo que legaba a sus amigos el ejemplo de su vida, exhortándoles a vencer el dolor que les causara su muerte. El y su segunda esposa, Paulina, se abrieron las venas al mismo tiempo, prefiriendo esta decisión a la muerte ordenada por Nerón.

coherencia con sus ideas, lo cual autoriza a pensar que tales ideas revistieron en su mayor parte el matiz retórico de la típica **consolatio**, género en el que fue maestro el filósofo cordobés, aunque en otro sentido, según tendencias contemporáneas, las discrepancias biografía-obra no ayudan ni tienen validez crítica para establecer el valor estético de un autor (me refiero a las teorías de René Welleck), especie con la que, por supuesto, estamos en desacuerdo.

El hermano mayor de Séneca, Marco Anneo Novato, a quien el primero dedicara varios libros, desempeñó elevados cargos (cónsul y procónsul de Acaya) y también se quitó la vida, probablemente por haber sufrido ataques de sus enemigos. Séneca habló a menudo con afecto de Novato, pero raras veces mencionó al otro hermano, el menor, llamado Mela, padre del poeta Lucano. Este se suicidó a los veintiséis años, acusado de participar en la conspiración de Calpurnio Pisón contra el déspota Nerón.

Lucano, nacido en Córdoba en el año 39, incurrió, según se cuenta, en la envidia del emperador por su superior talento poético, y le fue prohibido leyera sus versos públicamente. En los interrogatorios admitió su culpa y denunció a otros cómplices de la conspiración. Después invitó a sus amigos a una fiesta —costumbre arraigada—, bebió, recitó poemas contra el despotismo y se abrió las venas.

El poeta latino Cayo Cornelio Galo nació en Frejus el año 66 a. de C. Prefecto de Egipto,

gran amigo de Augusto y condenado al exilio, prefirió darse muerte. La **X Egloga** de Virgilio está consagrada a describir sus amores. Galo influyó en la elegía romana. Era hijo de un liberto. La prefectura de Egipto fue la recompensa a su destacado papel en la batalla de Actium. Creyéndose algo similar a un dios, mandó que le erigieran estatuas, se deslizó en asuntos comprometedores y Octavio lo dejó condenar por el Senado. Galo se suicidó y su memoria fue execrada (5).

A Cayo Petronio, personaje del siglo I romano, árbitro de la elegancia, voluptuoso y exquisito, se le ha querido identificar con el Petronio autor del **Satiricón,** la crónica satírica de la época de Calígula y Nerón, pero existen dudas o, en todo caso, como viene a decir Montanelli, hay gran diferencia entre el tono de la obra, vulgar y obsceno, y la refinada leyenda del personaje. Petronio, caído en desgracia, se abrió las venas.

Al estoicismo romano, o neoestoicismo, se vincula Blosio de Cumas, discípulo de Antipater de Tarso. El nombre de Cumas es de origen osco. Tras la muerte de Tiberio Graco tuvo que defenderse frente a los cónsules. Condenado a destierro, se refugió cerca de Aristónico de Pérgamo, en Asia. Cuando éste fue derrotado, Blosio de Cumas se quitó la vida.

Manlio Torcuato, **junior,** epicureísta, senador y pretor, combatió durante la guerra civil en Africa junto a los pompeyanos y, consumada la batalla de Tapso en el año 46, intentó huir a España por mar. Su nave fue rodeada de enemigos y Torcuato se dio muerte. Pomponio Atico, amigo de Cicerón y el primer gran editor de Roma (nació en 109 a. de C.), autor de versos y de una historia de Roma, se dejó morir de hambre a los setenta y siete años a causa de una enfermedad incurable. Lutacio Catulo, adepto al escepticismo neoacadémico, creador de epigramas latinos, tuvo grandes diferencias con Mario y se vio obligado a envenenarse antes de que lo condenaran a muerte. Otro estoico enemigo de Nerón, Trásea Peto, que hizo por escrito un elogio de Catón, quedó envuelto en un proceso ante el Senado y condenado a la pena máxima. Cuando le fue comunicada la sentencia por el cuestor hizo libaciones a la gloria de Júpiter y mandó le cortaran las venas. San Jerónimo refiere en su **Crónica,** tomándolo probablemente de Suetonio, que Lucrecio —el famoso epicureísta autor **De rerum natura**—, enloquecido por un filtro de amor, puso fin a su vida, aunque la referencia ha despertado dudas y discusiones. Silio Itálico, a quien se debe un poema sobre la segunda guerra púnica y llevó activa vida política, pasó sus últimos años en Campania dedicado al estudio. Se dejó morir de hambre en el año 101, atacado por una enfermedad incurable. Asimismo murió de hambre voluntaria Cremucio Cordo, historiador, para sustraerse a una condena: había sido acusado de «propaganda ilegal». Precisamente la **consolatio** más antigua de Séneca es quizá la que dirigió a Marcia, hija de Cremucio. Virio Nicómano Flaviano (334-394) desempeñó cargos políticos y tuvo fama de augur. Se suicidó cuando Teodosio venció a Eugenio, ya que de este encuentro Flaviano esperaba la derrota del cristianismo.

Existen otros numerosos casos de suicidio en la decadencia y desintegración de la antigua sociedad romana, pero aquí quedan reseñados los principales. El suicidio en la Grecia y Roma clásicas era una especie de dolorosa y bien asimilada terapéutica que salvaguardaba del dolor físico, de la enfermedad incurable y de las convenciones mancilladas; una vía de evasión y, por tanto, considerado el término en su sentido social y ético, una vía de salvación. Y, de paso, era la única verdadera libertad que el hombre podía ejercer frente al destino decretado por los dioses y el poder político. ■ **E. T.**

Hoy, el suicidio es un horror. Antiguamente, una norma. Entre la norma y el horror, el gesto no ha sufrido grandes alteraciones. Luego lo que realmente podría haber progresado es la manera de juzgar, no el hecho en sí. Para los filósofos griegos —en el grabado, Platón y Aristóteles—, supuso una práctica casi habitual.

(5) *Bayet:* **Literatura latina.**

La novela social durante la II República

Fulgencio Castañar

UNA rápida ojeada a los estudios dedicados a la narrativa castellana del siglo XX pone al descubierto una laguna común en la mayoría de los historiadores: la ausencia de un análisis de la novela social escrita durante la II República.

Es a partir de 1930, y hasta la supresión de la libertad de imprenta con motivo de la revolución de Asturias, cuando se incrementa vigorosamente en España la narrativa social. Entre los autores que cultivan esta línea, destaca poderosamente César M. Arconada, al que vemos en la imagen.

Como excepciones al silencio que, durante tanto tiempo, se ha tendido sobre la narrativa social, conviene resaltar los capítulos que Eugenio G. de Nora, José Domingo, Gil Casado..., le han dedicado en sus ensayos (1); también los artículos de Víctor Fuentes, José Esteban, Juan Antonio Hormigón..., han servido para dar a conocer a unos autores que, tanto por su calidad literaria como, sobre todo, por la significación cultural que tiene su obra, merecían ser recordados con mayor frecuencia.

Podemos asegurar que, tras la lectura de los críticos, en los jóvenes surgía el afán por tomar contacto directo con los textos; pero, en la mayoría de los casos, debían de contentarse con un conocimiento teórico, puesto que la búsqueda. ya fuese por bibliotecas ya por librerías de viejo, resultaba infructuosa. Ahora, gracias al esfuerzo de algunas editoriales, se facilita la lectura, aunque no podrá hacerse en su totalidad mientras en nuestra sociedad no se realice el tránsito definitivo a la democracia.

El deseo de suscitar interés por una literatura abiertamente comprometida con el pueblo es lo que me ha movido, sin olvidar que su estética queda totalmente desfasada ante el experimentalismo de nuestros días, a bosquejar unas notas generales para los lectores de TIEMPO DE HISTORIA, ya familiarizados con numerosos aspectos relacionados con la II República.

(1) E. G. Nora: **La novela española contemporánea** (Gredos). José Domingo: **La novela española del siglo XX** (Labor). P. Gil Casado: **La novela social española** (Seix Barral, 2.ª ed.).

LOS PROSISTAS DE LA GENERACION DEL 27

Los años que median entre 1925 y la caída de Primo de Rivera constituyen un período de creación febril. La literatura es vivida con una entrega verdaderamente romántica. Las revistas poéticas florecen por doquier, incluso en ciudades de escasa tradición literaria; si bien la vida de las publicaciones suele ser muy corta, no se puede asegurar que sea efímera, pues la literatura llega a calar hondo en una juventud entusiasmada por el arte, pero que pronto se verá sacudida por una realidad angustiosa que les obligará a fijar su atención en unos deberes cívicos inalienables. Son los años de la consagración de los miembros de la generación del 27, y son, también, los años en que la Monarquía de Alfonso XIII empieza a agonizar al compás de una crisis político-económica y social.

La generación del 27 —aceptamos el término por comodidad— no está compuesta, en el ámbito literario, sólo por los poetas, aunque las grandes afinidades se observen mejor en un reducido «grupo» poético, sino también por numerosos prosistas; la primacía en calidad, sin duda alguna, corresponde a los poetas, pero no por ello se ha de olvidar a los narradores. Entre los prosistas podemos establecer dos tendencias de signo muy distinto: los narradores de temática «deshumanizada», de estilo brillante y metáforas asombrosas, y los de preocupación social, quienes, sin desdeñar la renovación formal, hacían más hincapié en la problemática que envolvía a sus contemporáneos.

No vamos a detenernos a reflexionar sobre si Ortega y Gasset propició la eclosión de la literatura «deshumanizada»; lo que es innegable es que tras la publicación de su ensayo **La deshumanización del arte** hubo unos años de preciosismo formal y de vacuidad temática; tras la proclamación de la II República fueron los narradores de preocupación social los que gritaron con fuerza su disconformidad con la sociedad imperante y sus anhelos de transformarla. Como portavoces de una sociedad que vivía contenta consigo misma, unos prosistas del 27 hacían malabarismos con la lengua literaria; otros, de procedencia social y formación distintas, mostraban, en la medida en que les era permitido, al revés de la moneda.

Una serie de circunstancias socio-políticas, a las que aludiremos después, hace que el esteti-

La «Agrupación al Servicio de la República» celebró un único acto público: el que tuvo lugar en el Teatro Juan Bravo, de Segovia, el 14 de febrero de 1931, y en el que participaron —de izquierda a derecha de la foto— Machado, Marañón, Ortega y Pérez de Ayala.

«Creemos que se impone la necesidad de que los intelectuales españoles salgan de ese apoliticismo que les ha llevado a desentenderse de los más hondos problemas de la vida española», se afirmaba en un Manifiesto de abril de 1929, suscrito —entre otros— por Antonio Espina (aquí, dibujado por Vázquez de Sola).

cismo, la deshumanización, la actitud lírica ante la vida y la exaltación del mundo técnico, la concepción del arte como un juego, la importancia de lo juvenil, el extremismo en la búsqueda de originalidad..., y todo un largo etcétera con que englobaríamos las características de los «Nova Novorum» se fuese acercando a un callejón sin salida en el que sólo deambulaban los literatos con sus brillantes genialidades mientras el pueblo quedaba al margen de aquella egregia minoría.

«*Petulantes, engolados, demasiado seguros de sí mismo*» —les escribe Max Aub en **La calle Valverde**—; debaten en redacciones o tertulias sobre sus creaciones o sobre las últimas novedades llegadas de París, con una mentalidad de pequeño-burgués liberal; a la tradicional protección económica familiar se le suma la grata perspectiva de una cátedra, un buen puesto de trabajo, becas..., por lo que el optimismo que se deriva de su cómoda posición será básico para entender su concepción del arte como juego. La efervescencia de la vida literaria madrileña se transmite de unos a otros en largas tertulias, cenas, banquetes, homenajes...

Arconada, reflexionando sobre este período, nos ofrece unas notas valiosas: «*El escritor se encontró de pronto en una apartada desconexión, sin público, sin nombre, sin influencia alguna, pero gozoso, gustoso de su independencia*» (2). La vida de la sociedad española, con su agitada politización, sorprende a unos; éstos quieren detener el tiempo y seguir buscando la belleza pura en su torre de marfil; otros se incorporan a la vida de su tiempo, saliéndose, poco a poco, de su aislamiento a medida que los sucesos nacionales golpeaban con fuertes aldabonazos en su conciencia.

Hay una serie de factores externos —sociopolíticos unos, culturales otros— que van a propiciar un clima artístico distinto, por lo que la «deshumanización» va a ser abolida como estética por la mayoría de los prosistas. La orientación posterior será muy diferente en cada uno de ellos; algunos dejan la literatura de creación y se dedican al periodismo. Como muestra de esta etapa puede verse la antología de R. Buckley y J. Crispin (3).

LOS INTELECTUALES Y LA POLITICA

Con motivo de los incidentes del problema

(2) C. M. Arconada: «Quince años de literatura española» («Octubre», núm. 1, pág. 6).
(3) R. Buckley y J. Crispín: **Los vanguardistas españoles, 1925-35** (Alianza Editorial).

Con motivo del viaje de los intelectuales castellanos a Barcelona en el mes de marzo de 1930 —recogemos a los componentes del grupo en su paseo por las calles de la capital catalana—, muchos de ellos se vieron sorprendidos por la politización de los discursos. La sensibilidad pública empezaba a cambiar.

universitario (4), parte de la joven generación se da cuenta de que es necesario salir del aislamiento en que habían estado sumidos para unirse a las inquietudes generales que acuciaban al país en el ocaso de un régimen. En abril del 29 circulaban por Madrid unas octavillas en las que se podía leer lo siguiente:

«Creemos que se impone la necesidad de que los intelectuales españoles, muy particularmente los jóvenes, definan sus diferentes posturas políticas y salgan de ese apoliticismo, de ese apartamiento —no pocas veces reprochable— que les ha llevado a desentenderse de los más hondos problemas de la vida española» (firman la hoja A. Espina, B. Jarnés, A. Obregón, F. Ayala, F. García Lorca, E. Salazar y Chapela, J. Díaz Fernández, A. Lázaro, C. Rivas Cherif, R. J. Sender...). *«Para adhesiones, dirigirse a Antonio Espina, calle ...»* (5).

Entre los intelectuales consagrados se crea una conciencia difusa de republicanismo a la que piensan dar una estructura sólida Sánchez Román, G. Marañón, Jiménez de Asúa y Pérez de Ayala, según confiesa este último en sus **Escritos políticos.**

(4) Véase F. Caudet: «Estudiantes y profesores contra la dictadura» (TIEMPO DE HISTORIA, núm. 8).

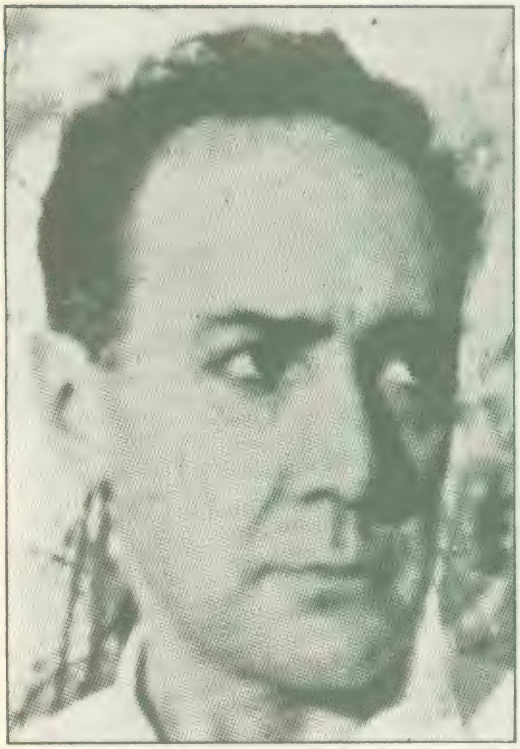
(5) Recogido en las Obras Completas de J. Ortega y Gasset, editadas por «Revista de Occidente», tomo XI, pág. 102).

El 30 de enero de 1930 apareció el primer número de **«Nueva España»**, revista quincenal, en la que se intentaba plasmar las inquietudes político-sociales de la nueva generación. El comité directivo está formado por A. Espina, J. Díaz Fernández y F. Salazar, siendo sustituido este último por J. Arderius a partir del número 9. La revista se convierte pronto en «semanario político y social»; las revistas empiezan a desaparecer. **La Gaceta Literaria,** por estas fechas, ya está herida de muerte; la exclusividad literaria ya es imposible como lo demuestra la corta vida que tuvieron revistas como **Frente literario, Literatura** ..., poco después.

Con motivo del viaje de los intelectuales castellanos a Barcelona (6), muchos de ellos se vieron sorprendidos por la politización de los discursos. Ortega y Gasset habló entre otras cosas de:

«La conveniencia de reunir una asamblea en la que participasen los españoles más preparados y capaces a fin de deliberar sobre problemas cardinales y pragmáticos de la vida pública española y coordinar, finalmente, el plan del Nuevo Estado nacional, apto para asumir la responsabilidad formidable del porvenir inminente. El punto de coincidencia de cuantos conviniesen

(6) Véase V. M. Arbeloa: «Castellanos y catalanes» (TIEMPO DE HISTORIA, núm. 15).



Tratando de definir una postura colectiva, Ramón J. Sender —en el grabado— escribió: «Nuestro realismo no es sólo analítico y crítico, como el de los naturalistas, sino que parte de una concepción dinámica y no estática de la vida» («El novelista y las masas»).

en la citada asamblea habría de ser la no conformidad con el régimen político imperante» (7).

A partir de este momento puede ser considerado Ortega como el catalizador de la inserción del intelectual en el momento político; el lema con que cierra su artículo «El error Berenguer», será tomado como bandera por muchos intelectuales que habían permanecido hasta entonces ajenos a las inquietudes políticas. La «Agrupación al Servicio de la República», cuyo único acto público tuvo lugar en Segovia presidido por Antonio Machado, era un camino a seguir. La actitud frente al Rey y a Primo de Rivera de Unamuno y Valle Inclán no era sino el resultado de la altiva personalidad de los dos intelectuales. Sin embargo, había un camino que tendría más futuro, el que escogieron —tiempo atrás— Fernando de los Ríos, Besteiro, Arasquistain, W. Roces..., la conexión con el socialismo, aportando su grano de arena a la formación de un pensamiento proletario español, que, conexionado a las reflexiones de los teorizantes clásicos del socialismo, fecundará la cultura española durante la II República y, especialmente, la novela social.

(7) R. Pérez de Ayala: **Escritos políticos** (Alianza Editorial, M., 1967, pág. 218).

CAMBIO DE SENSIBILIDAD

No se puede buscar una única razón en la liquidación de las vanguardias, pues las modas literarias —lo mismo que cualquier tipo de moda— no se reducen a una motivación exclusivamente estética. La situación caótica de la sociedad, tan dolorosamente expresada en el expresionismo de Valle Inclán, Arderius, Samblancat, ... despertó la preocupación política de muchos intelectuales al tiempo que la acrecentó en otros. Por otra parte, el deseo de conocer los logros de la revolución soviética llevó a Moscú a muchos escritores y el comunismo fue cantado, en algunos casos, como la nueva redención.

Las masas, que habían sido despreciadas por los vanguardistas y alimentadas por una pléyade de excelentes narradores de técnica decimonónica como son los cultivadores de la novela corta, van imponiendo en España, igual que en Europa, un protagonismo tachado de rebeldía gracias a las organizaciones obreras que, a la luz o en la clandestinidad, extienden por todas las profesiones sus tentáculos. El deseo de dar una respuesta a las inquietudes socialistas y sindicalistas hará surgir, a medida que se descompone el régimen, unas editoriales orientadas, básicamente, a difundir el pensamiento izquierdista, tanto en lo referente a la organización de la sociedad como en su concepción de la nueva cultura, que será netamente popular. Las aportaciones de las editoriales —algunas de nombre simbólico, como Cénit, Oriente...— no se reducen a la edición de obras teóricas, sino que introducen también una literatura realista procedente del exterior que, por el éxito de público y crítica, marcará una pauta a los narradores. Nos referimos concretamente a los éxitos alcanzados por los narradores rusos y norteamericanos, y al «boom» de la novela pacifista.

No menos importancia pudo tener la vuelta del arte hacia formas populares con el consiguiente abandono de la abstracción; las obras de R. Barradas, Almada, las exposiciones colectivas de los jóvenes pintores mejicanos discípulos de Siqueiros..., incorporan el figurativismo que cobra un nuevo enfoque en el surrealismo.

Giménez Caballero, promotor de numerosas actividades artísticas, señala 1930 como el año del cambio en la sensibilidad artística:

«Hoy, en 1930, los vientos empiezan a cambiar

de dirección y nos enfrentamos a un nuevo romanticismo. La tendencia, tanto en la poesía como en la prosa, es de abandonar su carácter "deshumanizado", para emplear un término empleado por Ortega y Gasset. Ya no se busca la pureza, tal como predicaba **Revista de Occidente,** *y en su lugar se persigue lo "humano". Nuestra literatura se empieza a interesar por la política y por realidades acuciantes. Un nuevo impulso creador ha nacido; pero es un período aún virgen, sin nombres ni obras, ni siquiera manifiestos. Pero lo cierto es que la sensibilidad de nuestros jóvenes está cambiando de rumbo»* (8).

La aportación de los prosistas del 27 no suele ser apreciada a causa de su escapismo temático; sin embargo, hay que reconocer que introducen una renovación formal de gran calidad incorporando fórmulas que reaparecerán más tarde; se desprecia su «deshumanización» y se olvida que los períodos de inflación son propicios al juego: la sociedad en crisis se sublima por medio de la transfiguración literaria.

LA NOVELA SOCIAL

La literatura va íntimamente unida a la historia política del país, aunque haya momentos en que, aparentemente, pueda haber un divorcio entre ambas. Así, ante los nuevos aires que soplaban en el acontecer político tuvo que surgir una nueva sensibilidad litararia; no obstante, antes de 1930, ya se escribía novela social: la editorial Historia Nueva, de Madrid, publica bajo el título de «La novela social» una colección en la que se incluyen, junto a obras del peruano César Falcón, obras de Zugazagoitia, J. Antonio Balbontín, Arderius, Díaz Fernández; Bauzá, de Barcelona, edita a Samblancat; Vidal y Planas ve, en la madurez de su vida, el sello de la madrileña Mundo Latino en su **Bombas de odio...**; sin embargo, es a partir de 1930, y hasta la supresión de la libertad de imprenta con motivo de la revolución de Asturias, cuando se incrementa vigorosamente la narrativa social (9).

Al tipo de obras que siguen esta orientación se le suele denominar en los textos de la época «literatura de avanzada»; hoy día, para este período de nuestra cultura, tiene más fortuna el término «nuevo romanticismo», tomado del ensayo de J. Díaz Fernández, subtitulado «polémica de arte, política y literatura». Le seguiremos en nuestra aproximación a la narrativa social por ser el más afortunado de los manifiestos teóricos de su tiempo.

Tras criticar el silencio que nuestros intelectuales guardaron ante dos fenómenos a los que Díaz Fernández da mucha importancia —el feminismo y la revolución de la moda—, pasa nuestro ensayista a reflexionar sobre el espí-

(8) Artículo incluido en la obra citada en la nota (3), pág. 54.

(9) Para el concepto de novela social remitimos a la obra de Gil Casado ya citada.

Lo realmente importante de la narrativa social para el lector de hoy, puede que sea la unión de intelectuales y obreros en un frente común. Ello supone la toma de conciencia proletaria por parte del intelectual. (En la foto, detención de huelguistas de la construcción en junio de 1936).

ritu que anima al arte nuevo encontrando en él dos aspectos claramente diferenciados: uno, que es propio del tiempo presente; el otro viene asumido del pasado, puesto que no pueden rechazarse los movimientos artísticos anteriores en su totalidad porque aportaron orientaciones que aún tienen vigor y están presentes en la nueva —que lógicamente no es tan nueva— concepción de la vida y del arte. A estas conexiones con el pasado dedica dos capítulos: «El siglo XIX y el Romanticismo» y «La literatura antes y después de la guerra». En ambos sigue un método similar: interpretación del movimiento pasado haciendo hincapié en las notas relacionadas con la sensibilidad de su tiempo y, en los párrafos finales, crítica de las vanguardias.

Del Romanticismo resalta su exaltación de lo humano y rechaza su hinchazón retórica, confiando en que será evitada por las nuevas generaciones, y si su deseo no se cumplió respecto a la estética, sí acertó al señalar que «*otro amor más dilatado y complejo*» que el amor a la mujer, sería el móvil de los nuevos románticos.

Respecto a la literatura de pre y postguerra apunta, como pioneros del arte nuevo, a Gorki, B. Shaw, R. Rolland por su crítica a la sociedad, mostrando la falsedad de los principios admitidos como intangibles y por la edificación de una nueva moral; junto a estos maestros sitúa a la joven generación alemana y la literatura pacifista.

Como características principales del «nuevo romanticismo» podemos resumir, en primer lugar, su interés por todo lo humano. «*Esta vuelta a lo humano es la distinción fundamental de la literatura de avanzada, que agrega a su pensamiento y estilo las cualidades específicas de nuestro tiempo*» (Pág. 46).

Se da prioridad total al contenido; el hombre con su angustiosa problemática vuelve a ocupar el papel de protagonista. Es en la obra de Arderíus, el narrador del grupo con una obra más amplia, donde mejor puede apreciarse la evolución; en los escritos de la Dictadura sus personajes son «ex hombres», «espectros de hombres», que se desenvuelven en un nihilismo aniquilador; luego serán campesinos en su lucha por la existencia frente a una sociedad que les oprime.

Discrepan totalmente de la literatura precedente en cuanto a la concepción de la literatura y la misión del escritor en la sociedad. La literatura ya no es un «hobby» con el que se puede practicar una gimnasia mental que les conduzca a enfoques originales y metáforas incomprensibles: el prisma lúdico es sustituido por un imperativo categórico que les impulsa a plantearse su trabajo creador desde una perspectiva ética, personal, que les fuerza a definirse ante las contradicciones de su situación en la sociedad burguesa. Recuérdese la crisis de conciencia de Sender que le llevó a salir de **«El Sol»**; Díaz Fernández, tras definir como verdadera vanguardia a aquella que consigue adecuar las nuevas formas de expresión a las nuevas inquietudes del pensamiento, manifiesta, atacando al vanguardismo ya muerto, que «*defender una estética puramente formal en que las palabras pierden todos aquellos valores que no sean musicales o plásticos, es un fiasco, un fraude intelectual que se hace a la época en que vivimos que es de las más ricas en conflictos y problemas*» (pág. 73).

El compromiso de estos escritores no se queda diluido en las páginas de sus obras, sino que se traslada, también, al plano de la praxis en una activa participación política; unos se encuadran en partidos políticos mientras otros se abstienen de la afiliación. Todos, enraizados en el pueblo, postulan cambios sociopolíticos, luchan por una nueva sociedad que traería consigo una nueva cultura.

«*El arte nuevo tiene que ir unido a una política nueva y a un nuevo sentido del cosmos. Tiene que ser humano, profundamente humano, y cooperar a la destrucción del viejo mundo burgués, del que vive el hombre decadente, para crear un mundo de nuevas y puras esencias proletarias.*» (10).

El nuevo contenido del arte no podía ser envuelto en las formas «decadentes» de los últimos vanguardistas. Si la temática tomaba como centro la vida e iba destinado al pueblo, nada más apropiado que la vuelta al realismo. Así, siguiendo el ejemplo de los escritores postrevolucionarios soviéticos que se habían opuesto al pujante formalismo prerrevolucionario para utilizar el realismo de los grandes clásicos del siglo XIX, los escritores españoles conectan con los realistas, pero sin servilismos.

Este realismo no será mimético, pues el entusiasmo del escritor por lo narrado, el tránsito de los particular a lo colectivo y la serie de recursos simbólicos empleados les hace perder objetividad; añádase a esto la ganga neorromántica que arrastran.

Para algunos esta literatura de avanzada conecta, en cuanto crítica social, con el Naturalismo; así lo ve Julián Gorkin, quien refiriéndose al centenario del Romanticismo y al cincuentenario del Naturalismo, dice: «*El Ro-*

(10) Guillén Salaya: **Mirador literario (Parábola de la Nueva Literatura)** (Editorial Atlántico, Madrid, 1931, pág. 94).

Las obras de Carranque de Ríos —en la foto—, Arderius, Arconada o el primer Sender, aportan una pauta a tener en cuenta por nuestros narradores actuales. Su intento de abordar la problemática social de España constituye todavía un ejemplo válido para hoy, que no ha sido —sin embargo— suficientemente seguido.

manticismo, como movimiento literario, ha muerto y la burguesía inciensa su cadáver. Pero no inciensa lo mismo al Naturalismo, que ha sabido poner al desnudo sus egoísmos, sus tacras, sino que sigue insultándolo tímidamente después de haberlo cubierto de improperios violentos. Es ésta la mejor prueba de que vive en las corrientes literarias avanzadas de nuestro tiempo.» (Nueva España, núm. 5, pág. 9).

El mismo Díaz Fernández, en un artículo leído en el Paseo de Recoletos durante la Feria del Libro, abril de 1933, olvida su ensayo de 1930 o ve la literatura social desde otra perspectiva cuando exclama:

«Es entonces cuando apunta el nuevo naturalismo. Estos escritores funden los problemas vitales de su época con las aspiraciones de un arte multitudinario.

Fuera la literatura de las jaulas donde hoy está subida, donde la masa, el pueblo la ve sólo como un atributo de gente fina. ¡El grito de batalla de los naturalistas es el nuestro. La naturaleza, la realidad! ¡El arte dedicado con todos sus medios a la verdad! ¡Para la vida real y para un pueblo auténtico!» (11).

(11) Artículo recogido en Bibliografía general española, editada por la Cámara del Libro de Madrid y Barcelona, 1933, pág. 74).

El nuevo naturalismo, para Guillén Salaya en la obra ya citada, *«no es una vuelta al naturalismo superficial, al costumbrismo hueco de la pasada centuria; es tomar el camino que atraviesa los objetos, es descubrir su profundidad, su realidad más íntima, más tierna y trémula»* (pág. 145).

No queremos detenernos más en este punto, únicamente insistir en que hay una diferencia clave respecto al decimonónico que, con palabras de Sender, consiste en que *«nosotros vemos la realidad dialécticamente, no idealmente. Nuestro realismo no es sólo analítico y crítico, como el de los naturalistas, sino que parte de una concepción dinámica y no estática de la vida»* (12).

EL ESCRITOR Y LA PROBLEMATICA SOCIAL

El compromiso político no es exclusivo de los narradores, sino que es una característica casi general de la literatura española durante la II República. Esta literatura pro obrerista —dejemos sentado que es una literatura hecha en su mayor parte por escritores que no proceden del proletariado obrero— viene a significar la toma de conciencia de un sector de nuestra intelectualidad que se identifica con la problemática de las masas obreras y campesinas; por esto, la temática de las novelas se centra en el choque conflictivo entre el proletariado ascendente y una renqueante sociedad burguesa.

La característica común a todos los narradores es el rechazo de la sociedad burguesa. Hay coincidencia en ellos a la hora de destruir, pero difieren en cuanto a la construcción de la nueva sociedad. La temática de las obras se desarrolla en el plano de la *«negación»* y *«agresividad»* a la cosmovisión establecida, en el *«de la total impugnación de la sociedad burguesa, de su infraestructura económico-político-social y el de la superestructura ideológico-moral... y se nos ofrecen como el saldo de liquidación de una civilización que tritura y aniquila al hombre»* (13).

(12) R. J. Sender: «El novelista y las masas» («Leviatán», mayo de 1935).

(13) V. Fuentes: «La novela social española» («Insula», núm. 288, pág. 2).

El compromiso político no es exclusivo de los narradores, sino que aparece como una característica casi general de la literatura española durante la II República, significando la toma de conciencia de un sector de nuestra intelectualidad. (Vemos en la imagen a Max Aub —derecha— con André Malraux durante el rodaje de «L'espoir»).

Aparecen las reivindicaciones obreras y los obstáculos para conseguirlas, insistiendo en la necesidad de formar un frente único de clase, el recurso a la huelga y, en algunos sectores, se aprueban los recursos violentos.

Lo realmente importante de esta narrativa, para los lectores de hoy, puede que sea la unión de intelectuales y obreros en un frente común; esto supone la toma de conciencia proletaria por parte del intelectual.

La inserción del intelectual en el movimiento obrero no aparece como fácil en ninguna de las novelas, pues hay prejuicios por ambas partes que aparecen de una forma no siempre inconsciente: es el lastre de toda una historia en que han caminado por senderos paralelos o raramente convergentes. El intelectual, desde que decide rechazar la visión burguesa de la vida y enrolarse en el movimiento obrero, nada en el vacío de la incomprensión de unos y otros; además del desprestigio social —que no le preocupa—, se encuentra ante el recelo y desconfianza de los obreros, «*yo no me entiendo con los burgueses y menos con los burgueses que vienen con nosotros*», dirá un personaje de **Siete domingos rojos**, de Sender.

Las contradicciones del intelectual consigo mismo aparecen con frecuencia; así sucede con Carlos Arnedo, de **El blocao;** entusiasmado con la clase obrera chocará con la visión realista de los líderes del movimiento. «*Ese «Gafitas» es un muchacho que quiere sorberse el mundo con una paja como si fuera un refresco. Ya parará.*» Díaz Fernández después nos contará cómo el estado anímico fluctúa entre el ideal revolucionario que le subyuga intelectualmente y los placeres del mundo burgués que conoce por ambiente familiar.

Cada escritor presenta la problemática social por la que se siente más atraído. Así Arconada es el máximo exponente de las reivindicaciones campesinas; **Reparto de tierras** y **Los pobres contra los ricos** se localizan en pueblos castellanos y extremeños en los que, como algo inherente al latifundismo, los «hombres sin tierra» llevan una vida miserable, esclavizados por el amo que es quien maneja los votos en las elecciones porque hay miedo al hambre como ya mostró antes Ciges Aparicio en **El juez que perdió su conciencia.** Isidoro Acevedo es, en cambio, el más preocupado por la problemática minera: Asturias, la tierra y sus hombres, aletea en su narrativa.

La aportación personalísima de Luisa Carnés a la narrativa social se relaciona con el campo feminista; busca la realización de la mujer como persona humana, su liberación de las dos únicas vías que entonces tenía la mujer obrera; «*la esclavitud doméstica*» y «*el aguantar tíos*» en un burdel. La alternativa que ofrece es la incorporación de la mujer o la vida política y social en igualdad de condiciones con el hombre, por esto insiste en la necesidad de la «*asociación en sindicatos*» y que participe activamente en «*la lucha consciente por la emancipación proletaria mundial*». (Tea-Rooms», 1934, pág. 218).

Quien no ha tomado contacto aún con esta narrativa acaso pudiera pensar que estos narradores rematan sus novelas con un final feliz; sin embargo, nada más alejado de todos ellos, porque lo que predomina es la represión violenta que paraliza los esfuerzos revolucionarios. La cárcel y la muerte son el premio que reciben sus héroes. La realidad, entonces, era así: los sucesos de Arnedo, Castilblanco, Casas Viejas están intuidos en unos o son recordados por otros. Triunfan, pues, las fuerzas del orden. Pero el escritor social recurre a los elementos simbólicos propios del nuevo romanticismo para construir unos párrafos finales en tono profético, conectando con Sue y los «suistas» españoles del XIX, pues, al identificar el tiempo novelesco con el real del lector consigue dar más pábulo al fuego revolucionario que había en los lectores obreros para quienes iban destinadas estas obras; con ellas no pretendían convencer, sino mover a la acción; no pretendían dar razones a los obreros, que las sufrían en sus propias carnes, sino impulsarles a su liberación. Rehuían el que pudiesen ser considerados como «intelectuales» porque el vocablo, ante los obreros, llevaba una carga ideológica peyorativa; el prólogo de Sender a **Siete domingos rojos** es tajante: «*El libro no se dirige expresamente al entendimiento del lector, sino a su sensibilidad, porque las verdades humanas más entrañables no se entienden ni se piensan, sino que se sienten.*» (14).

Aunque los valores estéticos de la narrativa social no alcancen siempre el nivel óptimo que sería de desear creemos conveniente la necesidad de su revisión, porque estamos seguros de que las obras del primer Sender. Arconada, Arderius, Carranque de Ríos... Pueden aportar algo importante a la sociedad de nuestros días; no sólo el entronque con el eslabón perdido, sino lo que tal vez pueda ser significativo, una pauta a tener en cuenta por nuestros narradores actuales, sin duda, más positiva que la línea de política-ficción pseudohistórica que empieza a poblar los escaparates de las librerías. ■ **F.C.**

(14) R. J. Sender: **Siete domingos rojos** (Proyección, Buenos Aires, 1970, pág. 9).

En el arte de Charles Chaplin, el individuo solitario y agredido está en el centro, es la noción del mundo y de la Historia del pequeño burgués. La coherencia entre pensamiento y lenguaje resulta total. Sobre estas líneas, elementos característicos de su Charlot.

Chaplin: historia del pequeño burgués

Juan Antonio Hormigón

EN los años treinta, con la gran crisis económica del capitalismo, la pequeña burguesía —atemorizada por las duras condiciones de existencia y prisionera de las ilusiones de «el único y su propiedad»— creyó ver su salvación en el fascismo, le prestó su apoyo masivo para acabar siendo, una vez más junto al proletariado, su carne de cañón que fue llevada al matadero de la guerra. La literatura, el cine y el testro de los años treinta muestran numerosos ejemplos de análisis, escarnio y vilipendio de las «ilusiones» pequeñoburguesas, y buscan, mediante su explicitación, abrir el camino a un frente unido del proletariado y la pequeña burguesía que se opusiera al fascismo, el capitalismo y el peligro de guerra.

El tema posee suficiente interés en la medida en que todos los procesos de transformación social que tienen su eje en la clase obrera, precisan de la alianza a largo plazo con la pequeña burguesía. La tarea, en este aspecto, consiste en evitar su decantación reaccionaria atraída por demagogias de estirpes diferentes pero similares en su origen, y conseguir que comprenda que sus intereses coinciden en buena medida con el proletariado.

En la encrucijada de los años treinta, el trabajo artístico de Charles Chaplin adquirió en este sentido una maduración desveladora y una agudeza admirables. Su vitalidad nos permite seguir viéndolo como un contemporáneo.

UN PUNTO DE PARTIDA

Entre **«Tiempos modernos»** (1936) y **«Monsieur Verdoux»** (1946), Chaplin realiza una sola película, **«El gran dictador»** (1940) (1). Estamos ya en el momento de la maduración, de la comprensión de los valores de cada obra respecto a la sociedad en que se vive.

En estos diez años, el mundo ha sufrido las consecuencias del hundimiento de la Bolsa, la inflación, la crisis económica, el paro y la miseria de grandes masas de población. El fascismo ha hecho su aparición en este medio desorientado, e impuesto su dictadura de terror e ignominia. La democracia liberal como expresión del modo de producción capitalista, sufre la misma crisis que el sistema económico cuyo poder político representa. La sociedad se ha polarizado, el socialismo cierra filas y pierde flexibilidad y perspectiva, el fascismo ataca sañudamente los fundamentos de la democracia, las libertades ganadas con sangre por los pueblos y las conquistas obreras. El mundo pasa por una guerra demoledora de la que Europa, de Francia a la Unión Soviética, sale destrozada y los Estados Unidos enriquecido.

Esta larga serie de hechos van a influir sobre la producción chapliniana. Su trabajo ha adquirido un grado de madurez y maestría indiscutibles. Atrás quedan los trucos y bufonadas de sus primeras películas, en las que ha desarrollado su técnica y perfeccionado su máscara de Charlot. Con **«La quimera del oro»** y **«El circo»**, la «máscara» ha cobrado una dimensión mayor, los contenidos se enriquecen y plantean abiertamente, de forma aguda, irónica y profunda, los problemas de la vida del hombre en sociedad. Dominador de la técnica del actor, del lenguaje cinematográfico, aprendida la lección de Griffith y la de Eisenstein, su obra va a alcanzar la plenitud.

---

(1) El discurso final de Chaplin en «El gran dictador», así como una amplia reseña del film, pueden encontrarse en **TIEMPO DE HISTORIA**, *número 19, de junio de 1976.*

Empapado de afanes humanistas, democráticos, anticapitalistas, de amor a la libertad y defensa de la dignidad humana ante la manipulacion, el cine de Chaplin es también un regocijante repertorio crítico de las formas de vida burguesas, de la violencia engendrada en las ciudades.

Con «La quimera del oro» —uno de cuyos fotogramas reproducimos— y «El circo», la máscara de Charlot cobra una dimensión mayor. los contenidos se enriquecen y plantean abiertamente, de forma aguda, irónica y profunda, los problemas de la vida del hombre en sociedad.

LA REBELDIA DEL PEQUEÑO BURGUES

El gran cine de Chaplin, ya se sabe, está empapado de afanes humanistas, democráticos, anticapitalistas, de amor a la libertad, defensa de la dignidad del hombre ante la manipulación, etc. Es, además, un regocijante repertorio crítico de las formas de vida burguesas, de las formas de violencia engendradas en el subsuelo fértil de la jungla de las ciudades.

Durante mucho tiempo se ha querido descubrir en el trasfondo de sus contenidos una ideología materialista vinculada a las luchas y aspiraciones históricas del proletariado mundial. Creo que esto es falso. Charles Chaplin es un pequeño burgués que, en la encrucijada histórica de los treinta, no cede a la demagogia del fascismo como la mayor parte de su sector social, y se alía a la lucha reivindicativa y antibelicista de la clase obrera. No me refiero, claro está, a los niveles adquisitivos de Chaplin, que en aquellos años de éxito son muy superiores, sino a su mentalidad e impulsos sociales determinados por su origen familiar, sus formas de trabajo, su repertorio de ideas, su concepción del mundo, sus aspiraciones y sus ilusiones. En todo esto responde a la imagen histórica de un pequeño burgués radical. Su humanismo no es en absoluto socialista; es un humanismo republicano, individualista y casi siempre voluntariamente sentimentaloide. Su posición histórica al lado de los débiles, su denuncia de la opresión, la explotación, la injusticia y el peligro de guerra, no difieren de

La posición histórica de Chaplin al lado de los débiles, su denuncia de la opresión, la explotación, la injusticia y el peligro de guerra, no difieren de los sectores de la pequeña burguesía trabajadora e intelectual que integra los Frentes Populares. (La foto adjunta es de «Luces de la ciudad»).

los sectores de la pequeña burguesía trabajadora e intelectual que integra y en ocasiones dirige los Frentes Populares.

EL INDIVIDUO CONTRA LA MAQUINA

Esta posición es perfectamente clara en **«Tiempos modernos»**, última aparición cinematográfica de la máscara de Charlot. El personaje mantiene sus atributos aparentes, el bastón, el hongo, los pantalones, la chaquetilla, los zapatos, pero reducidos a su condición de elementos reconocibles que aproximan al espectador a un hombrecillo familiar. Conserva de su condición de vagabundo lírico su desvencijada chabola, pero Charlot es ya un personaje urbano que trabaja en las fábricas y es víctima del desempleo producido por la crisis económica.

A lo largo de la película, Chaplin muestra cómo su máscara sufre la violencia y la injusticia de una sociedad selvática, pero en ningún caso le hace tomar conciencia de su situación. Charlot se pasea entre grupos de parados, se ve envuelto en sus manifestaciones, es víctima del aparato represivo, es encarcelado, fracasa en sus miserables empleos, es sistemáticamente perseguido por todos aquellos que representan una forma de autoridad en este tipo de orden social; en ningún caso —sin embargo— responde con la violencia ni comprende la realidad y las causas de su situación. Busca refugio en sus pequeños mitos, en sus pequeñas y momentáneas alegrías.

La película tiene dos partes que responden igualmente a los criterios que antes decíamos. En la primera, Charlot-obrero sufre la agresión del maquinismo, del trabajo en cadena con su monotonía angustiosa y su aplastamiento de la imaginación. El, el pobre hombre desinformado pero sensible, no puede soportar la presión ambiental y estalla en una crisis neurótica. Chaplin nos presenta la fábrica, en unos espléndidos decorados, como un con-

A lo largo de «Tiempos modernos» (film del que recogemos uno de sus instantes más célebres: la enloquecida danza de Charlot con sus instrumentos de trabajo), Chaplin muestra cómo su personaje sufre la violencia y la injusticia de una sociedad selvática, la dura agresión de un maquinismo irracional.

junto de poleas, piñones gigantescos y palancas, que devoran al hombre, incluso realmente en ocasiones (recordemos la ingeniosísima secuencia en que Charlot es tragado por la boca de la cinta transportadora y le vemos seguir el camino de una pieza más entre los engranajes). No cabe duda de que existe una clara influencia expresionista, evidente también en «A nous la liberté», de René Clair, antecedente directo de estas escenas sobre la tecnificación deshumanizada. Entre los hombres que trabajan, Chaplin no nos descubre ningún sentimiento de solidaridad ni de rebeldía. La solidaridad y la lucha surgen en la calle, en la magistral escena de la manifestación en que, una vez más, Charlot-obrero es ajeno a los combates de su clase pero resulta la víctima mayor de la represión.

La segunda parte de «Tiempos modernos» cuenta la historia de Charlot con la muchacha abandonada, huérfana y desvalida, personaje que interpreta la hermosísima Paulette Godard. Chaplin completa su discurso, su requisitoria contra la sociedad capitalista yanqui, mostrando de qué modo Charlot lucha inútilmente por construir un hogar, tener un trabajo, disfrutar de una pequeña parcela de felicidad. Cada vez que esa felicidad se perfila, el orden social, en forma de capataz, ladrones, burocracia o policías, derrumba sus esperanzas. La solución para Charlot es, de nuevo, cogerse del brazo de Paulette y emprender la marcha por un camino que se pierde en el horizonte y que no se sabe nunca a dónde va, quizá —y me parece importante para conocer a Chaplin— a ningún sitio. Es la confesión final de quien sabe y conoce las injusticias, las violencias y soledades de la sociedad capitalista, su desorden real protegido por su orden aparente; pero que ignora los mecanismos que puedan modificar tal estado de cosas y transformar la sociedad.

Cada vez que —en «Tiempos modernos», de la que insertamos otro fotograma— la felicidad se perfila para Charlot, el orden social (en forma de capataz, ladrones, burocracia o policías) derrumba sus esperanzas. Y Charlot se irá, finalmente, por un camino que se pierde en el horizonte...

Entre «Tiempos modernos» (1936) y «Monsieur Verdoux» (1946), Chaplin realiza una sola película: «El gran dictador» (1940), a la que pertenece esta imagen. En ella, satiriza muy duramente la violencia y brutalidad del fascismo a través de diversas situaciones caricaturizadas.

LOS NEGOCIOS BUENOS Y MALOS

Diez años después, Chaplin rueda su **«Monsieur Verdoux»**, nueva reflexión sobre la condición humana en la sociedad capitalista de los años treinta. La película comienza en los últimos veinte y termina en la antesala de la guerra mundial y en plena guerra civil española. Pero, en esta ocasión, Chaplin trabaja desde la perspectiva histórica de quien ha visto y vivido las características, resultados y consecuencias del conflicto.

«Monsieur Verdoux», cuya idea se debe a Orson Welles, cuenta la historia de un Landrú pacífico, exquisito, cortés. Verdoux, cajero de un Banco, vive para su mujer inválida y para su hijo. Es un pequeño burgués inconsciente y feliz, insolidario si se quiere. La crisis económica le pone en la calle, su hogar peligra, la miseria se dibuja en el horizonte. Entonces, inicia su macabra sucesión de asesinatos de mujeres de la alta burguesía, con cuyo dinero efectúa productivas operaciones de Bolsa. El «crack» de 1929 convierte sus acciones en papel mojado, los acreedores le quitan la casa, y su mujer y su hijo perecen. Años después, tras encontrarse con una mujer a la que no mató por compasión, se entrega voluntariamente a la Policía y expone de forma descarnada la naturaleza real de su delito, no mayor a otros comportamientos habituales que son considerados beneméritos.

Evidentemente, el personaje y la propia historia son la excusa. Chaplin descubre cómo debajo del aparente liberalismo, la sociedad burguesa —y la americana, en particular— está dominada por la beatería calvinista, retrógrada, puritana y reaccionaria. Dicha moral se halla estrechamente vinculada al Sistema, y Chaplin, de forma más profunda y luminosa que en «Tiempos modernos», nos hace una disección del capitalismo en la esfera de la ética y el Derecho, la ideología que impone y es legitimada por un modo de producción. En su larga moraleja final, Verdoux dice que su problema es haberse quedado corto: matar a doce personas es un crimen, matar a centenares es un acto heroico; y añade que sólo quiso montar su pequeño negocio y se equivocó. También aquí existía un problema de cantidad, pues es necesario montar grandes negocios —el petróleo, los armamentos— sobre los cadáveres de miles de gentes, para que sean legítimos y nadie los acuse de criminales.

«Monsieur Verdoux» constituye una nueva reflexión chaplíniana sobre la condición del hombre en la sociedad capitalista de los años treinta. En esta película (vemos un fotograma de ella), Chaplin trabaja desde la perspectiva histórica de quien ha visto y vivido la II Guerra Mundial, y sus largas y complejas consecuencias.

La sociedad americana, metida ya en la danza de la guerra fría, rezumando impulsos integristas y reaccionarios, acogió la película con encono y violencia. Ciertamente, Chaplin entraba en la confrontación a cuerpo limpio y no sólo denunciaba las formas de convivencia hipócritas y banales de una sociedad, sino el mecanismo económico que devora a los hombres, así como la existencia de una moral y un Derecho que considera legales a los asesinos; es una cuestión de cantidad. Pero, además, Chaplin está haciéndonos ya el balance de lo que será esa misma sociedad en los años próximos: cómo la economía de guerra, los «trust» petroleros y armamentistas que florecieron en plena crisis económica, se convertirán después en el eje de la economía yanki y originarán Corea, Santo Domingo, Vietnam, Camboya u Oriente Medio.

Esta gran requisitoria de Verdoux es la del propio Chaplin. Otra vez el pequeño burgués resulta la víctima de ese medio, y no halla otros mecanismos de salida que su cinismo, su ironía y cierto nihilismo melancólico. Otra vez el individuo está solo en el centro del mundo, y contempla la sociedad y la Historia a través de sus exclusivos sufrimientos. Y, no obstante, este pequeño burgués culto, pacífico y elegante es capaz de revolverse contra tal estado de cosas.

EL ARTE DEL ACTOR

El cine de Chaplin se encuentra muy vinculado al melodrama y, sin embargo, sólo unas gotas de sentimentalismo rezuman la medida que se conserva siempre justa en su voluntad crítica y denunciadora. Su arte consiste en la sabia conjunción de lo grotesco, lo excéntrico y lo melodramático en proporciones áureas. Su comunicabilidad, la transparencia de sus contenidos, se basa en el depurado trabajo del actor, en el dominio absoluto de la técnica del comediante.

De Charlot a Verdoux, la maestría del arte de Chaplin-actor es indiscutible. Maestría que reúne elementos técnicos e ideológicos en sabia dependencia. De un lado, las acciones físicas, equilibrios, saltos, expresividad corporal, danza, patinaje, funambulismo, canto, mimo, etc. De otro, la capacidad de reproducir formas de comportamiento social con implacable agudeza crítica.

El primer apartado pertenece a la tradición cómica americana, es también el arte de Harold Lloyd o de Buster Keaton, los recursos del «clown» y del juglar. En las dos películas que comentamos, y sobre todo en la primera, estas acciones físicas no son ya un fin en sí mismas, como en muchas de sus anteriores obras, sino que aparecen vinculadas, exteriorizan, definen los comportamientos de sus personajes. Aquí surge el segundo aspecto del trabajo chaplinesco: el arte de observar y reproducir.

Cuenta «Monsieur Verdoux» la historia de un Landrú pacífico, exquisito, cortés, que vive para su mujer inválida y para su hijo. La crisis económica será la causante de que Verdoux —al que contemplamos en la interpretación de Chaplin— comience una carrera de crímenes para mantener su «status» económico.

Sus personajes son verosímiles, pese a su carácter grotesco y a su excentricismo, porque están sacados de la realidad a través de la observación.

Las cabriolas, caídas y equilibrios de Charlot en «Tiempos modernos», nos descubren el mundo de ilusiones, desgracias y anhelos del pequeño burgués. La gestualidad de monsieur Verdoux, la naturaleza de unas formas de vida. Evidentemente, puede hablarse ya en ambos casos de una gestualidad social: basta con recordar la angustiosa escena del restaurante con Charlot convertido en camarero, o la forma de contar Verdoux una y otra vez los billetes tras cada asesinato.

No puede extrañarnos que los dos grandes transformadores del teatro y del actor en nuestra era de luchas por la razón científica, Brecht y Meyerhold, no sólo alabaran el arte de Chaplin sino que, a partir de su trabajo, pudieran elaborar parte de su teoría. Una gran zona del arte de la FEKS, por ejemplo, está en Chaplin.

Brecht afirmaba ya en 1921 la maestría de Charlot como máscara. Diez años después, afirma que Chaplin es un ejemplo de actor del teatro épico. Pero lo que el propio Brecht no dice es que parte de sus formulaciones van a deducirse del trabajo chaplinesco. El arte de la observación, de la reproducción convencional, de la riqueza y economía de signos de expresión, la interpretación discontinua y gestual, la capacidad de narrar críticamente los comportamientos sociales, están en Chaplin y sirven a Brecht para precisar sus formulaciones sobre la profesión de actor. Meyerhold dedicó un enjundioso texto a «Chaplin y el chaplinismo», conferencia que pronunció en 1936. También en este caso la máscara de Charlot sirve al director soviético para teorizar su noción de la Biomecánica y de la máscara social, para hablar del humor como categoría estética. Otra vez acción física y gestualidad reunidas, aunque formuladas de forma distinta. Meyerhold nos dejó hermosas páginas sobre el actor: dijo que «sus películas están impregnadas de humanidad y de verdad», y que «ha transformado la realidad en su figura caricaturizada», porque «la realidad que describe está todavía más caricaturizada, como si resaltara particularmente la monstruosidad del mundo que él desenmascara mediante la caricatura, su ferocidad, su explotación del hombre por el hombre, su régimen policiaco y todos los "deleites" de una atmósfera capitalista». Sus películas, decía, se comprenden mejor si se piensa en Dickens, Balzac o Cervantes.

CHAPLIN: UN CONTEMPORANEO

En el arte de Charles Chaplin, el individuo solitario y agredido está en el centro, es la noción del mundo y de la Historia del pequeño burgués. La coherencia entre pensamiento y lenguaje es total, porque el creador no se pierde en este caso en falsas elucubraciones; observa, comprende, define su postura y reconoce que desde ella no hay salida.

Pero, ante todo y sobre todo, su arte sirve a la destrucción del mito de la abundancia, el

De Charlot a Verdoux, la maestría del arte de Chaplin como actor es indiscutible. Maestría que reúne elementos técnicos e ideológicos en sabia dependencia, sintetizando además la tradición cómica norteamericana con nuevos planteamientos interpretativos. (Sobre estas líneas, Chaplin en un reciente homenaje).

bienestar y el orden burgués. Nos muestra la cara real de las personas, las bases sociales del imperialismo, la violencia cotidiana de la jungla de las ciudades. Nos recuerda que el sentimentalismo está metido en las gentes, para bien o para mal.

Chaplin es Chaplin, inicio y reflexión de teorías, particular y meticuloso. Su arte está unido a la lucha por la libertad del hombre, al combate de su emancipación. Sus dudas son un testimonio para el espectador de hoy, un susurro insistente que nos dice que para transformar la sociedad no basta con sufrir achaques y marginarnos doloridos, sino que hay que matar al pequeño burgués que todos llevamos dentro y descubrir la senda de la solidaridad y de la acción. ■ **J. A. H.**

¿Estuvo Nixon implicado?

Los asesinatos de John y Robert Kennedy:

Basándose en datos proporcionados por el Departamento de Justicia, la revista «Time» ha afirmado recientemente que Nixon recibió en 1973 un millón de dólares por poner en libertad al famoso gángster Jimmy Hoffa. Lo que podría servir de hilo conductor para esclaracer los asesinatos de los Kennedy. El dibujante satírico que hizo esta composición fotográfica quizá no andaba descaminado.

Nuevas hipótesis

Eduardo de Guzmán

A comienzos del pasado mes de agosto, la revista «Time» publicó una sensacional información: basándose en datos proporcionados por el propio departamento de Justicia, el semanario afirmaba que en 1973 el entonces presidente de los Estados Unidos, Richard M. Nixon, recibió un millón de dólares en billetes por conceder la libertad a un «gangster» famoso: James Riddle Hoffa, dirigente un día de la International Brotherhood of Teamsters, el poderoso sindicato de camioneros, largo tiempo controlado y dirigido por el Sindicato del Crimen.

LA sensacional información del «Time» añade y precisa una larga serie de extremos tan sorprendentes como escandalosos. El dinero recibido por Nixon procedía del actual presidente de los «teamsters», Frank Fitzsimmons, quien ordenó a Anthony Provenzano, dirigente del sindicato en New Jersey, que llevase medio millón de dólares a un enviado de Nixon que fue a recogerles a un hotel de Las Vegas en los primeros días de enero de 1973. Semanas más tarde otro medio millón, también en billetes, era entregado a otro secretario del Presidente, también en Las Vegas, en esta ocasión por un dirigente del citado sindicato en Chicago. A cambio de este dinero, Nixon conmutó la pena de trece años de prisión a que Hoffa había sido condenado en 1971 como consecuencia de un largo proceso iniciado catorce años atrás por una famosa investigación senatorial.

Según las fuentes gubernamentales que «Time» señala, el millón de dólares en efectivo recibido por Nixon a cambio de la excarcelación de Hoffa, tiene que ser el mismo a que el ex presidente hace referencia en una de las cintas magnetofónicas de la Casa Blanca sobre el asunto Watergate. Dicha cinta, una de las más graves acusaciones contra el depuesto jefe de Estado, contiene una conversación entre Nixon y su consejero y ministro John Dean. Al comunicarle éste las exigencias de dinero por guardar silencio de los famosos «fontaneros» que habían allanado el cuartel general demócrata en Washington, Nixon replica que no habría problemas con el dinero, porque sabía dónde encontrar un millón de dólares. Aunque no parece que este dinero llegara a utilizarse entonces, ahora el Departamento de Justicia piensa interrogar sobre este punto concreto a los más directos colaboradores y cómplices de Nixon en el escándalo Watergate —Mitchell, Haldeman y Ehrichman— que cumplen largas penas de presidio, de las que se libró el propio ex presidente al ser indultado por su sucesor en la Casa Blanca, Gerald Ford.

Veinticuatro horas después de publicada la acusación, Nixon se apresura a negarle todo fundamento. En una rueda de prensa celebrada en San Clemente (California) su secretario y portavoz, Jack Brenan, dice a los informadores que «es totalmente falso que los camioneros pagaran un millón de dólares en 1973 al entonces ocupante de la Casa Blanca». Por desgracia para él, la opinión pública americana no cree una sola palabra de cuanto Nixon pueda decir, luego de sus abundantes mentiras y embustes en el asunto Watergate, que determinaron su expulsión de la presidencia de la nación, caso único, sin precedentes en toda la historia de los Estados Unidos. El escándalo y la investigación siguen lógicamente adelante, aunque Frank Fitzsimmons por su parte, y conforme podía esperarse de antemano, haya negado también con aire indignado que jamás se le pasara siquiera por la imaginación la idea de sobornar a Nixon.

Parecería lógico y obligado interrogar también al principal beneficiario de la escandalosa operación. No es posible hacerlo por una razón fundamental: que en el mes de julio de 1975, unos meses después de la deposición de Nixon, cuando Hoffa cenaba en un lujoso restaurante de Detroit, desaparece sin dejar rastro. Aunque la policía ha fracasado en el intento de descubrir su paradero, no parecen existir dudas posibles acerca de su final. James Riddle Hoffa, a quien las gentes conocen por el remoquete de «Tough Hoffa» (Hoffa el Duro), sabe demasiado y es un peligro para alguien que le silencia definitivamente. Si ahora se habla del millón de dólares pagado a Nixon para su liberación, es como consecuencia de las investigaciones realizadas precisamente para aclarar su desaparición.

Esto es lo que confiere al asunto su máxima gravedad. Porque si tiene importancia y trascendencia que un presidente americano reciba dinero por excarcelar a un gangster, lo sensacional del asunto aumenta cuando ese

TRAS VER RECHAZADOS TODOS LOS RECURSOS LEGALES

EL MÁS FAMOSO DIRIGENTE SINDICAL NORTEAMERICANO, INGRESA EN PRISIÓN

Indiscutible jefe de un millón y medio de camioneros, gritó a los periodistas a su partida: "¡Volveré!"

LA POLICÍA PROTEGE LA RESIDENCIA DE ROBERT KENNEDY, UNO DE LOS QUE MÁS TRABAJÓ PARA ENCARCELARLE

Titular —del 8-III-1967— que da cuenta del ingreso en prisión de Jimmy Hoffa, y las amenazas recibidas con ese motivo por Robert Kennedy.

individuo excarcelado puede ser la pieza clave en el asesinato de John Kennedy en 1963 y de su hermano Robert, aspirante a la Casa Blanca, en 1968.

¿INVESTIGACION O ENCUBRIMIENTO?

Es tan asombroso como significativo que en estos momentos —transcurridos catorce años de la primera tragedia y nueve de la segunda— sigamos sin saber de una manera clara e indubitable quiénes mataron a los dos Kennedy y qué finalidades perseguían con ambos crímenes. Oficialmente se dijo que el magnicidio de Dallas fue obra de un individuo inestable y perturbado llamado Lee H. Oswald, al parecer el único comunista conocido y fichado por la policía de la ciudad tejana, y que Sirham Sirham, el asesino de Robert, era un fanático palestino deseoso de llamar la atención mundial sobre la tragedia de su pueblo. Pero si en ningún momento parecen plenamente satisfactorias las explicaciones policiacas respecto a ambos hechos, las dudas aumentan a medida que pasa el tiempo, de modo y manera que una mayoría niega hoy que las personas inculpadas sean los verdaderos culpables; en el mejor de los casos, pudieran ser los únicos implicados en las criminales conjuras. Por otro lado, justificando toda clase de recelos y desconfianzas, a Lee le asesina en la propia jefatura de policía de Dallas un conocido gángster interesado en que no pueda hablar, que a su vez fallece poco después de una manera sospechosa en la prisión en que se le recluye y antes de ser juzgado. Aunque Sirham se apresura a declararse culpable —acaso para no seguir la misma suerte de Oswald— con lo que pone fin a las investigaciones en torno al caso, quienes estudian a fondo el suceso afirman su seguridad de que no es ni pudo ser el verdadero autor de los disparos que acabaron con la vida de Bob Kennedy, cuando celebraba en un hotel de Los Angeles su arrolladora victoria en las elecciones primarias de California el 6 de junio de 1968.

Sam Baron, uno de los dirigentes del sindicato de camioneros expurgados por Jimmy Hoffa, que se convirtió entonces en el «padrino» de la organización.

Para aclarar todo lo sucedido en torno al asesinato de John F. Kennedy, su sucesor en la Casa Blanca, Lyndon B. Johnson, nombra una comisión investigadora que encabeza al presidente del Tribunal Supremo, Warren. La Comisión Warren tarda varios meses en redactar su informe, luego de interrogar a centenares de personas y unir toda clase de documentos a su dictamen. Esperado con expectación en el mundo entero, el informe queda reducido a un gigantesco parto de los montes. Lejos de aclarar cualquiera de los puntos oscuros existentes, crea una confusión mayor. Lo embrolla todo y no dilucida nada. Algunos comentaristas americanos llegan a decir que más que una comisión investigadora, el grupo que preside

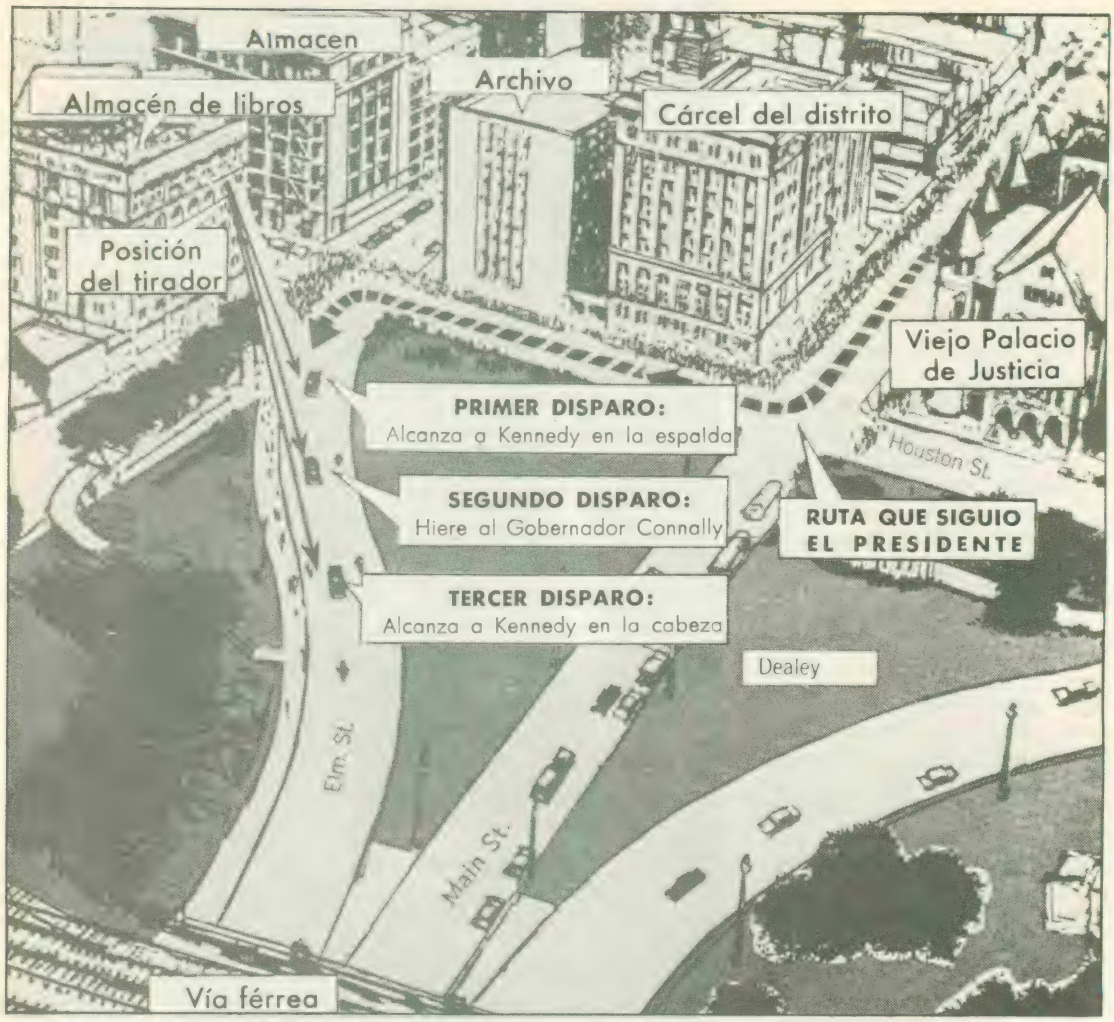
Warren es una comisión encubridora. Recibe críticas demoledoras, se demuestra palmariamente la debilidad de sus conclusiones y al final resulta que los miles de folios del controvertido informe son otras tantas paletadas de tierra sobre la realidad de lo sucedido en Dallas el 22 de noviembre de 1963.

(Es curioso señalar, aunque sea de pasada, que en España tuvimos hace poco más de cien años un caso extraordinariamente semejante al de la Comisión Warren: el sumario instruido por el asesinato del jefe del gobierno, don Juan Prim, en la madrileña calle del Turco el 27 de diciembre de 1870. También aquí el sumario estuvo abierto durante siete años y los diferentes jueces llegaron a llenar nada menos que 18.000 folios. También aquí se buscó un chivo expiatorio en la persona de Paul y Angulo, una especie de Lee Oswald español, con la diferencia de que éste logró escapar antes de que le prendiesen y, desde Francia, proclamó a gritos su inocencia. Aquí también, por último, aunque los jueces tienen la plena convicción de quiénes son los inspiradores y ejecutores del magnicidio, oficialmente seguimos ignorando quién mató a Prim, luego de que varios de los autores materiales del hecho van siendo eliminados silenciosamente en las cárceles españolas en que se hallan o en los países americanos en que buscan apresurado refugio.)

A los catorce años de haberse producido, todavía no hay luz suficiente sobre el asesinato del presidente Kennedy, al que vemos en la Casa Blanca.

LA PISTA DE JIMMY HOFFA

Frente a la falta de claridad del informe de la Comisión Warren y a las dudas surgidas tanto en torno al crimen de Dallas como al de Los Angeles, se han lanzado en estos años múltiples hipótesis más o menos fundadas y verosímiles sobre los asesinatos de los hermanos Kennedy y los posibles beneficiarios de su desaparición. Pero en general todas estas hipótesis —producto casi siempre de largas investigaciones acometidas por grupos de especialistas— resultan más negativas que afirmativas, en el sentido de que son mucho más demoledoras de las conclusiones oficiales de las organizaciones policiacas que indicadoras de los verdaderos culpables. Se ha llegado así a una situación un tanto paradójica: coincidencia casi unánime en cuanto a la carencia de base sólida de las explicaciones dadas hasta ahora y reconocimiento, casi



Croquis del lugar en que se produjo el atentado mortal contra John F. Kennedy, con indicación de los puntos esenciales según el informe oficial.

unánime también, de la existencia de una conspiración o conjura habilidosamente montada para eliminar a John y Robert Kennedy, aunque sin acertar a precisar quiénes planearon y ejecutaron los asesinatos.

Hace dos años, en el verano de 1975, algunos creyeron haber encontrado la pista que podría conducir al esclarecimiento definitivo de ambos crímenes. Creyeron haberla hallado, precisamente, en la desaparición misteriosa de ese Hoffa de tan rabiosa actualidad en estos momentos. El desaparecido, cuyo cadáver continúa sin ser hallado —aunque existen pocas posibilidades de que no haya sido enterrado en un lugar ignorado o sepultado en un bloque de cemento en lo más profundo del lago Erie—, habría alcanzado amplia notoriedad por su actuación al frente de la International Brotherhood of Teamsters. La I. B. T. es un sindicato de camioneros en que, como sucede en otras organizaciones americanas, una mayoría de personas decentes y honradas están dirigidas, controladas y explotadas por grupos de indeseables de los que no resulta fácil librarse y muchas veces cuesta la vida a quienes tienen la audacia de intentarlo. Aunque James Riddle Hoffa no es un gángster al estilo típico de los «big-shorts» de los años veinte, nombra, designa, cuando menos tolera, que centenares de individuos con antecedentes policiacos y penales dirijan las secciones locales de los camioneros y destina cientos de miles de dólares a la defensa de los facinerosos cuando son sorprendidos **in fraganti** por la policía en cualquiera de sus fechorías. Aparte de esto, mantiene las más estrechas y amistosas relaciones con Johnny Dio, sucesor y heredero del famoso Lepke —que acabó en la silla

eléctrica— y con Tonny Dick Corallo, figuras destacadas en el Sindicato del Crimen que le proporcionan los **gorilas** precisos para imponer su autoridad sobre los camioneros.

En 1957, mucho antes de que su hermano John llegase a la Casa Blanca, cuando todavía no aparecía siquiera como candidato a la presidencia, se produce el primer choque violento entre Robert Kennedy y Hoffa el Duro. Apenas cumplidos los treinta y dos años, Bob ocupa ya el cargo de asesor jurídico del Senate Labour Racketc Committee, comisión senatorial encargada de investigar la infiltración gangsteril en el mundo del trabajo. Pese a su juventud Robert realiza un trabajo serio y eficaz, denunciando muchas inmoralidades y poniendo coto a no pocos abusos. Sus investigaciones le llevan a enfrentarse con la International Brotherhood of Teamsters, que está controlada por los gángsters. Se inicia entonces una dura contienda que se prolonga meses enteros durante la cual ha de combatir, en el curso de dramáticos debates, que son televisados a buena parte de la nación, a tipos duros, violentos, habilidosos marrulleros que creen factible envolverle con sus argucias y destrozarle, pero que terminan por ser ellos los destrozados. Son tales las pruebas aducidas en estos meses por el asesor jurídico del Comité Senatorial que las dos grandes centrales sindicales estadounidenses —American Federation of Labour y Congress of Industrials Organitations— se ven obligadas a expulsar de su seno a los «teamsters» y tanto George Meany como Walter Reuther —las dos figuras más sobresalientes del sindicalismo americano— acusan públicamente a James Hoffa y a Dave Beck de estar manejados y utilizados por el crimen organizado. Ambos individuos replican violentamente injuriando a los líderes sindicales y pretendiendo tomar a broma al joven Kennedy.

—¿Eso es un abogado? —vocifera desdeñoso Hoffa—. ¡Pero si ni siquiera ha puesto los pies en una sala de Justicia...! ¿Que cómo pudo conseguir el cargo? Ustedes lo saben mejor que yo. ¡Nepotismo y nada más que nepotismo!

Instante en que Jack Ruby asesina a Lee H. Oswald —presunto autor del atentado a John Kennedy— en la jefatura de Policía de Dallas.

Cuando en el otoño de 1958 Hoffa tiene que declarar ante el Comité Senatorial asesorado por Kennedy, entra en la sala lleno de confianza en sí mismo y en la habilidad de los abogados que le acompañan. Hablando con los periodistas anuncia jactancioso que no recurrirá al viejo truco de no responder a las preguntas que se le formulen amparándose en la enmienda constitucional que permite no contestar a una pregunta cuando la respuesta puede resultar inculpatoria. A los pocos minutos de comenzar la sesión tiene que cambiar de parecer y opinión. El interrogatorio, que es retransmitido de costa a costa por varias cadenas de televisión, constituye la más dura prueba para el Duro Hoffa. Suda, vacila, se rasca pensativo la cabeza, mira a sus abogados en muda demanda de auxilio y acaba simulando una completa amnesia. En un solo día la memoria le falla en ciento once ocasiones. Al final no parece recordar otra cosa que su propio nombre y eso con visible dificultad.

—Todo lo que puedo recordar —dice una vez con aire de triunfo—, y que conste que tengo una memoria excelente, es que no puedo recordar nada de lo que me preguntan.

—Si estos datos concretos no refrescan su memoria —contesta severo el senador John L. McClellan, que preside el Comité—, sería necesario un milagro para que recordase algo. Como es evidente que el testigo no tiene ninguna memoria, son inútiles todos los esfuerzos para refrescársela.

Pocos comentaristas dudan de que Jack Ruby —en la imagen, durante su proceso— actuó por cuenta ajena al matar a Oswald. El moriría, también extrañamente, en la cárcel.

Desmemoriado en esta ocasión, Jimmy Hoffa da en otras pruebas fehacientes de tener, efectivamente, una memoria excelente. Hace ya dos años fueron muchos los comentaristas que atribuyeron su desaparición y la casi seguridad de que nadie volvería a verle vivo, a la precisión y exactitud con que podría recordar hechos que a sus colegas de la Combination —uno de los múltiples nombres con que se conoce al Sindicato del Crimen, también denominado Murder Incorporated— interesa mucho que continúen sepultados en el olvido. Y si en 1975 hubo ya quienes aseguraron que lo sucedido en un hotel de Los Angeles en 1968 fue una venganza gangsteril por el descubrimiento diez años antes de su infiltración y control de la Hermandad de Camioneros, en 1977, después de descubrirse la intervención de Richard M. Nixon en la liberación del interfecto, apuntan móviles políticos y monstruosas conjuras político-criminales en la lucha sin cuartel por el acceso a la Casa Blanca.

(Estas relaciones, estrechas muchas veces, entre la alta política y el gangsterismo pueden parecer faltas de todo fundamento a quienes ignoran ciertas extrañas peculiaridades de la vida pública americana. Sin embargo, es un hecho, más que probado ya, que Franklin D. Roosevelt consigue en 1932 la nominación demócrata en la convención de Chicago, gracias al apoyo interesado de la delegación de Nueva York, mane-

jada por Frank Costello; que Harry S. Truman, un perfecto desconocido de Independence, se convierte en senador USA primero y en presidente de la nación después, merced a la protección y ayuda del poderoso «boss» de Kansas City, Tom Pendergast, que morirá en presidio, y que Thomas E. Dewey es derrotado en dos elecciones presidenciales: en 1944 por ordenar la ejecución de Luis «Lepke» Buchalter; y en 1948, por haber puesto en libertad a Lucky Luciano, a quien él mismo condenase a treinta años de cárcel en 1934.)

JACK RUBY, PIEZA CLAVE DEL ENIGMA DE DALLAS

Quienes hace dos años, a raíz de la desaparición de James Riddle Hoffa y especialmente ahora —luego de enterarse de la forma en que Nixon concedió su libertad en 1973—, creen haber hallado pistas positivas acerca de los verdaderos autores y beneficiarios del asesinato de los dos Kennedy, esgrimen argumentos y razones de indudable peso y lógica. Empiezan por señalar que, pese a ser tan confusas y contradictorias las informaciones divulgadas por la Policía de Dallas en relación con el atentado del 22 de noviembre de 1963 que cuesta la vida al trigésimo Presidente de los Estados Unidos y tan turbio y sospechoso el comportamiento de quienes en la ciudad tejana debían velar por el cumplimiento de la ley y el castigo del crimen, hay dos hechos incontrovertibles. Primero, que la culpabilidad de Lee H. Oswald parece tan dudosa que a los dos días de su detención la Policía no ha llegado a culparle del magnicidio, *según afirma el interesado* en el único segundo que puede hablar precipitadamente con los periodistas. Segundo, que el individuo que lo asesina, John Rubinstein, más conocido por el apodo de Jack Ruby, es un gángster notorio y declarado, pese a lo cual goza de tal influencia en la Jefatura de Policía que puede entrar y salir de ella con todo desembarazo y sin ser molestado por nadie, con una pistola en el bolsillo; que mata a Oswald con absoluta tranquilidad delante de cincuenta agentes de la autoridad y ni en el momento de perpetrar el crimen ni en la lógica confusión posterior sufre el más mínimo daño por parte de los policías, nominalmente encargados de la custodia y protección del detenido.

Con todo, lo más significativo del caso es que Jack Ruby —que tras asesinar a Lee para impedirle decir una sola palabra, fallece misteriosamente en la prisión en que le encierran— aparece como miembro de segunda fila, pero activo e influyente, de lo que en Norteamérica se conoce como Sindicato del Crimen. En Chicago primero y en la misma Dallas después ha sufrido numerosas detenciones por sus ilícitas actividades. Trafica en drogas, explota las apuestas y el juego, es dueño de varias salas de fiesta y se dedica en todo momento a una lucrativa industria denominada «protección» con el más sangriento de los sarcasmos. No es un simple descuidero, porque maneja muchos miles de dólares, lleva una vida principesca y tiene grandes amistades en la policía y la política locales. Sobre todas las cosas es una figura decisiva entre los «teamsters» de Tejas, donde ha sido enviado precisamente por el Jimmy Hoffa a quien Nixon pondrá en libertad diez años después. Ruby interviene en negocios de transporte por carretera y durante años ejerce un control riguroso sobre la sección de Dallas de la International Brotherhood. Es, a fin de cuentas, uno de los muchos forajidos que gracias al amparo y complicidad de «Tough Hoffa» dominan la organización, según denuncia y prueba Robert Kennedy siendo asesor jurídico del Senate Labour Racketts Committee.

Como se reconoce ahora, cuando acontecimientos recientes pueden aclarar no pocos enigmas del pasado, la verdadera personalidad de Ruby, que la policía de Dallas silencia en 1963 y a la que la Prensa no concede entonces la importancia que realmente tiene, no sólo explica la extraña conducta del sujeto en cuestión, sino que implica la participación eficaz y directa del Syndicate en la conjura que tiene como objetivo y finalidad la eliminación física de John F. Kennedy. En efecto, hasta las personas más ingenuas tienen que convenir en que Ruby asesina al presunto culpable del atentado, no movido por nobles ideales de ninguna clase, sino pura y simplemente para impedirle hablar. Si efectivamente Oswald ha disparado contra el presidente, para que él no pueda delatar a quienes le impulsan, ayudan y pagan por perpetrar el magnicidio. Si, como sucesivas investigaciones parecen haber demostrado, Oswald es inocente y no pasa de ser un chivo expiatorio escogido en virtud de sus antecedentes políticos, para que no pueda defenderse. Los muertos no hablan, y Lee no podrá rechazar ninguno de los cargos que se le imputan; pasará por el auténtico asesino, puesto que la policía tiene el máximo interés en que aparezca como tal para enterrar definitivamente el turbio asunto.

En uno u otro caso, Jack Ruby se comporta de absoluta conformidad con las normas es-

tablecidas por el Sindicato del Crimen. A lo largo de su medio siglo de existencia suman centenares los posibles testigos inmolados por la organización para impedirles despegar los labios. Todo el que puede decir algo peligroso para sus actividades o la seguridad personal de cualquiera de los «bosses» cae acribillado a balazos, aunque se esconda en el centro mismo de la tierra. Y no se trata de una fantasía novelesca, cinematográfica o televisiva, porque son muchos los que, como el mismo Oswald, perecen dentro de una cárcel o una jefatura de policía. El antecedente más claro y elocuente, conforme puntualizan estas semanas diversos periódicos y periodistas americanos, es la muerte de un famoso forajido llamado Abe «Kid Twist» Reles —denunciador de los asesinatos por contrato del siniestro Murder Incorporated—, que, protegido día y noche por un capitán, un sargento y dieciocho detectives en el último piso de un hotel neoyorquino, resulta asesinado en noviembre de 1941, sin que al cabo de los treinta y seis años transcurridos desde entonces se sepa quién es el policía o los policías que le arrojan por una de las ventanas.

6 de junio de 1968: el candidato a la presidencia Bob Kennedy cae abatido por las balas en un hotel de Los Angeles. Tampoco este crimen se ha esclarecido realmente.

Los mismos comentaristas rechazan de plano la posibilidad de que Ruby pueda actuar por motivos de índole personal al disparar contra Oswald. Desde el día lejano de su constitución el Syndicate impone una férrea disciplina entre sus secuaces. Nadie, sea quien fuera y por poderosas razones que pueda alegar, goza de autoridad para actuar con total y absoluta independencia; quien lo olvida, no vive lo suficiente para arrepentirse. Cualquier paso o medida capaz de suscitar el más mínimo escándalo, alarmar a la opinión, provocar una campaña de prensa o crear dificultades al grupo, ha de ser examinado y aprobado por los jefes de éste. No ya atentar contra el presidente de la nación, sino dar una simple paliza a un periodista demasiado entrometido y curioso, requiere el «O.K.» previo del jerarca correspondiente. Un ejemplo demostrativo lo proporciona el célebre asesinato de Dutch Schultz, uno de los integrantes del Comité Directivo de la Combination. Cuando Thomas E. Dewey —al que su campaña contra el gangsterismo le vale pasar rápidamente de fiscal de Manhattan a gobernador de Nueva York y candidato a la presidencia de la república en nombre del partido republicano— persigue a fondo los «racketts» neoyorquinos, Dutch propone a sus colegas de Murder Incorporated la eliminación de su implacable enemigo. Tras larga deliberación, los jerarcas del crimen deciden que sería contraproducente por el escándalo que provocaría el asesinato. Schultz se somete al parecer de la mayoría, pero basta la remota posibilidad de que pretenda actuar por cuenta propia para que sus amigos decidan la muerte de Dutch,

que se ejecuta a las pocas horas, pese a la destacada posición del gángster judeo-alemán dentro de la criminal organización. Igual suerte corren en años sucesivos y por motivos semejantes sujetos tan destacados en el gangsterismo americano como Bubgy Siegel en California, Willia Moretti en New Jersey y Albert Anastasia en Nueva York.

LAS RAZONES DEL SYNDICATE

Todos convienen ahora en que la muerte de Kennedy en 1963 tenía que tener —y tuvo— mayor trascendencia que pudo tener la de Dewey unos años antes. En ningún caso, Jack Ruby habría hecho absolutamente nada sin un mandato expreso de la organización. Pero ¿qué razones pueden inducir al Sindicato del Crimen a participar u organizar un magnicidio capaz de encender en justificada indignación a la opinión pública americana? Un viejo aforismo jurídico aconseja, ante cualquier hecho delictivo cuyo autor se desconoce, preguntarse a quién beneficia. En el atentado de Dallas, Murder Incorporated puede beneficiarse de dos maneras: o cobrando una cantidad fabulosa de los empresarios del atentado a cambio de los servicios de sus especialistas, o corriendo la Combination con todos los riesgos y dando por seguro que las ganancias superarán con mucho todas las pérdidas imaginables.

Una ligera reflexión basta a los comentaristas americanos para descartar la primera hipótesis. Desde hace largos años, desde que en los años treinta, en el período álgido de la segunda crisis mundial, los gángsters de la Prohibición unieron sus «ganancias» y recursos para invertirlos a través de personas interpuestas y compañías de inversión en toda clase de negocios lícitos, el Syndicate es económicamente más fuerte que cualquiera de los grupos llamados de presión. Sus «industrias» les reportan ingresos muy superiores a las grandes empresas fabriles y les permiten una participación decisiva en las diversas actividades económicas no sólo nacionales, sino internacionales. Por enorme que fuese la recompensa ofrecida por una organización o tendencia política o financiera determinada, resultaría ridícula frente a lo que ellos arriesgarían en la aventura. Como no existe quien pueda comprarles para embarcarles en un asunto en que peligrarían sus gigantescos intereses, resulta forzoso que el propio Murder Incorporated sea —como en tantas otras ocasiones, casi todas en definitiva— el empresario de su propio crimen. (Lo cual no impide que procure obtener, paralela y adicionalmente, sustanciosas ventajas en metálico o en influencia política de aquellas tendencias o personas a quienes indirectamente beneficien sus criminales conjuras.)

Necesita hacer cargar a otros con las posibles consecuencias desagradables del magnicidio en perspectiva y estudia el plan con toda la calma y la frialdad precisas, trazándose un camino inteligente y maquiavélico. Elige con todo cuidado el escenario, el momento, las circunstancias e incluso los aparentes protagonistas, a fin de que la indignación general y el peso de la ley no caiga sobre sus hombros, sino sobre los de quienes parezcan tener en el atentado un interés y un motivo más claro, directo y poderoso que la misma Murder Incorporated. Extremando su habilidad no tardan en hallar dos pararrayos distintos, cada uno de los cuales basta para atraer sobre sí las centellas desencadenadas por la tragedia, desviándolas de los verdaderos responsables. Uno, el primero, es Lee H. Oswald, un tipo exaltado, vehemente y un poco desequilibrado, que tiene la inapreciable ventaja de ser el único fichado por el F.B.I. como activo y peligroso comunista en toda la comarca de Dallas. Al presentarle como autor del magnicidio, las gentes darán por descontado que obra por mandato de Rusia o Cuba y la pasión y el odio ofuscarán todas las mentes. El segundo pararrayos, necesario para caso de fallar el primero por razones imprevistas, es la intolerancia racial. En Texas, como en todos los antiguos estados confederados, las pasiones están al rojo vivo; el Ku-Klux-Klan y otras organizaciones reaccionarias desarrollan una violenta campaña contra la integración. La Ley de Derechos Civiles, propugnada y defendida por Kennedy, le convierte en blanco de todas las iras sudistas. Algunos demagogos hablan públicamente de recurrir a las armas y en vísperas de la visita del presidente, en Dallas se reparten millares de octavillas insultándole groseramente. Existe, pues, un clima ideal para justificar el asesinato, atribuyéndolo a un grupo de fanáticos enloquecidos por el odio. Cuando se divulgue la noticia del magnicidio no costará mucho trabajo hacer suponer al mundo que es consecuencia directa de la intolerancia racial o último coletazo de la reciente y dramática crisis de los misiles cubanos.

Nada de esto ofrece la menor duda a los investigadores americanos que desde hace unas semanas vuelven a especular sobre la forma en que los verdaderos responsables del crimen desviaron hacia otros

las sospechas y responsabilidades del hecho. Pero ¿qué motivos tiene o puede tener concretamente el Sindicato del Crimen para decidir la desaparición de John F. Kennedy? La respuesta es clara. De un lado, la actitud decidida, inteligente y enérgica del Attorney General —ministro de Justicia—, su hermano Robert, resuelto a terminar de una vez con la nefasta influencia que el gangsterismo ejerce en la vida, la política y la economía americana. De otro —y fundamental—, las reformas financieras propuestas por el propio presidente, entre las cuales sobresale la investigación a fondo de las pretendidas fundaciones benéficas de las grandes corporaciones bancarias o industriales. Como nadie ignora, los millones destinados a obras culturales, de investigación, de asistencia pública o de simple beneficencia se descuentan de los beneficios declarados por las sociedades anónimas o los simples particulares, siempre que la fundación a que se destinan esos fondos no persiga fines utilitarios. Es una medida lógica y conveniente que ha contribuido a aminorar considerablemente los gastos públicos y a elevar el nivel científico y cultural de la nación. Por desgracia, mucha gente burla la ley y traiciona su espíritu, aparentando destinar parte o la totalidad del dinero que debe pagar al Tesoro a obras benéficas cuya existencia resulta más que dudosa, quedándose con él en definitiva.

Una severa revisión de las disposiciones vigentes que permitiera verificar la efectividad y cuantía de los «donativos altruistas», pondría en el mayor aprieto a gran número de desaprensivos que irían de cabeza a la cárcel, mientras no pocas sociedades se verían al borde de la quiebra al tener que abonar de golpe las cantidades defraudadas al Fisco por espacio de muchos años. Como el crimen organizado lleva varios lustros manejando millones de dólares que invierte donde mayores dividendos le reportan; como falsear declaraciones de utilidades y eludir el pago de impuestos más que excepción constituye norma obligada de sus secuaces, de aprobarse la legislación propuesta por Kennedy, la mayoría de sus jerarcas —que hoy pasan por honorables caballeros dedicados a la explotación de negocios decentes— tendrían que cambiar sus confortables residencias por las celdas presidiarias de Atlanta, Dannemora o Leavenworth.

LA SEGUNDA PARTE DE LA CONJURA

Quienes ahora, casi tres lustros después de la tragedia de Dallas, sostienen esta nueva e indudablemente lógica versión de la muerte de John F. Kennedy, afirman que la maquiavélica operación montada por el Syndicate da entonces los frutos apetecidos. Resulta indudable, desde luego, que nadie piensa en los primeros momentos en acusar al gangsterismo americano de participar en la conjura, ni siquiera después de que Jack Ruby matase —en un «arrebato de patriótica indignación», como algunos escribieron en 1963—, a Lee H. Oswald. Parecía tan clara la filiación comunista del individuo asesinado en la jefatura de policía, estaba tan reciente la crisis cubana y había tantos y tan poderosos interesados en resucitar los peores momentos de la guerra fría, que una mayoría del país aceptó sin más la hipótesis de una conjura de elementos comunizantes. Luego, la Comisión Warren, con sus demoras en emitir dictamen y las confusiones y ambigüedades de su información, echó toneladas de tierra sobre el asunto. Y, por último, Lyndon B. Johnson, sucesor de Kennedy —tejano de nacimiento y ultraconservador en política—, aguó considerablemente la política de integración racial de su antecesor en la Casa Blanca y dio por entero al olvido la anunciada investigación escrupulosa de los fondos benéficos de las grandes empresas capitalistas.

Durante los cinco años siguientes, el Syndicate no tiene grandes motivos de preocupación. Las campañas contra la corrupción y el crimen organizado no sobrepasan los niveles habituales, y ni se aprueban nuevas leyes que pongan en peligro sus intereses ni se inician persecuciones a fondo contra sus secuaces como las que siguieron al descubrimiento de Murder Incorporated o la investigación senatorial de Kefauver. Todo queda reducido a los pequeños escándalos suscitados de vez en cuando por las sensacionales revelaciones de algún «gángster parlanchín» que —como el famoso Joe Valachi en 1966— se limita a descubrir lo que todo el mundo está cansado de saber y que nada puede perjudicar a sus colegas y jefes.

En 1968 el peligro retorna de golpe, considerablemente intensificado. Robert Kennedy, el hermano de John, que abandonó el Departamento de Justicia poco después de la tragedia de Dallas, aspira a la presidencia de la nación con un programa radical en que la investigación de los fondos benéficos y la lucha contra la corrupción política figuran en primerísimo plano. En principio, el Sindicato del Crimen no le concede demasiada importancia, confiando en que

su influencia sobre la **«politic machine«** y los grandes caciques del partido demócrata le barran de la escena en las elecciones primarias. Pero, contra sus deseos, Bob Kennedy se va imponiendo arrolladoramente en todos los comicios.

A finales de mayo no es sólo el candidato demócrata indiscutible, con una aplastante mayoría de votos sobre el senador Humphrey, sino el trigésimo séptimo presidente americano con su segura victoria en el próximo noviembre sobre el candidato republicano Richard M. Nixon. Hay que cortar como sea el peligro que representa, y el 6 de junio, cuando en un hotel de Los Angeles está celebrando su triunfo en las primarias de California, cae asesinado. El criminal en esta ocasión es un palestino de nombre Sirham, que guarda demasiadas semejanzas con Lee Oswald para que sean enteramente causales. No obstante, han de transcurrir siete años largos hasta que la desaparición y probable asesinato en Detroit de James Riddle Hoffa, el gángster explotador de los «teamsters», puesto en la picota muchos años atrás por el menor de los Kennedy, empiece a señalar con claridad la decisiva participación del Sindicato del Crimen en los asesinatos de Dallas y Los Angeles.

¿QUE PAPEL JUEGA RICHARD NIXON?

Las sensacionales revelaciones de la revista «Time» introducen una variante de considerable importancia en los hechos. Resulta cuando menos extraordinariamente sospechosa la relación del entonces presidente Nixon con un gángster que juega un papel en la tragedia de Dallas. El dinero que recibe y la libertad que le concede obligan a plantearse los hechos bajo una nueva luz. No cabe duda que los intereses del Syndicate y los del presidente depuesto coinciden en la hostilidad hacia los Kennedy. Contra John, porque le derrota en 1960, impidiéndole de momento el acceso soñado a la Casa Blanca; contra Robert, porque, de no haber sido asesinado en 1968, el político californiano habría vuelto a ser vencido por el poderoso clan bostoniano. Y si hace nueve años hubiera sido impensable su participación en una conjura siniestra, ahora, después de revelar su verdadera catadura en el asunto de Watergate, caben las mayores dudas, aunque habría de ser extraordinariamente dificultoso que algún día se llegue a hacer plena luz en los asesinatos de John y Robert Kennedy. Ahora, como en 1963, hay demasiados intereses por en medio. ■ **E. de G.**

Ante las cámaras de televisión, Nixon muestra las famosas cintas del Watergate. Este «affaire» aclararía la auténtica catadura del primer presidente depuesto en los Estados Unidos.

México, en el recuerdo del exilio

Carlos Sampelayo

Para muchos españoles, México ha sido la segunda patria, la nueva tierra donde fueron acogidos con cariño y hospitalidad al término de nuestra guerra civil. Y ahora, cuando se han reanudado las relaciones diplomáticas entre ambos países, surgen los recuerdos de aquellos días... (Sobre estas líneas, monumento que —en la ciudad de Cuernavaca— recuerda que México fue la primera nación latinoamericana que emprendió la reforma agraria.)

LO más español de América, y lo que tiene más valor arquitectónico, está en México y en Perú.

Quizá fueran estas palabras las que decidieron definitivamente mi traslado al brillante país azteca, tolteca, chichimeca, maya. Nombro varias de las razas que lo pueblan porque la gente española da en llamar al pueblo mexicano pueblo azteca por antonomasia, cuando esa raza sólo asentó sus reales en el Anahuac, o sea, en la altiplanicie central que forma, con la capital ciudad de México, el valle del mismo nombre: Anahuac. Manuel Fontanals le añadía a los aztecas, chichimecas y toltecas una raza más: los taquimecas.

BROMAS aparte, yo rectificaría aquella afirmación con que he empezado, sentada por un embajador de España en Caracas, ampliando todo su sentido. Lo español en América está en todas partes. Pero lo más monumental español está en México. Y lo más monumental español de México está en su capital.

Lleguemos de momento a ella en este descubrimiento anecdótico del país. No crean que va a ser como descubrir el Mediterráneo. No me propongo recontar el número de habitantes, ni establecer el cuadrado kilometraje de las regiones, sino contar algunas cosas que no se han contado, ni se pueden contar en ese estado de engolada y pétrea ponderación académica con que siempre se tratan los temas hispanomexicanos.

... Y lo más monumental de la capital de México es la catedral, con sus dos torres chatas a despecho de Cortés, que tenía el proyecto de hacerlas tan altas como la Giralda. Una iglesia con dos Giraldas, una enfrente de otra, enmarcando el pórtico austero y sobrio como el de la iglesia de Medellín.

Pero el dinero no venía, o venía muy de tarde en tarde, y la obra no prosperaba.

Un día en que el emperador recibió el enésimo correo de Cortés desde la Nueva España, después de leerlo detenidamente, se asomó a uno de los balcones del alcázar toledano, y se puso la mano como visera en los ojos, oteando ansioso la lejanía.

El chambelán acudió solícito:

—¿Deseáis algo, señor?

O una cosa así.

Pero Carlos I —¿por qué V y no I, si I lo era de España?—, que además era un humorista, se volvió al chambelán, muy sonriente, mostrándole la carta del otro conquistador, y dijo:

—Es que Cortés me pide aún más doblones para seguir alzando las torres de la catedral de Nueva España, y si tenemos en cuenta las cantidades que ya le he enviado, tendrían que verse esas torres desde este balcón...

El César se cansó, y no envió más dinero. Se puede poseer dos mundos y ser un roñica.

Cortés tuvo que rematar las torres de la catedral mexicana con dos campanarios, dejándolas truncadas, chatas, chaparras.

EL MOLE DE GUAJOLOTE

Ante una calle de Oaxaca, de Coyoacán o de Morelia creyó uno estar en un pueblo de Extremadura. Es indudable que los españoles de la Conquista introdujeron la suntuosa o modesta arquitectura de sus pueblos, según la clase social de cada uno. El contingente de conquistadores de México, con su jefe a la cabeza, lo dio la tierra extremeña.

Pero lo que no introdujeron los españoles, lo que se salvó de la influencia, fue la comida. No es que le haga ascos el mexicano a una paella o a un cocido madrileño, siempre que estén sazonados con mucho picante, lo cual es ya adulterar el españolismo de esos platos. Pero prefiere mil veces los suyos autóctonos: El mole de guajolote, los tacos, las enchiladas, los chiles rellenos, la carne asada a la tampiqueña, el pescado a la veracruzana, el huachinango con mojo de ajo, los fríjoles refritos, los huevos rancheros, el caldo largo de Tlalpán, el guacamole, el atole, las quesadillas, las chalupas, el mole verde, el cocktail

Lo español en América está en todas partes. Pero lo más monumental español está en México. Y lo más monumental español de México está en su capital. Y lo más monumental de la capital de México es su Catedral —que contemplamos—, con sus dos torres chatas.

de ostiones, los ostiones a la marinera, el cebiche, el cabrito al pastor, la barbacoa, el pipián, los machitos, el caldo de médula..., y tantos otros que, al recordarlos, se hace la boca agua.

El mole de guajolote podría decirse que es el plato nacional, y se compone de pavo guisado con una salsa picante, espesa, del color del chocolate, hecha de ajonjolí y especies. El guajolote es el nombre que se da al pavo en México; es el nombre ancestral, nombre indio. Porque el pavo, como todo el mundo sabe, fue introducido en Europa desde América, después de la Conquista, naturalmente. Vino con el café.

El mole es un plato caro, insustituible en toda comida típica mexicana, y se guisa mejor o peor, según la sabiduría de la cocinera. No se come con pan. Eso es un sacrilegio. Se come con la clásica «tortilla» de maíz, que no responde al concepto de «tortilla» que se tiene en España.

La «tortilla» mexicana es redonda y como una oblea, hecha de maíz. El «gourmet» le da forma de cuchara, para comerse el mole, porque así es más sabroso.

La «tortilla» sustituye al pan en toda comida mexicana. Al principio nos parecía absurdo, pero poco a poco nos fuimos dando cuenta de que obedece a un complemento del gusto.

Hay tantas fábricas de tortillas en México, o más, que de pan en España, con obreras sindicadas. Cuando el «Nyassa», que fue como el «Myflower» de los exiliados españoles a México, llegó a Veracruz, nuestros trabajadores combatientes se emocionaron al ver el recibimiento monstruo que se les hacía. Una manifestación inmensa de obreros de los distintos gremios, con pancartas, les daba la bienvenida. En una de esas pancartas se leía: «Las tortilleras de México saludan a los valientes españoles».

—¡Qué barbaridad! —comentaban los nuestros—. Esto es un país avanzado, civilizado. Para que luego presuman los franceses...

Diego Rivera (a la derecha), el pintor más internacional de México, «padre» del muralismo, audaz, polémico, intransigente, aparece aquí junto a otras dos figuras populares de su país: la actriz María Félix y el torero Rodolfo Gaona, rival en su día de «Gallito» y Belmonte.

—¡Hay mole! ¡Hay mole! —se exclama con alegría cuando se trata de ponderar una invitación.

Si el invitado es un europeo no habituado al picante, difícilmente se acabará un plato de mole por muy bien servido que esté. Difícilmente llegará a la mitad. Lo más probable es que lo deje a los tres o cuatro bocados, enrojecido, no tanto por la vergüenza de rechazar el plato nacional, como por la congestión producida por el fuerte sabor picante que debe tener todo mole bien condimentado. Entonces, los hombres, las mujeres, los niños que comen en torno a él, se reirán. El dará excusas, toserá. Y se le suministrará un refresco, mientras más dulce mejor, para que se quite el tremendo picor en la lengua y la garganta.

Ya se le ha quitado. Ya se ríe también con los anfitriones, que le freirán un par de huevos para que no se vaya sin haber comido. ¡Pero que no sean rancheros! Los rancheros son fritos sobre una «tortilla», todo bien impregnado de picante.

El europeo, el español sobre todo, necesita algunos años para poder saborear la comida mexicana sin atosigarse. Algunos no se han acostumbrado ni a los treinta años de estancia en el país. Eran como esos abstemios del tabaco, que lo han aborrecido desde niños porque se marearon con el primer pitillo.

Pero en México, a los niños se les desteta con mole, y se crían sanos y robustos. Los médicos lo recomiendan, incluso para fortalecer el estómago.

—Para fortalecerse, si está sano, cuidado —me decía un célebre doctor—. Si tiene usted úlcera, le hará mal, claro.

Y la verdad es que hay poca gente con úlcera de estómago en la tierra mexicana. Desde

luego, mucha menos que en Europa.

COSAS DEL PINTOR DIEGO RIVERA

La comida responde siempre al paisaje. Por eso la de México es fuerte, plural y excitante. Impresiona, como los 5.000 metros del Popocatepetl y los 5.500 del Pico de Orizaba: como la Sierra Madre tortuosa, oscura y violenta.

Y contra esa fortaleza, esa violencia de pasiones que deben engendrar la comida y el paisaje, se produce en México una antinomia de carácter blando, blanco y suave, que nos lleva derechitos a calibrar ese sentimiento religioso, católico hasta el fanatismo, del que participaban en mi tiempo allí hasta los comunistas de acción.

No crean que exagero. Conocí hombres en México, como el gran pintor Diego Rivera, campeón del ateísmo, máximo líder marxista del país, promotor de enconadas polémicas y manifestaciones callejeras por sus constantes declaraciones contra la Iglesia, al que un día le preguntó espantado el profesor Jesús Guisa y Acevedo:

—¿Pero de veras no cree usted en Dios?

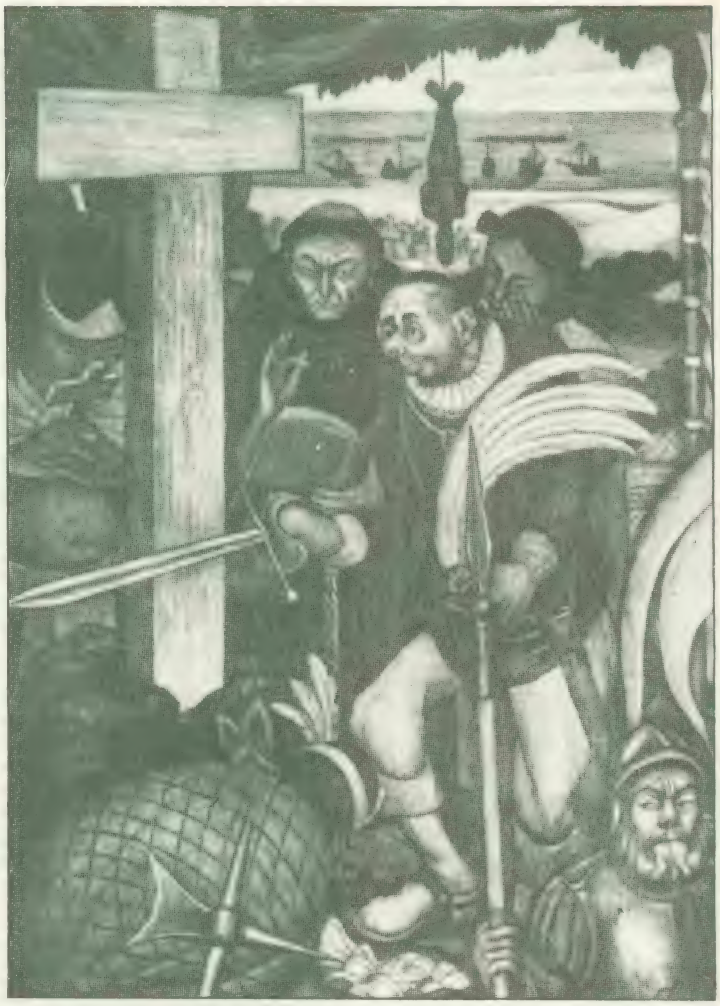
—La mera verdad, compadre —contestó el pintor recreándose en ello.

—¿Ni en la Virgen de Guadalupe? —volvió a preguntar el otro con sincero aspaviento.

Diego hizo una pausa, se sonrió, y luego dijo tratando de marcar una línea confusa entre el humor y la seriedad:

—Bueno... En ella, sí. Un poco.

Rivera acababa de pintar un fresco en el comedor del Hotel del Prado, donde retrataba, rodeado de alegorías, a los más conspicuos personajes de la historia de México en el siglo XIX. Entre ellos se encontraba la imagen de Ignacio Ramírez «el Nigromante», escritor racionalista, nitzscheano puro, que había levantado en su tiempo grandes, violentas iras de la sociedad mexicana, con un artículo periodístico titulado «Dios no existe».

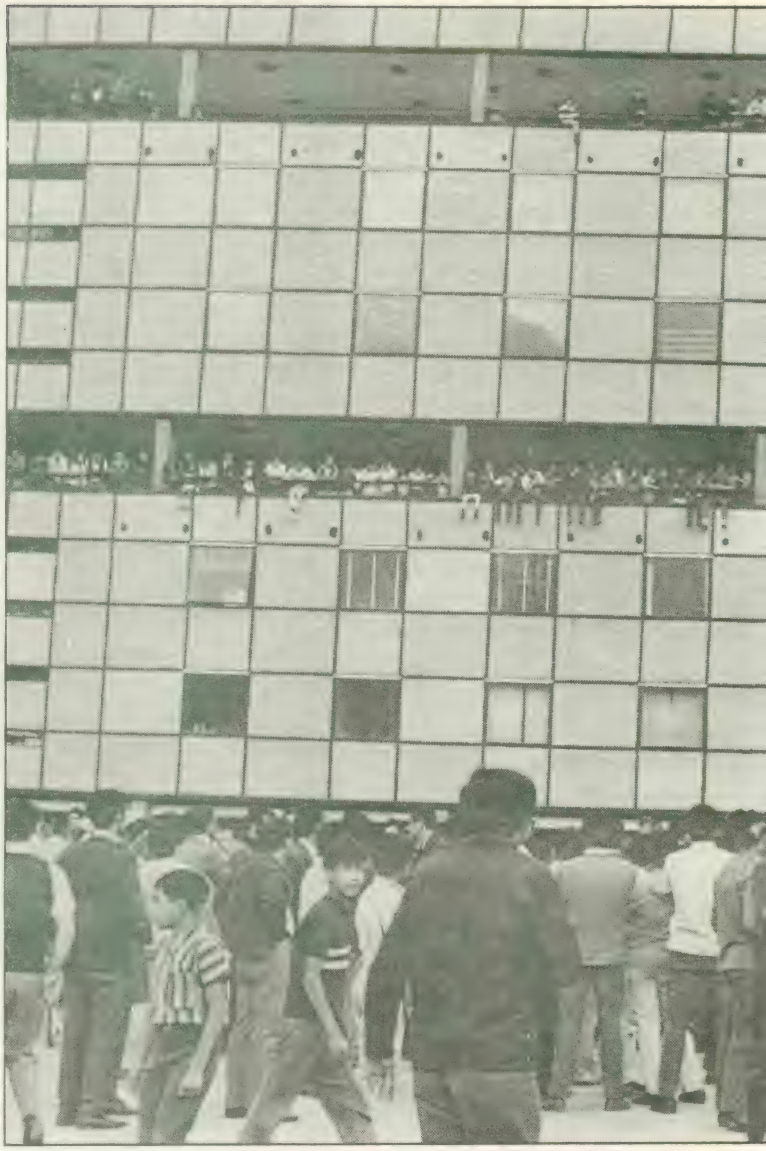


Así vio Diego Rivera a Hernán Cortés, en un mural que pintó para el patio central del Palacio Nacional durante el año 1946. La rara efigie de adefesio dada a Cortés, con aspecto de lunático, contrasta con otras interpretaciones mostradas anteriormente por el propio Rivera.

En el retrato del mural salía de la boca del «Nigromante», a modo de aleluya grotesca, la frase que le hizo célebre.

Nunca lo hubiera hecho Diego Rivera. Comenzó la protesta por la dirección del Hotel, que le había pagado a precio de oro la pintura. Siguió en los periódicos, advertidos de la irreverencia. Se le llamó «pintamonas» y otras cosas peores al pintor comunista. Pero él se negó rotundamente a reformarla. Los hoteleros la taparon con un gran lienzo blanco tratando de calmar los ánimos. Todas las noches, Rivera, ya viejo y cansado, capitaneaba una turba de intelectuales, ayudado por otro pintor tan famoso y tan ilustre como él, David Alfaro Siqueiros, y penetraban violentamente en el Hotel para desta-

La Ciudad Universitaria de México es seguramente la más original de las ciudades universitarias del mundo. Construída a lo largo de los años cuarenta y cincuenta, buena parte de sus edificios se hallan decorados con motivos de las civilizaciones precoloniales. (En la imagen adjunta, uno de los pabellones universitarios durante las difíciles jornadas de 1968.)



par el cuadro. Contramanifestaciones más numerosas se enfrentaban con los ateos en la calle y hubo palos, piedras, tiros y heridos.

Por último, el mural quedó tapado para siempre con el lienzo. No sé si en los últimos años, al morir Rivera, habrán por fin arreglado la pintura.

Siendo México un país de gobierno laico y libertad de cultos con arreglo a la Constitución de 1917, el pueblo sin embargo no puede soportar una blasfemia ni una irreverencia contra la religión católica y sus símbolos, lastre colonial inalterable. Desde el presidente de la República hasta el ciudadano más humilde, llevan colgada al cuello la clásica medallita que le pusieron sus padres al nacer.

Diego Rivera, en la cumbre de su fama, se complacía en soliviantar a su pueblo, hiriéndole en el sentimiento religioso; y el pueblo, a veces, se propasaba de susceptibilidad.

Después de lo del «Nigromante», le encargaron al pintor un mural exterior que decorase la portada del teatro Insurgentes, uno de los más modernos de América. Rivera pintó esta vez una serie de alegorías del arte teatral, y en medio a «Cantinflas», que lucía sobre la llamada «gabardina» una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Se volvió a armar el escándalo, recrudecido ahora por la reincidencia. El pintor se justificó diciendo que «Cantinflas» era el símbolo del pueblo mexicano, y por tanto debía llevar pintada en su «gabardina» a la Virgen Morena.

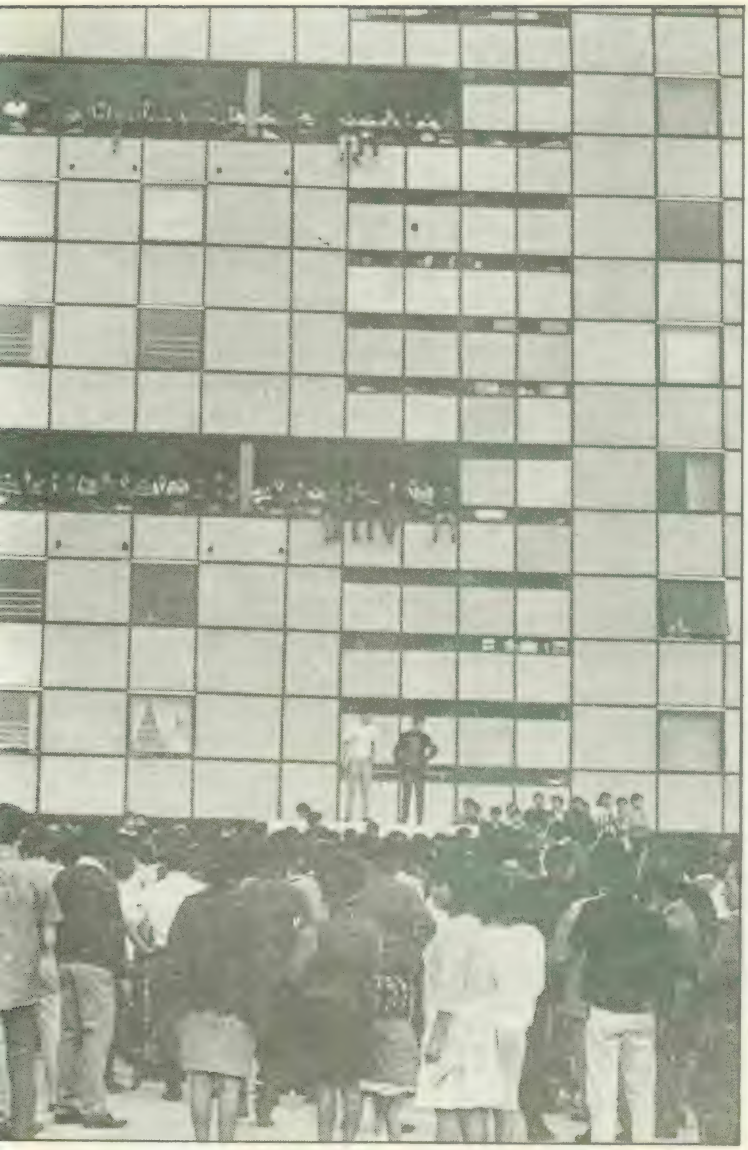
No le valió. Pero esta vez no opuso resistencia a los reformadores. Estaba ya aún más viejo, y enfermo, en la última vuelta del camino.

—Bueno, que la quiten —dijo, enojado porque no le comprendían.

LOS LACANDONES

La Ciudad Universitaria de México es seguramente la más original de las ciudades universitarias del mundo. Decorados todos sus edificios con motivos de las civilizaciones precoloniales, el viajero que la atraviesa por la doble autopista del camino de Acapulco se sugestiona, porque no son ruinas; son fuertes paneles brillantes al sol, como si esas civilizaciones acabaran de surgir y construir.

Desde luego, es única. Los arquitectos de los años 1940 y 50 le enmendaron la plana a los artífices desconocidos que en la noche de los tiempos levantaron templos y pirámides



para que los turistas del siglo XX sacasen fotografías de ellos.

Los «templos» de la ciudad universitaria mexicana tienen por dentro aire acondicionado, y paredes que los traicionan con la magia del cristal.

También parece esta ciudad universitaria locación o complejo cinematográfico levantado por Samuel Bronston para una posible historia de Moctezuma que fuera a encarnar un rubicundo norteamericano.

—Poniendo la cámara aquí... Con los personajes en aquel fondo...

Siempre saldrían perfectos los cálculos del director. Siempre daría la película la ambientación requerida, y no costaría tanto como tener que trasladarse a las ruinas de Chichén Itzá, en la península yucateca.

Pero los artistas y directores mexicanos, que tienen los estudios a cinco minutos de la Ciudad Universitaria, prefieren recorrer los mil y pico de kilómetros que les separan de Yucatán, aunque sea a través de una selva inhóspita y hostil, con hostilidad de fieras, insectos y salvajes.

Lo prefieren. Contra las fieras se pueden defender a tiros; contra los insectos, a golpes de fuelle insecticida y mosquitero; contra los salvajes... Los salvajes en México, si los hay, no hacen daño. Te reciben con demostraciones de paz, y te ofrecen su casa, su comida, sus mujeres. En realidad, los indios lacandones de México son más pacíficos que nuestros «guerrilleros de Cristo Rey». Y menos salvajes que los jóvenes «fans» partidarios del Liverpool o del Glasgow Rangers. Saben hasta de aviación, porque Miguel Torruco, galán de cine y aviador, iba a visitarles de vez en cuando con su avioneta, y tomaba tierra en un clarito de la selva cerca de sus campamentos. El gran jefe lacandón lo recibía con amistad y sin asombrarse de nada.

—Las ocho mujeres del jefe —contaba Torruco— miran la avioneta con más indiferencia que si vieran un pájaro extraño.

Torruco pasaba con ellos unos días, y le trataban a cuerpo de rey. Aprendía la jerga lacandona, las costumbres, la filosofía contemplativa de aquellos «salvajes».

—Sí, sí, salvajes... —decía—. No saben que hay periódicos, hermano. Ni lo que es la política ni los políticos. ¿Te parece que eso no es civilización? Y además, son tan civilizados, que hasta te dan sus mujeres para que te **entretengas.**

—O sea, que tú, cuando te quieres ir de juerga, te vas a la selva... —le decimos.

—No, hermano, no; esas mujeres no son prostitutas, no cobran. Te hacen regalos incluso.

—Bueno, eso ocurre también mucho en nuestra civilización.

Mal lo pasó Lucho Gatica —al que vemos descendiendo del avión en el aeropuerto de México—, cuando un grupo de bromistas universitarios de la capital decidieron «pelarlo» en una pausa del rodaje que tenía lugar en el interior del «campus» académico. El meloso cantante chileno no olvidaría aquella jornada de 1963.

Torruco, fuerte, ágil, apolíneo, jugaba con el nivel del mar. Unas veces lo remontaba a miles de metros, otras lo hendía hasta el mismo fondo. Esas descompensaciones le hicieron morir fulminantemente un día, estando sobre la tierra. Como los lacandones desconocen la existencia de los periódicos, no se habrán enterado aún de aquella muerte de su mejor amigo.

LOS ESTUDIANTES

Como decía, es fácil defenderse de las asechanzas de la selva. De lo que no es fácil defenderse es de las bromas estudiantiles entre la moderna policromía de la Ciudad Universitaria. Que se lo pregunten a Lucho Gatica.

El ya «camp» cantante chileno tuvo el año 63 que interpretar unas escenas fílmicas en los jardines del plantel. Los estudiantes presenciaban curiosos todas esas complicadas y heterogéneas maniobras que implica una «toma de exteriores». Comenzó el rodaje sobre el galán, y de pronto salió una voz del grupo estudiantil:

—¡Muchachos! Si es Lucho Gatica...

Otras vocés se levantaron:

—¡Lucho! ¡Lucho!

Lucho sonreía ante aquella efusión admirativa, un poco azorado. Pero, sin dar tiempo a pausa alguna, surgieron en uno de los grupos gritos de proposición audaz:

—¿Vamos a pelarlo?

—¡A pelarlo! ¡A pelarlo!

La juventud avanzó como avanza siempre: arrollándolo todo. Lucho —que ya tenía inútilmente dispuesto el bolígrafo para los autógrafos— pudo poner a salvo la integridad de su pelo refugiándose en el camión de sonido, mientras el director de la película, el puertorriqueño Fernando Cortés, un hombre alto, gordo y fuerte, trató de arengar a los muchachos, con gestos y actitudes paternales:

—¡Por favor, jóvenes! Estamos en un centro de cultura donde se forjan los hombres del mañana, los médicos, los abogados, los ingenieros, que dan categoría y prestigio al país. Esos hombres son ustedes. Que no se diga...

Le interrumpió la pregunta gritada de una bella estudiante:

—¿Vamos a pelar también al gordo...?

—¡A pelarlo! ¡A pelarlo!

Fernando Cortés no pudo emular a su homónimo el conquistador de aquella tierra, y se guardó muy bien de decir que ostentaba el mismo nombre y apellido. Corrió también, al igual que Lucho, a refugiarse en el camión. La Policía de Tráfico, protectora de las tomas exteriores del cine mexicano, tuvo que intervenir severamente, y desde entonces nadie de los estudios se atreve a adentrarse en la bella selva de la Ciudad Universitaria.

El estudiante de México es avispado —«aguzado», se dice allí—, humorista, disparatado, pero estudioso. Recuerda un poco al estudiante de la picaresca española. Es difícil engañarle, «quedarse con él», como decimos nosotros.

Tan sólo un hombre ha engañado a los estudiantes mexicanos: el poeta Fernando de la Llave, que figuró mucho durante la guerra española.

Era un hombre untuoso, elegante, distinguido, de frase cortés para los amigos y madrigal florido para las damas. Lleno de puras ideas líricas. Un día se le ocurrió que una misión cultural estudiantil, con él al frente, debería ir como embajada de México al Japón, llevando un mensaje de todas las ramas de la ciencia y las letras del país. Tan noble propósito fue acogido con beneplácito por el Ministerio de Educación, y se le dieron toda clase de facilidades. Esos casos sólo ocurren en los países ricos, como era entonces México.

Fernando de la Llave salió, pues, para Tokio, capitaneando un grupo de muchachos, uno de cada Facultad, que encontraban en la compañía del poeta al amigo dilecto y paternal, administrador de los fondos —y las formas— de la expedición.

Antes de salir de la ciudad de México, el poeta De la Llave se compró en la Lagunilla —el Rastro mexicano— un pequeño ídolo azteca hecho de barro mugriento la noche anterior por un artesano de bajo comercio. Esos idolitos, hechos como «souvenirs», imitando en su mistificación hasta la pátina del tiempo, se venden por cuatro cuartos en los mercados y tiendas de bisutería.

Se le hizo buena prensa a la escursión. La Llave y su hueste fueron despedidos por el embajador nipón, y hubo discursos traternales. La Llave leyó un bello poema al Imperio del Sol Naciente.

La llegada a Tokio tuvo el mismo protocolo. Hubo discursos con intérpretes, cambios de mensajes, visitas a las Universidades y otros centros docentes. La Llave hizo entender que llevaba un regalo de su Gobierno para el emperador y deseaba entregárselo en propia mano.

CAMBIO DE IDOLOS

Ante el prudente Hirohito, La Llave leyó otro hermoso poema, que luego le tradujeron al emperador en ese lenguaje conciso de los nipones que tardan cinco minutos en decir los que los occidentales tardamos veinte. El poeta creyó que el intérprete le tomaba el pelo:

—¿Le ha dicho usted que le traigo, ofrecido por mi Gobierno, uno de los más valiosos ídolos de la civilización maya? —le preguntó.

Ante la respuesta afirmativa, La Llave sacó el ídolo y se lo ofreció al emperador con una graciosa reverencia. Hirohito, sonriente, sacó otro ídolo japonés, una bella estatuita de Buda de 15 centímetros de alto y 10 de ancho en la base..., y toda de oro macizo.

—Para su Gobierno —le dijo el intérprete a La Llave, transmitiéndole en español las palabras del emperador.

La Llave se justificaba luego diciendo que él había creído que Hirohito le hacía el regalo

La Columna de la Independencia, sin el colosal ángel que se estrelló contra el suelo a causa del terremoto de 1957, a la mañana siguiente del cual está tomada la foto. El Ejército salió a la calle para evitar alteraciones del orden y encauzar el tráfico.

Alfonso Reyes, con su esposa, doña Manuelita, ante la lápida de la Biblioteca que lleva su nombre, en la Universidad de Nuevo León. A lo largo de una dilatada carrera de trabajo e investigación, Reyes se convertiría en uno de los máximos valores de la literatura mexicana.

personalmente a él, para «su» gobierno; es decir, para «el gobierno» de su propia voluntad.

Desde el palacio imperial marchó al hotel, hizo las maletas y se dirigió al aeropuerto, aprovechando que los muchachos habían ido a presenciar unas pruebas atléticas estudiantiles.

Pasados varios meses, un grupo de jóvenes harapientos llegó a la ciudad de México, y desde la estación del ferrocarril desfiló por las calles centrales con una pancarta que decía: «Las víctimas del poeta y licenciado Fernando de la Llave piden justicia».

Pero el licenciado y poeta se hallaba en Europa disfrutando de su ídolo, de cuya existencia sólo él y el emperador del Japón sabían. Mucho después, cuando se conoció públicamente, al licenciado y poeta no se le llamaba en México Fernando de la Llave, sino Fernando de la Ganzúa.

Debe de haber muerto ya. La última vez que le vi iba de cantina en cantina, hundida en la miseria su habitual elegancia, y pidiendo con voz estropajosa:

—Una convidadita, por favor...

EL BOSQUE Y LA CIUDAD

Muchos de los exiliados madrileños comparaban el bosque de Chapultepec con el Retiro. No tienen nada en común. Se parece más al bosque de Bolonia, aunque sin el sentido urbano de éste. El de Chapultepec es más bosque, los árboles son más corpulentos y más altos, y por todas sus avenidas se podía circular en automóvil, en «carro», como se dice en México por traducción de la palabra inglesa «car». Chapultepec tiene un lago, más bonito que grande, y algunas bellas fuentes. Era obligado paseo de jinetes en las mañanas de los domingos, y solaz del pueblo municipal y espeso por las tardes.

En algunos paseos, la vegetación arbórea es tan tupida que no deja pasar la luz solar, produciendo una sombra intensa, muy especial para los atracos en pleno día y para alguna que otra escena «inmoral». Pero eso pasa en todas partes. Por las noches, le ganaba en la «belle èpoque» a todos los bosques del mundo el de Bolonia.

A esas horas nocturnas, el de Chapultepec se empleaba también, cuando llegamos nosotros, para ir a pegarse, a ventilar los pleitos que se suelen producir en algún cabaret. Sin embargo, la vigilancia era en los últimos años 50 muy estricta, y sólo por algunas avenidas —obligado paso de un sitio a otro de la ciudad— se permitía la circulación de coches, que solía ser por donde se encaminaban al bosque los que deseaban «zumbarse».

Hace muchos años hubo un

desafío de mujeres en Chapultepec. Se verificó con arreglo a los cánones del «código del honor», y el arma elegida fue el florete, más femenino, más manejable. Creo que se lavó la honra de las dos damas en el paseo de los Poetas, romántica avenida jalonada de bustos gloriosos.

Sobre una montaña que hay en el centro del bosque se yergue el castillo que fue residencia del desgraciado Maximiliano. Estaba convertido en museo, y se conservaban intactas las habitaciones del intruso y Carlota, como en un Versalles tropical.

La terraza del castillo es la mejor atalaya para admirar la hermosa ciudad entrañable en la tarde dorada. Una ciudad de siete millones de habitantes, con mayor extensión que París, y una pluralidad de jardines sin flores, esas flores que tan fácilmente pueden nacer en la tierra azteca. Pero al mexicano, como al colombiano y al venezolano, y a todos los municipios de América latina, le interesan más los potreros, esos prados de hierba fresca, siempre verde, para que correteen por ella los niños en plena libertad. No son tan cicateros como lo eran con nosotros en nuestra infancia madrileña, que nos ponían una multa en cuanto nos permitíamos atravesar la alambrada, aunque sólo fuera para recoger la pelota que se nos escapó.

¡La ciudad! La ciudad de las más bellas perspectivas de noche y de día, porque su amplitud puede dominarse desde cualquier punto cardinal de su circunscripción, como si fuera una Shangri-La, que aparece de pronto al coronar el valle viniendo de fuera.

La ciudad de los terremotos diarios que sólo registra el sismógrafo. Todos los años, sin embargo, había que lamentar uno grande, o dos, o tres, pero nunca pasó nada, aunque sean los más intensos que registra la escala de Mercalli, como el del 17 de julio de 1957, que llegó a 11 grados.

No pasa nada, porque la ciudad está asentada sobre un mar de lodo, que le sirve de colchón. Se bambolea, se mece, pero no se cae. Con sus rascacielos hasta de 42 pisos, como la torre Latino-Americana.

Pero, por eso mismo, la ciudad de México se va hundiendo lentamente. Cada veinte años se observa un descenso en algunos edificios de hasta dos metros. El Palacio de las Bellas Artes, mole de mármol y hierro, se hundía más que ninguno. Había aceras bajas y aceras altas, según los vaivenes del movimiento telúrico. El Departamento Central acudía siempre presuroso a remediar los trastornos en calzadas y edificios, preocupado por conjugar el embellecimiento de la ciudad con la seguridad de los ciudadanos.

Rodeado de libros por todas partes, sujeto a la barandilla del piso superior, vislumbramos a Alfonso Reyes en medio de su biblioteca particular. A la que Díez Canedo bautizaría con el nombre de «Capilla Alfonsina», quedando ya con este apelativo para siempre.

(Y si hablo en pasado es por ceñirme a la época de nuestra estancia de refugiados y sus impresiones, ya que hoy con la construcción del **Metro**, la técnica y un «parón» de la naturaleza, los efectos se advierten menos. Toquemos madera).

PSICOLOGIA DEL TERREMOTO

Si el terremoto del 57 se hubiera producido en una ciudad asentada en tierra dura y firme, como Madrid y París, la habría destruido por completo. En México sólo murieron 52 personas, por derrumbe de un edificio mal construido. Se derrumbaron otros dos más, una casa de oficinas propiedad de «Cantinflas» y un rascacielos en construcción. Pero como el siniestro ocurrió a las tres menos veinte de la madrugada, no había ni empleados en la casa ni obreros en el rascacielos.

En México City, con toda su fama de informalidad, hay que reconocer que hasta los terremotos son formales, y se producen a horas en que no puedan hacer mucho daño.

Tan formales como la lluvia, que dura desde mediados de junio hasta octubre, y comienza puntualmente a las tres y media de la tarde para dejarlo a las nueve y media de la noche. A las diez, calzadas y aceras están secas. Las mañanas son soleadas y tiernas. México o la eterna primavera.

La psicología del terremoto tiene matices extraños. Yo no diría que he padecido, sino más bien he admirado la grandiosidad terrorífica de tres temblores en México, aguantándome el miedo por el placer posible de experimentar y contar.

Aparte del 57, experimenté otro de ellos a las tres de la madrugada. Corrí al balcón, y sujetándome en la balaustrada, vi los edificios bailar la danza macabra en inclinaciones inverosímiles. Después —en ambos casos, nocturnos igual— la ciudad quedó en un silencio y una soledad profundos, como de unos cinco minutos impresionantes. De pronto, se rompieron el silencio y la soledad en un estallido de gritos, sirenas, bocinas y correr de gentes, que salían de las casas, en pijama, en camisa, enloquecidas, sin saber dónde situarse. Ya era inútil, ya el terremoto había pasado.

De la generación posterior a la de Reyes, el autor mexicano más destacado es José Revueltas —al que vemos en una de sus últimas fotos—, novelista que supo armonizar sus ideas políticas con un estilo modernísimo en obras como «Los muros de agua» o «El apando».

Los terremotos suelen durar escasos segundos, a veces uno sólo. Lo que hace moverse las casas es la inercia de la sacudida y, según los técnicos, si en ese segundo o segundos no se ha caído la casa, ya no se cae, aunque se mueva blandamente sobre sus sillares. Naturalmente, un edificio puede quedar resentido por una sacudida telúrica. Pero eso sólo lo pueden determinar después los arquitectos, en un examen minucioso, y al Departamento Central corresponde la decisión de evacuarlo y derribarlo, en el caso de que la estabilidad peligre.

México es una ciudad sin subsuelo. A pocos metros se tropieza con el lodo, que en algunos sitios forma una capa de hasta 80 metros de espesor. Se están preguntando ustedes cómo se edifica entonces, cómo pueden sustentarse no ya rascacielos, sino simples edificios sencillos sin cimientos. El gran sentido arquitectural mexicano lo ha resuelto fabricando el propio cimiento con madera. Los martillos hidráulicos van clavando largos troncos de veinte y hasta treinta metros de largo, uno empalmado con otro verticalmente, hasta encontrar la resistencia firme. Así, sobre esa resistencia de troncos tupidos, se construye el edificio con arreglo a la moderna técnica de hierro y cemento.

LA CASA DE ALFONSO REYES

Alfonso Reyes vivía en la calle de Benjamín Hill, colonia Polanco, en un «pastiche» de casa antigua, como muchas que se construían en los barrios residenciales de México. Era suya la casa, hecha con arreglo a su buen gusto, y no daba sensación de riqueza, sino más bien de rusticidad. Tenía yo mucho interés en conocerle y fui allí una alegre mañana de primavera, sin anunciarle previamente mi visita. Salí con la sensación de que no le había conocido, pues me dediqué casi exclusivamente a observar la casa, con su portal de pueblo, sus habitaciones, patios y muebles, todo ordenado, serio, como el cerebro del propietario.

Aspecto exterior del patio central de la prision de Lecumberri, donde José Revueltas pasó encerrado diversas épocas de su vida revolucionaria. Los muros de este centro penitenciario también guardaron a otro mexicano universal: el muralista David Alfaro Siqueiros.

Casa incivil, sin patrón arquitectónico, pero agradable, con regusto de vivir en ella, sobre todo en la biblioteca, decorada en puro estilo griego, donde él se pasaba la vida, rodeado de los tomos bien alineados en las estanterías, de todas sus numerosas obras, y de las obras de sus clásicos preferidos.

Verdaderas joyas incunables completaban el conjunto bibliográfico. Cuadros, esculturas, jarrones y miniaturas de todas partes.

Se componía de dos plantas. En la superior estaban el cuarto de estudio y la alcoba, todo muy limpio y confortable gracias al desvelo de su esposa Manuelita, mujer humilde que vivía como escondida de los amigos. Allí recibía el escritor y departía con ellos sobre libros, ante una taza de café o una copa.

Como a Vasconcelos, yo le recordaba de Madrid, por los años 20. Era yo muy joven, y ellos también, pero menos, bastante menos. Reyes no tenía la barba que lucía en los años postreros, blanca, impresionante. Pero era el mismo hombre rechoncho, de manos pequeñas y gruesas, expresivas, ojos también pequeños y grises, soñadores y un poco pícaros a la par, quiza cansados de tanto leer. Ya comenzaba a fallarle el corazón avisando el último latido.

SU HISTORIA

Alfonso Reyes había nacido en Monterrey, el 17 de mayo de 1889. Sus padres eran de Jalisco. A los 21 años, en 1910, entró a formar parte del Ateneo de la Juventud, que albergaba a otros luego grandes escritores mexicanos también, como Pedro Henríquez Ureña, Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Silva Aceves y Julio Torri.

Por esa fecha publicó su primer libro, «Sobre la estética de Góngora», y más tarde «Los poemas rústicos de Manuel José Othon». Ambos forman parte del primer tomo de sus Obras Completas, editadas el 57 por el Fondo de Cultura Económica de México. Se reveló en ellos como un fino escritor y un erudito de gran penetración trascendental.

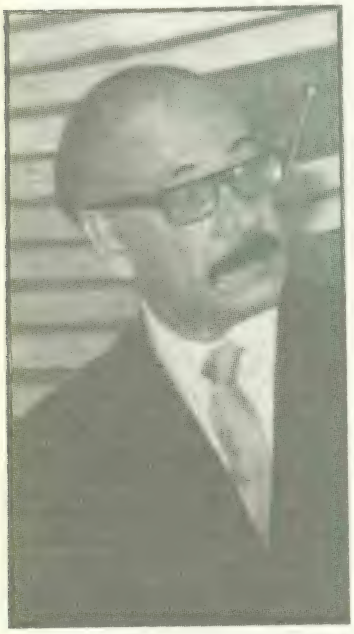
En 1911 publicó su primera «Visión de Anahuac», un compendio de la poesía mexicana en el pasado siglo. En ese libro tiene una frase muy comentada, que refleja la materia y el espíritu del valle. Es ésta: «Caminante: has llegado a la región más propicia para el vagar del espíritu. Caminante: has llegado a la región más transparente del aire».

En 1913 marchó Alfonso Reyes a Madrid, donde nadie le hizo caso, donde la vida le dio el primer chasco en su carrera de escritor tan brillantemente iniciada. Sólo **Ramón** le recibe después en Pombo y hace honor a sus visitas. Le cuesta dos años ambientarse y darse a conocer, pero, eso sí, ya en 1915 la gente se descubre a su paso, colabora asiduamente en los periódicos, y escribe otra «Visión de Anahuac», más sentimental, más añorante. Cuando se establecía ante

él esa diferencia entre su primera «visión» y la segunda, respondía:

—Claro, es que la segunda la dictó «el sentirme olvidado de un país».

Se parece a Galdós en sus primeros años madrileños en



Escritor de temas históricos, Fernando Benítez —en el grabado— publicaría una obra fundamental: «La ruta de la libertad». En ella, intenta sacar a los héroes de la Independencia mexicana del lugar común en que los sumergieron los oradores oficiales.

lo de trabajar como un forzado, y con el entusiasmo de la vocación nacida. Ortega y Gasset, alma después de «El Sol», le abre las puertas del docto diario, y publica Reyes en él artículos y secciones muy comentadas, como «Cartones de Madrid». «El suicida», «El plano oblicuo», «El cazador», «Calendario»; crónicas, ensayos, que reproduce luego en dos libros estupendos: «Las vísperas de España» y «¡Aquellos días!».

En 1918 comienza el estudio a fondo de los clásicos. Llaman la atención sus opiniones originales, acertadas, escritas con estilo inconfundible, con conocimiento absoluto, enseñando al que no sabe, que en esa época es casi todo el mundo en España, porque existe un prejuicio beocial contra los clásicos hasta el punto de oírse en los escenarios cosas como ésta:

—¿Qué te ha parecido el **Quijote**?

—Bueno..., pero **pesao.**

LA SEGUNDA EPOCA

Prepara entonces el tomo de teatro de Juan Ruiz de Alarcón, el clásico mexicano, y trabaja sobre Gracián, Quevedo y el Arcipreste de Hita. Así llega a 1920, cuando publica en México «Retratos reales e imaginarios», que comprende sus observaciones, crónicas, ensayos. Después sale a la luz también «Simpatías y diferencias», que forma parte más tarde del tomo «Los dos caminos». Aunque le elogian sus producciones, él no está satisfecho. Quiere llegar a algo más hondo, cristalizar un propósito que bulle en su mente sin encontrar la forma. Lo declara en una carta a Antonio Mediz Bolio en 1922:

«Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrán de desarrollarse bajo esta divisa: en busca del alma nacional; **La Vision de Anahuac** puede considerarse como el primer capítulo de esa obra, en que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la tierra, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y a las piedras de nuestras tumbas y monumentos.»

Ese mismo año publica «Huella» y dos años después su obra más conocida y elogiada: el poema dramático «Ifigenia cruel». En 1926, «Pausa». La obra de Alfonso Reyes es muy superior a lo que de ella se ha hablado, tanto en calidad como en densidad. A partir del 26 no cesa de escribir y publicar sobre todos los temas: estética, filología, ligüística, crítica. Forma parte del grupo investigador dirigido por don Ramón Menéndez Pidal, destacando por su observación y perspicacia especiales, por sus claras exposiciones del personal criterio. La «Revista de Filología» publica todos sus trabajos. Día a día gana en estilo. Seguramente ha sido el investigador de prosa más brillante y natural, más limpia.

Fue nombrado embajador de México en España y estrechó los lazos entre las culturas americana y europea. Luego ocupó el mismo cargo en Argentina y Brasil, y en ambos países colaboró en revistas, dio conferencias, estableció relaciones con escritores y artistas.

Fue en 1939 cuando Reyes regresó para siempre a su patria, que con la presencia del escritor acrecentó sus actividades culturales. Empezó entonces la etapa más beneficiosa para las letras de México, hoy en pleno vigor. El escritor transmitió su rica experiencia ampliada en los años de América del Sur, y estableció el diálogo literario en todo el hemisferio.

LOS AÑOS FINALES

Su bibliografía abarca más de sesenta títulos sobre temas muy diversos, que van desde los estudios helénicos y los orígenes de la crítica indefinida («La Crítica en la edad ateniense») hasta la poesía, el cuento, la crónica, el ensayo, el artículo. En los años finales

de su existencia, dedicó toda su actividad al Colegio de México, estupenda institución de cultura, que él organizó. Se le encontraba en las oficinas por la mañana. Un despacho pequeño, pero cómodo y confortable, con el retrato de otro gran escritor mexicano, Pedro Henríquez Ureña, amigo entrañable por el que sentía una gran devoción.

La enfermedad que le amenazaba desde hacía mucho tiempo, fue apoderándose de él poco a poco. Los médicos le decían que descansara, pero él seguía trabajando, ordenando sus papeles. No quería partir dejando nada para luego. Revisaba las galeradas de sus Obras Completas, seleccionando páginas. Los fines de semana y algunas temporaditas se guarecía en la tierra caliente de Cuernavaca, donde se refugian los enfermos del corazón. Allí le encontré varias veces, en los jardines del Marik, donde yo también me hospedaba por ser un hotel barato. Ya estaba muy enfermo, pero no había decaído su espíritu. Siempre sonriente, amable, insinuante, con la picardía retozándole en los ojos, mordiéndole la lengua. Le encantaban las flores y le embriagaba el olor de las guayabas.

—No las hay en el mundo mejores que éstas —decía—. ¡En España. desde luego!

Y se reía con una risa infantil.

Hablaba mucho de los escritores españoles actuales. Conocía las obras de algunos:

—¿Qué es lo último que ha publicado Cela?... He leído el libro de Zunzunegui. No me gusta.

También se interesaba mucho por la pintura española de nuestro tiempo —Dalí, Miró, Tharrats—, y la música. El «Concierto de Aranjuez» le volvía loco.

Alfonso Reyes es un símbolo de la literatura mexicana.

LA GENERACION POSTERIOR

De la siguiente generación, el que más ha destacado es José Revueltas, muerto hace más de un año. Novelista de un estilo modernísimo, supo armonizar sus ideas políticas con la literatura, sin subordinación y ha creado magníficas historias de hondo contenido social, como la novela «Los muros de agua», exposición clara y violenta de los procedimientos de persecución gubernamental en los postreros años 30 de México.

El realismo de «Los muros de agua» estremece. La cuerda de presos, la colonia penitenciaria de las Islas Marías en el Pacífico, la «ley-fuga», son temas desarrollados a través de la propia experiencia de José Revueltas en su primera juventud de «hombre de acción».

La cárcel vuelve a ser el tema de Revueltas en «El apando». Otra experiencia personal a raíz de los sucesos de Tlaltelolco de 1968, novela llevada al cine recientemente, envuelta en polémicas, novela de denuncia, novela «maldita».

El cine fue otra de las actividades de este escritor. Colaboró en muchos guiones y contribuyó a la organización sindical de los guionistas desde su cargo de secretario general del S.A.A.C. (Sindicato de Autores y Adaptadores Cinematográficos), del que fue ex-

Lógicamente, Fernando Benítez dedicó buen número de páginas a tratar la figura del «padre» de la Independencia mexicana: Miguel Hidalgo y Costilla, el «cura Hidalgo», cuyo retrato reproducimos. Su recuerdo nunca falta en la noche patriótica de cada 15 de septiembre.

cluido por una maniobra capitalista.

Bohemio sin tasa, amigo sin medida, líder sin doblez, José Revueltas no era hombre de capillas ni componendas. Por eso, seguramente, no se le hizo en vida toda la justicia que la posteridad le está deparando.

Tuvo una feliz incursión en el teatro —«El cuadrante de la soledad»—, iniciando lo que hubiera podido ser una escuela desgarrada y poética a la vez, que nadie ha tenido aptitudes para seguir en México.

—Mira, «mano», vamos a echarnos un tequila...

Con esta invitación, parecía resumir la ingratitud de los compañeros y de los correligionarios políticos, su independencia.

EL PERIODISTA FERNANDO BENITEZ

Es otro de la generación siguiente a Reyes. Procedente del periodismo, dirigió el semanario «Romance», que confeccionaban los españoles Juan Rejano y Miguel Prieto, poeta y pintor exiliados, capítulos inéditos de «los que no volvieron». Benítez dirigía también las páginas literarias del diario «Novedades» y de la revista «¡Siempre!». Escritor de temas históricos, publicó una obra fundamental: «La ruta de la libertad». Mexicano y mexicanista cien por cien, a pesar de su cultura internacional, no ha escapado a ese complejo de tribu que es, en definitiva, el nacionalismo de los países americanos cuando es llevado al extremo rencoroso.

Pero ha sido vivo y claro en su interpretación de la historia de la independencia mexicana. Hizo como Baroja: peregrinar por los lugares que recorrieron los héroes, en busca del tiempo perdido, pero recobrado a partir del estímulo evocador que suscitan los textos y los escenarios. Aprovechó sus viajes para simultanear el hallazgo de la historia con la descripción graciosa del estado del campo y las ciudades. El Bajío, Querétaro, Toluca, Guadalajara, Morelia, esas provincias del país, donde, como ha dicho Benítez, «el pasado no es pasado, sino realidad viva», porque todavía no se habían construido en ellas esos cinturones de casas funcionales que matan la Historia.

El escritor supo animar los lugares antes de hacernos asistir a las batallas y a las marchas, como si tuviera el poder de arrancar a quienes realizaron la epopeya mexicana de su estado fantasmal. Los insurgentes alientan en los libros de Benítez, unos desaliñados, intelectuales otros, filósofos aldeanos, como vio Alfonso Reyes al cura Hidalgo, enfrentando al mundo colonial el indígena esclavizado, que «salía analfabeto y miserable —dice— perdida la idea de su antigua grandeza, sin otro bagaje que el de las supersticiones y el odio a los españoles».

Juan José Arreola, en quien puede simbolizarse a las últimas generaciones de las letras mexicanas. Innovador y tradicional al mismo tiempo, su primer libro, «Varia invención» (1949), ya le situó entre los mejores cuentistas actuales, juicio confirmado en «Confabulatorio» (1952).

Algunos mexicanos sin complejo nacionalista dicen que el cura Hidalgo proclamó la independencia una madrugada saliendo de una partida de póker en que un español le había ganado todo el dinero. Y que su grito no fue el de «¡Viva la Independencia!», sino el de «¡Viva España y abajo los gachupines!» (Ya todo el mundo sabe que los «gachupines» son para el pueblo mexicano los españoles que en toda las épocas han ido al país a enriquecerse).

—Y si el grito fue ese efectivamente, ¿por qué se proclamó la independencia? —pregunté a uno de esos eclécticos mexicanos.

—Porque hubo otros que se aprovecharon del motín para llevar a las masas por el camino independentista. Una vez sublevados, a los mexicanos se les ha llevado siempre por donde se ha querido.

Pero el cura Hidalgo sigue siendo el padre de la Independencia. Benítez lo vio quizá también con ojos oficiales. Un Hidalgo que sabe entusiasmar y dirigir una explosión incontenible en Guanajuato, que quiere evitar la ruina del país y la muerte de miles de sus hijos. Ese cura cuya efigie se dibuja por medio de fuegos artificiales en el Zócalo capitalino, en la noche patriótica del 15 de septiembre.

Sin embargo, los seres históricos perfilados por Benítez tienen casi siempre un perfil humano. Las equivocaciones, las indecisiones que transtornan la causa de la libertad. Por otra de sus obras pasan Allende y los militares inclinados a destruir lo más posible lo español. (Cuidado; nos referimos al Allende mexicano de 1810).

—Los insurgentes —ha dicho Benítez— mataban como la única manera de lograr su libertad; los españoles mataban con el sólo fin de mantener su predominio. La Historia, hace tiempo, zanjó esta necia disputa dándole la razón a los primeros.

Los caminos de las huidas de los insurgentes hacia el norte también han sido recogidos por Benítez. Aquellos caminos estaban entonces vigilados por las garitas del virreinato.

—Hoy patrullados —sigue diciendo el escritor, para significar esa igualdad del pasado con la actualidad— por el «moderno recaudador de alcabalas» (el mordelón).

El «mordelón» es el que «muerde», o sea, la autoridad de cualquier jerarquía, que se ofrece al cohecho por hacer la vista gorda.

La intención histórica de Fernando Benítez fue sacar a los héroes del lugar común en que los sumergieron los oradores oficiales, hacerlos escapar de la retórica del tiempo.

Ingenuo y emotivo, sencillo y popular, este grabado de Celia Calderón nos vale para simbolizar las virtudes de una colectividad que, como la mexicana, se ha caracterizado por su búsqueda de libertad y por su afecto hacia los hombres que pisaron alguna vez su suelo.

LA SIGUIENTE OLA

Símbolo también y airón de la siguiente ola fue este otro escritor, existencialista de apariencia, que surgió en los penúltimos años. Completa nuestro propósito de señalar la evolución de las letras mexicanas en la primera mitad del siglo:

Juan José Arreola, nació en Zapotlán (Estado de Jalisco), el 21 de septiembre de 1918. Comenzó a escribir hacia los treinta años, ya maduro de cultura, preparación y experiencia. Sus primeros cuentos aparecieron en las revistas de su tierra tapatía, «Eos» y «Pan». Pertenece, junto con Juan Rulfo y Antonio Alatorre, a una promoción literaria que se agrupó en torno a esta última revista en los años 45 y 46. Su primer libro, «Varia invención», publicado en 1949, le situó como uno de los mejores cuentistas actuales. La aparición de «Confabulatorio», en el 52, marcó para él un sitio aparte en la literatura de México. Le creó un mito en torno, el considerársele después de ese libro como un puente entre dos generaciones. Tuvo ese momento de fama que tienen todos los buenos escritores, ese «climax» de juventud, que se fue apagando más tarde, pero resurgió con un «Bestiario», ilustrado con dibujos de Héctor Xavier, y luego con unos desolados y admirables textos breves: «Prosodia». El año 62 publicó una novela ejemplar titulada «La Feria».

Innovador y tradicional a la vez, su obra despertó el entusiasmo exagerado de algunos y la conmiseración de los envidiosos.

De Arreola podría decirse que ha sido el «anti-Baroja», no por el pensamiento, sino por la proyección narrativa. Por lo general, le interesan más las historias de un pueblo en bloque que las historias individuales, aunque los personajes abunden en sus libros, pero con las limitaciones precisas para cooperar al conjunto y formar el ambiente. Es más bien un escritor internacionalista, al desdeñar lo típico y consignar lo genérico, huyendo del regionalismo y el nacionalismo, cosa poco frecuente, mejor diría inusitada, entre los escritores de su país. Es un novelista de amplias proporciones, al estilo de un Kellerman, de una Margaret Mitchell y de un Jardiel.

Sus obras recuerdan las unas a las otras, por la insistencia en la psicología de algunos personajes. Sus cuentos resucitaron este género en México, ya tan olvidado en España. Hay algunos que se han hecho populares, como los titulados «Hizo el bien mientras vivió», «La vida privada» y «Carta a un zapatero». Sus narraciones, son de una intimidad absoluta, desnudando la conciencia sin remordimientos, en concepción proustiana.

Como persona, Arreola da la sensación de un hombre ingenuo, desaliñado. Habla correctamente, mucho mejor que viste, y tiene un aire de tristeza y pobreza ingénitos. ■

C. S.

SE EQUIVOCAN QUIENES PIENSAN QUE NUESTRA CRUZADA FUE SOLAMENTE UN EPISODIO

La presencia actual de Rusia en la O. N. U. es el caso de un Tribunal del que formara parte el acusado

Hay que armonizar los viejos principios democráticos con las nuevas necesidades de los pueblos

Declaraciones de Franco al diario "O Jornal" de Río de Janeiro

RIO DE JANEIRO. — El periódico "O Jornal" de Río de Janeiro, al más alto tiraje de todos los diarios sudamericanos, dice que en el Palacio de Ajuda, en la Ría de Chaetodo, situado la residencia oficial del presidente Franco, se le hizo preguntas de toda índole, la primera vez que se dirigía a la prensa desde su llegada a España.

—Estado de guerra, guerra civil y, por lo tanto, la preocupación de todos, el Caudillo, el primer año después de su victoria, se dedicó a organizar la República. Y ahora, de hace dos años, que es España, ¿cómo ve usted la situación?

—Es verdad que España está en guerra, pero no es una guerra civil. Es una guerra de independencia. Y, por lo tanto, la preocupación de todos, el Caudillo, el primer año después de su victoria, se dedicó a organizar la República. Y ahora, de hace dos años, que es España, ¿cómo ve usted la situación?

—La Península Ibérica es una cabeza de puente de Alemania en el Continente que el Estado Mayor se dispone a bombardear, comenzando por la zona de los Pirineos y de Troya, Francia y Italia. ¿Hasta qué punto juega el Caudillo que España debe colaborar con el Nuevo Mundo, en que el Hemisferio Occidental, en que la O. N. U. ha publicado su ultimatum rapaz?

—Cuando se plantea una tesis Hitler primero que se hace es situar la situación valorar los informes, que se tienen sobre el adversario, que Hitler tiene sus medios de avión para neutralizarlos o destruirlos, y, en su defecto, que es de tomar la decisión y determinar los tiempos y momentos para desarrollarla o ya que se trata de una acción reflexiva o inteligente y no de un impulso pasional o impulsivo.

El comunismo ha preparado la batalla en el terreno que (mundo occidental) mejor le va en el sentido de los hechos consumados, en el de las infiltraciones y avances, sucesivos y de la desesperación propia a la infinita de la, por, hábil, por arte, una sorpresa, aunque que podemos de los hechos después de el mal rato y decir: el Poder, se apoderó a ser derrotado, al revés, traído con un terrible ardid.

España, a cinco de sus propios adversarios, el que en esta materia sea Inglaterra, y el que que la verdad vuelva al campo internacional, pues; y mitigar un elemento contrarrevolucionario en favor de colaboración.

—¿Cree V. E. que la O. N. U., con el nuevo ultimatum de su organismo, consagrará Rusia al Estado al papel que desde hoy y en adelante

mano que ella se propone, especialmente, Inglaterra y Francia, ¿cómo reaccionará a todos los pueblos del mundo?

—La situación de la O. N. U. es tan difícil y los vicios de origen tanto, por su propia naturaleza permanente, como de [illegible] la [illegible] constituida, y encontrar los problemas, y por habrá que [illegible] de [illegible] que [illegible] Rusia, en Rusia, en la Rusia, en la Rusia, en la

«EL COMUNISMO NO PRESENTARA LA BATALLA EN EL TERRENO QUE EL MUNDO OCCIDENTAL ESPERA, SINO EN EL SUYO, EN EL DE LOS HECHOS CONSUMADOS»

«El pueblo español sabe muy bien que cada día que pase han de resaltar más su razón y la nobleza de su conducta»

INTERESANTES DECLARACIONES DE S. E. EL JEFE DEL ESTADO A UN PERIODICO BRASILEÑO

Río de Janeiro. — El periódico *O Jornal*, de Río de Janeiro, el más importante de los diarios asociados que dirige el periodista brasileño Assis de Chateaubriand, ha publicado, *in extenso*, las respuestas del Generalísimo Franco a las preguntas que aquél le sometió. Las declaraciones van precedidas de la siguiente introducción referente al Generalísimo: «Español, de origen gallego, y por lo tanto de temperamento cerebral, el Caudillo se expresó sin énfasis, midiendo el valor de cada una de sus frases, con la naturalidad de un profesor que subiese a la cátedra a explicar una lección».

—La Península Ibérica es una cabeza de puente de América en un Continente que el Estado soviético se dispone a bolchevizar comenzando por la acción de los «caballos de Troya» rojos en Francia y en Italia. ¿Hasta qué punto juzga el Caudillo que España debe colaborar con el Nuevo Mundo, dado que el hemisferio occidental revise en la O. N. U. la política de aislamiento español?

—Cuando se plantea una batalla, lo primero que se hace es analizar la situación, valorar los informes que se tienen sobre el adversario, sus intenciones y sus medios de acción para neutralizarlos o destruirlos, y en su consecuencia se ha de tomar la decisión y determinarse los tiempos y momentos para desarrollarla; o sea, que se trata de una acción reflexiva e inteligente y no de un impulso pasional o improvisado.

El comunismo no presentará la batalla en el terreno que el mundo occidental espera, sino en el suyo: en el de los hechos consumados, en el de las infiltraciones y avances sucesivos y de la descomposición previa e interna de los pueblos, pues sería una torpeza insigne que, pudiendo dar las batallas desde el interior y desde el Poder, se expusiera a ser derrotado al encontrarse con un frente unido.

España, a costa de sus propios sufrimientos, tiene en esta materia una larga experiencia, y el día que la serenidad vuelva al campo internacional puede constituir un elemento constructivo y un factor de colaboración.

—¿Cree V. E. que la O. N. U., con el tumor ruso dentro de su organismo, conseguirá llevar adelante el papel coordenador y civilizador que ella propone, dispensando derechos y justicia indiferente a todos los pueblos del orbe?

TIRE SU BRAGUERO

de hierro si no le contiene bien la hernia y además le oprime el cuerpo, causándole insoportables molestias. Puede evitar estos inconvenientes con el ADMINICULO HERNISAN, pequeño y blando dispositivo que retiene la hernia suavemente. (Patente invención 154.251.) Consulte al médico. (C. C. S. 9.173.)

AVISO: Visita en MADRID, martes 2 diciembre, de 10 a 1 y 5 a 7, y miércoles 3, de 10 a 1 solamente, Consultorio Doctor Daniel Garrido, calle Gonzalo de Córdoba, 13 (junto Fuencarral), según su prescripción.

HERNISAN (ESTUDIO ORTOPEDICO) Balmes, 194: BARCELONA

NOTA IMPORTANTE: También este anuncio es imitado en los diarios de provincias por quienes no pueden imitar nuestros modernos inventos.

España está llamada a la defensa de la paz y la seguridad del océano Atlántico

EL COMUNISMO NO PRESENTARA LA BATALLA EN EL TERRENO QUE EL MUNDO OCCIDENTAL ESPERA, SINO EN EL QUE EL ESCOJA

MIENTRAS NO SE CORRIJAN LOS DEFECTOS DE ORIGEN DE LA O. N. U., CON RUSIA Y SIN RUSIA, SU LABOR NO PODRA SER EFICAZ

SE EQUIVOCAN QUIENES FUERA DE ESPAÑA PUEDEN CREER QUE NUESTRA CRUZADA HAYA PODIDO SER UN EPISODIO

IMPORTANTISIMAS DECLARACIONES DE SU EXCELENCIA EL JEFE DEL ESTADO A "O JORNAL", DE RIO DE JANEIRO

RIO DE JANEIRO.—El periódico "O Jornal", de Río de Janeiro, el más importante de los diarios asociados que dirige el periodista brasileño Assis de Chateaubriand, ha publicado "íntegramente" las respuestas del Generalísimo Franco a las preguntas que aquél le sometió. Las declaraciones van precedidas de la siguiente introducción, referente al Generalísimo: "Español de origen gallego y, por lo tanto, de temperamento cerebral, el Caudillo se expresó sin énfasis, midiendo el valor de cada una de sus frases con la naturalidad de un profesor que subiese a su cátedra a explicar una lección".

—La Península Ibérica es una cabeza de puente de América en un continente que el Estado soviético se dispone a bolchevizar, comenzando por la acción de los caballos de Troya rojos en Francia y en Italia. ¿Hasta qué punto juega el Caudillo que España debe bastarse con el Nuevo Mundo cada vez más con la América anglosajona para la defensa de la cuenca atlántica, cuna de toda la civilización cristiana occidental. ¿No considera Vuestra Excelencia que España, nación doblemente atlántica y creadora de la estirpe iberoamericana, tiene un papel que desempeñar en la seguridad del mar común, y que llamarla para la defensa del Atlántico es llamarla al seno de sus hijos?

—Efectivamente, si un día el Mediterráneo fue el mar de la civilización, hoy se ha trasladado su centro de gravedad al océano Atlántico, y lo mismo que aquel mar unió en un día a los pueblos de sus orillas, une hoy el Atlántico a los países que somos de él ribereños. El mar es la propiedad en común llamada a unir en los tiempos modernos, y no a separar como antaño, a los pueblos de sus riberas, y en ese sentido la naturaleza manda entenderse a estos pueblos y aproximarse.

España, por sus valores raciales, por su Historia y por la buena voluntad con que mira a los pueblos todos de ese mar, y la posición estratégica en que Dios la ha colocado en la unión de los dos mares, está llamada a la defensa de la paz y de la seguridad de ese océano común.

Si obligaciones geográficas se lo imponen, también los sentimientos de su corazón la empujan.

—¿Cuál es la reacción hasta aquí del pueblo español contra la política del aislamiento nacional determinado por la actitud de la O. N. U. hacia el régimen político? ¿Podrá España dispensar ayuda al Plan Marshall teniendo ante sí solo el problema de recuperación económica nacional? ¿Le será dado ignorar el plan norteamericano de rehabilitación europea?

—Dada la reacción del pueblo español contra toda injusticia, y cuando sabe que posee toda la razón, tiene lógicamente que ser de indignación y de desprecio. El pueblo español sabe muy bien que a cada día que pase ha de resaltar más su razón y la nobleza de su conducta. Conoce y aprecia que el Régimen y sus Gobiernos han ser-

Segunda jornada del Congreso de Sanidad

Ponencia de los doctores Lago y Barrón sobre "La tuberculosis en el medio rural"

CONFERENCIAS DE LOS DOCTORES JIMENEZ DIAZ Y MARTIN LAGOS

Continuaron ayer por la mañana las tareas de este IV Congreso Nacional de Sanidad Municipal que tanto interés y entusiasmo ha despertado entre los médicos españoles.

Por la mañana, en el antiguo salón del Senado, se reunió la Comisión para discutir la segunda ponencia sobre el tema "La tuberculosis en el medio rural", de la que son autores los doctores don Laureano Lago Ferreiro y don Julio Barrón Rodríguez. Se dió lectura a numerosas comunicaciones por sus autores y se discutió ampliamente el tema, de tanto interés [illegible]

"Afrenta contra su honor y soberanía", juzgan los españoles la intromisión de Bevin

Lo afirma el secretario de la Amistad Angloespañola en carta al titular del

(«Ya», 5-XI-1947.)

vido, en cada momento de la gran contienda, al interés de España, habiendo servido, a su vez, de manera eficaz, al interés de las propias naciones que hoy la hostilizan. Siente toda la seguridad de su razón y su derecho, y, en obsequio a la paz entre los otros pueblos, no ha querido esgrimir siquiera el recuerdo de aquellas promesas que le hicieron los hoy vencedores de ayuda material y política para el día de la paz; como tampoco ha querido publicar en su defensa las pruebas documentales que posee de las maquinaciones que contra su Régimen, su paz interna y la seguridad de sus fronteras se intentaron entonces. Cree bastarle, por hoy, con aducir una parte de sus razones de ofrecer sus sentimientos pacíficos.

El Plan Marshall de ayuda a Europa constituye un acto noble de la nación norteamericana y un sacrificio de los más eficientes en servicio y en defensa de la paz...

(Agencia «EFE», 4-XI-1947.)

Los españoles viven en España libremente aunque profesen distintas ideas

Sólo son procesados quienes vulneran las leyes, votadas, la mayor parte, bajo la Monarquía y la República

Agradecemos a la prensa católica de los EE. UU. su defensa de la verdad

Importantes declaraciones de Su Excelencia el Jefe del Estado al "Catholic Digest"

IMPOSICION DEL collar y gran cruz de Santiago de la Espada al ministro de A. Exteriores

Le entregó la preciada condecoración el embajador de Portugal

El embajador de Portugal impuso anoche el collar y la banda de la gran cruz de Santiago de la Espada al ministro de Asuntos Exteriores, en una grata fiesta celebrada con este motivo en los salones de la Embajada portuguesa en Madrid.

Entre los señores Carneiro Pacheco y Martín Artajo se cruzaron discursos, en los que el ilustre representante de la nación vecina y hermana exaltó los relevantes méritos de nuestro ministro de Asuntos Exteriores, a quien el Gobierno portugués ha querido conceder esa alta distinción, en rarísimas ocasiones otorgada, y a su vez el ministro expresó su agradecimiento al Presidente de la República portuguesa, al presidente Salazar y a su Gobierno por el honor de ellos recibido.

Comida de gala

A continuación se celebró una comida de gala, a la que asistieron, además del señor ministro, la señora de Martín Artajo, la duquesa de Ducal, la condesa viuda de Santa Marta, las señoras de Olivares y La Cerda; el presidente de las Cortes, don Esteban Bilbao; el señor subsecretario de Asuntos Exteriores y la condesa de Casa Real, el señor subsecretario de

REPERCUSION DE LAS DECLARACIONES DEL CAUDILLO

LA PRENSA PORTUGUESA LAS DESTACA A GRANDES TITULARES

Lisboa. — **La Prensa de la noche publica en lugar preferente y con grandes titulares un amplio extracto de las declaraciones del Generalísimo Franco al periódico brasileño «O Jornal», de Río de Janeiro. El «Diario de Lisboa» titula la información: «La O. N. U. es un Tribunal en el que el reo forma parte», afirma el Generalísimo Franco, refiriéndose a Rusia. Por su parte, el «Diario Popular» titula la información: «El régimen interno de cada nación en nada debe interesar al orden internacional y sí únicamente en aquello que trascienda fuera de sus fronteras», declara el Generalísimo Franco.**

LA IMPRESION QUE PRODUCEN ROOSEVELT, CHURCHILL Y FRANCO

Río de Janeiro. — **La impresión producida por el Generalísimo Franco al director del periódico «O Jornal», Assis de Chateaubriand, es objeto de un artículo, en el que dicho periodista afirma que «no se puede imaginar a una persona que, como el Jefe del Estado español, sea cautelosa y tenga al mismo tiempo mayor espontaneidad y urbanidad». «Nadie puede sentirse apocado en su presencia. Tratando con él se revela lleno de una gran modestia, que se muestra en su manera paciente de escuchar y en el tono de su voz. Nos habla con tal cortesía y ausencia de énfasis como si fuera un idealista sin fanatismo. Cuando escuchamos a Roosevelt o a Churchill experimentábamos la impresión del estilo febril de los dictadores, lo que de hecho eran ambos. Con el Generalísimo Franco tuvimos la sensación de dirigirnos a un liberal demócrata.»**

(Agencia «EFE», 5-XI-1947.)

LA ESTRATEGIA DE LA PAZ

CENTRO DE GRAVEDAD

«El mar es un bien primitivo de todos los hombres, a la par que su perpetuo enemigo mortal desde el comienzo de la historia de la Humanidad; una fuerza perenne que educa y disciplina, sustenta, derriba, vivifica y destruye; que se ejerce sobre el mundo entero y que, desde la aparición del género humano, favorece e impide a la vez la peregrinación de éste por la tierra.» Estas magníficas palabras de Haushofer no han perdido vigor alguno, pese a todas las circunstancias políticas, militares y técnicas que han modificado el curso de la Historia. Ni siquiera la inclusión de los espacios aéreos dentro del dramático universo de las guerras han alterado esta fuerza casi fantasmal de los océanos. El «Highway of the Ocean» sigue siendo centro geopolítico sobre el cual se galvanizan todas las apetencias, los imperialismos y las exigencias económicas. En las recientes declaraciones del Caudillo —tranquilas palabras dotadas de una experiencia valerosa y militar— el Atlántico ha cobrado, desde el fondo legendario de su historia, un valor actual y, casi diríamos, urgente. El viejo mar Mediterráneo, testigo y estribo ideal de una civilización sin parangón posible, es hoy, por fuerza de los tiempos históricos y del progreso mismo de los tiempos, un ángulo menos vital de la geopolítica. Si, además esa grandiosa ensenada de la Humanidad se ve hoy amenazada en sus riberas por la más brutal de las presencias, la del comunismo, razón doble para que la civilización tienda a montar sus posiciones de apresto y de defensa en mares más abiertos, tranquilos y posibles. El Atlántico tiene en estos momentos la palabra. Para la opinión media en general la importancia política o estratégica de un mar no se manifiesta hasta el momento en que empiezan a dibujarse sobre él tensiones agudas que encuentran su eco en las informaciones diarias. El valor de las palabras del Caudillo reside, precisamente, en que se dirigen a la paz y para la paz. Hasta ahora el océano ha sido vehículo de importancia esencial para el aprovisionamiento y arma eficaz para cortar toda aportación ultramarina a un adversario militar. Franco ha centrado sus juicios en una dirección bien distinta: «El mar es la propiedad en común llamada a unir en los tiempos modernos y no a separar, como antaño, a los pueblos de sus riberas, y en este sentido la Naturaleza manda entenderse a esos pueblos y aproximarse.»

Estas razones tan admirables y sencillas revelan en sí mismas todo el programa internacional de España. Anclados a dos mares, los españoles han sentido en torno a su existencia el oleaje fantástico de dos conflagraciones y la fuerza casi cósmica de un mundo que se deshace y al mismo tiempo el fracaso de una vieja teoría imperial, y a la vez el aplastamiento de otros intentos hegemónicos, nacidos con el rencor de la primera derrota. Si en medio de las dos contiendas España ha escrito serenamente su neutralidad, el hecho reincidente, ¿no prueba por sí solo un criterio muy determinado de la conciencia española? Franco, en medio de tanta palabrería vana como suena al socaire de la postguerra, ha expuesto el pensamiento de España. No se trata de inmiscuirse en graves asuntos ajenos, sino de opinar directa y enérgicamente sobre temas que nos competen por derecho y ejercicio de la Historia. «España —ha dicho el Caudillo—, por sus valores raciales, por su Historia y por su buena voluntad con que mira a los pueblos todos de ese mar y de la posición estratégica en que Dios la ha colocado, en la unión de dos mares, está llamada a la defensa de la paz y de la seguridad de ese Océano común.»

No se trata, pues, de confabulaciones diplomáticas, de alianzas sospechosas, ni de temas oscuros y ocasionales. Se trata del examen agudo de una realidad geopolítica sobre la cual la Patria española tiene su voz de mando, pese a quien pese. Las frases de Siewert siguen flotando sobre la fuerza inmensa del océano: «Acaso España e Hispanoamérica, con su idea civilizadora, ¿no pueden contar también a la hora de hablar del Atlántico?»

(«Arriba», 6-XI-1947.)

PROXIMA REALIZACION DEL PLAN MARSHALL

Los norteamericanos, dispuestos a todos los sacrificios materiales en pro de la paz

Con su dinero y sus víveres tratan de impedir la expansión comunista

(CRONICA DE FRANCISCO LUCIENTES DESDE NUEVA YORK)

Nueva York (Crónica radiotelegráfica del corresponsal de la agencia Efe). — Aquí oficialmente están «repatriando» ahora a los soldados yanquis que murieron en Europa y Asia durante la última guerra. Es un lúgubre y patético tráfico de miles de ataúdes —pobre chatarra humana de la gloria—, envueltos en la bandera norteamericana. «Yo quiero que él pase su último permiso entre nosotros, donde jugó de niño...», explicó serena y escuetamente a los periodistas la señora Mary Lewry, recogiendo el cadáver de su hijo, muerto en Bélgica. El amor de madre se nutre en sus devociones de un sentido de actualidad permanente. Miles y miles de madres de seguro dicen ahora aquí, en lo íntimo de su angustia, palabras muy parecidas a las de la señora Mary Lewry. «Verdaderamente, qué poderosa Internacional contra la guerra se podría constituir con el dolor de las madres», pensaba yo ingenuamente —a veces hay que ser ingenuo— viendo el otro día en el puerto neoyorquino a un grupo lloroso de aquellas madres esperando su trágica «mercancía». Más que todos los discursos de la O. N. U., pacifistas y belicistas, semejante escena me dio una sensación auténtica del tiempo crítico que vivimos, de sus peligros, de sus posibles amarguras, y me acordé de que ya hace muchos años un escritor griego, Herodoto, definió genialmente la diferencia entre épocas de paz y épocas de guerra diciendo que «en tiempos de paz los hijos entierran a los padres, y en tiempos de guerra, los padres entierran a los hijos». Aquí ahora los padres están dedicados al entierro de sus hijos, «repatriados» de sepulturas extranjeras; piadoso y triste espectáculo que a la gente da mucho que pensar sobre la guerra pasada, tan próxima, y mucho que temer sobre la no imposible repetición, más o menos próxima, de tamaña desventura. El factor sentimental actúa aquí en el pueblo con la misma arrolladora fuerza que en todas partes, y así, en cuanto sus gobernantes han dicho claramente a los norteamericanos que hay que impedir la tercera guerra mundial, y que esta guerra sólo puede impedirse mediante sacrificios de víveres, comodidades y dinero para ayudar a Europa y Asia contra la expansión comunista, el pueblo ha respondido con su generosidad de siempre. Habrá, pues, y habrá pronto, plan Marshall. Primeramente el norteamericano ama la vida, la suya, la ajena; después, el norteamericano odia las incomodidades que

(Continúa en la pág. siguiente)

ACTUALIDAD INTERNACIONAL

Los cálculos de Marshall

Tres etapas prevé el secretario de Estado norteamericano para cumplir su plan de ayuda a Europa: primero, un auxilio urgente, inmediato, a los países más amenazados por el comunismo, como Francia e Italia; después, un apoyo material rápido y sistemático, que prepare el terreno al desarrollo completo de su idea en el curso de un par de años. Marshall espera lograr así que Europa recupere su estabilidad económica y pueda restaurar el nivel de vida de anteguerra, extendido a todas las clases sociales. Existe el peligro de que el plan Marshall no tenga éxito; pero, aun descontando los riesgos posibles, quedan suficientes probabilidades para esperar que el generoso esfuerzo norteamericano no será baldío.

Los cálculos del secretario de Estado arrojan cantidades superiores a las expuestas por el Comité Harriman, pero en tanto millar de millones no es mucha la diferencia

(Continúa en la pág siguiente)

Truman es extraordinariamente alegre, bromista, campechano y leal con sus amigos

Gusta de los trajes grises, que viste con lazo azul de lunares blancos y zapatos negros

SU MAS VIOLENTA PASION CONSISTE EN CONDUCIR UN PODEROSO COCHE A LA MAXIMA VELOCIDAD

(«Ya», 13-XI-1947.)

LOS CALCULOS DE MARSHALL

(Viene de la pág. anterior)

y no será difícil convencer al pueblo yanqui y a sus representantes de la necesidad de cubrir los gastos necesarios, aun a costa de un sacrificio nacional. Dos argumentos empleados por Marshall —simple comentario en el texto de su exposición— bastan para ello. Son la constatación de que sólo la U. R. S. S., por sus propias razones, no comparte los propósitos estadounidenses de restaurar la comunidad europea y la observación de que toda la vida política, económica y social al este del telón de acero lleva el sello inequívoco de una potencia extranjera. Porque no cabe duda de que la mejor arma contra el virus comunista disgregador y revolucionario es el bienestar de los pueblos. No aquel ficticio, limitado a una clase superior, sino el que alcanza al obrero igual que a cualquier trabajador intelectual, salvada la jerarquía natural de la tarea que realicen.

Son, en cambio, la miseria, la injusticia y el descontento los mejores aliados de la agitación prosoviética, y la ayuda a Europa no vale únicamente para restaurar un bienestar perdido, sino para poner a los pueblos europeos en la mejor condición de defensa contra el progreso del imperialismo moscovita. Ningún millón de dólares puede ser, por tanto, inútil; ninguna ayuda a Europa, negativa. Sólo es necesario ahora que los Gobiernos encargados de emplear el auxilio norteamericano lo dediquen verdaderamente a restaurar la comunidad europea y no a servir rivalidades, rencores o politiquerías, fútiles todos ante la amenaza que se cierne sobre Occidente entero.

(«Ya», 11-XI-1947.)

PROXIMA REALIZACION DEL PLAN MARSHALL

(Viene de la pág. anterior)

se oponen al gozo de esa vida, y nada más «incómodo» que la guerra. Finalmente, si la madre norteamericana cuenta sus lágrimas, el padre norteamericano cuenta sus dólares, y de modo práctico acuerdan que derramando dólares no se derraman lágrimas, y que es mejor derramar dólares que lágrimas.

En la última guerra los Estados Unidos, durante mil trescientos cuarenta y siete días, perdieron unos 250.000 soldados e invirtieron en la lucha 330.330.000.000 de dólares. Cada día de guerra costó a los Estados Unidos doscientos soldados muertos y unos 250 millones. La tercera guerra mundial puede costarle a los Estados Unidos veinte mil millones de dólares, y ello equivaldría al importe de ochenta días de la pasada contienda; pero un importe en metálico sin añadidura de sangre..., y nadie lo dude, este pueblo, tan sentimental como práctico, aceptará la proposición. Pero, ¿evitará el plan Marshall la tercera guerra mundial? Esta pregunta ya es otra historia. De momento, muchos norteamericanos, por fe y conveniencia, piensan afirmativamente; pero en cualquier caso, mientras se pueda, estos norteamericanos prefieren vivir tiempos en que los hijos entierran a los padres, y no las épocas terribles en que los padres entierran a los hijos.

FRANCISCO LUCIENTES

(Agencia «EFE», 15-XI-1947.)

La modestia y el sentido del deber, características esenciales de Marshall

VISTE TRAJES DE COLORES APAGADOS, CORBATAS OSCURAS Y ZAPATOS NEGROS

SE CONSIDERA SECRETARIO DE ESTADO A PERPETUIDAD

(«Ya», 25-XI-1947.)

EL PROCESO DE HOLLYWOOD

Por Juan Carlos VILLACORTA

A lo largo de todos estos días Hollywood ha rodado su última y más impresionante película: «El proceso de Hollywood». Otra vez los grandes hombres del mundo cinematográfico han vuelto a posar ante los fotógrafos y los «cameraman» a la luz de los potentes arcos para representar el papel de acusados. Gary Cooper, en su última fotografía, hace un acusado perfecto fotogénicamente; 397 mujeres asistieron a la declaración de Robert Taylor. En realidad, más que las afirmaciones de los acusados, casi siempre extravagantes y anodinas, ha interesado al gran público —quizá también a los testigos— su «pose», su nuevo modelo de corbata, su impecable traje, siempre dentro de lo novedoso.

Al parecer, hay muy poco comunismo en Hollywood. El Comité de Actividades Antinorteamericanas ha clausurado las sesiones denunciando solamente a diez personas como rojas de las 79 que la presidencia del Comité presumía comunistas. El señor MacNutt, consejero de una de las más importantes casas productoras, ha afirmado que el Comité no ha aducido ninguna prueba en absoluto de que las películas contengan propaganda subversiva.

Pero todavía se envenena mucho en Venecia. Todavía hay muchas maneras de servir a Rusia y a sus amigos. Sirve a Rusia el que hurta un secreto atómico y sirve igualmente a Rusia el que corrompe y desmoraliza el ambiente. El que priva a un organismo de sus naturales defensas o contribuye a aminorarlas, es, en cierto modo, cómplice también de la posible enfermedad.

Dutra Faria en «Diario de Manha» ha puesto agudamente el dedo en la llaga. Cuántas películas rodadas en Hollywood han contribuido a deformar la visión de España en el mundo, la visión de América en otros países; cuántas películas han contribuido a perturbar la verdad de las cosas, a confundirlas con propósitos de propaganda política, a trasponerla al plano de los sueños, para así justificar pecados y aberraciones, han prestado, sin duda, un eficaz servicio a la U.R.S.S., porque han perturbado las sanas relaciones internacionales.

Temo mucho que Hollywood en estos últimos tiempos haya sido una de las más poderosas máquinas mundiales de difusión del mal. Y esto no quiere decir nada contra los espléndidos estudios norteamericanos, envidia del mundo, sino contra el espíritu que ha iluminado sus «platós».

De allí mismo han salido granaes películas al servicio del bien. Pueden salir más aún. Puede llegar a ser Hollywood el más eficaz instrumento de la verdad. Mientras tanto, el proceso de Hollywood, cuya intención política nos parece altamente laudable, será un film de espléndidas «poses», una fascinante lluvia de estrellas sobre los severos bancos de los jueces incorruptibles. Nos divertiremos mucho. Pero más que el curso de una testificación responsable nos parecerá el proceso de un film. Y si es Hollywood quien está a la vista, enhorabuena, amigos, pues la técnica será prodigiosa y alucinante el laberinto de la sensibilidad.

(«Ya», 4-XI-1947.)

EL YA FAMOSO PROCESO DE HOLLYWOOD

No necesitaba el cine norteamericano, en verdad, esta clase de propaganda; pero, pues que las cosas vinieron así rodadas —como rodadas vienen las películas—, Hollywood no podía desaprovechar esta ocasión y desplegó todo su aparato —en el que, claro es, abundan más que nada los tomavistas— para dejar constancia del proceso incruento más comentado en el mundo. Productores y artistas de la pantalla inmensamente conocidos (véase a Robert Montgomery y a la madre de Ginger Rogers) acuden a declarar ante el Comité que investiga las actividades comunistas, allí llamadas antinorteamericanas por la misma razón que nosotros, más a tiempo, las hemos llamado antiespañolas, sacando de ello todas las consecuencias, aunque no tanta vistosidad, por supuesto.

(«Pueblo», 1-XI-1947.)

LA ESTRELLA SE HIZO PEDAZOS

HE AQUI EL TITULO DE LA NUEVA NOVELA DE ABEL SANTA CRUZ, QUE EN LA VERSION RADIOFONICA DE JOSE VAZQUEZ VIGO PRESENTARA

RADIO MADRID

TODOS LOS DIAS, A LAS SEIS DE LA TARDE, A PARTIR DEL LUNES DIA 20

Un programa en el que triunfa CARMEN VAZQUEZ VIGO, la genial protagonista de "EVA LAVALLIERE".

CINE, COMUNISMO, PROPAGANDA Y EXTRAVAGANCIAS

Por Francisco Casares

Ha trascendido a todas partes el interrogatorio de la Comisión parlamentaria norteamericana sobre actividades antiamericanas. Ha trascendido, cuando fueron los cineastas de Hollywood los que acudieron a declarar. La razón es clara: la popularidad que acompaña a los artistas daba singularidad a su comparecencia. Pero, hay que preguntarse al mismo tiempo: ¿no buscaron o reforzaron esa popularidad con las extravagancias políticas, con los coqueteos para determinados idearios y enrolamientos? Porque todo es propaganda. El snobismo es, en suma, una fórmula. Desde el lugar donde se forja el rayo —el rayo soviético— salen las instrucciones. Esta presencia de los artistas de cine en los terrenos políticos quiere ser un sistema de atracción para otras gentes. El comunismo juega con la necedad humana, con el incorregible y fomentado mal de la estulticia. Y la seducción de determinadas «estrellas» puede ser base de proselitismo. ¿No se copian ademanes, atuendos, perfumes, corbatas, pieles, costumbres? También, por ese tributo a la celebridad, se copiará la ideología. Lo que no saben los ignaros seguidores es que hay de todo —petulancia, ganas de significarse, publicidad calculada— menos ideología. ¿Comunistas, y la aspiración fundamental es el dinero, la riqueza, la suntuosidad? ¿En qué quedamos? Claro que la experiencia desmiente la teoría de la igualdad, del trabajo anónimo, de la supresión de jerarquías. Pero parecía, por lo que hemos visto, que esto era sólo en el mando. El gran jerarca rojo, y algunos más en derredor. Los otros, la masa, con el mendrugo y el látigo de cinco colas. ¿Y los cineastas? Tan ilusos son, que piensan que es compatible —que lo sería, de triunfar ese credo idealista— su notoriedad y su vivir de príncipes, con el martillo y la hoz. Se olvidan de las cosas que han pasado en donde imperó el signo odioso.

Como en tantas cosas, España puede dar lecciones. Es un privilegio —a veces triste— el de ser precursores. También aquí hubo «señoritos» comunistas, aunque no de cine. La evocación es por el contraste, por lo que esa adscripción tuvo de snobismo y extravagancia. No les fue muy bien en la prueba. De alguno sé que no lo pudo contar. Y otros, naturalmente, se desengañaron. Y si quedan obcecados, en fin, es porque no han tenido ocasión de rectificar, o su cerrazón mental no lo ha permitido. Las revoluciones se tragan con ansia, con voracidad, a los que las ayudaron, si no son «puros». Esto sería, infaliblemente, lo que les sucedería a los artistas de Hollywood. Pero ahora, por lo pronto, han prestado un servicio: el de la propaganda. La política, como las ideas, como las guerras, necesitan de ese vehículo. Todo, en la vida moderna, se ha de hacer a base de propaganda. La Meca del cine yanqui ha sido un fabuloso escaparate, un formidable altavoz. Ahora, a lo que parece, la suspicacia, no por tardía menos segura y oportuna, va destruyendo esos baluartes de la infiltración. Los nombres conocidos de la gran ciudad del cine desfilan ante la Comisión investigadora. Se definen. Unos, contrarios. Otros, aunque no lo digan, acusados, declarados «amigos». Ya se sabe a qué atenerse. Y la reacción es contraria a lo pretendido. Porque el miedo y el ambiente no son propicios para una simpatía hacia lo rojo.

El episodio, realmente, tiene poca importancia. No hace mella ni al cine ni a su desarrollo y perspectiva. Sólo ha mellado un poco la popularidad de los protagonistas. Ahora se darán cuenta de que es más sencillo consagrarse cada uno a «lo suyo», y dejarse de incursiones en el campo ajeno. Porque pueden venir consecuencias aciagas. La guerra no se considera ya un absurdo, aunque se piense lógicamente que es una tremenda desgracia, una catástrofe que se debe evitar. Si llegara, con el único sentido que puede tener —una civilización contra otra—, ¿qué harían esos comunistas del celuloide? Mala situación ante su país y ante los admiradores de todo el mundo. Una propaganda que habría sido como el tiro por la culata. Ahora, por lo pronto, los que mandan y orientan han conseguido un propósito. La popularidad de los agentes utilizados tuvo su efecto. Y la sutil impregnación de la teoría, de los señuelos, a través de películas, de argumentos, de documentales, dejó su huella. Lo que pasa es que todo tiene su epílogo. Y más rápido de lo que se presumiera. La experiencia ha terminado. Ha fracasado. Ni aumento de notoriedad ni resultados definitivos. Pólvora en salvas. Y ridículo. Como todos los snobismos y salidas de tono.

(«Radiocinema». número 142, de 1-XII-1947.)

"LOS ESTADOS UNIDOS NO TIENEN EL MENOR DESEO DE CONQUISTAR otros PUEBLOS o de CONTROLAR sus IDEAS"

FORRESTAL defiende a los hombres de comercio

(«El Norte de Castilla», 3-X-1947.)

La ley Taft-Hartley ordena a los dirigentes sindicales yanquis que presten juramento de que no son comunistas

FORT WORTH (Tejas), 9.—El Tribunal federal ha mantenido que son procedentes las disposiciones de la ley Taft-Hartley, la cual ha sido muy censurada por los dirigentes de los Sindicatos, y en la que se ordena que éstos deben prestar juramento de que no son comunistas.

El Tribunal ha establecido que el Gobierno «tiene derecho constitucional a limitar la actuación del cualquier entidad que tienda a la destrucción de un Gobierno representativo, mediante la instauración del régimen comunista».

Este fallo se ha dictado en un proceso contra el Sindicato de obreros del petróleo surgido con motivo de las elecciones del personal de una empresa petrolífera. El Gobierno ordenó que se aplazaran las elecciones hasta que demostrara el Sindicato que sus dirigentes no eran comunistas.—*Efe.*

(Agencia «EFE», 6-XI-1947.)

Como consecuencia de las propagandas comunistas, los conflictos sociales perturban frecuentemente la vida cinematográfica de Hollywood. Para tratar de resolver una huelga planteada en los Estudios, varios populares artistas se reúnen en Comité deliberador. Vemos, de izquierda a derecha, a Edward Arnold, Walter Pidgeon, Jane Wyman, Dick Powell, Robert Montgomery, George Murphy, Ronald Reagan, Alexis Smith Robert Taylor y Gene Kelly

COMUNISMO DE SALON EN HOLLYWOOD

FUÉ el dedo gordezuelo y democrático de míster Rankin, presidente del Comité de Actividades Antiamericanas, el que levantó una punta del velo que cubre el tumor comunista de Hollywood. Inmediatamente, la Cámara de Representantes envió a la ciudad del cine una estupenda Comisión de senadores a investigar lo que hubiera de verdad en tal afirmación. Después de una larga temporada de andar entre decorados, platós y estrellas bonitas, las investigaciones de míster Rankin y sus muchachos han desembocado en un proceso del que, hasta ahora, no salió nada concreto. Uno de los encartados es el famoso «Charlot», que, un poco asustado quizá, ha hecho esta declaración a la Prensa: «Yo no soy comunista ni me he ocupado jamás de la política. He sido, soy y seré siempre el «infeliz», el «perrito que se muere de hambre». Sí, señores, Charlie Chaplin se considera un hombre «infeliz», con toda la infelicidad de una persona que posee más de cinco millones de dólares y que se ha casado cuatro veces, con cuatro mujeres dignas de ser «la Vénus con brazos 1947». «Charlot» no quiere ser político. Quiere seguir siendo el hombre independiente que, como en el cine, arrastre sus zapatones, se tercie el hongo y, dando una pirueta más, proseguir su vida extraña, dinámica y espectacular.

Estrellas rojas en la solapa del «smoking»

Ninotchka y *Los caprichos de madame*, ambas películas, caricaturas ingeniosas del comunismo, llamaron la atención en su día a los agentes soviéticos de propaganda. Y nadie sabe cómo; pero en el caso que en el banquete de Nochevieja que celebran anualmente todos los «astros» de Hollywood se vieron en ciertas solapas de «smokings» de ciertos artistas unas monísimas estrellitas de cinco puntas que llamaron la atención de los concurrentes. En principio se creyó que los artistas de publicidad comercial habían lanzado un nuevo reclamo para cazar moscas. Pero no, las estrellitas de cinco puntas denunciaban bien a las claras que sus portadores eran simpáticos amigos de Rusia. Esta moda de los emblemas coincidió con la salida de los Estudios hollywoodenses de cintas que exaltaban, en vibrante oda cinematográfica, al comunismo. Fué entonces cuando el presidente Truman, percatado del peligro, declaró perjudicial para los Estados Unidos la idea comunista.

¿Y cómo estas personas —nos preguntamos— que viven en opulentas fincas, cobran millones de dólares y no carecen de nada, se han unido al comunismo? Es el mismo míster Rankin, quien ha contestado: «Yo creo que se debe a que un país capitalista y próspero como Norteamérica no ofrece a los espíritus inquietos de estos artistas nada nuevo».

O sea, que los nuevos admiradores del dictador ruso se han hecho comunistas por la misma razón que usted, lector o lectora, se puede hacer piloto de vuelos sin motor, para ver de cerca cómo vuelan los pájaros.

Robert Taylor y Gary Cooper, anticomunistas

Después de tener que firmar millares de autógrafos a las admiradoras mecanógrafas, por fin llegaron al despacho de míster Rankin los célebres astros de la pantalla Robert Taylor y Gary Cooper. Iban a declarar en el proceso iniciado contra las estrellas rojas de Hollywood. Y facilitaron una lista de los principales acusados: «Charlot», Edward G. Robinson, Katherine Hepburn, Melvyn Douglas y Shirley Temple.

Los anticomunistas más conocidos, aparte de Robert y Gary, son Clark Gable, Spencer Tracy y Loretta Young.

Esta división entre los «rojos» y «blancos» del séptimo arte ha dado origen a graciosas situaciones que, por el momento, aun no se han traducido en bofetones. Loretta Young ha retirado el saludo a Melvyn Douglas, mientras Katherine Hepburn, dice de Spencer Tracy que «se alegra de haber trabajado sólo dos veces con un viejo que tan mal hace de pastor joven».

La bomba atómica en programa doble

A esta división entre los artistas corresponde una división, aun más decisiva, entre los productores que, al fin y al cabo, son los que pagan. Unos harán películas comunistas y otros sólo darán acogida a los guiones antisoviéticos. La Fox anunció con gran alboroto el próximo estreno de *Telón de hierro*, basada en el espionaje soviético en Canadá para apoderarsese de la fórmula atómica. Además de esta película, la sábana blanca recogerá otros títulos francamente anticomunistas, como *Detrás del telón de acero* y *Los espías rusos*.

El proceso que se sigue contra los artistas que tantas veces contemplamos embutacados en el cine, promete descubrir cosas muy interesantes.

Sería necio poner cara de sorpresa si se descubriera que todo esto puede muy bien ser un descomunal ardid publicitario. Los casamientos, los bautizos y los divorcios ya están muy pasados de rosca en el mundo del cine para llamar la atención. Y como nada nuevo hay de tejas para abajo, se ha encontrado una nueva modalidad del divorcio publicitario: el comunismo. Que, reconocido por personas muy juiciosas, es el divorcio de la persona con la inteligencia.

J. F. P.

En la ciudad californiana de Los Angeles, a treinta kilómetros de Hollywood, comparece ante el Comité del Congreso de los Estados Unidos, que lleva la cuestión de actividades antiamericanas, el famoso actor de la pantalla Robert Taylor. En su declaración afirmó que había renunciado al papel que se le quería dar en la película «Canción de Rusia» por considerar el film de propaganda comunista. Durante la hora en que estuvo sometido a interrogatorio por estos tres señores que aparecen en la fotografía, dijo textualmente: «No son muchos los artistas que han advertido el peligro de la propaganda comunistoide»
(Fots. Ortiz-I. N. P.)

(«Fotos», número 552, de 27-IX-1947.)

EN LA O. N. U. HA QUEDADO DESHECHA UNA INICATIVA SOVIETICA CONTRA ESPAÑA

Nuestra defensa, a cargo de los delegados de Argentina y Cuba

«NO HAY TAL PROBLEMA ESPAÑOL», DICE EL DOCTOR ARCE

Por gran mayoría de votos se decide pasar al orden del día

Lake Success 6.—En el Comité de Política y Seguridad, su presidente y delegado de Luxemburgo, Bech, anunció que iba a discutirse la cuestión española. Pidió entonces la palabra el delegado cubano, quien propuso que fuese aplazada tal discusión hasta que se encontrase una fórmula adecuada y que en su lugar se trate del problema de las solicitudes para nuevas admisiones de miembros de la O.N.U.

Vichinsky interrumpió violentamente al representante cubano y dijo que el 24 de septiembre la Asamblea General había fijado el orden del día de los problemas a discutir, y que la cuestión de las nuevas admisiones era uno de los que figuran en último lugar en la agenda. «¿Qué razón tiene, pues, el delegado de Cuba que para desear que el problema no sea discutido ahora?», preguntó Vichinsky, quien añadió: «Podría demostrarse que valen muy poco las decisiones fijadas por la Asamblea General. Efectivamente, la agenda fue rectificada ya el 28 de septiembre y se estableció que después del problema de la Pequeña Asamblea se discutiría el del Tratado de Paz con Italia, seguida por la cuestión española y la de Africa del Sur. Por lo visto existe en el ánimo de algunos el deseo de trastocar la discusión de tales asuntos para impedir así que se adopte una resolución inmediata».

«DE LO QUE SE TRATA ES DE TRABAJAR Y NO HABLAR TANTO»

El delegado argentino, Dr. Arce, declaró: «Al parecer, el delegado soviético está en un error. No se trata sobre la admisión de nuevos miembros, sino de dar lectura a un informe sobre un punto especial de esta cuestión. No veo razón alguna para que el problema español sea antepuesto a otros temas. De lo que se trata, es de trabajar y no de hablar tanto. El mundo entero tiene puestas sus miradas en nosotros y confía en que resolveremos urgentemente los problemas que nos han sido confiados. Trabajemos, pues, y cumplamos con nuestro deber».

El delegado ucraniano, Manuilsky, intervino a continuación y se mostró conforme con las últimas palabras del Dr. Arce, pero afirmó que Argentina deseaba que el tema español no se discutiera ahora, lo cual era prueba de que esperaba que no llegase a dicutirse nunca.

El Dr. Arce respondió violentamente al representante ucraniano, quien, a su vez, dijo: «El muy honorable representante de la República Argentina haría bien en beberse un vaso de agua para calmar sus ímpetus». El Dr. Arce sin hacer caso de tal observación, continuó: «Estoy dispuesto a discutir el problema español en cualquier momento, ahora mismo, si usted lo prefiere».

EL UCRANIANO MANUILSKY, AL SOCORRO DE VICHINSKY

«Comprendo de sobra el estado de ánimo en que se encuentra el Dr. Arce —contestó Manuilsky—, pero he de recordar que ya en septiembre del año pasado, cuando la Asamblea General debatió la cuestión, fue aprobada una resolución en virtud de la cual todos los países miembros debían retirar sus misiones diplomáticas acreditadas en Madrid y romper sus relaciones con el Gobierno de Franco. Sin embargo, la República Argentina no cumplió tal acuerdo, lo que constituye una flagrante violación del mismo. Por eso pienso si el deseo del Dr. Arce de aplazar la discusión del problema español no será parte de un plan para que este asunto quede totalmente suprimido de la agenda».

El delegado norteamericano hizo uso de la palabra y declaró, lo mismo que el representante cubano, Belt, que Manuilsky quería interrumpir el orden de discusión fijado en la agenda para los distintos problemas.

NUEVA INTERVENCION DEL DR ARCE

Intervino nuevamente el Dr. Arce para advertir que él no había sugerido el aplazamiento de la discusión sobre España, sino el representante de Cuba. Insistió en que él estaba dispuesto a discutir el asunto en cuanto la mayoría lo

(Continúa en la pág. siguiente.)

UN LAMENTABLE RETRASO

Bajo la eminente y sapientísima vida de la O.N.U. suelen deslizarse también gestos chuscos y actitudes poco congruentes con la seriedad internacional de la Asamblea. Digamos con el máximo respeto que puede inspirarnos el cónclave de Lake Success que las palabras pronunciadas últimamente por el delegado británico, señor Mac Neil, constituyen una muestra delicadísima del «humour», hoy un poco en crisis, del gran pueblo inglés. Con un olvido muy elegante de las anteriores reuniones, el señor Mac Neil adujo: «Si los muy honorables representantes de Argentina y Ucrania tienen ganas de hablar, pueden salir al pasillo y continuar allí hablando hasta saciarse para que nosotros podamos trabajar.» Ocurría tan sólo que el señor Arce, con su habitual hombría de bien había salido al paso de las pretensiones antiespañolas del «gauleiter» soviético Manuilski. El argentino, cuyas bravas despachaderas rompen cada día la cobardía espesa de tantas horas perdidas por la O.N.U., venía, frente a las prisas laboriosas de Mac Neil, a poner sobre el tapete único y verdadero obstáculo que las tareas de la O.N.U. han encontrado. Trataba el doctor Arce de resolver de un manotazo tantas inoportunidades, casuismos, especiosidades y rencores como la U.R.S.S. —reunión tras reunión— acostumbra a desplegar al amparo del «asunto español».

Treinta y tres votos contra ocho fue, como es sabido, el resultado de la votación planteada por la energía de argentinos y cubanos. Los ocho que votaron en contra no hacen más que explicar «democráticamente» los sentimientos antiespañoles de aquel a quien sirven. Ahora el señor Mac Neil, cuya aplicación vertiginosa ha logrado incluso conmovernos, tiene ya el campo libre para su actividad insaciable. Le esperan, trémulas bajo el terror soviético, las vidas desventuradas de Bulgaria, Rumania, Hungría, Polonia, y a su gestión, a su desvelo y a su prisa aguarda confiadamente el problema griego. Mac Neil, el intrépido y activo «gentleman», tiene ante sí un camino áspero pero espléndido para el triunfo y el logro de la paz. Si cada vez que la U.R.S.S. intente resucitar en el salón de Lake Success el supuesto tema de España, el señor Mac Neil reclama «luz y taquígrafos», o, lo que es lo mismo, «verdad y trabajo», sus proyectos y sus inquietudes podrán encontrar un portillo para la realidad. En otro caso se continuará perdiendo el tiempo. ¡Qué lástima, señor Mac Neil, de tanto retraso! Si desde la reunión misma de San Francisco el juego y la maniobra de la U.R.S.S. hubieran sido desenmascarados, ¡qué serie de gigantescos atropellos no habrían podido evitarse!

Hasta este instante en que el señor Mac Neil ha conseguido darse cuenta miles y miles de kilómetros cuadrados de esta Europa han pasado a convertirse en cuarteles soviéticos y en campos de concentración de millones de hombres. El funambulesco truco staliniano ha conseguido mantener fija la vista de la O.N.U. en el globo de humo del llamado «caso español», mientras sus hordas y sus Gobiernos «quislings» devoraban hasta el último resto de libertad en media Europa. Y ha ocurrido, además, que, mientras los años y las oportunidades han quedado pulverizados por las brutales garras del oportunismo comunista, España no ha cedido ni un ápice en su dignidad de gran nación. Solamente aquellos pueblos, como el nuestro, dotados de un vigoroso sentido de la libertad personal pueden conquistar y mantener frente a todo y frente a todos la libertad política.

Alabemos, de todas maneras, el sobreaviso tardío del señor Mac Neil. Acaso estemos ya muy lejos de aquellos días en que la O.N.U., varada en un beato optimismo, deslumbraba a los delegados demócratas con sus acusaciones contra España. El mal no residía sólo en la inmoralidad de los medios, sino también en la carencia de toda voluntad de trabajo sincero y de voluntad pacífica. Y demos gracias a Dios de que, sin permitir un quiebro a nuestra insobornable conciencia nacional, coincidamos a estas alturas del mundo con excitaciones como la del señor Mac Neil, tan útiles en verdad para una gestoría honorable de los graves problemas del mundo.

(Viene de la pág. anterior.)

deseara. «Además —añadió—, no hay tal problema español, puesto que España existe. Los que están contra España son quienes crean un problema español. El año pasado malgastamos muchísimo tiempo discutiendo este «problema». Si ustedes quieren podemos hacer lo mismo ahora. Repito mi oferta al Sr. Manuilsky: podemos debatir la cuestión cuando él quiera. Lo que sí me extraña, es que el delegado ucraniano, conociendo el idioma español, me haya confundido con el delegado de Cuba. No me interesa, repito una vez más, saber qué es lo que vamos a discutir, ni si vamos a discutir ocho, diez o doce horas; sólo quiero tener la certeza de que lo que vamos a hacer es trabajar».

(Agencia «EFE», 6-XI-1947.)

Noche y día...
SOFA - CAMA
Madrid MEXIA Argensola, 8.

ACTUALIDAD INTERNACIONAL

La verdad se ha impuesto

«La Asamblea General expresa su confianza de que el Consejo de Seguridad cumplirá sus obligaciones de acuerdo con la Carta si la situación de España lo requiriese». A esto ha quedado reducido, al cabo de tanta discusión aparatosa, el sensacionalista «caso español», que la Unión Soviética lanzó al palenque de la O.N.U. Es de notar que el nombre de España puede ser suprimido en dicha frase y sustituido por el de cualquier país del mundo. Se supone que la Asamblea confía en que el Consejo de Seguridad cumpla sus obligaciones cuando la situación de alguna nación lo requiera. La Asamblea, por tanto, ha vencido a la U.R.S.S., que no podía vetar, y los Estados Unidos salieron triunfantes del callejón en que los metieron las maniobras soviéticas en el Consejo de Seguridad. Veintinueve países se declararon partidarios de continuar la absurda condena moral aprobada el año anterior, pero sus votos fueron insuficientes para alcanzar el «quorum» necesario. Los Estados Unidos agruparon 13 en defensa de la auténtica interpretación de la Carta y ocho delegaciones se abstuvieron de votar.

Y lo más notable del «caso» es que toda la cuestión sobre España, paradójicamente, se ha planteado, desarrollado y solucionado sin la menor intervención española. Todo fue fabricado y deshecho en la Organización de las Naciones Unidas misma, por sus miembros y sin más intervención en sus opiniones que la observación del panorama mundial; una potencia agresiva, imperialista, totalitaria, que avanza amenazadora sobre Occidente, dando el último paso sobre Checoslovaquia, la Unión Soviética; por otra parte, unos países europeos agitados por el comunismo revolucionario, minada su política, su orden, su economía, por este instrumento del Kremlin; por otra, una nación a la que Roosevelt garantizó que nada tenía que temer de las Naciones Unidas, a la que Churchill agradeció la neutralidad considerándola factor decisivo en el logro de la victoria aliada, y cuyo Jefe de Estado fue el primero en vencer el peligro soviético y denunciarlo al mundo como la mayor amenaza que ha conocido el mundo occidental. Su denuncia llegó incluso a dirigirse directa y específicamente a Winston Churchill en una carta que hoy aparece como ejemplo de clarividencia y de razón. Sólo el peso de esta última ha mantenido a la nación española en decidido apoyo al general Franco, más firme cuanto mayor era la presión exterior contra esta unidad frente al caos revolucionario que el mundo se obstinaba en negar y que hoy, en la Asamblea de la Organización de las Naciones Unidas, se ha reconocido.

(«Ya», 19-XI-1947.)

FRACASA LA MANIOBRA COMUNISTA CONTRA ESPAÑA

NI RUPTURA DE RELACIONES NI BLOQUEO ECONOMICO CONTRA ESPAÑA

Los rojos han perdido otra vez su batalla en la O. N. U.

El Comité Político de la O. N. U. devuelve el "caso español" al Consejo de Seguridad

Expresa su confianza en que el Consejo de Seguridad intervendrá si considera que la situación lo exige

(«Arriba», 13-XI-1947.)

Los "rojos" españoles, desalentados ante la acción de la O. N. U.

Renuncian a su cargo muchos diplomáticos rumanos en América

BUENOS AIRES, 12. (Crónica radiotelegráfica del corresponsal de la agencia Efe. Prohibida la reproducción.) —Los grandes titulares en la prensa han acostumbrado al lector a vibrar muchas veces bajo tales despliegues tipográficos que

por Jacinto Miquelarena desde BUENOS AIRES

(Agencia «EFE», 12-XI-1947.)

EL «PROBLEMA» ESPAÑOL

Dos días de debate en torno a la fantasmagórica cuestión española han puesto en la O.N.U. al descubierto un curioso trastueque de papeles y un nuevo deslinde de los terrenos dialécticos. Los hombres que en 1946 se lanzaban alegremente a la ofensiva contra España aparecen ahora batiéndose a la defensiva. Hace poco más de un año galleaban invocando nombres grandilocuos y vanos, revalidados por epítetos atronadores, amenazas campanudas, definiciones inapelables, inexpugnables. A fuerza de retos, gritos y gesticulaciones lograban arrastrar a su campo voluntades remisas de gente que debía de pensar para su savo que más discreto era dar la razón acallando a los baladrones que no contrariarlos y enfurecerlos inoportunamente.

¿Qué ha podido ocurrir en el mundo para que cambien así las cosas? Nada que a España pueda ser imputado. En realidad, tan ajenos estábamos hace un año a una polémica bizantina que quería tomarnos por sujeto paciente y dominguillo de su juego, como lo estamos en el día de hoy. Aparte de la curiosidad de espectadores, poca cosa nos interesaba en la polémica. Cuando un matemático quiere vencer una dificultad que es intelectualmente insuperable, finge que hay una cantidad que él mismo, bautiza de «menos equis», y esto es lo que ha ocurrido con el «problema español». No existía, pero había que crearlo para vencer otras dificultades estupendas. España era un «menos equis» imaginario para aquellos señores. Y, si no, ¿por qué se ha producido la transmutación que ahora, al parecer, registra la O.N.U.? No, ciertamente, porque España haya cambiado de postura, que ello hubiera equivalido a cambiar de meridiano, sino porque el «problema español» se ha considerado como un reactivo en los ardides de la política internacional. No existía antes ni existe ahora. Y si existe es para los españoles, que son los únicos llamados a saberlo y eventualmente a resolverlo.

El papel internacional de Rusia está hoy en baja, porque se ha visto que prosigue una política de voraz y descarado imperialismo. A fines de 1946 su política era igualmente agresiva, igualmente insaciable e imperialista; pero entonces convenía «apaciguarla» y no irritarla demasiado. Se creó con ese propósito, un problema nuevo, puramente especulativo: el «problema español», y se desencadenó una formidable tormenta en el vaso de agua de la Organización de las Naciones Unidas. «Los dioses tenían sed» y había que calmarlos. Hoy la sed aspira a manantiales más concretos y caudalosos, y el «menos equis» es ya un número claro y real. Hay un problema ruso verdadero, y no ha lugar a perder el tiempo y el ingenio en cuestiones abstractas y en expedientes dilatorios.

Parece que se abre camino la idea de no entrometerse en nuestros negocios domésticos, cuando son tantos los negocios mundiales donde la intromisión pudiera estar hoy justificada desde un punto de vista legal y en beneficio de la paz entre las naciones. A los españoles, que hemos presenciado la gestación y dramatización de un problema inexistente, no nos ha de afectar mucho la desaparición de las causas que lo crearon y alentaron.

(«Arriba», 14-X-1947.)

(«ABC», 14-XI-1947.)

ESPAÑA, DEFENDIDA

"LOS argentinos no olvidamos ni podemos nunca olvidar que España ha perdido su gran imperio dentro de cuyos dominios nunca se ponía el sol; pero no ha perdido su situación moral, que asignó a esa raza y a esa cultura, de la que nos honramos en ser hijos, un lugar prominente entre los pueblos más prominentes de que nos habla la historia de la civilización."

(Del discurso pronunciado por el doctor Arce ante la O. N. U.)

El oro robado a España

● Albornoz se enfada con los periodistas porque le preguntaban por él

Nueva York.—Al ser preguntado sobre el robo del oro del Banco de España, los compromisos con Rusia y otras cuestiones delicadas, el Sr. Albornoz se irritó ante los periodistas norteamericanos en el curso de una entrevista mantenida con éstos. Los informadores llegaron a hacerle ocho preguntas sobre las cuestiones citadas y sobre la ilegalidad de las Cortes republicanas.

El Sr. Albornoz había invitado a sesenta periodistas, pero solamente acudieron dieciséis a la entrevista. Los periódicos han dedicado escasa atención a la misma.

(Agencia «EFE», 2-XI-1947.)

SELECCION DE GRAFICOS Y TEXTOS: DIEGO GALAN Y FERNANDO LARA

La tragedia de Guinea

Si Guinea Ecuatorial tuvo que sufrir durante cerca de dos siglos el colonialismo español, tampoco la independencia dio a su pueblo la libertad. De vivir el imperialismo extranjero, ha pasado a soportar un régimen dictatorial que le mantiene en la opresión y la ignorancia.

SI el pueblo guineano sufrió desde los comienzos de la adquisición de sus territorios por España (**Tratado de El Pardo**, de 23-III-1778) el imperialismo y colonialismo de ésta por espacio de siglo y medio, la situación no varió excesivamente durante el régimen franquista que —bajo una capa de paternalismo y desarrollismo económico— ocultaba una actuación típicamente neocolonialista a todos los niveles (social, económico, político y cultural). La política del franquismo, en sus comienzos, estaba muy en la línea de uno de los ideales nacionalistas: por el Imperio hacia Dios. Así, por Decreto de 30-IX-1944, se prohibían los matrimonios mixtos, aunque los blancos podían tener a las negras como concubinas. Por otra parte, la tutela ejercida fue claramente opresora y paternalista, ya que para conseguir la Carta de Emancipación Plena (equiparación al blanco en casi todo) había de reunirse una serie de requisitos nada fáciles en los tiempos que corrían.

Aspecto siempre importante en cualquier sistema político es el educativo. En Guinea, como en la metrópoli, se trataba de reproducir también la ideología de la clase dominante, amén de darse las particulares condiciones de asimilación cultural («a punta de pistola», como dice el autor) que impuso el Régimen. No nos resistimos a contar al lector algunos pormenores de cómo se daba una clase en Guinea:

—**¿Somos españoles?**, preguntaba el maestro.

—**Somos españoles por la gracia de Dios.**

—**¿Por qué somos españoles?**, volvía a insistir.

—**Somos españoles**, respondían los niños, **por haber tenido la dicha de nacer en un país llamado España.**

Las clases comenzaban con diversas canciones patrióticas. «Al entrar en la escuela, refiere **Ndongo Bidyogo** (1), había que formar, hacer 5 ó 10 minutos de gimnasia militar, cantar el **Cara al Sol**, brazo en alto, el **Lleno de ferviente ardor** y el **Viva España.** Los sábados se cantaba el **Yo tenía un camarada** y el **¡Salve, Franco!»** El lector habrá podido comprobar fácilmente que había una real y efectiva libertad de enseñanza para todos —¿la que propugnan hoy determinados sectores ideológicos y económicos?—, en la que los padres podían escoger libremente el tipo de escuela que deseaban para sus hijos y en la que, por supuesto, no había monopolio ideológico alguno por parte del Estado...

En el transcurso del tiempo, la política guineana (conviene reseñar que estaba orientada más desde Presidencia del Gobierno que desde Asuntos Exteriores) siguió la pauta que marcaban los acontecimientos internacionales. La creación del MUNGE (Movimiento de Unión Nacional de Guinea Ecuatorial) y la firma por Franco, a finales de 1963, de la **Ley de Bases del Gobierno Autónomo de Guinea Ecuatorial,** significaban la respuesta para poder resistir a las presiones de los organismos internacionales y merecer un mínimo de credibilidad. El sistema, similar al posteriormente empleado con la creación del PUNS en el Sáhara, era sencillo: captar un personaje nacionalista histórico —Bonifacio Ondó Edú— para que formara un movimiento político guineano que hiciese frente a los dos movimientos independentistas existentes: MONALIGE e IPGE. Se trataba, pues, de un movimiento títere, ya que las cuerdas eran movidas desde Presidencia del Gobierno (Carrero Blanco), que trataba de consolidar las aspiraciones continuistas españolas. Muy otra era la postura de Asuntos Exteriores (Castiella), que no veía otra salida al problema que la autodeterminación.

El camino hacia la independencia va desde 1963 a 1968, y en él aparece ya un personaje clave no sólo para los acontecimientos de este período (sufraga, con 50 millones de pesetas, la campaña electoral del actual presidente de Guinea), sino para los posteriores a la independencia. Este personaje es el abogado Antonio García-Trevijano.

Si la impresión que produce la lectura del libro de Ndongo Bidyogo es en principio sobrecogedora, al llegar a los dos últimos capítulos se torna fantasmagórica y aquelárrica: torturas, asesinatos, corrupción, muerte, por parte de un Presidente que —habiendo llegado al poder mediante unas elecciones— se ha convertido en el dictador de Guinea con la tolerancia de las autoridades españolas que, al haber mantenido el tema guineano como «materia reservada» hasta bien recientemente, han impedido salieran a la luz pública las atrocidades y crímenes cometidos en Guinea desde el mandato de Francisco Macías, calculándose en 90.000 el número de víctimas. Por eso estamos con Ndongo Bidyogo cuando dice: «La vergüenza es común: para españoles y guineanos. Esta debería ser una cuestión nacional, haciendo abstracción de credos políticos concretos. Si de hecho toda acción política sana tiende a potenciar al hombre, componente de las masas y de los pueblos, habrá que salvar al pueblo guineano, a las masas guineanas, al hombre guineano». Esperemos que las Cortes Españolas, democráticamente elegidas, tomen conciencia del problema, pidan responsabilidades y busquen soluciones. ■

JUAN MANUEL DE LA TORRE

Francisco Macías, presidente de Guinea Ecuatorial. Pese a haber llegado al poder mediante unas elecciones, pronto se erigiría en dictador del territorio, en medio de violencias y atrocidades. Se calcula en 90.000 el número de víctimas producidas por Macías.

(1) **Donato Ndongo Bidyogo: Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial.** *Editorial Cambio 16. Madrid, 1977. 306 págs.*

LA SALVACION DEL TESORO ARTISTICO

El 23 de julio de 1936, en pleno albor de llamas de la Guerra Civil, nace la denominada Junta de Incautación del Tesoro Artístico con el fin de preservar los bienes culturales del país al amparo del legítimo Gobierno republicano. Tal como se señala en el artículo primero del decreto del 25 de julio del aciago año, la nueva institución depende directamente del director general de Bellas Artes, a la sazón el pintor José Renau. El organismo viene a la vida cultural de España con la misión de conservar el tesoro artístico nacional, puesto en innegable peligro al estallar la conflagración civil. Las distintas operaciones se encomiendan a una larga serie de intelectuales —téngase en cuenta que el origen de la idea del nacimiento de la Junta estuvo en los escritores de la Alianza de Intelectuales Antifascistas—, que llevaron a cabo una difícil empresa, aun a riesgo de sus propias vidas. Uno de esos entusiastas intelectuales fue **María Teresa León.** Pues bien, las acciones de salvaguarda y traslado de piezas artísticas en las que intervino la compañera de Rafael Alberti, las dejó plasmadas ella misma en un hermoso y patético testimonio titulado **«La Historia tiene la palabra».** En la reciente primera

edición española —la obra se publicó inicialmente en Argentina en el año 1944—, nos viene de la mano de Gonzalo Santonja, además director de la editorial que la ha acogido (1). En su justa introducción, Santonja nos pone al corriente del momento histórico en que la Junta surge, así como efectúa la presentación de hechos que giran alrededor de la narración de María Teresa León. Tras el texto que da título al libro, el editor ha tenido a bien insertar un interesantísimo apéndice documental, sin duda difícil de conseguir. Tal apéndice nos pone en las manos una serie de testimonios periodísticos sobre los asuntos de la Junta, que van desde una colaboración de Alberti —«Mi última visita al Museo del Prado»— en la revista «El Mono Azul», hasta el informe dado por Frederic Kenyon, antiguo director del British Museum, sobre la eficacia y buen término de la labor prestada por la Junta en el rescate de las obras de arte a ella encomendadas. Todo ello coadyuva perfectamente para la más auténtica comprensión de un fenómeno cultural que resultó desde el principio milagroso en un ambiente tan hostil.

Centrándonos ya en el texto de María Teresa León, hemos de advertir la transcedencia de la narración de los hechos acaecidos. No sólo en la agilidad literaria demostrada —lo cual no es nuevo en María Teresa León a estas alturas—, sino también en la amorosa dedicación a un empeño cultural de tanta envergadura, como era la empresa de salvar el tesoro nacional.

Tres fueron los hechos de esta índole en los que intervino directamente María Teresa. El primero ocurrió en Toledo, con el cuidado y rescate de unos cuadros del Greco. El segundo tuvo lugar en El Escorial, adonde acudió junto a Moñino y Serrano Plaja. Y, por fin, el tercero aconteció en el Museo del Prado. Es a éste al que la autora dedica una mayor atención, puesto que se trataba del centro pictórico de España.

El texto de María Teresa León no hace concesiones al sentimentalismo en ningún momento; es ante todo un testimonio nada parcial de unos hechos que, gracias a su intervención, no llegaron a herir lo fundamental del patrimonio artístico nacional. Y la bondad de tales tareas nos la vendría a confirmar la Historia, como siempre, con el tiempo ■ **FIDEL VILLAR RIBOT**

(1) **María Teresa León: «La Historia tiene la palabra».** *Prólogo, selección del apéndice y notas de Gonzalo Santonja. Editorial Hispamerca. Madrid, 1977.*

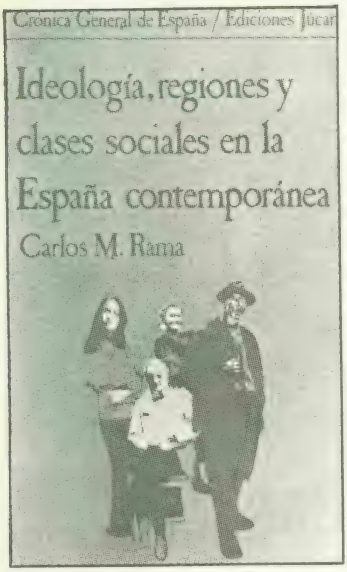
ESPAÑA, UNA HISTORIA SIN BONANZA

La nómina de los viajeros por España es inmensa: Strabon, Avieno, Dantisco, Navagiero, Howell, Irving, Dumas, Ford, Borrow, Ford, Carnavon, Beckford, Gautier, Murray, Hare, Clark, Inglis, Cunninghame Graham, Hugo, el cardenal de Retz, Trotsky, Breham, Ehremburg... ¿Tiene interés —podría preguntarme el sufrido lector— hablar de uno más? ¿Y por qué no?, contestaría yo, si se me permite seguir utilizando esta mayéutica para andar por casa. ¿Por qué no —sigo— si éste no es un viajero más, sino un viajero casi doblemente español por hijo de españoles y nacido en América? Y todavía podemos continuar con añadidos, pues el viajero además no era un turista, ni siquiera vino a nuestro país como podía haber ido a otro. El viajero se llama **Carlos M. Rama** y es un historiador y un escritor: un escribidor, asegura él. Un hombre que no hace otra cosa que contar al papel sus reflexiones, sus emociones, el resultado de sus trabajos...

El autor era ya un estudioso del tema español (ya hemos hablado aquí de la reedición de su famoso libro **La crisis española del siglo XX**). Vino a España por vez primera en 1953. El me cuenta cómo:

—Vine a España con mi familia y un matrimonio amigo. Hicimos el viaje en un auto que me había comprado poco antes. En total andaríamos unos seis mil kilómetros y el auto se pinchó varias veces, porque las carreteras eran malas y estaban llenas de clavos de herradura.

El resultado de este periplo fue su **itinerario español.** Un cuaderno o



diario de viaje de gran interés, incluso para aquellos que no tengan el fruitivo vicio de la afición a este tipo de literatura. Rama era y es, por decirlo en términos tecnocráticos, un experto de España. Y eso se nota en los treinta y siete cortos apartados de su relato. Porque hay aquí un sentido del devenir histórico, junto a los jugosos apuntes casi costumbristas, el vivo sentimiento de nuestros grandes pintores (*«aunque uno no vaya a misa uno tiene sus devociones»*, me dice), interpretaciones de la historia españolas, etc... Y hasta valoraciones cuasi premonitorias de un urbanista como Ildefonso Cerdá.

Librito de varias lecturas, como diría un pedante, lo es también en sentido literal: porque hay que releer sus capítulos para extraerle todo el jugo que contiene. **Itinerario español** es, además, un documento histórico de una etapa reciente, aunque a veces parezca muy lejana. Es la España de 1953, España de jararquías y voluntariedad, de mujeres fregando suelos arrodilladas, de legiones de peones camineros y trabajadores de carretera que laboran en un mundo donde todavía no parece haber llegado la máquina.

Como Rama es uruguayo de Montevideo, hijo de gallegos y estudioso de nuestra historia (*«una historia que desconoce la bonanza»*), el libro es asimismo una especie de interpretación de urgencia de España desde América.

Rama, lector del Quijote y de la Biblia, compró en España su quinto «quijote». Volvió en 1973 y llevó otro nuevo diario (ya hemos señalado que por fortuna tiene tendencia a la grafomanía). Esperemos una edición de este segundo itinerario español de veinte años después. El primero aparece ahora en Júcar como coda de su último libro **Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea** ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

LA AVENTURA DE LOS PIONEROS ESPAÑOLES

No es frecuente, cuando se habla del descubrimiento, conquista y colonización de América por los españoles, mencionar la penosa y brillante a la vez aventura por las tierras de América del Norte (sudoeste de Estados Unidos y México) a que se lanzó un grupo de intrépidos descubridores durante los siglos XVI y XVII. Pequeña y rápida, cuando no brilla por su ausencia, es también la mención que encontramos en nuestros libros de EGB o BUP (no es exclusivo el problema de los libros de texto estadounidenses). **Pioneros españoles en el lejano Oeste** (1) viene a llenar este hueco. Sin grandes pretensiones históricas pero con notable humanidad y apasionamiento, podemos seguir aquí los pormenores de esta aventura narrada con un bagaje literario, no exento de ciertos ribetes chauvinistas, y una amenidad tan singulares que mantienen el tono de interés por la lectura.

La penetración en Nuevo México —como tantas otras ya en el Norte, ya en el Sur— la realiza un puñado de hombres al mando de Francisco Vázquez de Coronado, quienes siguen las tradicionales ceremonias al uso: amonestación a los indios, subsiguiente escaramuza o pequeña batalla y propagación de la religión. Así se iba conquistando a los aborígenes de esta zona, a los que, por su semejanza con las costumbres del pueblo español, llamaban los expedicionarios «indios pueblos». El descubrimiento del Gran Cañón del Colorado, la exploración del valle del Río Grande (tras las huellas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca), la fundación de Nuevo México por Juan de Oñate (quien dejó testimonio de su paso por aquellas tierras en una inscripción hecha en una gran roca), la conquista, en fin, realizada por Diego de Vargas, son otras tantas etapas destacadas en este triple deseo de descubrimiento de nuevos territorios, búsqueda de fama y riqueza, y cumplimiento de la misión evangelizadora.

La penetración en Texas (que debe su nombre a los habitantes primitivos, los indios texas) reúne unas características diferentes. Se realiza, más que por el aliciente de las riquezas, por el impulso evangelizador de los misioneros y, sobre todo, por la presencia de Francia en la zona, con la que se mantuvieron continuas luchas en las que los indios jugaron un papel importante.

No podían faltar, al hablar de California, las figuras de Fray Junípero Serra, la recientemente exaltada y difundida —con ocasión del Bicente-

nario de los Estados Unidos— de José Gálvez (en quien depositó su confianza el virrey de Nueva España, Carlos Francisco de Croix, para la expulsión de los jesuitas ordenada por Carlos III), las tareas que conjuntamente emprendieron ambos para la colonización y poblamiento de la larga costa de la Alta California, y las penetraciones del pirata Drake en las costas californianas ■ **JUAN MANUEL DE LA TORRE.**

(1) **Mercedes Junquera de Flys: «Pioneros españoles en el lejano Oeste».** *Madrid. Editorial Doncel, 227 p.*

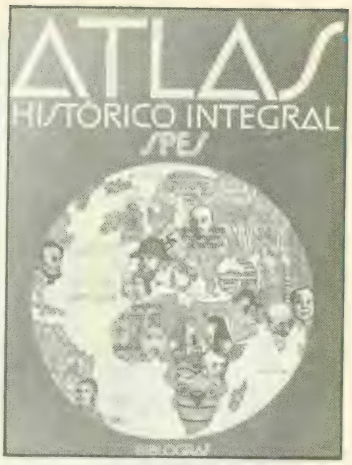
UN NUEVO MODO DE ENSEÑAR LA HISTORIA

Desde el momento en que la Historia ha dejado de ser una interminable retahíla de caudillos, de batallas ganadas o perdidas, de fechas áureas y de fechas negras, para convertirse sobre todo en un complejo juego de estructuras, en una interacción constante de procesos de diversa amplitud y dinamismo, es natural que su enseñanza exija métodos e instrumentos que poco tienen que ver con los tradicionales.

Hace unos años, una editorial, Istmo, publicaba la traducción del alemán de un «Atlas histórico mundial» en dos tomos, que constituía una síntesis excelente del desarrollo histórico de la humanidad, desde el Pleistoceno hasta hoy, en su multiplicidad de manifestaciones. La novedad más importante de aquella obra era el uso que hacía de la técnica cartográfica —mapas, planos y diagramas, a todo color—, que proporcionaba a quien la consultase una perspectiva distinta de la historia al ayudarle a fijar en el espacio —es decir, en un marco geográfico— una serie de fenómenos que hasta entonces él había captado fundamentalmente en su dimensión temporal.

En una dirección similar —aunque el empeño sea deliberadamente más modesto— se mueve el recién aparecido **«Atlas histórico integral Spes»** (1). Integral, como reza el título, porque, al igual que el antes citado, intenta abarcar la Historia como totalidad y no sólo en sus manifestaciones superficiales —Estados, fronteras, guerras, dinastías—, datos que no omite, sino que sitúa en su justo lugar para abrirse a otros aspectos —tradicionalmente descuidados en la enseñanza de la historia— como son los económicos, sociales, institucionales, culturales (incluidos los artísticos, científicos y técnicos), etcétera.

El material de este atlas —dirigido especialmente a los alumnos de las escuelas medias, aunque cualquier persona podrá consultarlo con aprovechamiento— está organizado por temas, si bien en ningún momento se pierde de vista el orden cronológico. Para dar una idea de la amplitud temática, baste decir que en las páginas del «Atlas histórico integral» encontraremos lo mismo un gráfico que refleja la organización de la democracia ateniense que un organigrama de las Naciones Unidas, o un mapamundi con estadísticas en



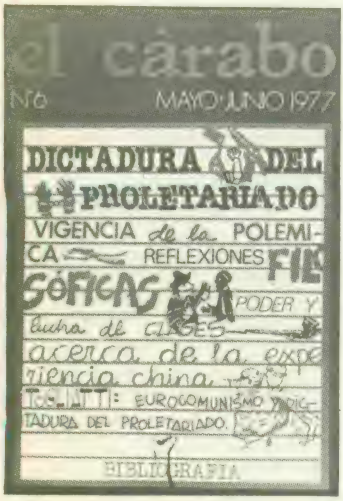
torno a la relación entre habitantes y camas de hospital o relativas al nivel educativo en los distintos países del globo.

El contenido informativo de los mapas —realizados con extraordinario cuidado por **un equipo de especialistas universitarios españoles**— se completa en todos los casos con explicaciones siempre concisas, pero suficientes.

Al final del volumen se ha incluido además un diccionario ilustrado a todo color de términos históricos y artísticos, que, a pesar de su brevedad, puede serle siempre útil al estudiante. ■ **J. R.**

(1) *Bibliograf. Barcelona, 1977.*

Revistas



«EL CARABO»: LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Junto al resurgimiento de la Prensa de partido, inevitable tras su salida de las catacumbas del franquismo, habría que señalar un segundo fenómeno cultural y político importante de esta etapa predemocrática que, de tanto estirarse, corre el peligro de romperse como el mejor elástico: me refiero a la aparición de una serie de publicaciones de distinta periodicidad, dedicadas a la reflexión teórica y crítica de la sociedad y que cubren un espectro ideológico que va desde el consejismo o la acracia hasta el llamado, con etiqueta interminable e imperdonable, «marxismo - leninismo - pensamiento - Mao-Tse-Tung».

El mérito de buena parte de estas revistas es el haber sabido valorar lo pertinente —frente a lo superfluo— en el debate teórico entablado en nuestro país tras la salida a la luz de los partidos, y haber ceñido consecuentemente sus críticas a la práctica política concreta de los mismos.

Al igual que «Negaciones» o «Teoría y Práctica», por citar sólo un par de títulos, **«El Cárabo»,** subtitulada «revista de ciencias sociales», ha contribuido positivamente, a lo largo de su primer año de existencia, a enriquecer un panorama teórico hasta hace poco bastante enrarecido. Valga como ejemplo el último número llegado a nuestra redacción y que está dedicado a modo monográfico a **la dictadura del proletariado y el eurocomunismo.** A lo largo de sus casi ciento cincuenta páginas, varios autores **—Gabriel Albiac, Bermudo, Avila, el colectivo Inés Galán—** llevan a cabo una relectura de los principales textos marxistas —desde los del propio Marx hasta Gramsci o Lukács—, para tratar de demostrar la imposibilidad de destrucción del aparato burgués si no es a través de la dictadura del proletariado, llámese como se llame, y consecuentemente, el carácter revisionista y social-demócrata de las tesis gradualistas y parlamentarias adoptadas por el PCI o el PCE. Tesis ésta que ha sido discutida ampliamente en otras plataformas teóricas próximas al PCE y con la que podemos estar personalmente en desacuerdo. Lo que no debe impedirnos reconocer la importancia ni, sobre todo, la oportunidad de la polémica ■ **JOAQUIN RABAGO.**

«La Tierra es redonda», de Armand Salacrou

Savonarola está aquí

Se podría definir al fraile predicador Girolamo Savonarola como una bestezuela de la Edad Media sobrenadando en el Renacimiento que comenzaba. La versión que de él ofrece «La Tierra es redonda», de Armand Salacrou (obra de la que recogemos esta escena), no llega a abarcar fielmente la complejidad del personaje.

Entre 1452 y 1498 discurrió la vida del florentino Girolamo Savonarola, cuyo retrato realizado por Fray Bartolomeo y que se conserva en el convento de San Marcos de la ciudad natal del predicador, figura sobre estas líneas. Es Savonarola un personaje polémico, ambivalente, difícil.

EL fraile predicador Girolamo Savonarola (Florencia, 1452-1498) fue una figura mas compleja de lo que revela la obra de **Armand Salacrou «La Tierra es redonda»** (Teatro María Guerrero de Madrid, versión española de Máximo). Era una bestezuela de la Edad Media sobrenadando en el Renacimiento que comenzaba; pero al mismo tiempo que llegaba con retraso, se adelantaba a lo que personajes como Lutero y Calvino llegarían a ser después. Su aparición como un fascista «avant la lettre» en esta obra de teatro se debe en parte a unas adhesiones temporales que estaban en la cabeza de quien la escribió, y del público que la contempló, hacia 1938, cuando lo que preocupaba vitalmente a Europa era Hitler, Mussolini y sus adictos; en parte principalísima a la contracción que ha hecho Máximo —un escritor de honda cultura y de un penetrante sentido del humor— para nuestro tiempo y nuestro lugar. Es una contracción de tiempo —el original es demasiado largo para las costumbres teatrales españolas y para la abulia del público que tiene un intelecto perezoso y cansino para la cultura— que lleva a una manifestación concentrada de la paráfrasis del fascismo. Salacrou se asombró indebidamente de que se diera a su obra un carácter político, según cuenta en sus recuerdos y en sus notas. Asombro indebido porque no quiso tener en cuenta que estaba transportando una corriente de miedo y de indignación de su tiempo. En un principio, hubiera querido hacer un largo drama histórico con el título «Savonarola». Luego, se negó a ser histórico y también a ser político: pero le salió una obra que reclamaba su época y debió a ello ser, después, Salacrou. Un escritor importante de nuestro tiempo. A Máximo, en cambio, no podría sorprenderle la acusación de haber hecho una versión política: está claro que ha querido hacerla así, y muy adecuada al momento en que vivimos, en el que cualquier día puede aparecer un Savonarola recogiendo todas las tendencias sueltas de inconformidad, terror, cambio de época, superstición, que andan sueltas.

Para percibir todo lo que esta obra contiene tendríamos que hacer tres apreciaciones simultáneas. Una, la del autor y su tiempo; otra, la del adaptador y el nuestro. Una tercera, la que atañe a Savonarola y su época. Aún sólo con esta última, logramos una curiosa aproximación a las otras dos. A condición de hacer, como hace Máximo —y es lícito—, algunas abstracciones históricas, algunas reducciones a esquemas. Si volvemos a encontrarnos con lo que llamamos fascismo, no será sólo responsabilidad de esta concentración, o de este esquematismo, sino de la persistencia de un viejo fenómeno que es alotrópico según la historia, pero que tiene siempre la misma formulación química.

Florencia, en los siglos XIV al XVI, es un microcosmos. Se producen en ella situaciones agudas de lucha de clases, intentos de democratización, formas de República y de dictadura, encuentros entre formas de cultura humanística que aparecen con supersticiones que tardan en sumergirse. Hay en ella tendencias de la sociedad hacia costumbres de las llamadas disolutas —especialmente, las sensuales—, como en todo grupo que se libera. Antes del nacimiento de Savonarola se había producido ya lo que se llama «el tumulto de los **ciompi**» o los **sottoposti:** los obreros explotados de la industria textil. Era un problema agudo de clases sociales en una sociedad en transición. Las antiguas oligarquías de la aristocracia, de la sangre, estaban siendo sustituidas por el poder de lo que hoy llamaríamos industriales. Dominaba una clase de nuevos ricos sobre una clase explotada: era el **popolo grosso** sobre el **popolo minuto.** El «tumulto» —que no llegó a ser revolución— de 1378 no tuvo un éxito directo —como de costumbre—, pero removió la situación y creó una política distinta. De ella nació el poder de una familia,

los Medicis, que comenzarían su poder con una cierta demagogia en favor del pueblo «minuto», menudo, pequeño: de los pobres. No sin ciertas ambigüedades o facilidades. Silvestre de Medicis era encargado de justicia en la época del tumulto: se movió en favor de los tumultuosos y comenzó a multiplicar su fortuna. La política populista de los Medicis se mantuvo, hasta el punto de que el jefe de la familia en 1443 —Cosme, sobrino nieto de Silvestre— tuvo que irse al exilio, obligado por la oligarquía industrial; pero sucedió una crisis económica grave y tuvo que ser llamado a gobernar, lo cual hizo precipitando al exilio a su vez a quienes antes le habían expulsado. No puede uno resistirse a la ironía de comparar a Cosme de Medicis a nuestro genio local, don Adolfo Suárez, y a su partido de centro. De Cosme dijo años más tarde Maquiavelo —Maquiavelo era un florentino de dos años cuando Savonarola ascendió a la hoguera— que había gobernado Florencia por «medios civiles». La República: diríamos ahora, la democracia. Cosme respetó las leyes republicanas, las acrecentó. Pero cuidándose de colocar en todos los puestos de gobierno y responsabilidad a los suyos: exclusivamente a su partido, y en esa época un partido era una familia, y aquellas familias eran extensas. Una democracia invadida, asegurada. Cosme murió, le sucedieron sus hijos Julián y Lorenzo; pero Julián fue apuñalado en un acto de «terrorismo», y Lorenzo vio la ocasión de reprimir ese atentado con unas leyes de excepción —¿una «ley de defensa de la democracia»?—, una serie de exilios y de penas de muerte. La República de Florencia se fue convirtiendo en Señoría. Y una aristocracia nueva comenzaba a aparecer. Fue en este tiempo cuando apareció Savonarola. No venía del vacío, sino de una profunda corriente religiosa y de una tradición de austeridad. Venía del «milenarismo». El milenarismo era una interpretación del Apocalipsis (20, del 1 al 6): «Ya agarró al dragón, esto es, a aquella serpiente antigua que es el diablo, y Satanás, y le encadenó por mil años...». La idea general es que al cabo de un período de mil años, Cristo reinaría otra vez. Habría un

Florencia, en los siglos XIV al XVI, es un microcosmos. Se producen en ella situaciones agudas de lucha de clases, intentos de democratización, encuentros entre formas de cultura humanística y ancestrales supersticiones. Ambiente que intenta recoger «La Tierra es redonda», otro de cuyos momentos vemos.

Savonarola moriría de la manera que muestra el grabado adjunto: quemado en la florentina Piazza delle Signoria, siendo arrojadas sus cenizas al río Arno. Los franciscanos le combatieron implacablemente hasta conseguir que su cuerpo se consumiese en la hoguera.

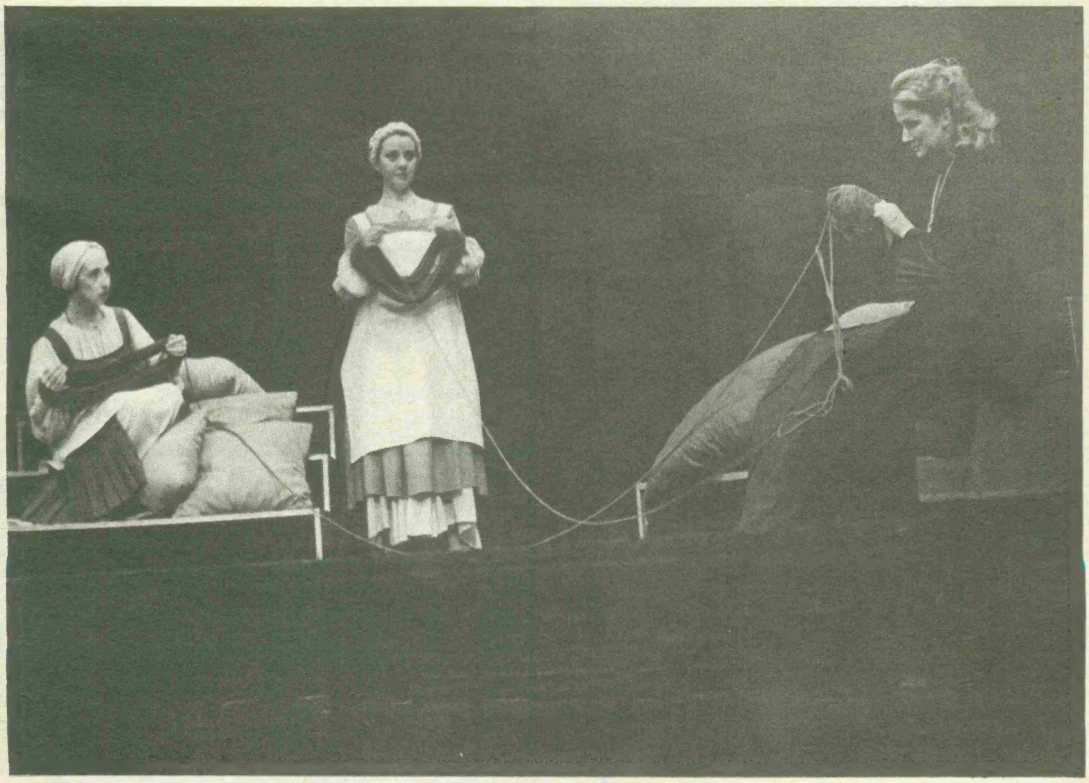
«pastor angélicus», un Anticristo. La idea rondaba la época desde siglos atrás. En Europa se representaba una comedia alemana, «Del surgimiento y caída del Anticristo» que recogía las doctrinas milenaristas. Joaquín de Fiore (m. 1201) ya había predicado lo mismo que Savonarola, dos siglos antes.

El cosmos en el que apareció Savonarola tenía estas características: unos enfrentamientos agudos de clases sociales (con distancias mucho mayores aún de lo que conocemos en nuestras sociedades europeas contemporáneas); una disminución de fe en las autoridades (los Medicis ya no figuraban como defensores del pueblo pequeño, sino como príncipes tiránicos y enriquecidos); una falta de fe en las creencias antiguas (la religión estaba dañada por los descubrimientos científicos y los procesos mentales de los humanistas, como los que se derivaban del descubrimiento de «la Tierra es redonda». etcétera); una confusión de los intelectuales que iban más allá de lo permitido, pero que no estaban exentos de supersticiones. Y unos acontecimientos externos a la localización del drama, pero gravitantes sobre él: la peste periódica, la aparición de la sífilis, la aparición de fuerzas extranjeras (Carlos VIII invadía Italia desde Francia) que podían ser explotadas en ese terreno de cultivo: la peste era el azote de Dios, la sífilis era el castigo por la corrupción de las costumbres, y los ejércitos extranjeros se utilizaron en dos sentidos distintos: el castigo sobre Roma corrupta, y la señal de Dios de que Florencia estaba exenta (Carlos VIII no hizo sufrir a la ciudad). Todo ello vino a encarnar en Savonarola. El «popolo minuto» comenzó a su lado: era el azote de los Medicis, era el acusador de la Iglesia Romana que estaba en plena corrupción. Savonarola no era solamente un iluminado: era un hombre culto, cuyos sermones están llenos de erudición y conocimiento —aunque siempre se halla retenido la parte de flagelo, de crítica, de azote de Dios— y era un político. Cayeron los Medicis, la República se instauró en Florencia, las clases medias recuperaron parte de su poder, mientras los antiguos oligarcas pasaban un cierto miedo. Pero Savonarola no tuvo ninguna contención: fue brutal en los castigos y las torturas, implacable en las persecuciones. Movilizó a los niños y los convirtió en policías. Los hogares estaban espiados, las costumbres castigadas: los libros ardían en las Piras de la Virtud y las cárceles se llenaban. Es decir, en un momento de crisis se había producido un fascismo. Una involución, como decimos ahora.

Que no duró excesivamente. Estaba fuera de

su tiempo. Utilizando también el vocabulario de ahora, puede decirse que estaba en contra «del sentido de la historia». En realidad, la tolerancia de la sociedad, la liberalización de la Iglesia, la apertura a nuevas formas de convivencia, estaban entroncadas con todo un gran movimiento universal, lo que hoy llamamos Renacimiento. El «popolo minuto» se dio pronto cuenta de que no salía de su hambre, y además estaba privado de otras libertades. Los ejércitos extranjeros seguían en Italia, la peste volvía intermitentemente —parece que las ratas y otros portadores no se sometían a la política— y la sífilis se extendía de la misma manera con Savonarola que sin él; y ambas enfermedades seguían respetando más —por razones de higiene, de vivienda, de alimentación— a las clases pudientes que a las menudas.

El final de Savonarola tiene algunos de los rasgos de comicidad propios de la época que aparecen en la obra, y algunos más. Solamente que el predicador franciscano que se opuso al dominico Savonarola era más inteligente y más dirigido por su orden y por la oligarquía que en la anécdota escénica de Salacrou. La historia real del famoso «juicio de Dios» es al mismo tiempo de una gran imbecilidad y de una finura teológica: acerca de si los dos sometidos al fuego que debía aclarar la razón final debían portar o no al Santísimo Sacramento. En realidad, eran subterfugios de las dos órdenes para alargar el plazo: ambas estaban seguras de que sus campeones serían absolutamente abrasados, independientemente del dudoso juicio de Dios sobre este episodio. El plazo se alargó, mientras se esperaba la lluvia que apagaría la hoguera; esto sirvió para salvar la vida de los dos frailes, el franciscano y el dominico que representaba a Savonarola, pero redundó en perjuicio de éste. Su magia cayó y fue detenido, largamente torturado y finalmente quemado vivo. Lo que vemos hoy en el escenario del María Guerrero tiene escasamente que ver con esta historia, a no ser la pura cáscara. Pero tiene valores propios. Tiene los del lenguaje, desde las «mots d'auteur» de Salacrou hasta la intención sarcástica y coloquial de Máximo; tiene la identificación de los defensores de Cristo Rey, y la crítica y caricatura de la salvación a la fuerza. ■ **E. H. T.** *(Fotos de «La Tierra es redonda»: Manuel Martínez Muñoz).*



Lo que hoy podemos ver en el madrileño Teatro María Guerrero, poca relación guarda con la auténtica historia de Savonarola. Pero «*La Tierra es redonda*» —de nuevo en la imagen— tiene valores propios: el lenguaje de Armand Salacrou traducido por el humorista Máximo, la identificación de los defensores de Cristo Rey, su poder crítico...

PEDIDO DE NUMEROS ATRASADOS

Ruego me envíen un ejemplar de cada uno de los números de TIEMPO DE HISTORIA siguientes: .....
(los números 2, 3, 4 y 7 se hallan agotados). El importe total del pedido de .....Pts. (75.— Pts. por cada ejemplar) lo pago mediante:

- ☐ **He enviado giro postal núm. .....**
- ☐ **Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.**
- ☐ **Adjunto sellos de correos.**

NOMBRE Y APELLIDOS .....
DOMICILIO .....
TELEFONO .....POBLACION .....D. POSTAL .....
PROVINCIA .....PAIS .....

BOLETIN DE SUSCRIPCION **RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:**
TIEMPO de HISTORIA: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre .....
Apellidos .....
Edad .....Profesión .....
Domicilio .....
.....Teléfono .....
Población .....D. Postal .....
Provincia .....País .....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de .....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletín anexo.)

☐ He enviado giro postal n.° .....

Sr. director del BANCO (o CAJA DE AHORROS) .....
.....
Domicilio de la Agencia .....
.....Población .....
Titular de la cuenta .....
.....
Número de la cuenta .....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha .....

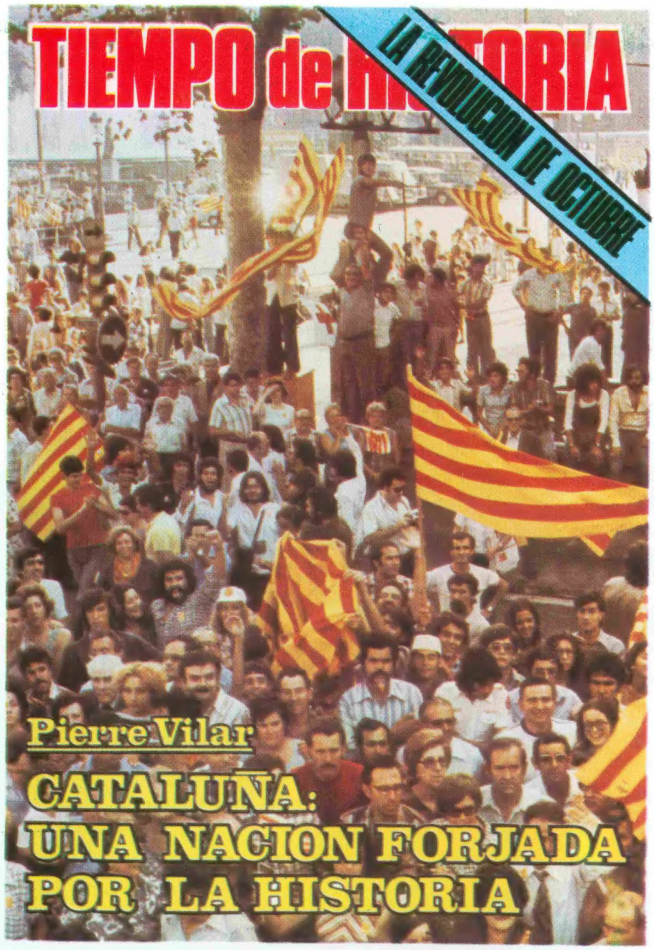
Atentamente
(firma)

Envíennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	750	850	780
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	975	1.220	1.060
AMERICA Y AFRICA	975	1.220	1.400
ASIA Y OCEANIA	975	1.220	1.650

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.



Director: EDUARDO HARO TECGLEN

EN NUESTRO NUMERO ANTERIOR

CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA, por Pierre Vilar • OCTUBRE DE 1937: LA CAIDA DE ASTURIAS, por Alberto Fernández • OCTUBRE DE 1917: EL ASALTO AL PALACIO DE INVIERNO, por Eduardo Pons Prades • UNA INICIATIVA REVOLUCIONARIA: EL NACIMIENTO DE LOS COMITES DE FABRICA, por María Ruipérez • LA REVOLUCION EN IMAGENES: «EL ACORAZADO POTEMKIN», por Juan Antonio P. Millán • EN EL XXV ANIVERSARIO DE SU MUERTE. GEORGE SANTAYANA, PENSADOR ERRANTE, por Fernando Savater • CULTURA Y EXILIO (LA REVISTA «ESPAÑA PEREGRINA»), por Francisco Caudet • EL PODER Y LA PRENSA EN LA ESPAÑA DEL XIX, 1860-1898, por Carlos García Barrón • LOS CANTES MINEROS. APUNTES PARA SU INTRAHISTORIA, por Félix Grande • LATINOAMERICA: LA OPRESION DE LA MUJER, por Héctor Anabitarte • ESPAÑA 1947: LAS CONVERSACIONES ENTRE GIL ROBLES E INDALECIO PRIETO. Selección de textos y gráficos por Diego Galán y Fernando Lara • UN ESQUEMA DE LA II GUERRA CARLISTA, por Juan Antonio Hormigón • LIBROS: UGT: una larga historia; El resurgimiento de la FETE; Dos tipos de sindicalismo; Para cambiar la Administración Pública; Sevilla: descripción y anécdota; Contra la Historia liberal-capitalista; El informe secreto de Stalin • CINE: A propósito de «Martillo para las brujas»: La brujería, delito común, por Eduardo Haro Ibars.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

A propósito de «La detonación»

- **LARRA y BUERO,**
  por Eduardo Haro Tecglen
- **EL GRITO DESILUSIONADO DE MARIANO JOSE DE LARRA,**
  por Lourdes Ortiz

Mariano José de Larra, según retrato de José Gutiérrez Vega.